
Grupo Editorial Portal
Segredo
ÉL NO SE ENAMORA.
ÉL ELIGE.
ELLA SERÁ SUYA.
PARA SIEMPRE.
SÉRIE
EL SINDICATO
LA
ELEGIDA
DEL
Mafioso
ALEMÁN
Best-seller internacional
JÉSSICA MACEDO

LA ELEGIDA DEL *Mafioso* ALEMÁN

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Capítulo Spoiler
Agradecimientos
Sobre la autora
Lee también

Sinopsis

Veinte herederas enviadas al matadero.

Y una Selección que, en realidad, era una trampa mortal...

Killian Ritter es el káiser de Alemania. Frío, sádico y gobernante absoluto del Sindicato, no busca el amor y no tiene ningún interés en una prometida. Para él, la Selección de Adlerstein no es más que un juego macabro: una herramienta política para someter a los barones rivales y imponer un régimen de terror en todo el país.

Él espera chicas sumisas, aterrorizadas y fáciles de doblegar.

Astrid Weber se ha pasado la vida siendo tratada como una mercancía para el sacrificio. Hasta el día en que su propio padre la vendió para intentar salvarse el pellejo. Arrancada de su mundo y arrojada a un gélido castillo en los Alpes, se descubre como un simple peón en manos del hombre más letal de Alemania.

Esperaba a un monstruo que la destruyera. Lo que no preveía era que su negativa a doblegarse fuera lo único capaz de detener al depredador.

Cuando los verdaderos horrores de Adlerstein tiñen la nieve de rojo y el juego revela su cara más brutal, las reglas cambian. Killian ya no ve a Astrid como un simple trofeo político. Al vislumbrar el acero bajo la seda y compartir un juramento de sangre con ella, algo oscuro y primitivo despierta en su interior.

A partir de entonces, ella no es solo una participante en su juego. Es su reina... y Killian Ritter incinerará toda Alemania para proteger lo que es suyo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra es un **romance oscuro de mafia** y contiene temas delicados que pueden resultar incómodos o perturbadores para algunos lectores. Se recomienda leer con discreción. Los temas tratados incluyen:

- **Violencia extrema y tortura:** Descripciones detalladas de enfrentamientos armados, ejecuciones y métodos de interrogatorio físico y psicológico.
- **Relación tóxica y obsesiva:** dinámicas de poder desequilibradas, posesividad extrema, acoso y comportamiento controlador.
- **Abuso emocional y familiar:** traición por parte de figuras parentales, trata de personas y negligencia.
- **Cautiverio y coacción:** Situaciones de privación de libertad y decisiones tomadas bajo amenaza de muerte.
- **Contenido sexual explícito:** Escenas de sexo detalladas, a menudo acompañadas de dinámicas de dominación, sumisión y fetiches.
- **Lenguaje soez:** Uso constante de palabrotas e insultos.
- **Trauma psicológico:** Referencias al estrés postraumático y a la manipulación mental.

Clasificación por edades: mayores de 18 años. *No leas si eres sensible a cualquiera de los temas mencionados anteriormente. La obra es ficción y no debe utilizarse como modelo para relaciones sanas en la vida real.*



ASTRID
Weber

Capítulo 1

El frío en Múnich era capaz de cortarte la piel y calarte hasta los huesos, pero, dentro de mi habitación, la temperatura siempre estaba perfectamente controlada. Me despertó la luz pálida de la mañana de invierno, que se filtraba por las rendijas de las pesadas cortinas de terciopelo oscuro. Me senté en la cama extragrande, subiéndome las sábanas de seda para cubrirme el pecho, mientras el silencio de la mansión me envolvía. Era el tipo de quietud que solo existe en hogares donde los secretos se guardan bajo llave y el peligro duerme en el dormitorio de al lado.

Me froté los ojos, apartando los restos de un sueño fragmentado. En él, mi madre aún estaba viva. Me peinaba el pelo frente a un tocador ornamentado, sonriendo con esa dulzura que contrastaba violentamente con el mundo oscuro de mi padre. *«Te casarás por amor, mi pequeña Astrid. Te lo prometo. No dejaré que*

te conviertan en moneda de cambio». El recuerdo de su voz era mi mayor refugio, un mantra que me repetía a mí misma cada vez que la realidad de mi linaje pesaba sobre mis hombros.

Soy una Weber. En Alemania, ese apellido no solo significa fortuna de cuna y aristocracia, sino poder, control y sangre. Mi padre era uno de los pilares del Sindicato, la organización letal que gobierna los inframundo del país. Me crié en una jaula de oro incrustada de diamantes, protegida de las atrocidades que financiaban mis vestidos de alta costura y mis clases de piano. A diferencia de los hombres de la mafia, que fueron moldeados para ser monstruos crueles de traje y corbata, a mí me moldearon para ser la princesa intocable. La hija perfecta. La joya familiar.

Me levanté de la cama y caminé descalza sobre la mullida alfombra hasta la inmensa ventana de cristal blindado. La nieve cubría los vastos jardines de la propiedad, transformando los pinos en centinelas blancos. Respiré hondo y sentí cómo el peso de la rutina se asentaba. Fui al cuarto de baño de mármol, abrí la ducha y dejé que el agua caliente relajara los tensos músculos de mi espalda. Mientras el agua corría, mi mente divagó inevitablemente hacia el motivo por el que mi corazón latía un poco más rápido cada mañana.

Henrik...

Solo pensar en su nombre hacía que una calidez agradable se me extendiera por el pecho y me subiera hasta las mejillas. Henrik era uno de los guardias personales de mi padre, un soldado de la élite de nuestra familia. Tenía veintiséis años, hombros anchos que parecían esculpidos en granito, cabello rubio siempre cortado al estilo militar y ojos de un azul tan profundo y frío como un lago helado. Tenía una pequeña cicatriz en la línea de la mandíbula, un recuerdo mudo de la violencia del mundo al que pertenecía.

Llevaba casi tres años enamorada de él en secreto, desesperada y estúpidamente.

Sabía que era un amor imposible. Un guardia nunca se atrevería a mirar a la hija del jefe con otros ojos, si quería conservar la cabeza sobre los hombros. Aun así, me aferraba a los pequeños detalles: la forma en que siempre se colocaba estratégicamente para bloquear el viento helado cuando me subía al coche, la milésima de segundo más que sus ojos se quedaban en mí cuando bajaba las escaleras, el tono grave y contenido de su voz cuando decía:

—Guten Morgen, Fräulein Weber.

Henrik era mi ancla invisible. Fantasear con él era mi vía de escape de la cruel realidad de la mafia. Soñaba con el día en que mi padre me permitiera vivir la vida normal que mi madre me había prometido y, en mi fantasía más atrevida, Henrik dejaría el Sindicato y huiríamos juntos a cualquier lugar donde las armas y la sangre no dictaran las reglas.

Salí de la ducha, me sequé el pelo oscuro y me puse unos impecables pantalones negros de vestir con un jersey de cuello alto de cachemira de color crema. Me maquillé ligeramente, solo lo suficiente para resaltar mis rasgos, y me puse un par de discretos pendientes de perlas. La perfección era una exigencia constante.

Salí de mi habitación y caminé por los amplios pasillos de la mansión. Las paredes estaban adornadas con cuadros renacentistas y espejos de marcos dorados. El sonido de mis pasos quedaba amortiguado por las alfombras persas. En cada cruce de pasillo, me encontraba con hombres vestidos de negro, armados y silenciosos. Inclinaban ligeramente la cabeza cuando pasaba, una señal de respeto que me ponía la piel de gallina.

Cuando llegué a lo alto de la gran escalera principal, mis ojos lo encontraron casi por instinto magnético. Henrik estaba de pie en el vestíbulo, hablando con el jefe de seguridad. Su postura era rígida, las manos entrelazadas delante del cuerpo, el traje oscuro ceñido a sus músculos de una forma que me dejaba la boca seca.

Como si sintiera el peso de mi mirada, levantó la cabeza. Nuestras miradas se cruzaron. El azul gélido chocó con el castaño de

los míos. Durante un segundo infinito, el mundo a mi alrededor se detuvo. El ruido de las criadas poniendo la mesa en el comedor a lo lejos desapareció. Solo quedaba la intensidad de esa mirada, un brillo contenido e indescifrable que hizo que el estómago me diera un vuelco peligroso.

Empecé a bajar los escalones, manteniendo la postura erguida que me habían enseñado desde niña. Cuando llegué al último escalón, él dio un paso al frente, haciéndose a un lado para dejarme pasar hacia el comedor.

—*Guten Morgen, Fräulein Astrid* —murmuró. Su voz grave vibró en el aire, provocándome un escalofrío que me recorrió la espalda.

—Buenos días, Henrik —respondí, intentando mantener mi voz lo más neutra posible, aunque el corazón me martilleaba las costillas. Cerca de él, percibí el sutil aroma a jabón mentolado, pólvora y cuero. Una combinación embriagadora. Casi le sonreí, casi dejé que cayera la máscara de la hija obediente, pero el sonido de unas puertas abriéndose de golpe en el pasillo contiguo rompió el encanto.

Era mi padre. Karl Weber caminaba con pasos pesados, flanqueado por dos lugartenientes de la familia. Llevaba un traje gris marengo, y la expresión de su rostro arrugado era dura e impenetrable. No parecía un hombre recién levantado, sino un general en medio de una zona de guerra. Henrik enderezó inmediatamente la postura, volviendo la mirada al frente, transformándose de nuevo en una estatua letal. La desconexión fue inmediata y dolorosa para mí.

—Astrid —sonó la voz cortante de mi padre, resonando por el vestíbulo.

—Buenos días, papá. —Entrelacé las manos con educación.

Se detuvo a pocos metros de mí. Sus ojos, tan fríos como la nieve del exterior, me analizaron de pies a cabeza, no con el cariño

de un padre, sino con la mirada crítica de un comerciante que examina una mercancía de gran valor.

—No entres todavía en el comedor. Te necesito en mi despacho. Inmediatamente.

El tono no dejaba lugar a preguntas. Tragué saliva, con un mal presentimiento clavándoseme en la boca del estómago. Mi padre rara vez me llamaba a su despacho, el santuario donde se tomaban las decisiones de vida o muerte de nuestra familia. Ese era el lugar donde los hombres entraban y, a menudo, no salían con vida.

—Sí, papá. —Asentí.

Se dio la vuelta y se dirigió con paso firme hacia las pesadas puertas dobles de roble oscuro. Lo seguí en silencio, sintiendo la mirada de Henrik pesando sobre mi espalda. Quería darme la vuelta, buscar algún tipo de ánimo en esos ojos, pero me contuve.

Las puertas del despacho se cerraron detrás de mí con un golpe sordo, dejándome encerrada en aquella estancia que olía a puros de lujo, whisky añejo y cera para muebles. La sala era opulenta, con estanterías repletas de libros que nadie leía y una chimenea encendida que crepitaba en un rincón, intentando espantar el frío inherente al lugar.

Mi padre se dirigió a su enorme escritorio de caoba, pero no se sentó. Se quedó de pie, apoyando las dos manos sobre la superficie barnizada, inclinándose ligeramente hacia mí. Me quedé en el centro de la sala, sintiéndome de repente como un insecto bajo una lupa.

—Siéntate, Astrid.

Me acomodé en el borde de uno de los sillones de cuero, manteniendo la espalda erguida y las rodillas juntas.

—Me has llamado. ¿Ha pasado algo? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, aunque la ansiedad ya bullía en mis venas.

Él suspiró profundamente, un sonido inusual en un hombre que nunca mostraba cansancio. Karl abrió un cajón y sacó de allí un sobre grueso, sellado con cera negra brillante. El escudo grabado en la cera era inconfundible. Un águila bicéfala estilizada, el símbolo absoluto del Sindicato. El símbolo del káiser.

—La situación en el país está cambiando, Astrid. El equilibrio de poder que hemos mantenido en los últimos años se está debilitando. Los rusos se están expandiendo por el este, las rutas de tráfico están siendo atacadas y la lealtad de algunas familias subordinadas está siendo cuestionada por los que están en la cúspide de la cadena alimentaria.

Fruncí el ceño, completamente perdida. Yo no participaba en las reuniones del Sindicato. No entendía de rutas, ataques ni guerras territoriales. *¿Por qué me estaba contando todo eso?*

—Papá, no lo entiendo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Deslizó el sobre con el sello negro hacia mí sobre la mesa.

—El Sindicato necesita una cohesión absoluta. Killian Ritter, nuestro líder supremo, consolidó su imperio tras la muerte de su padre, pero necesita una alianza inquebrantable para sellar la lealtad de las familias más poderosas de Alemania. Ha decidido que es hora de elegir una reina. Una Kaiserin.

Mi corazón dio un vuelco. Me invadió un mareo repentino. Miré el sobre negro como si fuera una víbora venenosa lista para atacar.

—¿Una... reina?

—Killian ha convocado a las hijas solteras de las veinte familias más letales e influyentes del país. —Las palabras de mi padre caían sobre mí como piedras. —Se está organizando un evento en su fortaleza de los Alpes, bajo el pretexto del Baile de Invierno de Baviera. Una Selección brutal y secreta. Solo una saldrá de allí con la corona y la alianza en el dedo, y he inscrito tu nombre.

El aire se me escapó de los pulmones. El impacto fue tan violento que mis manos comenzaron a temblar incontrolablemente sobre mi regazo. La jaula de oro acababa de encogerse, transformándose en una trampa mortal.

—¿Qué? ¡No! Papá, por favor, dime que es una broma. —Mi voz salió estrangulada, aguda y patética.

—¡No me alces la voz, Astrid! —Golpeó la mesa y el estruendo me hizo saltar en la silla—. Esto no es una petición. Es una orden. Los Weber necesitan la protección directa del káiser. Si los rusos invaden nuestras fronteras, seremos los primeros en caer sin el apoyo total del Sindicato. Tienes un deber con esta familia y debes ir a ese castillo y conquistar a Killian Ritter.

La desesperación se adueñó de mí. Las lágrimas, gruesas y calientes, comenzaron a quemarme los ojos, emborronando la imagen del hombre implacable que tenía delante. Todo mi mundo, todas mis esperanzas, todas mis ilusiones secretas sobre el futuro se estaban convirtiendo en cenizas en ese preciso instante.

—Pero mamá... —Mi voz falló, un sollozo me cortó la garganta —. Mamá me lo prometió. Dijo que yo podría elegir. ¡Dijo que usted le había jurado, en su lecho de muerte, que no me vendería en un matrimonio concertado! ¡Usted prometió que me casaría por amor!

La mención de mi madre hizo que una sombra cruzara el rostro de mi padre, pero no fue suficiente para derretir el hielo de sus ojos. Al contrario, su expresión se volvió aún más severa e intolerante.

—Tu madre era una soñadora. Una mujer dulce que no comprendía la magnitud del mundo en el que vivimos. La amé, pero el amor no impide que los enemigos invadan nuestros hogares y nos corten el cuello en plena noche. La supervivencia sí lo hace.

—¡No quiero sobrevivir siendo prisionera de un monstruo! — grité, levantándome del sillón, con la furia mezclada con el pavor—. ¡Killian Ritter es un asesino sádico! ¡Todo el mundo conoce las

historias! ¡Es frío, cruel, no tiene piedad de nadie! ¡Me devorarán viva en ese lugar, compitiendo con chicas criadas para matar!

Mi padre rodeó la mesa con pasos rápidos y me agarró los brazos con fuerza, sacudiéndome lo suficiente como para que me entrechocaran los dientes.

—¡Escucha bien, Astrid! —siseó, con el rostro a centímetros del mío—. Eres una Weber. Llevas nuestra sangre. El káiser quiere una mujer lo suficientemente sumisa como para no causar problemas, pero lo bastante fuerte como para soportar el peso de la corona del inframundo. Eres educada, elegante, pura e inteligente. ¡Llevarás los mejores vestidos, sonreirás, serás perfecta y harás que ese hombre te desee por encima de cualquier otra bastarda de ese castillo!

—Papá, te lo ruego... —Las lágrimas corrían libremente por mi rostro, mojando las manos ásperas que me sujetaban—. No puedo. No sé jugar a esos juegos de poder. Ellas me destruirán. Él me destruirá. No lo amo.

Mis pensamientos volaron hacia Henrik. El doloroso contraste entre el guardia silencioso y protector al que amaba en secreto y el líder supremo, sanguinario y dictatorial de la mafia alemana, me hizo sollozar. Me estaban enviando al matadero. Mi vida estaba acabada. Nunca escaparía. Nunca tendría mi romance imposible. Mi vida pertenecía al Sindicato.

Mi padre me soltó bruscamente, dando un paso atrás y ajustándose los puños de la chaqueta, como si mi llanto le repugnara.

—El amor es un lujo que nuestra familia no puede permitirse. —La frialdad en su voz era absoluta. Una sentencia de muerte para mi alma. —El chófer te estará esperando mañana por la mañana. Las criadas ya están preparando tus maletas con el ajuar adecuado. Sécate esas lágrimas, endereza los hombros y honra el apellido que llevas. Si fracasas, Astrid... si él te rechaza y te humilla... no te molestes en volver a esta casa.

El mundo dio un vuelco. La amenaza velada flotaba en el aire denso del despacho, sofocando mis últimos atisbos de rebeldía. No era solo una candidata en un concurso sádico; era la última línea de defensa de mi familia y, si fallaba, estaría muerta a los ojos de mi propio padre.

—¿Estamos de acuerdo? —exigió saber, con los ojos clavados en mí.

Fijé la mirada en el suelo, con la alfombra cara empañada por mis lágrimas. La sensación de impotencia era abrumadora. La promesa de mi madre, que me había mantenido a salvo del frío durante todos aquellos años en la fría mansión, no era más que una mentira infantil. Yo era una res. Una oveja vestida de seda a la que empujaban hacia la guarida del lobo más peligroso de Alemania.

—Sí, padre —susurré, con voz apagada, desprovista de toda emoción.

—Estupendo. Puedes retirarte.

Le di la espalda, sintiendo que me temblaban las piernas. Cada paso hacia las pesadas puertas de roble exigía un esfuerzo descomunal. Cuando por fin abrí la puerta y salí al pasillo iluminado, el contraste con la opresiva oscuridad del despacho me dejó mareada. Me apoyé en la fría pared del pasillo, cerrando los ojos mientras intentaba recuperar el aliento. El pánico me subía por la garganta como ácido.

—¿Fräulein Astrid?

La voz grave y preocupada me hizo abrir los ojos de inmediato. Henrik estaba allí, a pocos pasos de distancia. Había abandonado su puesto en el vestíbulo, posiblemente al verme salir así del despacho. Su rígida postura de guardia vacilaba y sus ojos azules mostraban una preocupación cruda y genuina que me hizo el corazón añicos en miles de fragmentos irremediables.

Dio un paso hacia mí, levantando una mano grande y callosa, como si el instinto le mandara a protegerme, a secarme las lágrimas,

a consolarme. Vi la vacilación, la lucha interna entre el deber de un soldado y el instinto de un hombre.

Quise lanzarme a sus brazos, suplicarle que me sacara de allí, que robara uno de los coches de la flota y se alejara, fuera de Alemania, fuera del alcance del Sindicato, de mi padre, del káiser. Quise decirle que lo amaba, que prefería vivir en la miseria a su lado antes que en un castillo bañado en sangre.

Sin embargo, al mirar a Henrik, la cruel realidad me golpeó con la fuerza de un tren descarrilado.

Si hiciera eso, mi padre no me mataría a mí. Mataría a Henrik. Lo torturaría lentamente, lo desollaría vivo por atreverse a tocar lo que pertenecía al káiser. Mi amor no sería nuestra salvación; sería la condena a muerte del hombre que poblaba mis sueños.

Mi llanto cesó abruptamente, sustituido por un vacío glacial. La inocencia murió dentro de mí en aquel mismo pasillo. La niña que creía en los cuentos de hadas y en los matrimonios por amor dejó de existir. La supervivencia exigía un alto precio, y lo primero que tenía que sacrificar era mi propio corazón.

Di un paso atrás, alejándome de la mano extendida de Henrik, la mano que deseaba tomar más que nada en el mundo. Levanté la barbilla y obligué a mis hombros a enderezarse, imitando la frialdad que mi padre exigía de mí.

—Estoy bien, Henrik —dije, con una voz gélida que cortaba el aire entre nosotros, rompiendo la conexión invisible que creía que existía—. Vuelve a tu puesto. No necesito tu ayuda.

El dolor que cruzó sus ojos fue rápido, pero devastador. Retiró la mano, con la mandíbula crispada mientras procesaba el rechazo brutal e inesperado. La máscara de soldado volvió a cubrir sus rasgos, borrando cualquier atisbo de humanidad.

—Como desee, *Fräulein.*

Dio un paso atrás e hizo una ligera reverencia, rígida e impersonal. Le di la espalda al hombre al que amaba y caminé hacia las escaleras, hacia la habitación donde preparaban mis maletas para mi propio funeral disfrazado de baile. Cada paso resonaba en el frío mármol, marcando la cuenta atrás para el momento en que entraría en el castillo del diablo y me vería obligada a sonreírle.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 2

El aire gélido de la madrugada me cortaba los pulmones como cuchillas afiladas, pero la adrenalina que me hervía en las venas neutralizaba cualquier atisbo de frío. La nieve espesa cubría las vías oxidadas dla estación de mercancías abandonada a las afueras de Múnich, transformando el escenario industrial en un laberinto blanco y letal y, en aquel lugar, yo era la depredadora absoluta.

El sonido seco de un disparo resonó en la vastedad metálica, seguido del tintineo metálico del casquillo expulsado al golpear el hormigón helado.

—¡Intenta rodearnos por el este, cerca de los contenedores rojos! —La voz de Elias crepitó con interferencias en el auricular, acompañada de una risa sombría y sádica que era el sello distintivo de mi hermano. Elias vivía para la caza. Para la sangre.

—No lo mates, Elias. Necesito a esa rata viva y en condiciones de hablar —ordené, con una voz baja, fría y perfectamente controlada, mientras me movía en silencio detrás de un vagón de carga fuera de servicio.

La rata en cuestión era Yvan, un informante de poca monta que había cometido el monumental error de vender rutas de contrabando de nuestro Sindicato a la Bratva de Volkov. Alexei Volkov, el perro rabioso que lideraba la mafia rusa, llevaba poniendo a prueba nuestros límites desde que mi padre fue asesinado, e Yvan era el hilo del que tenía que tirar para descubrir hasta qué punto había llegado la infiltración rusa en mis filas.

Dos hombres de Yvan surgieron de detrás de una pila de palés de madera, apuntándome con fusiles automáticos. No dudé. Ni pestañeé. Levanté mi SIG Sauer personalizada y disparé dos veces. Un tiro certero en el pecho del primero, desgarrándole el corazón antes incluso de que pudiera apretar el gatillo. El segundo hombre intentó retroceder, pero mi bala le alcanzó la garganta, tiñendo la nieve inmaculada con un violento chorro de rojo oscuro.

Pasé por encima de los cadáveres humeantes sin dedicarles una segunda mirada. Mi objetivo era el informante.

Oímos el sonido de botas pesadas aplastando la nieve y resbalando sobre el hielo. Yvan corría hacia la valla de alambre de púas en el extremo norte del patio. Jadeaba. Salí de mi escondite justo en el momento en que él comenzó a trepar por la valla.

Levanté el arma, apunté con frialdad quirúrgica y apreté el gatillo.

El estruendo rasgó la noche. La bala perforó la articulación de la rodilla derecha de Yvan.

El grito agudo de pura agonía que siguió fue música para mis oídos. El peso de su propio cuerpo lo arrastró hacia abajo, y cayó en picado desde una altura de dos metros, golpeando con un ruido sordo la nieve dura. El tipo se retorció, agarrándose la pierna

destrozada, aullando mientras la sangre manchaba el blanco que lo rodeaba.

Caminé hacia él con pasos lentos y mesurados. El sonido de mis botas sobre el hielo parecía la marcha de un verdugo. Cuando me detuve ante su cuerpo patético y encogido, apunté el cañón humeante de mi arma directamente a su frente.

—*Guten Abend*, Yvan —murmuré, inclinando ligeramente la cabeza.

Elias apareció segundos después, emergiendo de las sombras con un rifle colgado del hombro y una sonrisa maníaca curvando sus labios. Le dio una patada en las costillas a Yvan solo por diversión, arrancándole otro gemido ahogado al traidor.

—Qué bonito disparo, hermano. Le has dejado sin movilidad, pero le has dejado la lengua intacta —se burló Elias, agachándose para agarrar a Yvan por su escaso cabello y tirándole de la cabeza hacia atrás—. Vamos a llevar esta basura dentro. Hace demasiado frío aquí fuera para un interrogatorio decente, y quiero quitarme el abrigo antes de ponerme a trabajar.

Diez minutos después, estábamos en el sótano de uno de los almacenes abandonados. El lugar olía a óxido, moho y orina seca. La única fuente de luz era una lámpara solitaria que se balanceaba en el techo, proyectando sombras grotescas en las paredes de hormigón. Yvan estaba atado a una silla de metal en el centro de la sala, jadeando con dificultad. Tenía la pierna atada con un torniquete improvisado que Elias había hecho con un trozo de alambre; no por piedad, sino porque necesitábamos que permaneciera consciente el tiempo suficiente para darnos nombres.

Me quité el abrigo negro de lana y lo doblé con cuidado sobre una caja de madera. Me remangué la camisa blanca hasta los codos, dejando al descubierto los tatuajes del Sindicato que cubrían mis antebrazos.

—¿Sabes quién soy, Yvan? —pregunté, caminando lentamente alrededor de la silla.

—E-eres el káiser —tartamudeó, escupiendo un diente roto y un charco de sangre al suelo. El terror en sus ojos era absoluto. Era la única reacción aceptable ante mí.

—Entonces sabes que mentirme no solo acabará con tu vida. Prolongará tu muerte durante el mayor tiempo que el cuerpo humano sea capaz de soportar. —Me detuve frente a él, cruzando los brazos sobre el pecho—. Quiero saber qué está planeando Volkov y qué familias alemanas están abriendo las puertas para que los perros rusos entren en nuestro territorio.

Yvan tragó saliva, con la mirada saltando de mí a Elias, que hacía girar distraídamente unos alicates de acero entre las manos.

—¡No sé de nada! ¡Solo soy un mensajero! Alexei Volkov me paga por dejar abiertas las puertas de los puertos del este, ¡nada más! ¡No conozco a las familias!

Suspiré, fingiendo una profunda decepción. Miré a mi hermano.

—Elias, creo que su memoria está congelada. Ayúdale a entrar en calor.

La sonrisa del Carnicero se amplió. Elias dio un paso al frente, agarró la mano izquierda de Yvan y la inmovilizó contra el brazo metálico de la silla. Con una velocidad aterradora, utilizó los alicates para sujetar el dedo índice del informante y, con un movimiento brusco, se lo rompió hacia atrás.

El crujido del hueso al romperse resonó en el húmedo sótano. Yvan gritó, con los ojos en blanco, todo el cuerpo tensándose contra las cuerdas, mientras el dolor lo consumía.

—Otro más —ordené, sin pestañear siquiera.

Elias repitió el proceso con el dedo medio. Otro crujido espeluznante. Otro grito ensordecedor. La sinfonía del

quebrantamiento del espíritu humano era algo a lo que me había acostumbrado desde muy temprana edad. Mi padre no nos crió para ser diplomáticos, sino para ser dioses crueles en un mundo sin leyes.

—¡Habla! —rugió Elias, presionando el cañón helado de su propia arma contra la mejilla de Yvan.

—¡Espera! ¡Espera! —sollozó Yvan, con el sudor mezclándose con las lágrimas y la suciedad en su rostro desfigurado. —. ¡La Bratva no viene solo por las rutas! ¡Quieren romper vuestra base! ¡Volkov ha enviado emisarios a las veinte familias más importantes de su Sindicato! ¡Están ofreciendo el doble de beneficios si los patriarcas alemanes le dan la espalda al káiser!

Apreté la mandíbula, asimilando la información. No era una sorpresa total, pero la confirmación de la osadía de Alexei Volkov me hacía hervir la sangre. Quería socavar mis cimientos. Creía que el imperio Ritter era vulnerable tras la muerte de mi padre.

—¿Qué familias han mordido el anzuelo? —pregunté, acercando mi rostro al suyo, mi voz reduciéndose a un susurro letal —. Dame nombres, Yvan, y te concederé el lujo de una bala en la cabeza en lugar de que te desuellen vivo.

—¡Juro por mi alma que no sé nombres concretos! —gimió, con la desesperación más cruda exhalando por cada poro. —. Los líderes están aterrorizados por el avance ruso. Creen que estás demasiado centrado en Berlín y que no podrás proteger el sur y el oeste. Están esperando solo una señal de debilidad por tu parte para pasarse al bando de Volkov. ¡Es una rebelión silenciosa, káiser! ¡Tu corona pende de un hilo!

Sus palabras no me provocaron pánico, sino una claridad absoluta. El ajedrez estaba montado y los rusos creían que me habían puesto en jaque. Lo que no sabían es que yo no juego según las reglas del tablero. Yo las rompo.

—Gracias por tu honestidad, Yvan —murmuré, levantando mi arma con un movimiento fluido.

No esperé a que me diera las gracias. Apreté el gatillo. La bala atravesó la frente del informante, apagando su vida en un abrir y cerrar de ojos. Su cabeza cayó hacia atrás, sin vida, con los ojos abiertos y fijos en la oscuridad del techo del sótano.

—Manda limpiar este desastre y envía el cuerpo, en pedazos, a la embajada rusa como regalo —ordené a Elias, guardando el arma en su funda y arremangándome con calma, como si no acabara de manchar el suelo de hormigón con masa cerebral.

—Con mucho gusto, hermano.

Le di la espalda al olor de la muerte y caminé hacia la salida.

Unas horas más tarde, las ruedas blindadas de nuestro todoterreno aplastaban la nieve en la empinada subida de la montaña hacia el castillo de Adlerstein, nuestra fortaleza en los Alpes bávaros. El silencio dentro de la cabina del vehículo era denso. Afuera, el sol comenzaba a salir, tiñendo el cielo de un gris metálico y opresivo.

El castillo se alzaba en la cima del acantilado, una monstruosidad de piedra y poder. La seguridad era infranqueable, y era precisamente allí donde tendría lugar mi respuesta al avance ruso. Cuando las enormes puertas se abrieron al patio central, salí del coche y me dirigí directamente a mi despacho. El lugar donde forjaba el destino del país.

Viktor, mi hermano menor y estratega jefe del Sindicato, ya me estaba esperando. A sus veintisiete años, Viktor era el fantasma de nuestra operación. Calculador, silencioso y un genio cibernético que prefería destruir la vida de un hombre a través de cuentas bancarias antes que con un cuchillo.

Estaba de pie frente a la inmensa mesa de roble de mi despacho, con los ojos azules fijos en un mapa digital de Alemania que brillaba en la pantalla de su *tableta*.

—Tenemos confirmación del interrogatorio de Elias —dijo Viktor sin levantar la vista en cuanto entré por la puerta—. La

comunicación cifrada de los rusos que intercepté anoche coincide con las declaraciones del informante. Alexei Volkov ha enviado propuestas directas de alianza a los veinte patriarcas principales de nuestro Sindicato. Si se unen a la Bratva, nuestras fronteras caerán en menos de una semana.

Me acerqué a la barra y me serví un trago triple de whisky. El calor del alcohol bajó quemándome la garganta, lavando el sabor metálico de la noche que se empeñaba en permanecer en mi boca.

—Volkov subestima nuestra fuerza. Pero, más que eso, sobreestima el valor de los generales alemanes —dije, acercándome a la mesa de Viktor.

Junto a su *tableta* de última generación, descansaba una enorme pila de carpetas de cuero negro. Veinte carpetas, para ser exactos. Cada una con el sello dorado de una de las familias subordinadas a la familia Ritter.

—Su lealtad tiene un precio, Killian —observó Viktor con frialdad—. El miedo a Rusia es grande, pero el miedo que te tienen a ti debe de ser mayor; de lo contrario, perderemos el imperio de nuestro padre.

—Es precisamente por eso por lo que he organizado este ridículo evento —señalé la pila de carpetas con la copa de cristal—. El Baile de Invierno de Baviera. Una supuesta Selección para encontrar una esposa digna de sentarse junto al káiser y engendrar un heredero para el linaje Ritter.

Elias entró en el despacho en ese momento, dando un portazo a las puertas dobles tras de sí. Se había cambiado de ropa y olía a jabón antiséptico, pero la sonrisa en su rostro delataba que se había divertido destrozando al ruso en los sótanos.

—Sigo pensando que casarse es una sentencia de muerte más lenta que cualquier método de tortura que conozca —murmuró Elias, dejándose caer en el sofá de cuero junto a la chimenea. —Te estás acercando a los cuarenta, hermano, entiendo la necesidad

biológica de producir un diablillo que herede este sillón. Pero ¿traer veinte perras venenosas de la aristocracia del crimen a nuestro castillo? Eso va a ser un dolor de cabeza inconmensurable. Se pasarán los días envenenándose el té unas a otras y lloriqueando por los rincones.

—Tú ves a veinte mujeres mimadas, Elias. Yo veo veinte pólizas de seguro —respondí, bajando el tono de voz varias octavas, llenando el despacho con la gravedad de mi autoridad.

Elias dejó de sonreír y enderezó la postura en el sofá. Viktor levantó la vista de *la tableta*, con una aguda comprensión brillando en sus iris.

—Piensa conmigo, hermano —continué, rodeando la mesa—. ¿Qué impide a un patriarca de Múnich, Fráncfort o Hamburgo firmar un pacto de sangre con la mafia rusa en plena noche? La respuesta es: nada. Solo su palabra, que vale menos que la suciedad bajo mis botas.

Hice una pausa, dejando que el peso de mis palabras calara.

—Pero, ¿qué ocurre cuando ese mismo patriarca envía a su bien más preciado, a su amada y pura hija, a vivir bajo mi techo en los Alpes? ¿Qué ocurre cuando acorazado a esas veinte herederas en una fortaleza inexpugnable con el pretexto de una gloriosa competición por mi apellido?

Viktor sonrió, una sonrisa fina y llena de admiración sombría.

—Es una toma de rehenes a gran escala, disfrazada de cuento de hadas —concluyó Viktor, ajustándose las gafas en la cara—. Te las enviaron con la esperanza de ganar la corona, esperando el estatus supremo de que su sangre se mezclara con el linaje del káiser. Pero, en realidad, acaban de poner las cabezas de sus propias hijas en la guillotina.

—Exactamente. —Me terminé el whisky y dejé el vaso vacío sobre la madera—. Mientras sus preciosas princesas estén durmiendo en mis aposentos, ninguno de esos veinte traidores en

potencia se atreverá a responder a una llamada de Alexei Volkov. Si percibo el olor de una alianza rusa procedente de cualquier ciudad alemana… la hija del desgraciado responsable no sobrevivirá a la cena de esa noche y le enviaremos lo que quede de ella de vuelta a la casa de su padre en una caja forrada de plomo.

La brutalidad de mi estrategia era la esencia del Sindicato. La diplomacia falla cuando hay dinero y poder en juego. El miedo absoluto, por otro lado, nunca falla. El terror a perder a su propia carne y sangre era la única cadena capaz de atar a los perros a mi mando.

—Brillante. Retiro lo que dije —Elias soltó una carcajada, claramente mucho más animado con el evento ahora que sabía que las candidatas eran rehenes con una sentencia de muerte pendiente en caso de traición—. Va a ser todo un espectáculo verlas intentar sonreírte, sin tener ni idea de que son las cadenas atadas al cuello de sus padres.

—La puesta en escena de la Selección se mantendrá con absoluta rigurosidad —ordené, adoptando la postura rígida de un káiser—. Quiero bailes, cenas formales y pruebas de elegancia. Hacedles creer que están compitiendo por el título. Cuanto más alejadas estén de la guerra que se avecina en nuestras fronteras, mejor las controlaremos. Y vosotros, dejad en paz a mis «invitadas». Que se destruyan entre ellas intentando ser perfectas.

—¿Y tú? —Elias se levantó, se acercó a la mesa de roble y señaló con la barbilla la enorme pila de carpetas de cuero negro. —Entre todas esas herederas, las serpientes criadas en las mejores mansiones del Sindicato… ¿ya tienes alguna favorita? ¿Alguna que tu ojo de lince ya haya seleccionado para, de hecho, calentar tu cama y engendrar a nuestro heredero al final de toda esta farsa?

Miré la pila de carpetas de cuero sobre la superficie barnizada. Había fotografías, datos genealógicos, historiales médicos y perfiles psicológicos elaborados por mis agentes de inteligencia dentro de aquellas fundas oscuras. Veinte chicas, enviadas como

vacas de lujo al matadero de mi castillo. Todas listas para abrir las piernas y sonreír sumisamente a cambio de una oportunidad de llevar el apellido Ritter.

—No he abierto ninguna de esas carpetas. Ni una sola —declaré con el tono liso e indiferente de quien habla del tiempo—. No me importa quiénes sean. No me importa si son rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, cultas o estúpidas. No las miro y veo esposas o amantes. Las miro y veo collares.

Saqué un pesado mechero de plata del bolsillo de mi chaleco y lo dejé caer, ruidosamente, justo sobre la parte superior de la pila de perfiles. El metal hizo un chasquido agresivo.

—No son más que carne, Elias. Son garantías para mantener las riendas sueltas de los generales alemanes bien apretadas en mis manos. Al final de esta estancia, elegiré a la menos insoportable de todas para cumplir con el deber biológico de engendrar a mi heredero. Hasta entonces, no tengo favoritas. No tengo preferencias. Para mí, no significan absolutamente nada.

Les di la espalda a mis hermanos y caminé hacia las pesadas ventanas del despacho. La tormenta de nieve seguía engullendo la montaña, aislando nuestro castillo del resto del mundo, convirtiéndolo en la tumba perfecta para los secretos que estaban a punto de cruzar mis puertas.

No necesitaba amor. No quería compañía. Solo deseaba el control absoluto de mi país, y las veinte prisioneras de lujo que llegarían en los próximos días eran las llaves maestras para cerrar todas las puertas del Sindicato frente a la mafia rusa. Ninguna de ellas sería capaz de derretir el hielo que corría por mis venas, ni sobreviviría ilesa al káiser. Mi juego era de sangre, no de corazón.



ASTRID Weber

Capítulo 3

El miedo tenía un sabor. Era metálico, amargo, como sangre en la punta de la lengua.

Durante todo el viaje desde Múnich hasta los Alpes bávaros, saboreé ese sabor en silencio. Las ventanillas tintadas del todoterreno oscuro me separaban del mundo exterior, pero el paisaje que se veía fuera reflejaba exactamente lo que sentía por dentro: un invierno riguroso, muerto e implacable. La nieve caía con fuerza, borrando las carreteras y engullendo los pinos, mientras el convoy nos llevaba cada vez más alto, hacia las nubes grises. Hacia el matadero.

Cuando los neumáticos finalmente aplastaron la grava del patio interior y el coche se detuvo, mi estómago dio una sacudida tan violenta que tuve que apretar las manos sobre el regazo para no demostrar lo mareada que estaba.

El conductor desbloqueó las puertas. Uno de los guardias de élite que me escoltaba abrió la puerta trasera, y el viento helado de la montaña me golpeó como una bofetada en la cara. Respiré hondo, obligando al aire helado a entrar en mis pulmones.

—Hemos llegado, *Fräulein* Weber —anunció el guardia con una voz robótica e impersonal. No me tendió la mano para bajar. Aquí ya no era la princesa intocable de mi padre; solo era un tributo entregado a las puertas del diablo.

Asomé los pies, con los tacones de mis botas hundiéndose ligeramente en la nieve virgen, y alcé la vista.

El castillo de Adlerstein se alzaba ante mí como un leviatán de piedra negra y torres puntiagudas. No era un palacio sacado de un cuento de hadas romántico, con torres iluminadas y banderines de colores. Era una fortaleza de guerra. Muros macizos de roca oscura trepaban por el flanco del acantilado, desafiando la gravedad. Las gárgolas de piedra parecían observarnos desde lo alto, y las estrechas ventanas no eran más que rendijas diseñadas para los tiradores, no para admirar las vistas. La grandiosidad del lugar resultaba opresiva. Era un monumento erigido para intimidar, para recordar a cualquiera que se atreviera a cruzar aquellas puertas de hierro forjado que, allí dentro, la única ley era la voluntad del káiser.

Sécate esas lágrimas, endereza los hombros y honra el apellido que llevas. Si fallas, no te molestes en volver a esta casa.

La voz de mi padre susurró en mi mente, aguda e implacable. Tragué saliva, apretando la mandíbula para evitar que me temblara la barbilla. No podía fallar, pues no tenía adónde volver.

Me ajusté el cuello de mi abrigo de lana negra y caminé hacia las inmensas puertas dobles de roble macizo que ya estaban abiertas, tragándose a las herederas que llegaban.

En cuanto crucé el umbral, la diferencia de temperatura casi me provocó vértigo. El interior del castillo exhalaba un calor sofocante, calentado por chimeneas gigantescas que crepitaban en

los extremos del vestíbulo. La arquitectura era un derroche de ostentación sombría. Espesas alfombras rojas cubrían el suelo de mármol oscuro, lámparas de cristal negro colgaban del techo abovedado como gotas de hielo petrificadas y obras de arte de valor incalculable adornaban las paredes de piedra.

Sin embargo, la verdadera amenaza no estaba en la arquitectura, sino en las personas que ocupaban aquel espacio.

Había hombres con trajes oscuros por todas partes. Soldados del Sindicato, marcados por la brutalidad, con rifles colgados al hombro y miradas analíticas que escaneaban cada uno de nuestros movimientos. Pero lo que me revolvió el estómago de una forma casi insoportable fueron ellas.

Mis competidoras.

Unas diecinueve chicas estaban repartidas por el vestíbulo, entregando sus pesados abrigos a los silenciosos empleados. Eran las hijas de los hombres más crueles y ricos de Alemania y eran... perfectas.

Me quité el abrigo, se lo entregué a una criada con uniforme oscuro y me obligué a observar el campo de batalla. Se me encogió el corazón. Esperaba encontrar chicas tan aterrorizadas como yo, víctimas enviadas por padres desesperados, pero lo que vi fue un escuadrón de depredadoras vestidas con alta costura.

A pocos metros de mí, una pelirroja deslumbrante, alta como una modelo, lucía un vestido de seda ceñido al cuerpo que dejaba muy poco a la imaginación. Se reía, una risa cínica y musical, mientras conversaba con otra chica de rasgos exóticos y ojos felinos, que llevaba un traje a medida blanca impecable. Había diamantes brillando en cuellos, muñecas y orejas. Desprendían arrogancia, confianza y una belleza tan letal que de repente me hizo sentir minúscula.

Yo llevaba un vestido de punto oscuro y recatado, largo y discreto, con el pelo suelto en ondas naturales. Ellas parecían

panteras desfilando por una sabana; yo parecía un ciervo que se había perdido del rebaño.

¿Cómo podría competir con ellas? La desesperación comenzó a arañarme la garganta. Aquellas mujeres no parecían haber sido obligadas a estar allí. Olían a ambición. Sabían exactamente lo que buscaba Killian Ritter y parecían dispuestas a aplastar a cualquiera que se interpusiera en su camino para colocarse la corona del Sindicato en la cabeza.

Intenté acurrucarme junto a una columna, tratando de mimetizarme con las sombras, pero mi intento de pasar desapercibida fracasó estrepitosamente.

El sonido rítmico de unos tacones de aguja golpeando el mármol se acercó. Levanté la vista y me topé con la personificación del peligro desfilando hacia mí.

La conocía de vista, de lejos, de los eventos esporádicos a los que mi padre me obligaba a asistir. Heidi era la hija del mayor barón del tráfico del oeste del país. Una chica deslumbrantemente hermosa. Su cabello rubio platino caía liso y brillante sobre su espalda, sus ojos azules eran penetrantes y su boca, perfectamente delineada por un pintalabios rojo sangre, se curvaba en una sonrisa que no transmitía ninguna cordialidad. Llevaba un vestido escotado de cuero sintético negro que se ceñía a cada curva imposible de su escultural cuerpo.

Se detuvo a dos pasos de mí, sosteniendo una copa de champán por el fino tallo. Otras dos chicas, que parecían ser sus aduladoras, se detuvieron justo detrás de ella.

—Vaya, vaya. Si es la intocable Princesa de Múnich —siseó Heidi. Su voz era aterciopelada, pero destilaba veneno. Me miró de arriba abajo, y su sonrisa burlona se amplió cuando sus ojos se detuvieron en mi sencillo vestido. —No me lo creía cuando me dijeron que Karl Weber estaba tan desesperado como para sacar a su *virgencita* del invernadero y lanzarla a la guarida del káiser.

La sangre me subió a la cara, calentándome las mejillas. El miedo me gritaba que bajara la cabeza, pero mi apellido exigía lo contrario. Levanté la barbilla, obligándome a sostener su mirada.

—Buenas noches, Heidi. No sabía que la etiqueta de Fráncfort implicara saludar a la gente analizando su ropa como si estuviéramos en unas rebajas baratas.

Las dos chicas detrás de ella jadeaban en voz baja. Los ojos azules de Heidi brillaron con irritación durante una milésima de segundo, antes de que ella diera un sorbo lento a su champán.

—¿Protocolo, Astrid? —Se rió, con un sonido cruel que me hizo estremecer por dentro—. De verdad crees que estamos en un té benéfico de la tarde, ¿no? Mira a tu alrededor. Míranos. El káiser no es un duque que busca una jovencita para tocar el piano en los recitales de los domingos. Es un hombre hecho de sangre y cenizas. Necesita una mujer, no una muñeca de porcelana que se desmaye la primera vez que vea a alguien recibir un disparo en la cabeza.

Ella dio un paso hacia él. El aroma floral e intenso de su perfume era casi asfixiante.

—¿Sabes por qué no me molesta tu presencia, Astrid? —Heidi se inclinó ligeramente hacia mí, con una sonrisa venenosa en los labios—. Porque ya estás eliminada antes incluso de que empiece el juego. Mi padre ya ha alineado mis intereses con los del Sindicato. Me han entrenado para este mundo. Conozco el olor a pólvora desde que era niña. Cuando me acueste en la cama de Killian y le demuestre que soy la única capaz de sostener el imperio a su lado, chicas como tú serán enviadas de vuelta a casa llorando. Eso si no decide ejecutar a tu padre por hacerle perder el tiempo con una broma como esa.

Se me hizo un nudo triple en el estómago. La bilis me subió por la garganta. Sus palabras no eran solo provocaciones gratuitas; encubrían una terrible verdad. Yo era una intrusa allí. No tenía la más mínima preparación psicológica para lidiar con hombres de la

mafia, y mucho menos para conquistar a un hombre conocido por su implacable crueldad.

Intenté tragarme el nudo de lágrimas que se formaba en mi garganta.

—Si estuvieras tan segura de tu victoria, Heidi, no perderías el tiempo intentando intimidarme en el pasillo —repliqué, con la voz un poco más temblorosa de lo que me hubiera gustado—. La corona aún no está en tu cabeza.

Ella soltó una breve carcajada y me dio la espalda, sacudiendo su melena rubia con arrogancia.

—Disfruta de tus vacaciones en los Alpes, princesita. Será tu último viaje antes de que tu padre se hunda.

La vi alejarse, sintiendo como si me hubieran drenado el oxígeno de los pulmones. Las demás concursantes nos observaban con miradas de sorpresa, algunas sonriendo, otras cuchicheando entre ellas. El mensaje había quedado claro: yo era el blanco más débil de la sala. La gacela herida rodeada de leonas hambrientas.

—*¿Fräulein* Weber?

La voz suave y educada me hizo sobresaltar. Una mujer de mediana edad, vestida con un uniforme oscuro de ama de llaves y con una carpeta de cuero en las manos, estaba de pie a mi lado.

—¿Sí? —respondí, parpadeando rápidamente para alejar cualquier rastro de lágrimas.

—Soy Frau Müller, la ama de llaves de Adlerstein. Por favor, acompáñeme. La llevaré a sus aposentos. Su equipaje ya ha sido enviado.

—Gracias.

Seguí a Frau Müller en silencio. No subimos por la gran escalera central, sino por un tramo de escaleras adyacente, que nos llevó a un laberinto de amplios pasillos, con suelo de madera oscura

y largas alfombras de terciopelo. El silencio de aquella ala era sepulcral, interrumpido solo por el crujir de nuestros zapatos. No vi a ninguna otra candidata por allí.

—Las habitaciones de las candidatas se han distribuido en el ala oeste, pero el señor Ritter dio instrucciones específicas para que las suyas se asignaran en el ala sur, *Fräulein* —explicó la ama de llaves, sin volverse.

Fruncí el ceño.

—¿El ala sur? ¿Por qué?

—No cuestiono las órdenes del káiser, *señorita*. Solo obedezco. Le sugiero que haga lo mismo durante su estancia.

La elegante reprimenda me dejó sin palabras. Mi corazón volvió a latir desordenadamente. ¿Por qué me habían separado de las demás? ¿Sería una señal de desprecio inmediato? ¿O un castigo silencioso por la desesperación de mi padre?

Frau Müller se detuvo ante una puerta doble de madera tallada y la abrió con una antigua llave de bronce, empujando el pesado pomo.

—Estas son sus habitaciones. La cena de presentación con la familia del káiser y las demás candidatas se servirá puntualmente a las ocho de la tarde en el salón de banquetes. Se recomienda el uso de traje de gala oscuro. No se tolerarán retrasos. Buenas tardes.

Me hizo una breve reverencia y salió, cerrando las puertas tras de sí. El sonoro clic de la cerradura me sobresaltó. Corrí hacia la puerta y empujé el pomo, pero, para mi absoluto terror, estaba cerrada con llave desde fuera.

Estaba encerrado.

Di un paso atrás, sintiendo que me faltaba el aire, y miré a mi alrededor.

La habitación era increíblemente lujosa. Parecía sacada de una revista de arquitectura monárquica. Había una cama inmensa con un dosel de terciopelo verde oscuro, una chimenea de mármol en la que ya crepitaban unas acogedoras llamas, sillones de cuero y un balcón con puertas de doble acristalamiento que daba a la inmensidad blanca de las montañas. Mis enormes maletas negras estaban alineadas metódicamente junto al vestidor abierto.

Todo allí rezumaba comodidad y realeza, pero yo no me sentía como una reina; me sentía como una prisionera en el corredor de la muerte, esperando mi ejecución.

Caminé a trompicones hasta el tocador, apoyando ambas manos sobre la superficie de madera antes de que mis rodillas cedieran. Levanté la cabeza y me miré en el espejo de bordes dorados.

La imagen reflejada no me ofreció ningún consuelo. Mi piel estaba más pálida de lo normal. Mis ojos marrones rebosaban de pánico, y mis labios estaban pálidos, sin vida. Comparé mi propia imagen con las mujeres que había dejado allá abajo. Con la sensualidad cruel de Heidi. Con la imponencia brutal de ese mundo del que nunca formé parte.

No soy lo que él quiere.

La constatación me golpeó con la fuerza de un puñetazo. Killian Ritter era el gobernante del inframundo. Estaba hecho de oscuridad y sangre. *¿Qué podía ofrecerle a un hombre como él? ¿Cómo iba a seducir a un monstruo siendo una chica que ni siquiera podía controlar sus propias manos temblorosas?*

Mi padre me mintió. No me envió aquí para competir. Me envió aquí porque sabía que fracasaría, que me descartarían. No era más que una coartada para el fracaso de mi propia sangre.

Las lágrimas finalmente rompieron la barrera, gruesas, calientes y silenciosas. Resbalaron por mi rostro, goteando sobre la madera del tocador. Lloré por mí misma, por el amor imposible que

jamás viviría con Henrik, y por la sentencia de muerte que mi propio hermano y mi padre habían firmado en mi nombre.

Miré el reloj de la pared. Eran las cinco de la tarde. Me quedaban exactamente tres horas hasta la cena de presentación. Tres horas hasta encontrarme cara a cara con las víboras que querían destruirme y, sobre todo, tres horas hasta estar frente a frente con el káiser, el hombre que decidía quién vivía y quién moría.

Secándome la cara con el dorso de las manos, miré mis maletas abiertas. Quería enroscarme en las sábanas y esperar a que llegara la muerte, pero el instinto de supervivencia, por pequeño que fuera, comenzó a susurrar en lo más profundo de mi mente.

Si fallas, no te molestes en volver a esta casa.

Apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos, provocándome un dolor agudo que me devolvió a la realidad.

Heidi pensaba que ya estaba eliminada. Mi padre creía que sería una presa fácil para el sacrificio. Y, probablemente, Killian Ritter ya lo sabía todo. Pero si iba a hundirme en el infierno de Adlerstein, me negaba a ir lloriqueando por ahí. Si querían una candidata, les daría todo un espectáculo. Puede que no tuviera la maldad de aquellas herederas corriendo por mis venas, pero era una Weber. Sabía ponerme una máscara. Sabía fingir la perfección.

Abrí las puertas del armario, rebuscando entre las telas caras que las criadas habían empaquetado. Saqué un vestido largo, enteramente de seda negra, con un escote en la espalda que desafiaba el frío. Me arreglaría. Me pintaría los labios de rojo, me recogería el pelo como una corona y me pondría mi valor como una armadura impenetrable.

El miedo me retorcía el estómago y me paralizaba los pulmones, pero nadie vería mi terror aquella noche. Ni Heidi, ni las otras serpientes disfrazadas y, sobre todo, no dejaría que Killian Ritter viera mi desesperación.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 4

Terminé de ajustar los botones de platino y obsidiana de los puños de mi camisa y me puse la chaqueta oscura del esmoquin hecho a medida. La tela se ceñía a mis hombros con la precisión de una segunda piel, pero la verdadera armadura que llevaba no estaba hecha de hilos caros. Era la frialdad. La absoluta distancia que me permitía gobernar el Sindicato sin que me temblaran las manos.

Contemplé mi reflejo en el espejo del vestidor. El káiser. El hombre para quien aquellas veinte chicas habían sido enviadas a conquistar o, en el caso de la mayoría de ellas, a temer. Me abroché la funda de cuero en la base de la espalda, colocando mi SIG Sauer bajo la tela de la chaqueta. En Adlerstein, el traje de gala nunca excluía la necesidad de plomo y pólvora.

Salí de mis aposentos y recorrí los pasillos de piedra hasta llegar a lo alto de la gran escalera bifurcada.

El salón de banquetes del castillo se había transformado en un espectáculo de ostentación. Colosales lámparas de cristal derramaban una luz dorada sobre el mármol pulido. Las mesas circulares exhibían arreglos de orquídeas blancas, caviar beluga y copas de cristal de Baccarat ya llenas de añadas raras de champán. Un cuarteto de cuerda tocaba una suave melodía de Vivaldi en el rincón oeste del salón, ahogando parcialmente el sonido de las conversaciones nerviosas.

Ahí estaban. Las veinte herederas. Veinte corderos envueltos en sedas, tules y diamantes, esperando a que el lobo decidiera cuál de ellas sería devorada primero.

En cuanto mis zapatos resonaron en el primer escalón, el silencio cayó sobre el salón como una guillotina. El cuarteto de cuerda dejó de tocar de inmediato, bajo la mirada discreta de mi jefe de seguridad.

Bajé las escaleras con pasos lentos y mesurados. Veinte pares de ojos femeninos se clavaron en mí. El miedo era el perfume más intenso en aquel ambiente, imponiéndose a las fragancias de marca francesa que ellas llevaban.

Me detuve en el último escalón, barriendo a la multitud con una mirada gélida.

—Bienvenidas a Adlerstein. —Mi voz grave resonó en la impecable acústica del salón, cargada de la autoridad que mi apellido exigía—. Disfruten del lujo, la comida y la música. Esta noche es una celebración de las alianzas que forjaremos.

No sonreí. No hice promesas de cuentos de hadas. Mi tono dejó claro que el banquete era solo el preludio del juego de supervivencia en el que se habían visto envueltas.

Hice una señal con la mano y la música volvió a sonar. Los engranajes del evento volvieron a girar, aunque la tensión aún les cortaba la respiración a muchas de ellas.

Caminé entre las chicas, cogiendo una copa de whisky solo que me ofreció un camarero. La dinámica comenzó casi de inmediato. La caza por mi atención.

Algunas apenas podían sostener mi mirada. Cuando me acerqué a una frágil rubia de Stuttgart, vi cómo le temblaban los labios y el sudor frío brillaba en la base de su cuello. Estaba aterrorizada, con el instinto de supervivencia gritándole que huyera.

Otras, sin embargo, intentaban usar la ambición para enmascarar el pánico. Greta, la heredera de Hamburgo, prácticamente se me echó encima cuando comenzó el vals. Le tomé la mano para un baile de protocolo. Ella no perdió el tiempo. Rozó sus pechos generosos contra mi pecho de forma descarada, sonriendo maliciosamente, mientras me susurraba promesas vacías de lealtad y placer al oído. Olía a desesperación y oportunismo barato. La despaché en cuanto la música cambió de ritmo.

Hice lo mismo con otras tres. Sonrisas artificiales, intentos inútiles de seducción, frases ensayadas por los patriarcas cobardes que las habían enviado. Eran piezas idénticas de un ajedrez monótono.

Entonces, mi mirada la encontró.

Astrid Weber.

A diferencia de las demás, que orbitaban a mi alrededor como polillas desesperadas por la luz, ella se mantenía deliberadamente en la periferia del salón. Había elegido un rincón cerca de una de las inmensas ventanas bloqueadas por la ventisca, tratando de fundirse con las sombras.

Mi mirada depredadora se fijó en ella.

La chica vestía seda negra. El vestido era largo, fluido, cayendo perfectamente sobre sus delgadas curvas, con un escote profundo en la espalda que dejaba al descubierto una piel increíblemente pálida. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño elaborado, como una corona natural, y sus labios estaban

pintados de un rojo sangre intenso que contrastaba con su expresión de puro terror contenido.

Astrid no miraba a los guardias. No intercambiaba pullas con las otras candidatas. Se abrazaba a sí misma de forma defensiva, con sus grandes ojos marrones siguiendo mis movimientos con una mezcla caótica de miedo y repulsión total.

No me quería. Odiaba estar allí. Odiaba respirar el mismo aire que yo.

Mientras Heidi, de Fráncfort, desfilaba por la sala sacudiéndose el cabello rubio y fulminando a las competidoras con sus arrogantes ojos azules, suplicando mi atención, Astrid se encogía, deseando pasar desapercibida.

Su silencioso rechazo golpeó mi ego no como una ofensa, sino como un desafío. Una chispa letal se encendió en la base de mi estómago. Podría tener a cualquier mujer de aquel salón en un abrir y cerrar de ojos, pero la única que realmente despertaba al monstruo que llevaba dentro era la que me miraba como si yo fuera la muerte encarnada.

No bailé con ella. No me acerqué. Dejé que se quedara allí, cocinándose en su propia ansiedad, sabiendo que mis ojos la observaban desde lejos. La cazaría a mi propio ritmo.

El banquete se prolongó durante horas. Bebí, observé cómo las serpientes se enroscaban unas con otras y mantuve la fachada del anfitrión implacable. Cuando el reloj de péndulo marcó la una de la madrugada, di por concluido el evento. Sin despedirme efusivamente, subí las escaleras hacia el Ala Norte, mi territorio estrictamente privado, donde ni siquiera mis hermanos se atrevían a entrar sin invitación.

Entré en mi habitación, aflojándome la pajarita y dejándola caer sobre un sillón de cuero. Me quité la chaqueta, sintiendo el cansancio mental del teatro político pesar sobre mis hombros. El Sindicato me exigía una frialdad mecánica, y lidiar con aquellas

chicas era mucho más agotador que torturar a informantes rusos en los sótanos.

Me acerqué al mueble bar de la habitación, me serví un whisky doble y me apoyé en la madera oscura del escritorio.

El sutil sonido de la cerradura de mi puerta doble al ser forzada me hizo quedarme paralizado. Deslicé la mano hacia la espalda, tocando la culata de mi arma. Nadie de seguridad me había alertado por radio. Quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta, había pasado a mis guardias con permiso o soborno.

La madera crujió y la puerta se abrió lentamente.

Heidi se deslizó dentro de mi habitación.

Ya no llevaba el vestido de piel sintética del salón. Solo vestía una bata de seda roja, que dejaba deslizarse estratégicamente por los hombros, revelando la minúscula lencería que apenas cubría su escultural cuerpo. Su cabello rubio caía suelto y la sonrisa en sus labios era la de una gata que creía haber acorralado al ratón.

Retiré la mano del arma, con la tensión muscular sustituida por una indiferencia absoluta.

—No recuerdo haberte invitado al Ala Norte, Heidi —murmuré, dando un sorbo al whisky, con voz baja y cortante.

Ella no se intimidó. Cerró la puerta tras de sí, echándole el cerrojo, y caminó hacia mí con un contoneo ensayado.

—Parecía aburrido en el salón, káiser —su voz era un susurro, forzadamente ronca. Se detuvo a un palmo de distancia, invadiendo mi espacio personal, el olor empalagoso de su perfume inundando mis fosas nasales. —Mi padre me dijo que a los hombres de su nivel de poder no les gusta perder el tiempo con cortesías y jueguecitos infantiles. Estoy aquí para demostrarle que soy la única opción lógica para el Sindicato y para su cama.

Dejé que la punta de mi dedo recorriera el borde de la copa de cristal. Veía exactamente lo que ella estaba haciendo. Heidi creía

que, al abrir las piernas en la primera noche, se aseguraría la victoria y la alianza de su padre. Era una táctica barata, sucia y, para mi actual estado de impaciencia y tensión acumulada, conveniente.

Necesitaba descargar la frustración y la ansiedad de la inminente guerra contra Volkov y ahí estaba una válvula de escape voluntaria, entregándose en bandeja de plata.

—¿Una elección lógica? —Incliné ligeramente la cabeza, con los ojos fríos diseccionando su farsa—. ¿Y por qué debería elegirte a ti en lugar de a las otras diecinueve?

Heidi sonrió victoriosa, dejando que la bata de seda cayera a sus pies. Su cuerpo se me ofreció en la penumbra de la habitación.

—Porque soy la única que sabe lo que quiere un monstruo —ronroneó, colocando las manos sobre mi pecho, con los dedos jugando con los botones de mi camisa—. Y porque estoy intacta, káiser. Mi padre guardó el mejor premio solo para ti.

Una virgen...

La codicia del barón de Frankfurt rayaba en lo cómico. La había mantenido intacta solo para usarla como palanca de presión aún más valiosa en el mercado de carne de la mafia.

Agarré la muñeca de Heidi, deteniendo sus movimientos. Su sonrisa vaciló por un segundo, sus ojos buscando los míos con confusión. No había romance ni atracción por mi parte, ni el más mínimo atisbo de fascinación que me invadió cuando observé a Astrid temblar en las sombras. Solo había una transacción cruda.

—Pues pruébame, Heidi.

La atraje contra mi cuerpo con fuerza bruta, presionando su espalda desnuda contra la madera de mi escritorio. Ella soltó un jadeo, mitad sorpresa, mitad excitación forzada.

No me molesté en ser amable. No la llevé a mi cama. No le besé la boca. Los besos eran para las mujeres que me importaban, y esa chica no era más que un depósito temporal para mi estrés.

Le bajé los tirantes de la lencería, tirando bruscamente de la fina tela hasta que quedó fuera del camino. Me desabroché el cinturón, el sonido de la hebilla metálica resonando alto en el dormitorio silencioso, y me desabroché los pantalones.

—Káiser... —jadeó Heidi, arqueando la espalda, esperando unos preliminares que nunca llegarían.

Le agarré las caderas con ambas manos, sujetándola contra el mueble. Sin preparación, sin caricias de falsa ternura, la penetré con un único y firme impulso.

El grito que se escapó de la garganta de Heidi fue agudo, desgarrador. Sus uñas se clavaron en mis hombros, el impacto del dolor rompiendo la máscara de seductora que ella intentaba mantener. Sentí cómo se rompía la resistencia del himen, la sangre caliente manchando mi piel y la madera del escritorio.

No me detuve. No le pregunté si estaba bien. Me moví dentro de ella con embestidas bruscas, frías y mecánicas, controlando el ritmo con la fuerza de mis brazos alrededor de su cintura. Heidi jadeaba, con el rostro contorsionado en una mezcla de dolor y desesperación por intentar mantener el papel de mujer fatal. Ella no estaba sintiendo placer, y a mí tampoco me importaba.

Cerré los ojos, con la mente funcionando en paralelo a los movimientos de mi cuerpo. Derramaba sobre ella la rabia hacia los rusos, la frustración por el traidor que aún respiraba bajo mi protección, el peso aplastante de liderar el Sindicato.

La farsa de Heidi duró unos pocos minutos. No prolongué la actuación. Cuando alcancé mi límite, aumenté la fuerza del impacto, apretando mis manos contra su piel con una posesividad violenta hasta que me corrí dentro de ella con un gruñido seco, liberando mi semilla sin el más mínimo atisbo de remordimiento.

Calmé mi respiración jadeante, paralizado contra ella durante unos segundos antes de apartarme bruscamente.

Heidi se deslizó por el borde del escritorio, con las piernas temblorosas y una mancha roja resbalando por el interior de sus pálidos muslos. Respiraba con dificultad y con los ojos llorosos, esperando que yo dijera algo. Que la coronara allí mismo.

Me arreglé los pantalones, subí la cremallera y me abroché el cinturón con la misma expresión neutra que tenía al firmar un cheque.

—Hay toallas en el baño —dije, dándole la espalda y caminando hacia la barra para coger mi vaso de whisky olvidado—. Límpiate y vuelve a tu habitación, Heidi.

Su voz sonó ahogada, el shock evidente ante mi gélido desprecio.

—¿káiser? Pero... nosotros... me entregué a ti.

Volví la cara, mis ojos azules barriendo la patética y desnuda figura que temblaba junto al escritorio.

—Te has acostado con el hombre al que tu padre te vendió. No confundas abrir las piernas con consolidar un imperio.

Ella retrocedió, como si le hubiera abofeteado. La realidad de su irrelevancia cayendo sobre su cabeza arrogante.

—Recoge tu bata —le ordené, con tono duro e inflexible, mientras me bebía el resto del whisky de un solo trago—. Mi cama es para mi esposa y tú, Heidi, no eres más que otro nombre en una carpeta de cuero.

La vi contener el llanto, recoger la ropa del suelo con manos temblorosas y correr hacia el baño, humillada.

Dejé el vaso sobre la mesa y suspiré. Haberle quitado la virginidad no me había proporcionado satisfacción. El alivio físico fue efímero, y el vacío en mi pecho seguía siendo exactamente el mismo. Peor aún, la imagen de otra chica, una que me miraba con auténtico terror tumbada en las sombras del salón, invadió mi mente sin que yo lo deseara.

Si el cuerpo sumiso de Heidi no había logrado apaciguarme, ¿qué sería capaz de hacer la aterrorizada princesa de Múnich con el poco de humanidad que me quedaba?



ASTRID
Weber

Capítulo 5

No había pegado ojo. La noche en el castillo de Adlerstein había sido un tormento de sombras y silencio cortante, solo interrumpido por el aullido del viento azotando los cristales blindados. Cada crujido de la madera me hacía contener la respiración, esperando que derribaran la puerta y ejecutaran mi sentencia. Sin embargo, llegó la mañana, gris y fría, sin que nadie irrumpiera en mis aposentos.

Me levanté con el cuerpo dolorido por la tensión acumulada. Me acerqué al armario y elegí mi armadura para el día: una falda lápiz negra de cintura alta y una blusa de seda de color blanco roto con cuello de lazo. Me recogí el pelo en una coleta impecable, ocultando las ojeras bajo una fina capa de maquillaje. No podía parecer la chica aterrorizada que había llorado en el suelo del dormitorio horas antes. Yo era una Weber y, en el nido de serpientes

que me esperaba allá abajo, cualquier signo de debilidad equivaldría a desangrarse en una piscina llena de tiburones.

Recorrí los pasillos silenciosos hasta el comedor del ala este, guiada por el sonido lejano de la porcelana y los cubiertos.

El comedor era suntuoso, bañado por la pálida luz que entraba por los enormes ventanales de suelo a techo, que ofrecían una vista vertiginosa del desfiladero nevado. En el centro había una larga mesa de caoba, repleta de bandejas de plata, fruta fresca, panes artesanales y teteras humeantes de café y té.

Casi todas las candidatas ya estaban presentes. Los grupitos se habían formado la noche anterior, camarillas divididas por alianzas geográficas y niveles de crueldad. Me senté en una silla vacía al extremo de la mesa y me serví una taza de café solo. Tenía el estómago demasiado revuelto para soportar cualquier comida.

El murmullo en la sala cesó abruptamente cuando las puertas dobles se abrieron con un estruendo.

Heidi entró.

No llevaba un elegante vestido de mañana como las demás. Llevaba una bata de seda roja y mullida, atada holgadamente a la cintura, y su cabello rubio estaba deliberadamente despeinado. Su expresión era una mezcla de agotamiento fingido y triunfo absoluto. Caminó con pasos lánguidos, atrayendo las miradas de todas las chicas de la mesa, y se dejó caer en una silla en el centro.

—Buenos días, chicas —ronroneó Heidi, con una voz deliberadamente ronca. Estiró el brazo, cogiendo una fresa con la punta de los dedos, y se aseguró de dejar que la bata se deslizara por uno de sus hombros. Había una marca amoratada en la base de su cuello. Una clara mordedura.

Un silencio sepulcral se apoderó de la mesa. Apreté el asa de mi taza con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos.

—Creo que ya pueden pedir a las criadas que empiecen a hacer las maletas —continuó Heidi, sonriendo de forma letal mientras masticaba la fresa—. La hospitalidad en el Ala Norte del káiser es... agotadora. No he dormido ni un solo minuto. Pero ha valido la pena cada segundo.

Olas de susurros indignados y jadeos de sorpresa recorrieron la mesa.

Fijé la mirada en mi café, sintiendo un sabor ácido subir por mi garganta. Killian Ritter se había acostado con ella la primera noche. El monstruo había cobrado su primer peaje. Una parte de mí sintió un rechazo visceral, imaginando la brutalidad de aquel hombre tocando la piel de alguien. Sin embargo, de forma egoísta y culpable, otra parte de mí sintió un inmenso alivio. Si él ya había elegido a Heidi, si ella ya lo había satisfecho y se había asegurado la corona, entonces yo quedaría descartada. Podría volver a casa. Mi padre se enfadaría muchísimo, pero yo estaría libre del demonio.

—¿Eres tonta o simplemente estás desesperada, Heidi? —La voz femenina cortó los susurros como un latigazo.

Alcé la vista. La chica sentada dos sillas a la derecha de Heidi no se había encogido. Tenía el pelo castaño cortado en un *bob* afilado a la altura de la barbilla, ojos verdes astutos y una postura relajada que rayaba en la insolencia. Bebía a sorbos su té oscuro, con el rostro rebosante de puro cinismo.

Heidi frunció el ceño, con la máscara de gloria desmoronándose.

—¿Qué has dicho, Saskia?

—He dicho que eres patética —respondió la chica, Saskia, dejando la taza en el platillo con un tintineo metálico. Se inclinó hacia delante, cruzando los brazos sobre la mesa—. ¿Crees que abrir las piernas la primera noche te convierte en una reina? Killian Ritter es el jefe del Sindicato, no un adolescente de burdel. Los hombres con su poder no se casan con la primera zorra que entra en el

dormitorio en bata suplicando un poco de atención. Solo te utilizó para aliviar el estrés de la guerra. Enhorabuena, Heidi. Anoche no te convertiste en la Kaiserin. Solo te convertiste en la puta del káiser.

Todo el salón dejó de respirar.

El rostro de Heidi se tiñó de un rojo furioso. Las venas de su cuello se le marcaron. En una milésima de segundo, la postura de seductora se evaporó, dando paso a la heredera mafiosa criada entre criminales.

—¡Zorra asquerosa! —gritó Heidi.

Se levantó de un salto, tirando la silla hacia atrás, y agarró el pesado cuchillo de sierra que estaba junto a la bandeja de pan. Con un gruñido animal, se abalanzó sobre Saskia, con la hoja plateada en alto, lista para desgarrarle la cara a la otra chica.

Saskia intentó retroceder, pero la silla chocó contra la pared detrás de ella, acorralándola. Las otras chicas gritaron y se encogieron.

No lo pensé. El instinto se apoderó de mi cuerpo antes de que la razón pudiera detenerme.

Salté de mi silla, cruzando el espacio que nos separaba en dos zancadas. Cuando el brazo de Heidi bajó con el cuchillo, lo intercepté. Mis dos manos agarraron su muñeca con toda la fuerza que tenía en el cuerpo, deteniendo la hoja a pocos centímetros del ojo de Saskia.

—¡Suéltame, Astrid! —gritó Heidi, volviendo hacia mí su rostro deformado por el odio. Intentó zafarse, empujándome hacia atrás con su fuerza bruta, pero clavé los talones en el suelo de mármol y apreté los dedos alrededor de los huesos de su muñeca con una ferocidad que ni siquiera sabía que tenía.

—Guarda las garras, Heidi —le ordené con voz fría y cortante, haciendo eco de la autoridad que tantas veces había visto ejercer a mi padre—. ¿Quieres ser la esposa del káiser? Compórtate como tal.

Armar un escándalo e intentar apuñalar a una invitada en pleno desayuno solo demuestra que Saskia tiene razón. Eres una descarada.

Heidi jadeó, con los ojos azules chispeando de furia y humillación.

—Mira hacia arriba —susurré, inclinándome ligeramente hacia ella—. Hay cámaras en cada rincón de este salón. ¿Crees que él no está mirando? ¿Crees que su madre no está evaluando tu espectáculo de histeria en este preciso instante?

La mención a la vigilancia pareció echarle un cubo de agua helada a Heidi. Parpadeó, y su mirada se disparó hacia el techo, donde el pequeño punto rojo de la lente de una cámara brillaba silenciosamente entre las lámparas de araña.

Se le cortó la respiración. El pecho se le subía y bajaba violentamente bajo la bata de seda. Poco a poco, sus dedos aflojaron el agarre del mango del cuchillo. Le arranqué el arma de la mano y la tiré sobre la mesa con un ruido metálico.

Solté la muñeca de Heidi con un empujón despectivo.

Ella alisó la seda de la bata, tratando desesperadamente de recuperar su dignidad destrozada, pero el daño ya estaba hecho.

—Esto no ha terminado, princesita —me siseó Heidi, con la voz temblando de rabia contenida. A continuación, fulminó a Saskia con la mirada—. Te tragarás tus palabras junto con tu propia sangre.

Heidi le dio la espalda y salió del salón con paso firme, haciendo que las puertas dobles se cerraran de golpe tras ella.

El silencio que siguió era tan denso que se podía cortar. Las otras chicas me miraban con una mezcla nueva. Ya no había solo burla o lástima, sino una chispa de cautela. Acababa de plantarle cara a la hija del barón de Frankfurt y no había retrocedido.

Volví a mi silla, sintiendo cómo me temblaban ligeramente las manos bajo la mesa, y cogí mi taza de café, fingiendo una calma

que estaba muy lejos de sentir.

Saskia se arregló la blusa, soltó un largo suspiro y acercó la silla a mi lado, sentándose sin pedir permiso.

—Tenía la situación bajo control —dijo con voz despreocupada, aunque yo veía el rápido latido en la base de su cuello—. Pero gracias. Mi cara te agradece no haberme quedado con una cicatriz.

Volví la cara hacia ella. Sus ojos verdes me analizaban con genuina curiosidad.

—Te habría destrozado la garganta. No hagas provocaciones que no puedas respaldar con los puños.

Saskia esbozó una sonrisa torcida y cogió una tostada de la cesta.

—Saskia Koch —extendió la mano—. Mi familia controla las rutas de armas en Berlín. ¿Crees que no sé manejar los cuchillos? Es solo que no esperaba que la niña mimada de Múnich se ensuciara las manos para defenderme.

—Astrid Weber —respondí, estrechándole la mano brevemente. Su apretón era firme, la piel callosa, todo lo contrario a la suavidad de mis propias manos—. Y yo no me ensucio las manos por nadie. Simplemente detesto los escándalos mientras tomo el café.

Saskia soltó una risa ahogada, recostándose en la silla.

—Eres interesante, Astrid. Heidi y las demás creen que estás hecha de azúcar. Pero hay acero ahí dentro. Tu padre no te ha enviado aquí por casualidad.

—Mi padre me envió aquí porque necesita fortalecer la alianza con el Sindicato, al igual que todos los demás padres cobardes que nos han metido en este castillo —dije con amargura, dejando que mi sinceridad se me escapara antes de poder frenarla.

Los ojos de Saskia brillaron con una comprensión sombría. Se inclinó hacia mí, bajando el tono de voz para que las demás no pudieran oírnos.

—Entonces entiendes las reglas del juego mejor que esa idiota de Heidi —murmuró Saskia—. No estamos aquí para ganar una corona, Astrid. El káiser no está buscando el amor verdadero. Somos garantías. Rehenes. La Bratva rusa está avanzando. Killian Ritter nos ha encerrado en esta montaña de hielo para asegurarse de que nuestras familias no lo traicionen. Si tu padre le sonríe a un ruso mañana, el hermano carnicero del káiser, Elias, te meterá una bala en la cabeza antes del mediodía.

Mi estómago, que ya estaba revuelto, se hundió por completo. El horror helado se apoderó de mis venas. La cruel y cruda confirmación que salió de la boca de Saskia desbarató cualquier atisbo de ilusión que me quedara.

No era un concurso. No era una alianza noble. Era un secuestro disfrazado de baile.

Miré al fondo de mi taza de café, viendo mi propio reflejo distorsionado en el líquido oscuro.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté con un hilo de voz.

—Mi padre es el proveedor de armas de Berlín. Crecí escuchando a las paredes hablar —Saskia bebió el té—. Heidi cree que entregarse a él la convierte en reina. De lo que no se da cuenta es de que Killian Ritter solo necesita mantenernos ocupadas y vivas el tiempo suficiente para ganar la guerra. La única de nosotras que saldrá de aquí con un anillo de boda será aquella que demuestre tener la sangre lo suficientemente fría como para reinar junto a un monstruo sin derrumbarse.

Volví la cara hacia Saskia.

—¿Y tú quieres eso? ¿Quieres casarte con un asesino?

Saskia se encogió de hombros, con el cinismo volviendo a apoderarse de su rostro.

—Quiero sobrevivir, Astrid. En nuestro mundo, ser la esposa del diablo es mucho más seguro que ser su víctima. Si para vivir tengo que usar la corona del káiser... la usaré.

Se levantó, ajustándose la falda perfectamente planchada.

—Ten cuidado con Heidi. Acabas de ponerte una diana gigante en la espalda. Ella no perdona las humillaciones.

Saskia me guiñó un ojo y salió del salón, dejándome sola con el eco de sus palabras.

Me quedé sentada allí durante mucho tiempo, con el café enfriándose delante de mí. El peligro no provenía solo de las órdenes mortales de Killian Ritter. El peligro estaba sentado en las sillas a mi alrededor. Si quería volver a ver la luz del sol fuera de Adlerstein, tendría que dejar de actuar como la oveja asustada que mi padre había criado.

Tendría que convertirme en una loba, o me devorarían antes incluso de que comenzara la verdadera masacre.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 6

El olor a traición era mucho más denso que el olor a sangre. La sangre se evaporaba, se secaba y se podía limpiar con lejía y mangueras de alta presión en los sótanos de Adlerstein. La traición, por el contrario, impregnaba las paredes, pudría los cimientos y exigía que toda una dinastía fuera reducida a cenizas para que la plaga no se propagara.

Fijé la mirada en los monitores empotrados en la pared de piedra de mi sala de seguridad. Eran cinco pantallas grandes que transmitían en tiempo real los rostros envejecidos y tensos de los cinco patriarcas más importantes del Sindicato Alemán. En el centro, la imagen de Karl Weber, el padre de mi adorable y aterrorizada intrusa de Múnich, parecía más abatida de lo habitual. A su derecha, el barón von Frankfurt, padre de Heidi, sudaba frío, secándose la frente con un pañuelo de seda cada dos minutos.

Estaban en sus respectivas fortalezas, repartidas por todo el país, pero, a través de la pantalla, podía sentir el pánico que irradiaba cada uno de ellos.

—La Bratva Volkov cruzó la frontera oriental la madrugada pasada —mi voz era tranquila, cortante y desprovista de toda piedad. El silencio en la línea encriptada era absoluto; ninguno de ellos se atrevía a respirar demasiado fuerte mientras hablaba el káiser. —Alexei perdió tres almacenes de armamento la semana pasada, gracias a las coordenadas que mi hermano Viktor descifró, y ahora está reaccionando como un perro rabioso y acorralado. Quiere nuestras rutas y, más que eso, cree que puede comprarlas con falsas promesas de poder.

Observé cada píxel de las pantallas. El Barón tragó saliva. Karl Weber apartó la mirada durante una fracción de segundo. Pequeños indicios. El miedo era un libro abierto si sabías interpretar la letra pequeña.

—No los he convocado hoy para debatir tácticas de guerrilla —continué, apoyando ambas manos sobre la mesa de caoba e inclinándome hacia las cámaras—. El Sindicato no debate; el Sindicato aplasta. Mis hombres ya están de camino a Dresde para cortar la arteria principal de los rusos. Lo que quiero de ustedes es mucho más sencillo.

Di un paso atrás y Viktor, que estaba apoyado contra la pared manejando el panel de control, pulsó una tecla. Las pantallas más pequeñas de los laterales parpadearon, cambiando las imágenes de los mapas territoriales por las *transmisiones* de las cámaras de seguridad internas de Adlerstein.

En las pantallas aparecieron sus hijas.

Heidi caminaba irritada por los pasillos. Saskia fumaba un cigarrillo en el balcón del ala este. Y Astrid... estaba de pie en el jardín de invierno, mirando la nieve que caía fuera, con la postura erguida, pero aislada, pareciendo un cuadro renacentista a punto de desmoronarse.

La respiración de los patriarcas se detuvo al unísono. Karl Weber entrecerró los ojos al ver a su hija en la pantalla.

—Vuestras herederas están disfrutando de la impecable hospitalidad de Adlerstein —dije, saboreando cada sílaba, dejando que el peso de la amenaza calara en sus mentes—. Están durmiendo bajo mi techo. Comiendo en mi mesa. Están siendo protegidas por mi guardia personal. Un lujo que pocos en este mundo pueden permitirse.

Dejé que una sonrisa sombría se dibujara en la comisura de mis labios.

—Sin embargo, mi hospitalidad está directamente ligada a vuestra lealtad. Sé que los rusos os están llamando por teléfono. Sé que Alexei está ofreciendo el doble del porcentaje en las rutas de distribución a quien le dé la espalda a los Ritter. Pero quiero que miréis bien las pantallas. Mirad lo que habéis enviado a mi casa.

El barón de Frankfurt carraspeó, con la voz fallando estrepitosamente.

—*Mein káiser*... somos fieles. El Sindicato es nuestra vida. Nunca escucharíamos a los rusos. Mi Heidi está ahí para demostrar nuestra devoción.

—Me alegra mucho oír eso, barón —le interrumpí, con un tono tan frío que lo dejó sin palabras al instante. —Porque si descubro que un solo kilo de cocaína rusa ha cruzado sus puertos sin mi autorización, o si mi hermano Elias encuentra el registro de una sola llamada recibida desde Moscú... sus hijas no volverán a casa en jets privados vestidas de seda. Volverán en ataúdes de plomo forrados de hielo seco.

Karl Weber apretó los labios, con el rostro endurecido, pero vi la derrota en sus ojos. Sabía que estaba acorralado. Había arrojado a Astrid a la fosa de los leones y ahora se daba cuenta de que ella no era una jugadora; era mi principal póliza de seguro contra su traición.

—Que esto quede perfectamente claro, señores —concluí, enderezando mi postura hasta recuperar la rigidez militar—. Mientras las fronteras estén seguras, sus preciadas herederas permanecerán impecables e intocables. Una de ellas, incluso, saldrá de aquí como mi esposa. Pero no pongan a prueba mi paciencia. La sangre que corre por sus venas me pertenece ahora. ¿Queda claro?

Un coro de «Sí, *káiser*» y «Entendido, señor» murmuró por los altavoces.

Hice un leve gesto a Viktor, quien cortó la transmisión al instante, dejando las pantallas en negro. El silencio volvió a reinar en la sala de seguridad.

—Se han cagado de miedo —comentó Elias desde el rincón oscuro de la sala, donde afilaba distraídamente la hoja de un cuchillo de combate—. Weber parecía que iba a tener un infarto cuando te centraste en la princesita de Múnich. ¿Crees que ya ha cerrado el trato con Volkov?

—Weber es codicioso, no tonto —respondí, aflojándome la corbata en el cuello. La reunión había agotado mi paciencia—. Sabe que los rusos lo matarían en cuanto dejara de serles útil. Envió a la chica para ganar tiempo. Pero ahora sabe que, si da un paso en falso, su linaje se acaba aquí.

Viktor tecleó unos últimos códigos en el panel antes de volverse hacia mí, subiéndose las gafas por la nariz.

—Hablando del linaje Weber… la princesita ha provocado un pequeño terremoto en el desayuno de hoy.

Me detuve a mitad de camino hacia la puerta. Volví la mirada hacia Viktor. Astrid no parecía el tipo de mujer capaz de provocar un terremoto; parecía el tipo que se desmoronaría al primer temblor.

—¿Qué ha hecho? ¿Ha llorado sobre el brioche?

—Al contrario —Viktor esbozó una sonrisa torcida, divirtiéndose de verdad. Tocó la tableta y la grabación de seguridad

del salón del ala este comenzó a reproducirse en la pantalla central. Sin audio, pero la imagen era nítida.

Observé cómo se desarrollaba la escena. Heidi entró en bata, claramente intentando presumir de nuestro encuentro mecánico y apático de la noche anterior. Vi a Saskia replicar algo que dejó a Heidi roja de furia. Entonces, el caos. La rubia cogió el cuchillo de sierra de la mesa y se abalanzó como una lunática.

Mi cuerpo se tensó, listo para reprender a mis guardias de seguridad por dejar que algo así se intensificara tan rápido, pero lo que sucedió a continuación me dejó paralizado.

Astrid. La chica que temblaba entre las sombras la noche pasada. La chica cuyos ojos mostraban pánico solo por respirar el mismo aire que yo. Saltó de la silla con la velocidad de una depredadora, interceptando la muñeca de Heidi en el aire. El vídeo mostró la fuerza absurda que empleó para contener a la heredera de Frankfurt, el rostro perfectamente pálido enmascarado por una autoridad de acero. Le quitó el cuchillo a Heidi y la sometió utilizando solo la postura y las palabras que me hubiera encantado escuchar.

—La ha desarmado —murmuré, con una extraña sensación de aprobación y fascinación que me hormigueaba en la base de la columna vertebral.

—Y humilló a la rubia delante de todas las demás —Elias soltó una carcajada ronca, levantándose—. La chica tiene garras, Killian. ¿Quién diría que la muñeca de porcelana sabía gruñir?

—Sigue vigilando las comunicaciones de los rusos, Viktor. Elias, redobla la seguridad en los pasillos del ala este. Quiero que sientan la presión, pero no quiero una carnicería interna antes de elegir a mi reina —ordené, obligando a mi mente a volver a la guerra que se libraba ahí fuera, aunque mis pensamientos se empeñaran en seguir atrapados en la imagen de Astrid empuñando la hoja.

Salí del despacho de seguridad, con mis botas resonando con fuerza sobre el suelo de mármol del pasillo oeste. El castillo era colosal, un laberinto de piedras, tapices pesados y ventanas bloqueadas por la nieve. El aire gélido y antiguo del lugar solía servir para aclarar mi mente, pero, aquel día, había una inquietud densa corriendo por mis venas.

Yo era un cazador nato. Me habían entrenado para encontrar debilidades, explotar miedos y destruir resistencias. Pero Astrid Weber era una contradicción andante. Me tenía miedo, un terror genuino, pero se había enfrentado a una de las herederas más crueles del inframundo sin pestañear. Irradiaba inocencia, sin embargo, había nacido en el seno del Sindicato.

Mi mente aún estaba ocupada calculando las posibilidades de que Alexei Volkov intentara un ataque directo por el desfiladero norte, cuando doblé por el pasillo que conectaba la biblioteca principal con el ala sur. La iluminación allí era precaria, proporcionada únicamente por pesados candelabros de hierro forjado en las paredes de piedra.

Caminaba rápido. Siempre rápido. La guerra no permitía pasos lentos...

Entonces, se produjo el impacto.

El cuerpo chocó violentamente contra mi amplio pecho, como un pájaro que se estrella contra una ventana blindada. El grito de sorpresa fue seguido por una pérdida de equilibrio abrupta.

Actué por instinto. Mis manos, entrenadas para romper cuellos y soportar el retroceso de rifles de gran calibre, se lanzaron hacia delante en una milésima de segundo. La agarré antes de que cayera sobre el duro mármol, mis anchas palmas rodeando su estrecha cintura con una firmeza posesiva que no me molesté en controlar.

—Joder —murmuré, plantando los pies en el suelo y tirando de ella hacia mí para estabilizar la caída.

Ella chocó contra mi pecho, y el impacto pegó nuestros cuerpos. Y, de repente, el olor a pólvora y metal que dominaba mi vida quedó borrado por el aroma embriagador de lavanda, vainilla y puro pánico.

Bajé la mirada.

Astrid...

Su cabello oscuro, suelto y en cascada, rozó mi mandíbula. Su cuerpo era increíblemente suave, pequeño en comparación con mi estatura maciza, pero firme. Perfecto. Sus manos, temblorosas, se extendieron contra la parte delantera de mi camisa blanca de vestir en un intento desesperado por encontrar el equilibrio, clavando los dedos en la musculatura de mi pecho.

A través de la fina tela de su blusa, pude sentir su corazón disparándose contra las costillas. Latía tan rápido que parecía a punto de estallar. Un terror animal. El pavor visceral de una presa que se da cuenta de que acaba de toparse con el alfa de la manada.

Debería haberla soltado, haber dado un paso atrás y haber mantenido la máscara de hielo del káiser. Pero la sensación de su cuerpo tembloroso contra el mío encendió una hoguera inmediata y devastadora en mis entrañas. No la solté. Mis dedos se apretaron contra la curva de su cintura, hundiendo ligeramente los pulgares en la costosa tela de su ropa.

Ella jadeó, levantando la cara para mirarme.

Sus ojos marrones eran enormes, inundados de un asombro crudo y vulnerable. Los labios entreabiertos, respirando superficialmente, pintados de un suave tono melocotón, llamaban mi atención de una forma casi irracional. El miedo brillaba en las pupilas dilatadas, reflejando la luz temblorosa de las lámparas.

—Yo... lo siento mucho... —su voz salió débil, ahogada, fallando estrepitosamente.

Mi mirada bajó hacia su boca entreabierta y volvió a sus ojos aterrorizados. Parecía incapaz de procesar lo que estaba sucediendo, atrapada en la descarga eléctrica de nuestro choque físico. El rechazo que había mostrado la noche anterior en el salón luchaba contra la parálisis del miedo, y su reacción ante mí era la droga más adictiva que jamás había probado.

—Correr por el pasillo es un error, Fräulein Weber. —Mi voz no fue más que un gruñido áspero y grave que vibró en mi pecho, resonando contra su cuerpo. Me incliné una fracción de milímetro, mi aliento rozando la suave piel de su mejilla. —En este castillo, correr entre las sombras suele atraer cosas con las que no quieres encontrarte.

Sus dedos apretaron mi camisa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Sentí su respiración entrecortada golpearme la base de la garganta. Quería hundir el rostro en su cuello. Deseaba saborear su piel pálida y ver si el sabor se correspondía con el aroma a vainilla. El monstruo irracional que había en mi interior gritaba para que la lanzara contra la pared de piedra y reclamara lo que el Sindicato exigía, para devorar la inocencia feroz que ella desprendía.

Pero Astrid fue más rápida que mi pérdida de control.

Como si la hubiera quemado el contacto, se zafó de mi agarre con un movimiento brusco, casi desesperado. El retroceso fue tan rápido que dio un paso tambaleante hacia atrás, apoyándose en la fría pared del pasillo, jadeando. El terror se mezclaba con una urgencia absoluta por escapar de mí.

—Perdóneme... señor Ritter. E-estaba distraída —tartamudeó, apartando la mirada frenéticamente de la mía, negándose a fijarse en mi rostro. Ni siquiera era capaz de llamarme káiser.

No dijo ni una palabra más. Astrid dio media vuelta y huyó por el pasillo, con sus pasos resonando rápidamente contra la piedra, desapareciendo en la oscuridad de la galería que conducía a las habitaciones del Ala Sur.

Me quedé plantado en medio del pasillo vacío. La ausencia de su cuerpo contra el mío dejó una huella fantasma, una sensación de vacío eléctrico en las palmas de mis manos que aún recordaban la curva exacta de su cintura.

Levanté mi mano derecha, flexionando los dedos lentamente, sintiendo el aroma a lavanda y vainilla aún impregnado en mi olfato. Mi pecho subía y bajaba con una respiración más densa de lo normal. El hielo que mantenía para gobernar el mundo exterior se estaba agrietando.

La princesita intocable tenía garras para amenazar a las demás en el salón, pero huía de mí como si yo fuera el mismísimo diablo venido a cobrar su alma.

Y yo la reclamaría. Sonreí, una mueca predestinada y sombría. Ella podía correr por los pasillos. Podía intentar esconderse en los rincones de mi castillo y apartar la mirada cada vez que me acercara. Pero no había escapatoria. La caza había comenzado y, a diferencia de la farsa del concurso, no tenía intención de perder a mi presa. Era mía, solo que ella aún no lo sabía.



ASTRID Weber

Capítulo 7

El silencio de mi habitación en el ala sur ya no era un refugio, sino una prisión silenciosa que resonaba con los latidos desordenados de mi corazón. Cerré la puerta con llave y me apoyé contra ella, cerrando los ojos mientras intentaba, en vano, expulsar de mi piel la sensación de las manos de Killian Ritter.

Mi cintura aún parecía arder donde sus dedos la habían apretado. El olor a vainilla y pánico que él había mencionado aún impregnaba mis fosas nasales, mezclado con el aroma amaderado y peligroso que emanaba de él. Odiaba la forma en que mi cuerpo había reaccionado y detestaba haber clavado mis uñas en el pecho de Killian en busca de equilibrio y, por una milésima de segundo traidora, haber deseado que no me soltara.

Caminé hasta el balcón y abrí las puertas de cristal, dejando que el aire gélido de los Alpes invadiera el sofocante lujo del

dormitorio. La nieve seguía cayendo, implacable, ocultando el mundo allá abajo.

—Henrik... —susurré su nombre al viento, buscando el ancla que el soldado siempre había sido.

Pero la imagen del guardia de ojos azules y protectores empezaba a verse empañada por la sombra del monstruo que gobernaba este castillo. *¿Qué estaba haciendo?* Yo era una Weber, enviada como sacrificio, y estaba perdiendo el control de mí misma en menos de veinticuatro horas.

Recordé el desayuno. El rostro deformado de Heidi, el cuchillo de sierra brillando bajo la luz de las lámparas de araña y la burla de Saskia. «*Solo te has convertido en la puta del káiser*». Las palabras de Saskia se habían convertido en un oscuro mantra en mi mente. Heidi creía que la sumisión física era la clave para la corona, pero lo único que consiguió fue el desprecio de un hombre que la utilizó para descargar la tensión de una guerra.

Yo no sería como ella. No sería solo carne para el consumo de un asesino.

Mi padre quería que yo lo «conquistara». Pero, ¿cómo se conquista a un hombre que no tiene corazón? ¿Cómo se seduce al hielo? La respuesta de Heidi era obvia y patética. Mi respuesta, sin embargo, tenía que ser mi dignidad. Era lo único que el Sindicato aún no había conseguido quitarme.

Volví a la cama y me senté, observando mi reflejo en el espejo del tocador. Parecía la misma chica de Múnich, pero por dentro, algo se estaba resquebrajando. La porcelana estaba cediendo ante el acero.

Un golpe seco en la puerta me hizo sobresaltar.

Mi cuerpo se tensó al instante. Miré el reloj de la pared: eran casi las siete de la noche.

—¿Quién es? —pregunté, con una voz más firme de lo que esperaba.

—Soy yo, Frau Müller, *Fräulein* Weber. Abra, por favor.

Me acerqué a la puerta y giré la llave, abriéndola solo un poco. La ama de llaves estaba de pie en el pasillo, con una expresión más rígida de lo habitual. Detrás de ella, dos soldados armados montaban guardia, con los rostros ocultos por las sombras.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la terraza abierta.

—El señor Ritter solicita su presencia en sus aposentos del ala norte. Inmediatamente —dijo, extendiendo la mano para que saliera —. No le gusta esperar.

Se me hizo un nudo en el estómago. Pareció que el aire se esfumaba del pasillo.

Sabía lo que eso significaba. Heidi había recorrido ese mismo camino la noche anterior. Había entrado en la boca del lobo y había salido de allí marcada, humillada e insignificante. Killian me había visto en el pasillo, había sentido mi miedo y mi repulsión, y quería cobrar su precio. El káiser quería demostrar que yo era tan prescindible como cualquier otra.

Miré a Frau Müller y luego a los soldados. Si fuera, firmaría mi propia sentencia de insignificancia. Me convertiría en una más en el desfile de cuerpos que pasaban por la cama del káiser.

—Dígale al señor Ritter que no me encuentro bien —respondí, agarrando el pomo con tanta fuerza que me dolían los dedos—. No iré.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Frau Müller por un segundo antes de ser sustituida por un pavor genuino.

—*Fräulein*, usted no lo entiende. No es una invitación. Es una orden del káiser. Nadie le dice «no» a Killian Ritter en este castillo.

—Pues acabo de decirlo —repliqué, con la barbilla levantada y la audacia de Weber bullendo en mis venas—. No soy Heidi. No soy un receptáculo para su estrés. Si quiere una esposa, que me trate como tal, no como a una amante a la que llama en plena noche.

—¡Podría mandar que la mataran por esa insolencia! —susurró Frau Müller, con la voz temblorosa de horror—. El señor Elias solo está esperando una excusa para limpiar esta ala. Por favor, Astrid, no cometa ese error. Por el bien de su familia...

—Por el bien de mi familia, ya estoy atrapada en esta montaña —dije con voz gélida—. Pero mi alma y mi cuerpo aún me pertenecen. Si quiere matarme por tener dignidad, que venga él mismo a hacerlo. Prefiero morir como una Weber antes que vivir como la puta de un káiser.

Sin darle tiempo a responder, cerré de un portazo las puertas dobles y giré la llave.

El sonido del clic de la cerradura pareció resonar por todo el castillo. Apoyé la espalda contra la madera, deslizándome hasta el suelo mientras el oxígeno volvía a entrar en mis pulmones a bocanadas desesperadas.

Estaba temblando. El pánico era absoluto. Acababa de desafiar al hombre más peligroso de Alemania y poner una diana en mi pecho y, posiblemente, una soga en el cuello de mi padre.

Pero, por primera vez desde que llegué a Adlerstein, no me sentí solo como una pieza de ajedrez. Me sentí viva.

Me quedé allí, sentada en la alfombra fría, esperando el sonido de las botas de Killian o el estruendo de la puerta al ser derribada por los soldados de Elias. Sabía que la muerte podía cruzar ese umbral en cualquier momento, pero no abriría la puerta. Si Killian Ritter quería mi sumisión, tendría que luchar por cada centímetro de ella.

La noche avanzó y el silencio fuera se volvió aún más denso. No me fui a la cama. Me quedé allí, abrazada a mis rodillas, mirando

fijamente la puerta. Si este iba a ser mi último capítulo, lo escribiría con mi orgullo, no con mi sangre.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 8

El silencio en el Ala Norte era absoluto, solo roto por el crepitar de la leña en la chimenea de piedra y por el sonido del hielo golpeando contra el cristal de mi vaso. Estaba recostado en el borde de mi mesa, la chaqueta tirada sobre el sillón, la corbata aflojada.

No solía esperar. El mundo me esperaba a mí. Pero, por alguna razón que me negaba a analizar en profundidad, la inminencia de la llegada de Astrid Weber hacía que una tensión eléctrica e incómoda vibrara bajo mi piel.

La imagen de ella de hacía un rato, en el pasillo, con los ojos enormes y aterrorizados, el olor a vainilla y la forma en que su cuerpo reaccionó a mi tacto, se había instalado en mi mente como un parásito. Heidi fue un alivio físico banal y olvidable. Un trozo de carne que se había arrojado a mis pies. Pero Astrid... su silencio de

rechazo, el pánico mezclado con una altivez innegable, era un enigma que estaba decidido a desentrañar... y a romper.

La había convocado. El mensaje era claro. En la mafia, una invitación del káiser a sus aposentos privados en plena noche era una orden inapelable. Nadie decía que no.

El reloj de cuco en la esquina del despacho marcó las diez y cuarto.

Fruncí el ceño. El trayecto desde el ala sur hasta el ala norte llevaba exactamente siete minutos a paso lento.

Un golpe tímido y vacilante resonó en la puerta doble de roble. No era el golpe firme de un soldado, ni el toque ligero de una chica sumisa.

—Adelante. —Mi voz sonó más grave y áspera de lo normal.

La pesada puerta crujió y Frau Müller, mi ama de llaves, entró. Sola.

Mis ojos recorrieron el pasillo vacío detrás de ella antes de que la puerta se cerrara. Mi mandíbula se tensó al instante. Frau Müller estaba mortalmente pálida. Le temblaban tanto las manos que la carpeta de cuero que sostenía golpeaba contra el costado de su delantal oscuro. Tragó saliva, deteniéndose a una distancia prudencial, como si yo fuera un explosivo a punto de detonar.

—¿Dónde está? —La pregunta cortó el aire como un látigo. No alcé el tono de voz. No fue necesario. La frialdad letal de mis palabras hizo que la ama de llaves encogiera los hombros.

—Mein káiser... yo... fui a las habitaciones del ala sur, tal y como usted ordenó. Llamé a la puerta de Fräulein Weber y le transmití su mensaje.

—¿Y?

Frau Müller cerró los ojos por un segundo, rezando claramente para que no le dispararan allí mismo.

—Cerró la puerta con llave, señor. Se negó a salir.

El silencio que siguió fue tan denso que amenazaba con aplastar las paredes de la habitación. Mi cerebro, entrenado para procesar amenazas tácticas en milésimas de segundo, se detuvo.

Se negó.

La palabra sonó extraña. Inconcebible. En toda mi vida, desde que asumí el mando del Sindicato, la subordinación era la única ley natural que conocía. Los hombres suplicaban de rodillas. Las mujeres se ofrecían en bandejas de plata y ¿la intocable princesa de Múnich, la hija de un patriarca que estaba a un paso de la horca, simplemente me había cerrado la puerta en las narices?

—¿Dio alguna justificación, Frau Müller? ¿O solo lloró de miedo? —pregunté, caminando lentamente hacia la chimenea. La furia comenzaba a arremolinarse en mi pecho, pero venía acompañada de una extraña chispa de fascinación.

La ama de llaves vaciló, con las manos apretando la tablilla.

—No estaba llorando, señor. Su voz era… muy firme. La Fräulein dijo que no es Heidi von Frankfurt. Dijo que… —Frau Müller tartamudeó, con el terror absoluto impidiéndole articular palabra.

—Di exactamente lo que dijo. Cada maldita palabra. —Me volví, clavándole mis ojos azules con la intensidad de un puntero láser.

—Dijo que prefiere morir como una Weber antes que vivir como la puta de un káiser y que, si usted la quería muerta por tener dignidad, que fuera allí a hacer el trabajo personalmente, pues ella no iba a ser un depósito para su estrés.

Apreté la copa de cristal en mi mano con tanta fuerza que el vidrio amenazó con romperse.

¿Prefiere morir con dignidad?

El sonido de unas palmas lentas, rítmicas y cargadas de escarnio resonó desde la puerta secreta que conectaba mi despacho con la sala de inteligencia.

Elias entró con una sonrisa sádica y maníaca que le iluminaba el rostro. Detrás de él apareció Viktor, ajustándose las gafas sobre la nariz, con un brillo de puro análisis táctico en sus ojos claros. Ambos lo habían oído todo a través del sistema de seguridad.

—¡Menudo espectáculo! —Elias se rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás—. ¡El gran y terrible Killian Ritter, el hombre que hace sudar frío a la Bratva rusa, acaba de recibir un «no» de una virgen de veintipocos años! He vivido para ver al káiser ser rechazado por una mujer.

—Cállate, Elias —gruñí en voz baja, aunque su provocación ni siquiera había arañado la superficie del torbellino mental en el que me encontraba.

Hice un breve gesto con la cabeza a Frau Müller.

—Está libre. No le digas ni una palabra a nadie. Si me entero de que en el castillo se está cotilleando sobre su rechazo, te cortaré la lengua.

—*¡Ja, mein káiser!* —Hizo una reverencia apresurada y salió corriendo del despacho como si estuviera escapando del mismísimo infierno.

En cuanto se cerró la puerta, Elias se dejó caer en el sofá de cuero, sin dejar de reír.

—¿Quieres que vaya a buscarla? Puedo derribar esa puerta de madera tallada de una sola patada y arrastrarla por el pelo hasta tus pies. Ninguna de esas perras puede desafiar al Sindicato y salir impune, Killian. Es un insulto directo a tu autoridad. Déjame darle una lección a la princesa.

—Nadie la toca. —La orden salió rasgando, feroz, posesiva, resonando en las paredes de piedra.

Elias dejó de reír, entrecerrando los ojos con desconcierto.

Viktor cruzó los brazos, apoyándose en la pesada mesa de roble. Me miró, con su mente analítica ya diseccionando la escena.

—Es increíblemente inteligente, Killian. Y tiene un instinto de supervivencia muy agudo —observó Viktor, con voz tranquila y clínica—. Astrid vio lo que le pasó a Heidi. Vio que abrir las piernas y entregarse como un trozo de carne barata acabó en humillación y deseche. Se dio cuenta de que el mismo juego no funcionaría.

—No es estrategia, Viktor. Es pura audacia —repliqué, dejando el vaso sobre la mesa—. Karl Weber la crió en una urna de cristal. No sabe jugar al ajedrez con el Sindicato. Reaccionó por instinto y su impulso fue gruñirle al lobo.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo cómo la adrenalina barría el cansancio de mi cuerpo.

La audacia de Astrid. La petulancia demencial de cerrar la puerta con llave y decirle al líder de la mafia alemana que fuera a matarla personalmente si no estaba satisfecho.

Yo había pedido una mujer que no se derrumbara bajo la corona. Una mujer que pudiera sangrar y seguir en pie. Había pasado por el desfile de aquellas veinte chicas de plástico y futilidad, sintiendo solo asco y tedio. Pero, en ese momento, la chica que más me temía, la que temblaba cuando nuestros cuerpos chocaban, acababa de trazar una línea de acero en el suelo y me desafiaba a cruzarla.

—¿No vas a castigarla? —preguntó Elias, incrédulo—. Hermano, si los demás patriarcas se enteran de que la hija de Weber te ha dicho un sonoro «que te jodan» a una orden tuya y ha seguido respirando, nuestra autoridad se convertirá en una broma.

—Los otros patriarcas no se enterarán, porque nadie más que nosotros tres y una ama de llaves aterrorizada sabe nada de esta reunión —repliqué, caminando hacia la ventana. El viento seguía

azotando el cristal blindado, pero el frío no era nada comparado con el fuego sombrío que acababa de encenderse dentro de mí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Aceptar la derrota y dormir solo? —La burla en la voz de Elias era evidente.

Miré la oscuridad de los Alpes allá afuera. El reflejo de mi rostro en el cristal me devolvió la imagen de un depredador que acababa de encontrar una presa digna de la caza.

Heidi había sido fácil. Fácil y aburrida.

Astrid, por otro lado, era un laberinto. Había clavado sus garras en mi curiosidad de una forma para la que no estaba preparado. No quería ser la puta del káiser. Quería morir con dignidad.

Una sonrisa lenta, letal e indomable curvó mis labios.

—No he sido derrotado, Elias. El juego acaba de empezar —murmuré, en una promesa peligrosa—. ¿Quiere luchar por su propia dignidad? Excelente. Me encantan las buenas guerras. Pero la Fräulein Weber está a punto de descubrir que, en Adlerstein, las reglas del combate las dicto yo.

Me volví hacia Viktor, con los ojos brillando con una nueva y sombría determinación.

—Bloquea el ala sur mañana por la mañana. Ciérrala con llave. Si prefiere el aislamiento de la habitación a mi compañía, entonces nos aseguraremos de que tenga exactamente lo que ha pedido. Veamos cuánto tiempo aguanta la princesa intocable el peso de su propia resistencia cuando la soledad empiece a volverla loca.

Elias soltó un silbido bajo, comprendiendo por fin la crueldad psicológica de la jugada.

No iba a derribar la puerta. No iba a forzarla. Eso sería trabajo de matones irracionales.

La habría quebrado lentamente. La habría acorralado, sofocado sus defensas, hecho comprenderle que cada respiro que daba en aquel castillo me pertenecía. Y cuando por fin abriera aquella puerta, no sería por obligación.

Lo haría suplicándome que entrara.



ASTRID Weber

Capítulo 9

La noche tras mi negativa transcurrió sin que la puerta fuera derribada. Dormí un sueño entrecortado por pesadillas, en las que manos invisibles me apretaban el cuello y ojos azules y gélidos me vigilaban a través de las paredes de piedra. Sin embargo, sorprendentemente, amaneció y yo seguía intacta. Nadie vino a arrastrarme por el pelo ni a castigarme con violencia física.

El fuego de la chimenea aún mantenía la habitación mínimamente caliente cuando la pálida luz de la mañana se filtró a través de las cortinas de terciopelo. Me levanté, vestida con unos pantalones negros de vestir y una blusa gruesa de cachemira, preparándome mentalmente para el calvario que supondría bajar a desayunar y enfrentarme a Killian Ritter después de haberlo rechazado.

Pero, cuando agarré el pomo de bronce de la puerta y tiré de él, no cedió.

Tiré con más fuerza, sintiendo cómo el pánico me subía instantáneamente por la garganta, cortándome la respiración.

—¡Frau Müller! —grité, golpeando la madera maciza con los puños cerrados hasta que me ardió la piel—. ¡Abra esa puerta!

Solo el silencio fúnebre del pasillo me respondió.

El Ala Sur, que la noche anterior parecía un refugio lujoso, se transformó al instante en una tumba de mármol y terciopelo. Killian Ritter no iba a ensuciarse las manos agrediéndome; iba a hacer algo mucho más letal y silencioso: dejarme pudrirme en mi propia dignidad hasta que el aislamiento y la desesperación me hicieran suplicar por su presencia.

Me alejé de la puerta, jadeando. Mi corazón latía con fuerza contra las costillas como un pájaro enjaulado.

Las horas del día comenzaron a arrastrarse de forma agonizante. Nadie vino a traerme el desayuno, ni el almuerzo, ni a reponer la leña de la chimenea, y las llamas acabaron apagándose a media tarde. Sin el fuego, el frío cortante de los Alpes se coló implacable por las rendijas del balcón, apoderándose de la habitación y penetrando en mis huesos.

Cuando el sol finalmente se puso tras los picos nevados, sumiendo el ambiente en una penumbra azulada y enfermiza, me senté en el sillón junto a la ventana, envuelta en un grueso chal de lana, abrazándome las rodillas.

Mi estómago rugía de hambre. Un dolor agudo y constante que intentaba ignorar, centrándome en los fragmentos de mi vida en Múnich.

Pensar en mi padre me dejaba un sabor amargo a hiel en la boca. Karl Weber. El gran general del Sindicato, el hombre que infundía miedo en el sur de Alemania, pero que, ante la amenaza

rusa y del káiser, no era más que un cobarde. Me envolvió en vestidos de seda durante toda mi vida solo para lanzarme a la boca de los leones cuando el agua le llegaba al cuello.

¿Qué pasaría conmigo si simplemente me rindiera? ¿Si me dejara congelar allí mismo, acurrucada en ese sillón?

Mi padre no lloraría en mi entierro. Estaría demasiado ocupado suplicando por su propia vida. El káiser probablemente enviaría mi cuerpo en un ataúd barato de vuelta a mi casa, y el Sindicato borraría a la familia Weber del mapa por nuestra debilidad y por la sospecha de alianza con los rusos. No era solo una niña encerrada en una habitación; era el pasador de una granada.

La imagen de Heidi desfilando en bata, con el cuello marcado y la sonrisa prepotente, invadió mi mente.

Se me revolvió el estómago, y esta vez no fue por hambre, sino por puro asco. Heidi pensó que la sumisión física sería su atajo hacia el poder. Se entregó al primer chasquido de dedos de Killian, creyendo que eso la haría especial. ¿Y qué ganó? Humillación. El káiser la devoró y la escupió. Heidi se rebajó a ser solo un trozo de carne desechable. Un filete masticado, escupido y olvidado en los engranajes de su imperio.

Me niego a ser una vergüenza como Heidi.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo una ira nueva, ardiente y abrumadora nacía en mis entrañas y alejaba el frío. La inocencia que mi madre intentó preservar en mí había muerto en el momento en que pisé este castillo. Ya no podía ser la «princesa intocable». Las princesas intocables no sobreviven en los bajos fondos; se convierten en trofeos en la estantería de los monstruos.

Si Killian Ritter me veía solo como una pieza más desechable en su tablero, una rehén mona para garantizar que mi padre no traicionara al Sindicato, se arrepentiría amargamente.

La única oportunidad que tenía de sobrevivir no era agachar la cabeza, ni tirarme en su cama como una ramera desesperada. Mi

única oportunidad era luchar. Era obligarlo a verme. Obligarlo a reconocer que tenía valor, inteligencia y una sangre tan letal como la suya corriendo por mis venas.

Levanté la cara en la oscuridad. Mi mirada se posó en el techo, fijándose en el rincón exacto donde la pequeña lente de la cámara de seguridad brillaba con un punto rojo casi imperceptible.

Sabía que él estaba mirando. Podía sentir su presencia opresiva a través de esa lente.

Me puse de pie, dejé que el chal de lana se deslizara por mis hombros y caminé hasta el centro de la habitación, deteniéndome justo bajo el campo de visión de la cámara. Levanté la barbilla, manteniendo una mirada fija e inquebrantable hacia la luz roja.

—¿Crees que vas a doblegarme con el frío y el silencio, káiser? —Mi voz no fue más que un susurro en la oscuridad, pero sabía que los micrófonos del Sindicato captarían cada sílaba. —Puede que mi padre me vendiera para salvar el pellejo, pero no soy el títere de nadie. Puedes encerrarme. Puedes dejarme pasar hambre. Pero no serás dueño de mi voluntad a través de la cobardía.

El silencio del castillo absorbió mis palabras.

—No seré tu carne masticada —continué, con la voz ganando firmeza, el acero forjado en el dolor sustituyendo al temblor del miedo—. O salgo de este castillo como tu reina, con la corona del Sindicato en mi cabeza... o salgo muerta. Pero te lo garantizo, Killian Ritter: no seré descartada. Me verás.

No esperé una respuesta fantasma. Le di la espalda a la cámara, poniendo fin a mi declaración de guerra.

La noche avanzó, implacable. El frío se volvió tan cortante que mi aliento se condensaba en pequeñas nubes blancas ante mi rostro. Me tumbé en la cama, completamente vestida, y me cubrí con todas las mantas gruesas que encontré en el armario. Me dolía el estómago y los músculos temblaban involuntariamente, un vacío que intentaba devorarme viva.

Pero mientras contemplaba la oscuridad del techo, mi mente ya no estaba presa del pánico. Estaba calculando. Se estaba armando.

Cuando la pálida luz de una nueva mañana finalmente apareció, la puerta seguía cerrada con llave. El juego de resistencia de Killian apenas había comenzado, pero lo que él no sabía era que yo acababa de aprender las reglas. Y no pensaba perder.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 10

El resplandor escarlata del punto en la pantalla de alta definición era la única luz que realmente importaba en aquella sala de vigilancia. Estaba sentado en el sillón de cuero, con la mirada fija en la imagen granulada del Ala Sur. Astrid Weber estaba de pie, justo en el centro de la habitación, mirando a la lente de la cámara con una altivez que rayaba en la locura.

Sus palabras aún resonaban en los altavoces de alta fidelidad de mi despacho, impregnando el aire con una insolencia que nunca había presenciado.

«O salgo de este castillo como su reina... o salgo muerta».

—Es fascinante —la voz de Viktor surgió de las sombras a mis espaldas. Estaba apoyado contra el panel de control, con los brazos cruzados, observando la misma pantalla con un destello de

curiosidad científica en los ojos—. Treinta horas sin comer. Doce horas a temperaturas bajo cero y no solo no ha suplicado, sino que ha utilizado las pocas fuerzas que le quedan para declararte la guerra, Killian.

—Es una tonta —gruñí, aunque el ardor de deseo y furia en mi pecho desmentía mis palabras—. Una tonta que no sabe cuándo doblegarse.

—Al contrario. Sabe perfectamente que, si se rinde ahora, no será más que otra pieza en tu colección de trofeos desechables —Viktor se acercó, tecleando algo en el teclado. El gráfico térmico del dormitorio de Astrid apareció en una pantalla lateral. —Su temperatura corporal está bajando peligrosamente. Si la dejamos ahí cinco horas más, su corazón empezará a fallar. Pero fíjate en su postura. No ha bajado la barbilla ni un milímetro.

Viktor se volvió hacia mí, con expresión seria bajo sus gafas graduadas.

—Killian, tú querías una mujer que tuviera resistencia. Alguien que no fuera un filete masticado, como ella misma dijo. Pues bien, la has encontrado. Astrid Weber tiene más acero en las venas del que su padre jamás tendrá en el alma. Suéltala. Si muere de hipotermia ahora, perderás la única pieza del tablero con la que realmente sabes jugar.

Apreté los puños sobre los brazos del sillón. La resistencia de Astrid era un insulto y, al mismo tiempo, la droga más potente que me habían ofrecido jamás. Quería quebrarla, pero la idea de verla muerta me causó una punzada de malestar que no estaba preparado para sentir.

—Abre el Ala Sur —ordené, con voz ronca—. Dile a Frau Müller que le lleve comida, un baño caliente y el mejor vestido que tenga en su ajuar.

—La cena con los generales del Sindicato empieza en dos horas —recordó Viktor, con una media sonrisa depredadora—. Karl

Weber ya ha llegado. Está en el vestíbulo, con el aspecto de un hombre que espera la noticia de la ejecución de su propia hija.

—Excelente. Quiero que ella aparezca en ese salón como si acabara de salir de un trono, no de una celda —me levanté, ajustándome la chaqueta—. Veamos si su «acero» resiste la presión de diez patriarcas mafiosos y la humillación de estar bajo mi techo.

***

El salón de banquetes de Adlerstein desprendía un aroma a lujo decadente y muerte inminente. Era una noche de gala para el Sindicato. Los hombres más peligrosos de Alemania estaban allí, vestidos con esmoquin impecables que ocultaban fundas de cuero e intenciones traicioneras. Sus esposas lucían joyas con las que podrían comprar países pequeños, moviéndose entre las lámparas de cristal con la gracia de las serpientes.

Yo estaba situado en lo alto de la escalera de mármol, flanqueado por Elias y Viktor. Éramos los Ritter. La máxima autoridad.

Las candidatas ya estaban en el salón, circulando como pavos reales bajo las miradas codiciosas de los generales. Heidi llevaba un vestido dorado que gritaba por llamar la atención, pero la ignoré por completo. Mi mirada recorría el fondo del salón, donde Karl Weber conversaba nerviosamente con el barón de Frankfurt, con el sudor brillando en su frente.

De repente, un suave movimiento a mi lado me hizo desviar la atención. Una mano delicada me tocó el brazo, y un ligero perfume floral inundó mi olfato.

—Tienes esa cara de quien va a enviar a alguien al patíbulo, Killian. Relájate. Es una fiesta, no un funeral.

Me giré y mi rostro se relajó ligeramente.

Freya...

Mi hermana menor estaba radiante con un vestido de tul azul celeste, que contrastaba violentamente con la oscuridad del resto de nuestra familia. A sus veinte años, Freya era lo único puro que quedaba en el linaje Ritter. La protegíamos como si fuera el último gramo de oxígeno en un búnker subterráneo.

—No deberías estar aquí, Freya —dije, aunque sabía que era inútil—. Este salón está lleno de serpientes.

—Soy una Ritter, hermano. Nací en el nido de las serpientes —sonrió, con los ojos brillando con una astucia que a menudo pasaba desapercibida tras su aspecto angelical. Inclinó la cabeza, recorriendo el salón con una mirada analítica. —Sabes, he estado contando las caras de ahí abajo, Killian... y solo he contado diecinueve chicas.

Arqueó una ceja, y su sonrisa se volvió burlona.

—Ni siquiera se ha servido la cena y ya has matado a una de ellas. ¿Dónde está el cadáver? ¿O es que era tan aburrida que decidiste tirarla por el precipicio antes del primer brindis?

Elias soltó una risa ahogada a mi lado. Viktor permaneció en silencio, pero vi cómo se curvaba la comisura de sus labios. Solo nosotros sabíamos de la resistencia en el Ala Sur; para Freya y el resto del castillo, la ausencia de Astrid no era más que un misterio conveniente.

—Solo se está... preparando —respondí, con voz seca y brusca.

—Ya veremos —me guiñó un ojo, sin creerme claramente mi excusa.

En ese preciso instante, el murmullo del salón cesó. Las conversaciones de los generales se apagaron e incluso la orquesta pareció bajar el volumen. Las puertas dobles del vestíbulo se habían abierto.

Astrid Weber entró.

Pareció como si el aire se hubiera esfumado del salón. No caminaba como una prisionera que hubiera pasado treinta horas en aislamiento y en el frío. Caminaba como una emperatriz en el exilio, regresando para reclamar lo que le pertenecía por derecho.

El vestido de seda esmeralda era una obra de arte. La tela fluía por su cuerpo como el agua, el profundo escote en la espalda revelaba la piel pálida que ahora parecía emitir un brillo febril, una clara señal del frío al que se había enfrentado, pero que ella usaba como un aura de poder. Se había recogido el oscuro cabello en un moño alto y severo, dejando solo algunos mechones enmarcando su rostro esculpido. Los labios estaban pintados de un rojo tan oscuro que parecía sangre coagulada. Pero eran sus ojos... esos ojos marrones, que antes eran pozos de pavor, pero que se habían transformado en dos brasas de odio y resiliencia. Caminó ignorando a cada patriarca, a cada general y a cada candidata que la miraba con sorpresa. Cuando pasó junto a Karl Weber, su propio padre, ni siquiera volvió la cara. Su desprecio por el hombre que la había vendido era absoluto.

Se detuvo en el centro del salón, sola, una mancha de color vibrante en medio del blanco y negro de los trajes formales.

Freya soltó un silbido bajo, lleno de admiración.

—¡Vaya! Es magnífica. Creo que acabo de encontrar a la vigésima.

Sentí cómo me hervía la sangre. El deseo, que antes era una llama controlada, se había convertido en un incendio devastador. Quería bajar aquellas escaleras, cogerla del brazo y arrastrarla lejos de todas aquellas miradas lascivas. Su declaración de guerra en el dormitorio no había sido un farol. Estaba allí para demostrar que mi imperio ya no le daba miedo.

Bajé los escalones con pasos lentos, con mi presencia abriéndose paso entre los generales como una cuchilla cortando seda. Me detuve a pocos centímetros de ella. El aroma a lavanda y vainilla me envolvió, mezclado con el calor de su fiebre.

Astrid no retrocedió. Levantó la barbilla, sosteniendo mi mirada con una audacia que hizo que Elias y Viktor se detuvieran detrás de mí, en absoluto silencio.

—¿Te ha gustado tu tiempo de reflexión, *Fräulein*? —le susurré al oído.

Astrid aceptó una copa de champán de un camarero que pasaba, dio un largo sorbo sin apartar los ojos de los míos y esbozó una sonrisa gélida que me golpeó como un disparo.

—Ha sido esclarecedor, señor Ritter —respondió ella, con voz firme, sin ningún atisbo de debilidad—. El aislamiento me ha enseñado que su poder depende de cerrojos y cámaras. El mío depende solo de mí.

—Cuidado, Astrid —me acerqué más, con mi aliento rozándole la oreja—. El acero puede ser resistente, pero se derrite con el fuego adecuado.

—¿Y tú crees que es el fuego, káiser? —Inclinó la cabeza, con los labios rojos a milímetros de mi cuello—. Yo creo que tú solo eres el hielo que intenta impedir que el mundo se dé cuenta de que no tienes nada por dentro.

Antes de que pudiera responder a ese insulto supremo, Freya apareció a nuestro lado, rompiendo la tensión eléctrica.

—Disculpa, Killian. Estás siendo un anfitrión pésimo y aterrador, como de costumbre —mi hermana sonrió a Astrid, tendiéndole la mano con elegancia—. Soy Freya Ritter. Me alegro de que no seas uno de los cadáveres que me imaginaba.

Astrid parpadeó, sorprendida por la llegada repentina y radiante de Freya. Su máscara de odio vaciló por un segundo, dando paso a una confusión genuina. Apretó la mano de Freya, con los ojos analizando a mi hermana.

—Astrid Weber —respondió, con la voz ligeramente más suave.

—Ven conmigo, Astrid —rió Freya, entrelazando su brazo con el de ella—. Esta cena va a ser un auténtico aburrimiento si tengo que escuchar al barón de Frankfurt hablar de sus rutas de contrabando otra vez. Necesito a alguien que sepa mirar a mi hermano a los ojos sin temblar.

Observé, paralizado por la furia y la fascinación, cómo mi hermana se llevaba a mi principal rehén lejos de mí. Astrid miró por encima del hombro una última vez, con el desafío brillando en sus ojos castaños antes de desaparecer entre la multitud.

—Acaba de llamarte alma vacía y luego se ha ido a dar un paseo con nuestra hermana —comentó Elias, acercándose con un vaso de whisky y riéndose sin parar—. Estás perdiendo el control de tu propio castillo, káiser.

—No estoy perdiendo nada, Elias —respondí, observando la silueta de seda esmeralda de Astrid en la lejanía—. Ella cree que ha ganado una batalla porque Freya la acogió y que su «valor» la protege.

Me volví hacia Viktor, que observaba la escena con su habitual calma.

—Viktor, cambia los planes para mañana. La prueba de «elegancia» ha terminado. Pasemos a la prueba de campo. Quiero ver cómo se comporta la princesa de Múnich cuando la sangre empiece a manchar su vestido de seda.

Mi imperio estaba bajo el ataque de los rusos, pero la verdadera guerra, aquella que yo estaba decidido a ganar a cualquier precio, estaba ocurriendo dentro de aquellas paredes. Astrid Weber quería ser vista. Quería valor. Pues bien. Yo le daría todo el valor del mundo, hasta que su peso la hiciera suplicar por la misericordia que acababa de escupir.



ASTRID
Weber

Capítulo 11

El peso de la seda esmeralda sobre mi piel era lo único que me mantenía anclada a la realidad. Por dentro, me sentía como si estuviera flotando en una niebla febril, un subproducto de las horas que pasé en el hielo y del hambre que se transformaba en una náusea persistente. Sin embargo, por fuera, era la imagen de la perfección gélida. Mis labios pintados de rojo no temblaban. Mis manos, aunque heladas, sostenían la copa de champán con una firmeza que no sabía que poseía.

El salón de Adlerstein era un mar de depredadoras. El brillo de los diamantes en los cuellos de las otras diecinueve candidatas parecía reflejar la luz de las lámparas de araña de forma agresiva, como cuchillas listas para atacar. Sentía cada mirada clavada en mí, cada susurro que se apagaba cuando pasaba. Me estudiaban como si fuera un código que necesitara ser descifrado.

—Estás muy callada, Astrid —la voz de Freya Ritter sonó a mi lado, vibrante y llena de una energía que aún no lograba comprender. Me sujetaba el brazo con una naturalidad que me incomodaba—. Si sigues mirando ese champán como si fuera veneno, la gente empezará a pensar que sabes algo que ellas no saben.

—En nuestro mundo, Freya, dar por sentado que todo es veneno es lo que nos mantiene con vida —respondí, esforzándome por que mi voz sonara suave, aunque mi garganta pareciera arañada por dentro.

Freya se rió, un sonido cristalino que parecía una herejía en aquel ambiente cargado de testosterona y peligro.

—Me gusta cómo piensas. Ven, vamos a dar una vuelta. Si nos quedamos quietas, las hienas se acercarán.

Me condujo por el salón, y la proximidad con la hermana del káiser era como llevar un foco de búsqueda. A cada paso, la tensión aumentaba. Veía a Heidi von Frankfurt por el rabillo del ojo, rodeada de sus seguidoras habituales. Su rostro estaba retorcido en una máscara de odio mal disimulado.

—Mirad quién ha decidido salir de su escondite —la voz de Heidi cortó el aire, más alta de lo necesario, atrayendo la atención de un grupo de generales del Sindicato que se encontraba cerca.

Se dirigió hacia nosotros, contoneando las caderas con su vestido dorado, con los ojos azules lanzando chispas, y se detuvo frente a nosotros, pero no se atrevió a mirar directamente a Freya; su atención se centraba en mí.

—Todos nos preguntábamos dónde te habías metido hoy, Astrid —dijo Heidi, con una sonrisa maliciosa curvándole los labios—. Frau Müller dijo que no te encontrabas bien, pero nadie se queda encerrada en una habitación tanto tiempo sin un motivo… especial.

El silencio se apoderó de las chicas que nos rodeaban. Greta y las demás se inclinaron, ansiosas por el desenlace del cotilleo. Podía

sentir cómo giraban los engranajes de sus mentes. Me habían visto llegar tarde, habían visto el trato especial en la distribución de las habitaciones y mi prolongada ausencia. En su mundo, solo había una explicación para que un hombre como Killian Ritter mantuviera a una mujer aislada durante tanto tiempo.

Pensaban que había estado con él. Pensaban que, mientras ellas desfilaban por el castillo, él me reclamaba en los aposentos del ala norte.

La ironía era tan amarga que casi me hizo reír. No estuve entre sábanas de seda; estuve entre paredes de piedra que me robaban el calor del cuerpo. No fui amada; fui castigada. Sin embargo, si ellas querían creer en la mentira, yo no sería quien las desmintiera. La información era poder, y el misterio era mi mejor defensa.

—El castillo es grande, Heidi. A veces, el káiser exige privacidad para tratar asuntos que chicas como tú no entenderían —respondí, con una implacabilidad que me sorprendió.

Vi el momento exacto en que la duda se dibujó en el rostro de Heidi. Miró mi cuello, buscando marcas que no existían, pero el brillo febril de mi piel y la forma en que sostenía su mirada parecían convencerla de algo que nunca ocurrió.

—¿Estás diciendo que has estado con él? —preguntó Greta Meyer, presa de una envidia ácida.

—Lo que digo es que no les debo explicaciones sobre mi vida a ninguna de ustedes —repliqué, dando un sorbo al champán. El líquido burbujeante me quemó la garganta seca—. Pero siéntete libre de preguntárselo a Killian, si te atreves.

Sentí que el brazo de Freya apretaba el mío, una discreta señal de aprobación.

—Creo que mi hermano tiene criterios muy específicos a la hora de elegir a quién convoca, ¿no es así? —intervino Freya, con una voz dulce, pero cargada de una advertencia letal que hizo que

Heidi diera un paso atrás—. Ahora, si nos disculpan, Astrid y yo tenemos asuntos familiares que tratar.

La expresión «asuntos de familia» resonó por el salón como un estruendo. Que me relacionaran con la hermana Ritter de esa manera era como recibir un sello de protección oficial. Heidi se quedó atrás, con el rostro manchado de frustración, mientras las otras chicas empezaban a cotillear furiosamente.

«Estaba con él», oí susurrar. «Karl Weber debe de haber negociado algo muy grande». «Mira su vestido, el káiser nunca le daría algo así a cualquiera».

Las serpientes se agitaban y su veneno se volvía unas contra otras, mientras intentaban recalcular sus posibilidades. No sabían que yo estaba a punto de desmayarme. Ni que con cada respiración sentía el peso de mi estómago vacío y el frío que aún parecía habitar en mis pulmones.

—Eres muy buena en esto —murmuró Freya, mientras nos alejábamos hacia una zona un poco más apartada de la terraza interior—. Están dispuestas a matarse por una idea que tú has sembrado sin decir una sola mentira directa.

—Aprendí a observar a las serpientes antes de meterme en el nido, Freya —dije, apoyándome ligeramente en una columna de mármol para aliviar el peso de mis piernas—. En mi mundo, el silencio es el arma más letal que una mujer puede poseer.

—Y en el mío también —asintió Freya, con una expresión que de repente se volvió seria. Miró hacia el salón, donde su hermano Killian conversaba con un grupo de hombres de rasgos duros—. Pero ten cuidado, Astrid. Tu cercanía conmigo y la suposición de que eres la favorita de mi hermano te convierten en el objetivo principal. Heidi no descansará hasta descubrir la verdad, y si se da cuenta de que eres «solo» una rehén... se asegurará de que no sobrevivas a la próxima noche.

—Para mi padre ya estoy muerta, Freya —respondí, con la amargura desbordándome—. La única diferencia ahora es que he decidido elegir quién será mi verdugo. Y te lo aseguro, no será Heidi.

Miré hacia el salón y crucé la mirada con Killian Ritter. Estaba a metros de distancia, pero la conexión fue inmediata. El káiser no sonreía. El hombre me observaba con la misma paciencia depredadora de un lobo que observa a la presa a la que ha decidido no matar... todavía. Sabía lo que las demás estaban pensando y que el rumor de mi «favoritismo» se estaba extendiendo por el salón, sin embargo, no movía un dedo para desmentirlo.

Al contrario, el káiser parecía disfrutar del caos que causaba mi presencia.

—Mi padre me está mirando —murmuré, al ver a Karl Weber al fondo del salón. Parecía un hombre que acababa de ver un fantasma. Killian esperaba encontrar a una hija destrozada, o un cadáver. Verme allí, junto a la princesa Ritter, vestida de seda esmeralda y desafiando al Sindicato, era algo que su mente cobarde no podía procesar.

—Deja que mire —dijo Freya, levantando su propia copa en un brindis silencioso por mi padre—. Te vendió al diablo, Astrid. Pero lo que no previó es que al diablo le gusta la compañía a su altura.

La cena se sirvió poco después. Freya se quedó a mi lado, lo que no hizo más que aumentar la furia en los ojos de las otras diecinueve candidatas. Heidi estaba sentada en el extremo opuesto, apuñalando su trozo de carne como si estuviera imaginando mi rostro en el plato.

Comí despacio, obligándome a tragar cada bocado, sintiendo cómo la energía regresaba gradualmente a mi cuerpo. Necesitaba hasta la última gota de fuerza.

El ambiente durante la cena era tenso. Los generales hablaban de la Bratva, de los ataques rusos en las fronteras y de la necesidad de una unión inquebrantable bajo el mando de los Ritter.

Era un consejo de guerra disfrazado de banquete y nosotras, las veinte chicas, éramos los trofeos que garantizaban que esa unión permaneciera intacta.

Saskia Koch, sentada a mi izquierda, se inclinó hacia mí mientras recogían los platos.

—Dicen que te acostaste con él —susurró, con voz neutra, pero con los ojos verdes llenos de curiosidad—. Pero vi cómo miraste el plato de comida cuando llegó. Tenías hambre de verdad.

Volví la cara hacia ella. Saskia era más inteligente que el resto. Veía las grietas en la fachada.

—A veces, para sobrevivir hay que dejar que la gente crea lo que les reconforta, Saskia —respondí, sin levantar la voz—. Si creen que estoy en la cama del káiser, dudarán en atacarme abiertamente. Es el tiempo que necesito.

—¿Tiempo para qué? —preguntó ella.

—Para descubrir cómo abrir las cerraduras de este castillo — no lo dije, pero mi mirada transmitió el mensaje.

Saskia esbozó una sonrisa y volvió su atención hacia el champán.

La cena terminó y comenzó el baile. Killian Ritter se levantó de su lugar de honor y recorrió el salón. El aire parecía vibrar con su presencia. Bailó con Heidi, un vals corto y mecánico que la dejó radiante, aunque él no le dirigió ni una sola palabra. Bailó con Greta, la heredera de Stuttgart, manteniendo la misma máscara de absoluta indiferencia.

Hasta que se detuvo ante mí.

La música era lenta, un violonchelo melancólico que llenaba el espacio entre las paredes de piedra. Killian extendió la mano y todo el salón se detuvo.

—*Fräulein* Weber —dijo, haciendo que se me erizara el vello de la nuca.

Puse mi mano en la suya. El contacto eléctrico hizo que mi fiebre pareciera subir al instante. Me condujo al centro del salón.

—Eres el tema principal de la noche —murmuró, mientras me ponía la mano en la cintura, acercándome a él, mucho más cerca de lo que exigía el protocolo ante tantos generales—. Dicen que te has ganado al káiser en el aislamiento del Ala Sur.

—Podrías decirles la verdad —respondí, obligándome a mantener los pies firmes, aunque la proximidad de su cuerpo caliente me estaba mareando—. Podrías decir que me encerraste en el hielo para doblegarme.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Se inclinó, con el aliento a whisky y peligro rozándome la oreja—. La historia que ellas han inventado me resulta mucho más útil. Te tienen miedo, Astrid. Y una mujer que infunde miedo es mucho más valiosa para el Sindicato que una que solo despierta deseo.

—No soy una de tus herramientas, Killian —siseé, con la mirada clavada en la suya.

—Estás en mi castillo y respirando mi aire. —Me apretó la mano en la cintura, con una posesividad brutal que emanaba de cada poro—. En este momento, eres exactamente lo que yo decida que seas.

La música terminó, pero él no me soltó de inmediato. El káiser mantuvo el agarre un segundo más, asegurándose de que todos vieran cómo me reclamaba ante el Sindicato.

Se alejó con un gesto mínimo y se dirigió hacia Viktor y Elias.

Volví junto a Freya, sintiendo que me temblaban las piernas. Los celos de las otras chicas eran una entidad física en el salón. Veía a Heidi susurrando con Greta y sus miradas prometían venganza.

No le dije la verdad a nadie, ni desmentí los chismes. Solo observé a las serpientes, sintiendo el peso de la corona de espinas que acababa de aceptar llevar.

Estaba en el juego y ya no había vuelta atrás. O salía de aquel castillo como la reina del Sindicato, o no saldría con vida. Por primera vez, la idea de luchar contra el diablo me parecía mucho más atractiva que la idea de huir de él.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 12

El olor a pólvora quemada es el perfume de la verdad. En los bajos fondos, las palabras mienten, las alianzas cambian y las sonrisas son falsas, pero el retroceso de un arma de fuego contra la palma de la mano y el agujero que deja en el blanco nunca engañan a nadie. Un arma revela quién tiene el valor de apretar el gatillo y quién va a llorar ante el primer charco de sangre.

Era una mañana de cielo grisáceo y frío cortante. El campo de tiro de Adlerstein se encontraba en un ala semiabierta, protegida de la ventisca directa por un techo de hormigón, pero lo suficientemente abierta como para que el viento helado de los Alpes hiciera sangrar la nariz a cualquiera que no estuviera acostumbrado.

Estaba de pie con los brazos cruzados a la espalda, vestido con una chaqueta táctica oscura, observando a mis veinte rehenes alineadas frente a las cabinas de tiro. Habían cambiado los vestidos

de seda por pantalones térmicos, botas de cuero y abrigos gruesos, pero la mayoría seguía temblando incontrolablemente. Algunas por el frío, pero la mayoría por miedo.

—Bienvenidas al verdadero Sindicato. —La voz de Elias resonó por el campo de tiro, cargada de su sadismo habitual. Caminaba detrás de la fila de chicas, sosteniendo un fusil de asalto apoyado en el hombro. —Hoy vamos a descubrir quiénes de ustedes son capaces de defender al káiser y quiénes solo servirán como escudo humano.

Sobre la mesa de metal pulido, frente a cada una de ellas, descansaba una Glock 19 cargada.

Viktor estaba en un rincón, apoyado contra una columna, registrando las reacciones en su tableta. Yo, sin embargo, me concentraba en no fijarme solo en una chica. Mi cerebro exigía analizar a todas, pero mis instintos, como perros rabiosos, seguían atrayendo mi atención hacia la quinta cabina.

Astrid Weber...

Estaba de pie frente al arma, con las manos pálidas metidas en los bolsillos de la chaqueta. Su rostro estaba impasible, una máscara de porcelana fría. No hablaba con Saskia, que estaba en la cabina de al lado, ni parecía intimidada por los gritos de Elias. La chica solo miraba el arma de metal frío como si estuviera frente a un viejo enemigo.

—Podéis empezar —ordené, acallando el aullido del viento—. Quiero cinco disparos al blanco.

La cacofonía que siguió fue exactamente lo que esperaba.

El ensordecedor sonido de los disparos hizo que al menos cuatro chicas gritaran y dejaran caer las armas al suelo. Una heredera de Stuttgart empezó a llorar histéricamente, tapándose los oídos, asustada por el propio retroceso de la pistola que casi le dislocó la muñeca. Elias se reía, dando patadas a los casquillos vacíos en el suelo y burlándose abiertamente de ellas.

Heidi, en un intento desesperado por recuperar mi atención tras la humillación del baile, adoptó la postura rápidamente. Disparó cinco veces con la expresión arrogante de quien ha crecido rodeada de traficantes. Tres disparos dieron en el borde de la diana; dos alcanzaron el hombro de la silueta de papel. Se volvió hacia mí, buscando mi aprobación.

No se la di. Aparté la mirada. Su actuación era mediocre y su necesidad de validación, patética.

Saskia Koch, en la cabina contigua a la de Astrid, fue la mejor. Hija de un proveedor de armas, empuñó la Glock con familiaridad, disparando de forma rítmica. Cuatro disparos en el pecho, uno en el cuello. Bajó el arma e intercambió una mirada analítica con Viktor, quien asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

Entonces, el stand se fue quedando en silencio a medida que las chicas vaciaban sus cargadores o se rendían entre lágrimas.

Solo quedaba una.

Astrid seguía inmóvil, con el arma intacta sobre la mesa.

Caminé con pasos lentos y deliberados por el pasillo, el sonido de mis pesadas botas llamando la atención de todas las demás chicas que ahora observaban con la respiración contenida. Me detuve justo detrás de ella. Tan cerca que el perfume de lavanda y vainilla se infiltró en mis pulmones, superponiéndose al olor a plomo quemado.

—¿Qué pasa, princesa? —murmuré, inclinándome ligeramente hacia delante, con una voz ronca que vibró justo por encima de su hombro—. ¿Te asusta el peso del metal? Si no es capaz de disparar a un trozo de papel, ¿cómo esperas sobrevivir a la primera invasión rusa?

Astrid no se encogió. Al contrario, sentí cómo su cuerpo se enderezaba, con la columna vertebral rígida como una hoja.

Sacó las manos de los bolsillos y cogió el arma. Sus dedos eran finos y elegantes, pero noté un ligero temblor en su mano derecha. Astrid no estaba acostumbrada a matar. Karl Weber la había protegido de esa parte del imperio.

La chica levantó la Glock, con los brazos estirados y los codos bloqueados. Su postura era tensa. Demasiado rígida. El retroceso rompería su concentración en el primer disparo.

Actué incluso antes de pensar en las consecuencias de tocarla delante de todo el stand.

Di un paso adelante, anulando el mínimo espacio que nos separaba. Mi amplio pecho chocó contra su espalda. Astrid jadeó agudamente, su cuerpo tensándose como la cuerda de un arco a punto de romperse, pero no bajó el arma.

Pasé mis brazos alrededor de los suyos. Mis manos, grandes y callosas, cubrieron las suyas, frías y delicadas, que sostenían la pistola. La diferencia de tamaño era brutal. La engullía por completo. El calor de mi cuerpo comenzó a calentar el suyo casi de inmediato en el viento helado.

—Estás demasiado tensa, *Kleine* —susurré, con los labios rozando la curva de su cuello. Sentí el latido frenético de la yugular bajo la suave piel. Mi propia sangre corrió más rápido, en un deseo sombrío y posesivo, oscureciendo mi visión. —Desbloquea los codos. Si tu cuerpo es una pared de ladrillos, el retroceso te derribará. Tienes que ser el agua que absorbe el impacto.

Apreté mis dedos sobre los suyos, reajustando el agarre. El contacto era técnico, correctivo, pero la electricidad que pasaba entre nuestra piel era todo menos profesional.

—Separa las piernas —le ordené.

Ella dudó una milésima de segundo. Las palabras tenían un doble peso que no pasó desapercibido para ninguno de los dos. El sonido de las risitas nerviosas de algunas candidatas detrás de nosotros se desvaneció en lo más profundo de mi mente. Estaba

concentrado solo en ella. En su olor. En la forma en que su pecho subía y bajaba contra mis brazos cerrados a su alrededor.

Astrid separó ligeramente las piernas, buscando una base más sólida en el suelo de hormigón.

—Más —le ordené, deslizando mi rodilla derecha por el interior de su muslo, abriendo su postura a la fuerza, encajando mi cuerpo aún más contra el suyo.

Un gemido contenido, que intentó disimular como un jadeo, se escapó de sus labios rojos. La tensión sexual en el aire era tan densa que se podía cortar con un machete. Quería morder la piel expuesta de su cuello. Quería deslizar mi boca por su mandíbula y ver si mantendría esa pose de emperatriz exiliada mientras gemía mi nombre.

—Mira por la mirilla. Respira... —le dije, apoyando mi mejilla en su cabello oscuro—. Cuando estés lista, suelta el aire lentamente... y aprieta.

Aparté las manos unos milímetros antes de que disparara, dejándole el control total del peso del arma, pero mantuve mi cuerpo pegado al suyo.

El disparo retumbó. El cuerpo de Astrid absorbió el retroceso exactamente como yo le había enseñado. El arma bajó ligeramente y ella volvió a apuntar en menos de un segundo.

Cuatro disparos en rápida sucesión, ensordecedores e implacables.

El silencio se apoderó del campo de tiro, interrumpido solo por el tintineo de los cuatro casquillos vacíos que bailaban sobre el hormigón.

Incliné el cuello para ver la diana de papel a diez metros de distancia.

Fruncí el ceño. El aire pareció detenerse en mis pulmones.

No había disparos dispersos. No había marcas en el hombro ni en las extremidades como las de Heidi. Había un grupo de disparos aterradoramente cerrado, formando un agujero irregular del tamaño de una manzana exactamente en el centro del cráneo de la silueta de papel. Un disparo mortal tras otro.

Elias, que estaba a punto de soltar alguna broma cruel, se atragantó con su propia saliva. Viktor dejó de teclear en la tableta y se ajustó las gafas, con los ojos muy abiertos.

Yo permanecí inmóvil, con el pecho aún pegado a su espalda. La furia depredadora y la fascinación chocaron dentro de mí con la fuerza de un accidente de tren.

Su postura. El control de la respiración. No aprendió eso en la milésima de segundo en que le corregí la empuñadura. Yo solo la ayudé a liberar la tensión del cuerpo, pero la precisión... esa precisión ciega, instintiva y letal... ya la tenía. Fingió vacilar solo para que todos se creyeran la máscara de fragilidad.

Astrid bajó el arma y soltó el seguro, dejando la Glock sobre la mesa de metal con un movimiento suave, casi delicado.

No se alejó de mi cuerpo de inmediato. Al contrario. Giró la cara lo justo para que sus ojos marrones, incandescentes y furiosos, se encontraran con los míos. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia.

—He aprendido que el acero puede ser resistente, káiser —repitió mi propia provocación de la noche anterior, con voz baja, letal, perfectamente controlada—. Pero el retroceso es mucho más fácil de absorber cuando imaginas la cara adecuada en el punto de mira.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo directo en la mandíbula. Estaba diciendo, sin rodeos, ante todo el stand, que había imaginado mi jodida cara mientras reventaba los sesos del blanco de papel.

Heidi jadeó en voz alta al fondo de la sala. Las otras chicas parecían dispuestas a ver al káiser desenfundar su propia arma y ejecutar a Astrid allí mismo por semejante falta de respeto.

No saqué mi arma.

Di un paso atrás, soltándola. Mis ojos azules recorrieron su rostro pálido y desafiante. Karl Weber no había enviado una oveja a mi matadero. Había enviado a un demonio con piel de seda, y la muy desgraciada ni siquiera se daba cuenta de lo desquiciada y espectacular que era.

—¿Quién te enseñó a disparar? —exigí saber, con una voz que no era más que un gruñido letal. Ningún padre de la élite del Sindicato enseñaba a su hija a disparar de esa manera a menos que la estuviera preparando para ser una verdugo.

Astrid se volvió completamente hacia mí, cruzando los brazos y metiendo las manos heladas en las mangas de su abrigo de lana. La mención de su pasado hizo que una sombra de dolor muy sutil cruzara sus ojos antes de quedar inmediatamente ocultada por el escudo de indiferencia.

—Un fantasma —respondió enigmáticamente.

Se me tensó la mandíbula. Un fantasma. ¿Un guardaespaldas? ¿Un ex amante al que Karl Weber había matado para protegerla? Los celos irracionales, un sentimiento enfermizo y ridículo que nunca había experimentado, arañaron las paredes de mi pecho con sus afiladas garras. Alguien le había enseñado a mi mujer a empuñar un arma. Alguien había estado pegado a su espalda, tal y como yo acababa de estar, guiando sus manos.

—Una combinación letal, *Fräulein* Weber —dije, lleno de sarcasmo gélido y advertencia—. Si los rusos invaden nuestras fronteras, no necesitaré poner guardias en el Ala Sur. Parece que la princesa sabe cuidarse sola.

—Siempre me he cuidado sola, señor Ritter —replicó ella—. Ya que los hombres que me rodean son expertos en arrojarme a la

boca de los lobos.

Esbocé una sonrisa torcida y peligrosa. La sangre me latía en las venas.

—El entrenamiento ha terminado por hoy —grité al resto del grupo, aunque mis ojos no se apartaban de los suyos—. Entrad. No me haré responsable de limpiar narices que goteen.

Las chicas no necesitaron que se lo repitiera. Salieron en estampida hacia las puertas del castillo como un rebaño asustado. Heidi fue la primera en atravesar las pesadas puertas, con el rostro enrojecido por la humillación y la envidia. Saskia tardó un poco más, lanzando una mirada de respeto a Astrid antes de seguirlas.

Me quedé en la tribuna con mis hermanos y Astrid. Ella me miró fijamente por última vez, con la barbilla levantada de forma insolente, y me dio la espalda, caminando hacia el calor de Adlerstein. El viento agitaba los mechones de cabello oscuro que se habían escapado del moño.

—Retiro todo lo que he dicho, Killian —susurró Elias a mi lado, con la mirada fija en su silueta alejándose—. Si no te casas con esa mujer, me casaré yo mismo con ella. Es lo más aterrador y hermoso que he visto empuñar una Glock.

Agarré a Elias por el cuello de su chaqueta táctica y lo lancé contra la columna de hormigón con un golpe sordo, la furia apoderándose de mí de forma violenta e incontrolada.

—Mírala así una vez más, Elias, y te arrancaré los ojos con la punta de mi navaja —gruñí, con mi rostro a centímetros del suyo, mientras la posesividad irracional destrozaba mi cordura.

Elias levantó ambas manos en señal de rendición, pero el hijo de puta estaba sonriendo. Estaba disfrutando viendo cómo el káiser perdía los estribos.

—Tranquilo, hermano. Solo estoy inspeccionando la mercancía. *Tu* mercancía.

Solté a Elias con un empujón brusco.

Viktor se acercó, sosteniendo la diana de papel de Astrid, que había arrancado del soporte. El agujero en el centro de la cabeza de la figura era espeluznante.

—Nos ha tomado el pelo —murmuró Viktor, analizando los bordes chamuscados del papel—. Ha fingido toda su vida que era la intocable princesa de Múnich. Y ayer, en el aislamiento, dijo que ya no iba a fingir más. Killian... no tienes una rehén en el castillo. Tienes una hoja sin vaina vagando por nuestros pasillos.

Miré hacia las puertas del castillo por donde había desaparecido. Mi mano derecha se cerró en un puño, el recuerdo táctil de su cuerpo apretado contra el mío aún quemándome la piel.

Ella imaginó mi rostro en la diana.

Me prometí a mí mismo que no la castigaría con torturas físicas, pero la tensión creciente entre nosotros acabaría partiendo el castillo por la mitad. Quería arrancarle los secretos. Quería descubrir el nombre del *fantasma* que le enseñó a disparar para poder despellejarlo vivo.

La princesa de Múnich creía que estaba jugando con el diablo, pero yo me aseguraría de que, cuando la guerra finalmente estallara, descubriera quién era el verdadero dueño del infierno.



ASTRID Weber

Capítulo 13

El seco estruendo de los disparos de la Glock 19 parecía haberse alojado en lo más profundo de mi cráneo, repitiéndose en un *bucle* infinito.

Había roto mi propia regla, dejado que se deslizara la máscara de la chica asustada y frágil. La mirada de puro shock en los rostros de las otras herederas y el terror en los ojos de Heidi fueron satisfactorios por una fracción de segundo, pero la verdadera consecuencia de mi audacia estaba en la mirada que Killian Ritter me lanzó antes de que le diera la espalda y huyera del campo de tiro.

El peso de su cuerpo pegado a mi espalda, el calor que irradiaba a través de la chaqueta táctica hacia mi piel, el susurro ronco contra mi cuello… todo aquello fue un cóctel tóxico que desenterró reacciones en mi cuerpo que ni siquiera sabía que

existían. La repulsión que debería sentir estaba siendo peligrosamente contaminada por una atracción sombría e irracional.

Para escapar de las miradas venenosas del salón principal y del torbellino en mi propia mente, busqué refugio en el lugar más silencioso que pude encontrar en la fortaleza: la biblioteca de Adlerstein.

Era una sala circular, con doble altura, revestida de suelo a techo con estanterías de madera tallada y libros centenarios que olían a polvo, cuero y sabiduría olvidada. Solo una chimenea crepitaba débilmente en un rincón, proyectando sombras titilantes por las paredes. La tormenta de nieve del exterior azotaba los enormes ventanales de vidrio emplomado.

Caminé por los estrechos pasillos entre las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros. Intenté concentrarme en las letras doradas desgastadas y pensar en Múnich, en la promesa de mi madre, en cualquier cosa que no fuera el dueño de aquel castillo.

El sonido metálico del pomo girando y el golpe sordo de las puertas dobles al cerrarse resonaron como un estruendo en el silencio de la biblioteca.

A continuación, el inconfundible sonido de una llave girando en la cerradura.

Mi corazón dio un vuelco. Me detuve en medio del pasillo de la sección de historia europea. Los pasos pesados y mesurados comenzaron a resonar sobre el suelo de madera noble, acercándose sin ninguna prisa. Era el sonido de un depredador que sabía que su presa no tenía adónde huir.

Contuve la respiración cuando la silueta alta y ancha bloqueó la escasa luz que provenía del final del pasillo.

Killian.

Se había quitado la chaqueta táctica y solo llevaba una camisa negra de vestir, con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto los tatuajes oscuros que serpenteaban por sus fuertes antebrazos. Sus ojos azules, con una mirada letalmente fija, se clavaron en mí en la penumbra.

—¿Huyendo de tus admiradoras, *princesa*? —Su voz rompió el silencio, cargada de una tensión que me puso los pelos de punta en los brazos.

Di un paso atrás por instinto, apoyando la espalda contra la madera fría de la estantería.

—Solo busco un poco de paz, señor Ritter. Las serpientes de ahí fuera silban demasiado fuerte cuando están asustadas —respondí, levantando la barbilla.

Él se rió. Una risa grave, desprovista de humor y llena de peligro, mientras caminaba hacia mí. Con cada paso, el espacio entre nosotros se acortaba, el oxígeno de la biblioteca parecía evaporarse, sustituido por el aroma amaderado, mezclado con el olor residual a pólvora del estante.

—Me mentiste, Astrid —murmuró, deteniéndose a un metro de distancia. Su estatura era abrumadora, cubriendo mi campo de visión. —Pasaste la primera noche temblando en los rincones del salón. Lloraste de miedo cuando me acerqué. Fingiste ser la intocable hija de Múnich y, sin embargo, disparas con la frialdad de un verdugo profesional.

—No mentí —susurré, agarrándome al borde de uno de los estantes para disimular el temblor—. Tenía miedo. Y lo sigo teniendo. La diferencia es que aprendí desde muy temprana edad que el pánico no impide que una bala atraviese el cráneo de quien quiere hacernos daño.

Killian entrecerró los ojos y dio un paso más. Se acercó lo suficiente como para que el calor de su cuerpo me envolviera. El

káiser apoyó una de sus manos en la estantería, justo al lado de mi cara, aprisionándome.

—¿Quién era el fantasma? —exigió, con la mandíbula apretada. Su curiosidad no era solo estratégica; había una posesividad irracional vibrando en cada sílaba—. ¿Quién te enseñó a empuñar un arma de esa manera y, lo que es más importante, por qué Karl Weber necesitaría convertir a su hija virgen en una tiradora de élite?

La imagen de Henrik parpadeó en mi mente. Henrik guió mis manos en el stand subterráneo de la mansión, cuando tenía diecisiete años, susurrándome que tenía que saber protegerme, pues el mundo de la mafia no perdonaba debilidades. Henrik, el guardaespaldas por el que sentí una pasión infantil y desesperada, una ilusión que se hizo añicos en el momento en que él dio un paso atrás y dejó que me vendieran al káiser.

Me dolió el pecho, pero el dolor fue rápidamente sustituido por una furia defensiva. No le daría a Killian el nombre de Henrik. El káiser lo despellejaría vivo solo por el pecado de haberme tocado las manos en el pasado.

—Eso no es asunto tuyo —dije, clavando mis ojos marrones en sus gélidos ojos azules—. Pasé tu prueba sádica, ¿no? Eso es lo que le importa al Sindicato. Saber que soy útil.

La respiración de Killian golpeó con fuerza mi rostro. El espacio entre nosotros era inexistente.

—Todo lo que eres, todo lo que sabes, todo lo que ocultas, es asunto mío desde el momento en que cruzaste las puertas de mi castillo —murmuró.

—No soy de tu propiedad. No soy como Heidi. ¡No estoy aquí para bajar la cabeza cada vez que gruñes! —Mi tono se elevó, la adrenalina y la frustración de los últimos días finalmente estallaron. Empujé su pecho duro con ambas manos para intentar crear distancia.

Fue el error más estúpido que pude haber cometido.

En la milésima de segundo en que mis manos tocaron el pecho de Killian, la furia de sus ojos se oscureció, dando paso a algo mucho más primitivo y destructivo.

No retrocedió. En cambio, su mano grande y áspera se disparó, agarrándome por el cuello. No fue un toque para ahogarme, sino un agarre firme, calloso y abrumador que me echaba la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto mi garganta.

Jadeé, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, pero antes de que pudiera articular una sola palabra de protesta, él se abalanzó.

La boca de Killian chocó contra la mía.

No hubo vacilación. No hubo romanticismo. Fue un ataque depredador. El impacto aplastó mis labios, arrancando un gemido ahogado de mi garganta. Invadió mi boca con la lengua, tomando el control del beso con una ferocidad que me dejó aturdida. Sabía a whisky, a poder y a la oscuridad absoluta que lo acompañaba.

Mi cuerpo traicionó cada promesa racional que me había hecho a mí misma. El rechazo se evaporó en el calor de ese fuego cruzado. Mis manos, que deberían haberlo empujado, se deslizaron por su camisa, agarrando la tela negra de sus hombros mientras mis rodillas perdían firmeza.

Killian soltó mi cuello y bajó ambas manos hasta mi cintura, atrayéndome con violencia contra su cuerpo. El choque de mis caderas contra las suyas reveló, de forma innegable, el estado de excitación extrema en el que se encontraba el káiser.

Cambió el ángulo del beso, profundizándolo de una forma que me devoraba el aliento y me hacía olvidar mi propio nombre. Era puro dominio. Cada movimiento de sus labios y su lengua exigía rendición. Y, por Dios, una parte oscura y adormecida de mí quería rendirse y arder en ese fuego para olvidar el frío constante de Adlerstein.

Su mano derecha bajó de mi cintura, deslizándose por la curva de mi cadera, agarrando la gruesa tela de mis pantalones y levantándome ligeramente del suelo, presionándome con más fuerza contra la estantería de madera. Su mano izquierda subió por mi espalda, enredándose con fuerza en mi cabello oscuro, tirando ligeramente para que mi boca quedara totalmente vulnerable ante él.

Un calor húmedo y punzante estalló en mi bajo vientre. La intensidad de su tacto era abrumadora, embriagadora. Le devolví el beso con la misma desesperación letal, arañándole la nuca, entregándome a la voracidad que el káiser exigía.

Rompió el beso de forma abrupta, nuestros labios separándose con un chasquido húmedo, solo para que él pudiera deslizar la boca por la línea de mi mandíbula, bajando hasta mi cuello.

—Maldita mentirosa —gruñó contra mi piel, con la voz entrecortada por la lujuria desenfrenada. Sus labios calientes succionaron un trozo de mi cuello, enviando una descarga eléctrica por mi espina dorsal—. Eres puro fuego bajo esa máscara de porcelana.

Su mano, que estaba en mi cintura, se deslizó hacia delante, por debajo de mi jersey de lana, encontrando la piel desnuda de mi estómago. El tacto calloso y áspero me hizo jadear en voz alta. Su pulgar comenzó a subir, rozando mis costillas, buscando la curva de mi pecho. Estaba listo para tomarme allí mismo, en la fría biblioteca del Sindicato.

El contacto de su mano con mi piel fue el detonante que me sacó del letargo hipnótico de la excitación.

La realidad chocó con la fantasía.

Hizo lo mismo con Heidi.

La imagen del rostro triunfante de Heidi, seguida del comentario de Saskia: *«Solo te has convertido en la puta del*

káiser», sonó como una alarma ensordecedora en mi mente confusa.

¿Qué estaba haciendo? ¿Me estaba entregando a un monstruo entre libros polvorientos, cediendo a la propia locura que acabaría por hacerme inútil para él cuando llegara la mañana? Si entregaba mi cuerpo allí, si dejaba que la atracción animal venciera a mi razón, me igualaría a todas las demás. Perdería la única baza absoluta que poseía: mi propio honor.

Inspiré con fuerza y, en un impulso de supervivencia que exigió todo lo que me quedaba de cordura, apoyé mis dos manos contra su pecho duro y empujé.

—¡Para! —Mi voz salió jadeante, áspera, pero resonó en la biblioteca.

Killian se quedó paralizado. Levantó la cara de mi cuello. Sus ojos azules estaban completamente oscuros, dilatados por la excitación reprimida. Su respiración era pesada, irregular, el pecho subiendo y bajando agresivamente mientras me miraba fijamente, tratando de asimilar la interrupción. Su mano aún estaba bajo mi suéter.

—¿Qué pasa? —El tono del káiser era un gruñido grave, impaciente. No se apartó ni un centímetro, manteniéndome apretada contra él—. ¿Asustada de qué? Tu cuerpo me está pidiendo a gritos, Astrid. Puedo sentirlo.

—Puede que mi cuerpo no esté acostumbrado a lo que le haces —admití, jadeando entre mis labios hinchados por los besos violentos. Me negué a apartar la mirada de la suya—. Pero mi mente no obedece a mi cuerpo, Killian. Suéltame.

La incredulidad se reflejó en los rasgos duros del káiser. Su mano se tensó sobre mi piel durante un segundo más de desafío, antes de que él retrocediera lentamente, retirando la mano de debajo de mi ropa, pero manteniéndose peligrosamente cerca.

Me arreglé el jersey frenéticamente, enderezando los hombros, tratando de recuperar la dignidad que su lengua casi me

había robado.

—No soy como esas chicas superficiales que las otras familias han enviado aquí —dije, con la voz aún temblorosa, pero cargada de una firmeza inflexible—. No soy un alivio para tu estrés, ni tampoco lo es Heidi.

Killian cruzó los brazos y vi cómo la ira se mezclaba con algo que nunca esperé ver en sus ojos: puro asombro. Al káiser se le estaba negando en cuerpo y alma, en el apogeo de su propio deseo.

—¿Crees que negar tu propio deseo te hace superior? —preguntó, con el cinismo letal volviendo a cubrir sus palabras—. Vi cómo correspondiste al beso, princesa. Lo deseaste tanto como yo. No seas hipócrita.

—¡No estoy negando lo que sentí! —repliqué, con la barbilla levantada para mirarlo sin pestañear—. Estoy diciendo que lo que sentí no es suficiente para hacerme abrir las piernas para ti en el suelo de una biblioteca. Mi cuerpo y mi intimidad no son moneda de cambio, Killian. No son premios de consolación para un hombre aburrido.

Di un paso hacia un lado, saliendo de la prisión que su cuerpo formaba contra la estantería. Me detuve en medio del pasillo, mirando al líder más temido de Alemania, el hombre que podría ordenar mi ejecución con un chasquido de dedos.

—Mi virginidad y mi lealtad pertenecen a una sola persona en este mundo —declaré, cada sílaba sonando como una sentencia irrevocable en el silencio de la biblioteca—. A mi marido. No a un carcelero. No a un amante en las sombras. No a un tirano. Solo me entrego a mi marido, y a nadie más. Ni siquiera a ti, káiser.

La confesión rebotó en las estanterías que nos rodeaban y volvió hacia mí.

Killian Ritter permaneció en silencio durante unos segundos interminables. Su mandíbula se tensó brutalmente. Sus ojos

recorrieron mi rostro, ya no con furia incontenible, sino evaluando el peso y la inmensidad de mis palabras.

Estaba acostumbrado a mujeres que mentían para complacerlo y que le daban todo lo que quería a cambio de migajas de atención. Sin embargo, en ese momento, se encontraba ante una mujer que, a pesar de arder de atracción por él, prefirió levantar un muro infranqueable antes que ser una más en su cama.

Descruzó los brazos, dio un paso lento hacia mí, deteniéndose lo suficientemente cerca como para que la tensión eléctrica volviera a crepitar en el aire, pero sin tocarme.

—Una reina que se niega a acostarse con el rey hasta tener la corona asegurada —susurró Killian, con una voz sedosa y mortal. Una sonrisa fina, desprovista de cualquier calidez y llena de una promesa aterradora, curvó sus labios—. Es un juego peligroso de chantaje, Astrid. Estás apostando tu vida a tu propia castidad.

—No es chantaje. Es mi honor —respondí secamente.

—El honor muere congelado en los Alpes, princesa —se inclinó, con el rostro tan cerca que sentí el calor de sus palabras contra mi piel—. Has trazado tus límites. Pero no confundas mi paciencia actual con misericordia. Guarda tu virginidad con todo el celo que quieras. Enciérrala en tu caja fuerte moral.

Dio un paso atrás, enderezando la postura de káiser, imponente, arrogante e intocable, aunque el fuego sombrío de su mirada me decía que el beso le había afectado tanto como a mí.

—Pero ten en cuenta una cosa, Astrid Weber —su promesa final se pronunció en un tono de posesión absoluta que me heló la sangre—. Al final de este infierno, seré a mí a quien llames marido y, cuando te ponga mi anillo en el dedo, me pertenecerás. Cuerpo, alma y dignidad.

Killian se dio la vuelta y se dirigió hacia las grandes puertas de la biblioteca. El sonido de la llave al abrir la puerta resonó por el

salón antes de que él la empujara y saliera, desapareciendo en el pasillo oscuro y llevándose todo el oxígeno del lugar consigo.

Me quedé sola. Mis piernas finalmente cedieron y caí de rodillas sobre el suelo de madera barnizada, cubriéndome el rostro con las manos temblorosas. La boca aún me hormigueaba con su sabor.

Acababa de provocar al demonio con mi rechazo, pero él no iba a retroceder. Killian me perseguiría con una paciencia depredadora hasta destruirme, o hasta que me colocara esa corona bañada en sangre sobre la cabeza.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 14

El impacto de la pesada puerta de roble del Ala Norte al cerrarse detrás de mí resonó como un trueno por los pasillos vacíos, pero el sonido quedó ahogado por el rugido ensordecedor de mi propia sangre.

Cerré la cerradura con un gesto violento y caminé hasta el centro de la habitación. Me arranqué la camisa negra del cuerpo, los botones de obsidiana volando y golpeando el suelo de madera barnizada. Arrojé la tela lejos, pero el olor a lavanda y vainilla parecía haberse infiltrado en mis poros. Estaba impregnado en mi piel, en mi mente, en mis pulmones.

Me pasé ambas manos por el pelo, tirando de los mechones con fuerza, apretando los dientes hasta que me dolió la mandíbula.

«Mi virginidad y mi lealtad pertenecen a una sola persona en este mundo. A mi marido».

Su voz resonaba en mi cráneo. El desafío brillaba en esos ojos marrones. La forma en que su cuerpo reaccionó a mi beso, la rendición cálida, jadeante y desesperada, antes de que la maldita honor de la familia Weber me hiciera empujarla lejos.

Quería romper la estantería de la biblioteca con mis puños y arrastrar a Astrid de vuelta, inmovilizarla contra la pared y hacerla tragarse cada palabra de rechazo. Yo era el káiser. El hombre que hacía temblar a los generales y, sin embargo, me habían dejado en medio de una sala fría, con el cuerpo duro como una piedra, ardiendo por una chica que prefería la muerte antes que acostarse conmigo.

Caminé a zancadas hacia el inmenso cuarto de baño de mármol negro. Abrí la ducha, girando el grifo hasta el agua más fría posible. El vapor no subió; solo el sonido del agua helada golpeando el suelo.

Me quité los pantalones y las botas con movimientos bruscos. Mi excitación era dolorosa, palpitante, una exigencia física que el rechazo de Astrid no había sido capaz de enfriar. Al contrario. Su «no» fue la gasolina de mi fuego.

Me metí bajo la ducha. El agua helada golpeó mi piel caliente, pero el choque térmico fue inútil. Cerré los ojos, apoyando las dos manos abiertas contra la pared de mármol, bajando la cabeza bajo el chorro de agua.

El sabor de su boca aún estaba en mi lengua. Dulce, inexperta, pero cargada de una ferocidad que nunca había probado en ninguna mujer. Heidi se entregó como una muñeca de trapo. Las demás harían lo mismo. Pero Astrid se resistió y dio en el blanco, imaginando mi cara, y, minutos después, me arañó la espalda mientras correspondía al beso más visceral que jamás había dado.

Mi mano derecha bajó, rodeando la base de mi propio miembro rígido. Apreté los dedos con fuerza, empezando a moverme, la fricción brusca y rápida sustituyendo a la paciencia que no tenía.

Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo el agua me resbalaba por el cuello, mientras su imagen invadía la oscuridad tras mis párpados. Astrid apretada contra la estantería. La pálida piel de su vientre bajo mis dedos. Su respiración entrecortada cuando le chupé el cuello.

A mi marido...

La arrogancia de aquella declaración era enloquecedora. Ella creía que aquella norma la protegería de mí y que yo retrocedería ante un trozo de papel o un título burgués.

Aceleré los movimientos, la respiración saliendo en gruñidos cortos y pesados, el eco resonando en los azulejos del baño. Mi cuerpo estaba tenso al límite, la fantasía dominaba mi cordura. La imaginé tumbada en mi cama, con el cabello oscuro esparcido por las sábanas negras, la mirada desafiante rompiéndose y transformándose en sumisión absoluta cuando finalmente la tomara, demostrando que su cuerpo y su honor pertenecían al Sindicato.

La fricción brutal me llevó al límite. Mi control, siempre tan perfecto, se hizo añicos ante el recuerdo de su olor. Mis músculos se tensaron, las uñas de mi mano izquierda arañaron el mármol liso, y alcancé el clímax con un rugido grave y gutural que me desgarró la garganta, mi semen mezclándose con el agua helada que se escurría por el desagüe.

Me quedé allí, apoyado contra la pared, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente, tratando de recuperar el aliento.

El alivio físico fue inmediato, pero duró solo una milésima de segundo. La frustración emocional que siguió fue diez veces peor. Mi propia mano no era su calor. No era la textura de su piel. Me había

reducido a un animal en celo por culpa de una chica de Múnich que me odiaba.

Cerré la ducha de un puñetazo en la llave y salí, agarrando una toalla gruesa. Me sequé con violencia, con la mente volviendo a funcionar en la frecuencia del káiser. El deseo era una debilidad, y tenía que aislarlo antes de que cegara mi juicio.

Quince minutos después, vestido con unos pantalones oscuros y un jersey de cachemira negro que ocultaba la funda de mi arma bajo el brazo, salí del dormitorio en dirección a la sala de guerra.

En cuanto abrí las puertas dobles del despacho, me golpearon el humo del puro y el olor a whisky barato.

Elias estaba sentado con sus pesadas botas sobre mi mesa de roble, haciendo malabarismos con un vaso en la mano, los ojos brillando con ese humor letal que precedía a una carnicería. Viktor estaba en un rincón, como siempre, analizando las pantallas de comunicación encriptada.

—Tienes la misma cara que cuando descubriste al informante de los rusos en Dresde —comentó Elias, sin quitar las botas de la mesa—. ¿A quién tengo que matar hoy?

Me acerqué a la barra, me serví un whisky doble e ignoré la ironía de mi hermano.

—A nadie, Elias. Sigue vigilando las puertas exteriores —respondí, apurando el whisky de un solo trago.

Viktor se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No me digas que fuiste a resolver el problema de la princesa y volviste con las manos vacías —observó Viktor, con su mente analítica leyendo los signos corporales que yo intentaba disimular—. Los guardias dijeron que los dos entraron en la biblioteca y que saliste de allí como si estuvieras listo para prender fuego al castillo.

Elias se rió a carcajadas, haciendo que el sonido resonara en las paredes de piedra. Bajó las piernas de la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿La intocable te ha dejado plantado? ¿El káiser ha recibido el segundo «no» en la misma semana? Joder, Killian, ¿dónde está tu orgullo? —se burló Elias, dando un golpe en la madera—. Arráncale la cabeza de una vez. Es un problema. Envíala de vuelta a Karl Weber en una bolsa de basura. Eso les enseñará a las otras diecinueve zorras a abrir las piernas y sonreír cuando tú lo ordenes.

Me quedé paralizado, con la copa de cristal aún en la mano. La idea de que alguien le cortara el cuello a Astrid, de derramar su sangre, me provocó una oleada de furia tan ciega y posesiva que casi desenfundé el arma.

—Toca un solo pelo de Astrid y te garantizo que serás tú quien vuelva a Múnich hecho pedazos, Elias —gruñí, en voz baja, vibrando con una amenaza de muerte que hizo que la sonrisa de mi hermano vacilara de inmediato.

Viktor intervino, levantando las manos en un gesto conciliador.

—Elias es un animal sádico y no piensa, Killian, ignóralo —dijo Viktor con calma. —Pero tiene razón en lo de la tensión. La chica ha demostrado su valía en el campo de tiro de una forma aterradora. Tiene el porte de una emperatriz, y todos sabemos que es la única allí que tiene el valor de mirarte a los ojos sin temblar. Si la quieres, elígela.

Me acerqué a la ventana, observando la tormenta de nieve allá afuera.

—Acaba con este circo —continuó Viktor—. Anuncia esta noche que Astrid Weber es la elegida. Ponle el anillo en el dedo, toma la preciosa virginidad que tanto protege y acaba con esta distracción. Necesitamos que te centres en la Bratva.

Respiré hondo, dejando que el frío del cristal empañado me penetrara en la frente. Mis hermanos eran excelentes en las funciones que desempeñaban, pero les faltaba la visión global del tablero.

—Vosotros dos solo veis lo que tenéis delante de las narices —dije, sin volverme hacia ellos—. Si yo fuera un hombre corriente, haría exactamente lo que has sugerido, Viktor. La elegiría ahora, la convertiría en mi esposa esta noche y quebraría su resistencia en mi cama.

Me giré, cruzando los brazos, adoptando la postura que mantenía al Sindicato bajo mi yugo.

—Pero pensadlo. ¿Qué pasará mañana por la mañana si anuncio quién es mi prometida?

Elias y Viktor fruncieron el ceño, tardando en comprenderlo.

—Lo que pasa es que las otras diecinueve chicas pierden su utilidad —respondí a mi propia pregunta—. Dejan de ser candidatas. Dejan de estar en la «competición». Se convierten en meras prisioneras irrelevantes. Si la corona ya tiene dueña, ¿qué impide a sus padres dar la espalda al Sindicato y cerrar un acuerdo con los rusos?

Me acerqué a la mesa, apoyando ambas manos sobre los mapas tácticos impresos.

—Necesito que los barones y los Generales sigan creyendo que sus hijas tienen posibilidades. Necesito que la codicia y la esperanza los mantengan paralizados en sus ciudades, mientras movemos nuestras tropas hacia el este. Este circo, esta maldita Selección, es la correa que está ahogando a los generales para que no nos traicionen. Cuanto más dure este circo, más tiempo tendré para masacrar a Alexei Volkov sin preocuparme por una puñalada por la espalda.

—¿Entonces vas a alargar esto? —preguntó Viktor, ajustándose las gafas—. ¿Vas a dejar que la tensión con la chica

Weber siga destruyendo tu concentración solo para guardar las apariencias ante los demás barones?

—Mi concentración está exactamente donde debería estar —le corté, con voz gélida.

No les iba a confesar que la tensión con Astrid no era una distracción, sino un combustible.

Tenía el mundo en mis manos, pero una sola chica había levantado un muro en medio de mi imperio. Y el reto de derribar ese muro, ladrillo a ladrillo, sin forzarlo, utilizando su propia arrogancia en su contra, era un juego que no estaba dispuesto a terminar prematuramente.

—Mantendremos la farsa —decreté, con autoridad incuestionable en mi voz—. Las chicas seguirán siendo puestas a prueba. Seguirán creyendo que pueden ganar. Yo seguiré sonriendo a las serpientes del salón, mientras corto la cabeza a los rusos en la frontera.

—¿Y qué hay de Astrid? —preguntó Elias, sirviéndose más whisky—. ¿Vas a dejar que crea que ganó la ronda en la biblioteca?

Recordé sus últimas palabras. La orgullosa negativa. El desafío clavado en sus ojos oscuros.

—No —una sonrisa sombría se dibujó en mis labios—. Ella cree que ha trazado una línea que no puedo cruzar. Dejad que lo crea. Dejad que saboree la seguridad. Cuando baje la guardia y piense que me ha ganado en el juego moral... haré que me suplique que rompa esa misma línea.

Les di la espalda a mis hermanos, con la mente ya calculando el siguiente paso de mi juego sádico. No necesitaba arrancarle la cabeza a Astrid Weber. Solo necesitaba doblegarla hasta el punto en que ella misma decidiera quebrarse.

En lo más profundo de mi ser, lo sabía: cuanto más se resistía, más enloquecía yo por hacerla mía. No solo para garantizar

una sucesión, sino para poseer el fuego implacable que ardía bajo la pálida piel de la princesa de Múnich.

El juego del káiser había comenzado de verdad, y temía que, antes del atardecer, estuviera suplicando por cualquier sonido que no fuera el de los latidos de mi propio corazón ansioso.



ASTRID Weber

Capítulo 15

El ambiente en Adlerstein se había convertido en un campo minado invisible.

Habían pasado dos días desde el enfrentamiento en la biblioteca. Dos días desde que la boca de Killian Ritter marcara mi piel y mi negativa marcara su orgullo. Desde entonces, el káiser no me había dirigido ni una sola palabra directa, pero su presencia era una fuerza gravitacional que me asfixiaba en todos los ambientes.

En las cenas, se sentaba a la cabecera de la mesa, conversando de forma monosilábica con los hermanos o con los guardias, pero sus ojos, invariablemente, se cruzaban con los míos. Eran miradas pesadas, cargadas de un deseo oscuro y de una promesa que hacía que mi sangre hirviera de anticipación y pavor. No volvió a tocarme, pero la distancia entre nosotros parecía vibrar con electricidad estática. Sentía cómo su mirada desmontaba mis

defensas, diseccionando cada uno de mis movimientos, esperando el momento en que mi determinación se resquebrajara.

Esa guerra fría y silenciosa entre nosotros no pasó desapercibida para el resto del castillo. Las otras chicas sentían el cambio en la presión atmosférica cada vez que Killian y yo estábamos en la misma habitación. Con esa percepción, los celos que ya hervían entre las candidatas desbordaron, transformándose en una desesperación palpable.

La peor de todas era Heidi.

La heredera de Frankfurt estaba perdiendo la cordura. Su padre, probablemente presionado por el avance de los rusos y la falta de garantías, debía de estar exigiéndole resultados que ella no podía ofrecer. Deambulaba por los pasillos como una pantera enjaulada, con los ojos azules inyectados en sangre cada vez que se posaban en mí.

Era el final de una tarde gris y opresiva. El cielo de los Alpes estaba oscuro, cargado de pesadas nubes de nieve. Había pasado las últimas horas encerrada en el jardín de invierno del ala este, tratando de encontrar un poco de paz lejos de las miradas venenosas. Cuando el reloj marcó las siete de la tarde, decidí volver al Ala Sur para prepararme para otra cena torturante.

El trayecto me obligaba a bajar la gran escalera de mármol, un monstruo arquitectónico de tres tramos, con peldaños de piedra pulida y afilada, flanqueados por una pesada barandilla de hierro forjado. Una caída allí no acabaría en huesos rotos; acabaría en un cuello fracturado.

Mis pasos resonaban en el silencio del pasillo. El castillo estaba extrañamente tranquilo, con los guardias apostados solo en los extremos de las alas.

Me detuve en lo alto de la escalera, apoyando la mano en la barandilla helada. Miré hacia abajo, sintiendo un ligero vértigo por la

altura, y cerré los ojos por un segundo, tratando de calmar la tensión constante que habitaba en mis hombros.

—¿Contemplando las vistas al infierno, princesita?

La voz sibilante y llena de veneno provenía de las sombras detrás de mí.

Giré la cara lentamente, sin soltar la barandilla. Heidi emergió de detrás de una de las columnas de piedra. Llevaba un vestido rojo oscuro, y su rostro estaba contorsionado en una máscara de pura furia y envidia. El olor dulzón y nauseabundo de su perfume me revolvió el estómago.

—¿Qué quieres, Heidi? —pregunté con voz monótona, sin dejar entrever el cansancio que sentía por tener que lidiar con ella.

La serpiente dio dos pasos lentos hacia mí, con los ojos fijos en mí.

—Quiero que desaparezcas. No eres más que una farsa, Astrid. Una estúpida muñequita de porcelana que tu padre tiró aquí para que murieras. Pero tuviste la osadía de llamar su atención. De hacer que se olvidara de para qué estamos aquí.

—No he pedido la atención de nadie. Si el káiser ignora tu existencia después de haberte usado como un pañuelo desechable, la culpa no es mía —mi lengua fue más rápida y cruel que mi razón, destilando la cruda verdad.

El rostro de Heidi palideció y, acto seguido, se enrojeció de una furia ciega. Sus manos se cerraron en puños temblorosos.

—Zorra presuntuosa... ¿Crees que has ganado? ¿Crees que te vas a poner esa corona? —Dio un paso más, invadiendo peligrosamente mi espacio personal. Estábamos a menos de medio metro del borde del primer escalón. —Si mueres, su problema se acaba. Karl Weber será castigado, el Sindicato se olvidará de que exististe y la Selección volverá a centrarse en lo que realmente importa. La lealtad de Fráncfort.

El instinto de supervivencia sonó en mi mente como una sirena de ataque aéreo.

Su expresión no era solo de ira. Era de determinación. Heidi no estaba allí para insultarme; estaba allí para eliminarme. Y un «accidente» en la escalera principal sería la excusa perfecta. Una chica del sur, debilitada por el aislamiento, se mareó y rodó por los tres tramos de mármol. Una tragedia conveniente.

Intenté retroceder, alejarme del borde, pero mi bota resbaló ligeramente sobre el suelo pulido.

Era la oportunidad que ella necesitaba.

Con un gruñido irracional, Heidi se abalanzó con las dos manos extendidas, apuntando directamente al centro de mi pecho. La fuerza del impacto no fue calculada; fue un empujón impulsado por el odio y la desesperación más cruda.

Mi cuerpo salió disparado hacia atrás. El aire se me escapó de los pulmones cuando mi centro de gravedad desapareció. El vacío de la escalera se abrió bajo mis talones.

Todo sucedió en una fracción de milésima de segundo. El mundo dio una vuelta. Vi cómo el techo abovedado daba vueltas y cómo se acercaba el fondo de la escalera de mármol. Sin embargo, a diferencia de lo que creían mi padre o Heidi, yo no era solo una muñeca. Henrik me había enseñado a disparar, sí, pero también me había enseñado a caer.

En el preciso instante en que mis pies perdieron contacto con el suelo, mi brazo derecho se lanzó como un látigo hacia la pesada barandilla de hierro forjado.

Mis dedos se aferraron a la barra de metal. El golpe detuvo mi caída bruscamente, pero el precio fue insoportable. Un dolor agudo me atravesó el hombro derecho, como si me hubieran arrancado los músculos del hueso.

Un grito ahogado de dolor se escapó de mis labios. Mi cuerpo se balanceó violentamente sobre los escalones de piedra, mis piernas golpeando con fuerza contra la esquina del mármol. Estaba colgada, sosteniendo todo mi peso con un solo brazo, el hombro gritando de agonía, a un paso de precipitarme hacia lo que sería el fin de mi vida.

Jadeando, con lágrimas de dolor picándome en los ojos, miré hacia arriba.

Heidi estaba de pie en el borde, mirándome. La sorpresa inicial al verme agarrada al hierro fue rápidamente sustituida por una malicia sombría. Dio un paso adelante, levantando el pie con el tacón de aguja, lista para pisarme la mano y obligarme a soltar el metal.

—Adiós, princesa —siseó.

Pero su pie nunca bajó.

Una sombra inmensa y letal se apoderó de lo alto de la escalera. La oscuridad no procedía de las ventanas, sino de la presencia abrumadora que surgió del pasillo oeste con la velocidad de un rayo y la fuerza de un huracán.

Killian.

No gritó. No dudó. La furia depredadora que había visto en la biblioteca era una chispa en comparación con el fuego infernal que ahora deformaba su rostro.

La enorme mano de Killian, enfundada en un guante de cuero negro, agarró a Heidi por el cuello por detrás antes de que su talón pudiera tocar mis dedos. La levantó del suelo con un solo movimiento brusco, arrancando un grito ahogado de terror a la rubia. Con un gruñido que sonó menos humano y más como el de una bestia demoníaca, lanzó a Heidi contra la pared de piedra de enfrente.

El golpe de su cuerpo contra la pared fue estruendoso. Cayó al suelo, jadeando en estado de shock, el terror apoderándose por fin de su rostro.

Killian ni le echó un segundo vistazo. Se abalanzó hacia el borde de la escalera, con los ojos azules desorbitados, enloquecidos por la adrenalina. Sus dos manos me agarraron del brazo y la cintura, tirando de mí hacia arriba y sobre el borde con una facilidad aterradora, como si no pesara más que una pluma.

Me izó de vuelta a la seguridad del pasillo y caí contra su pecho duro.

El impacto arrancó otro gemido de dolor de mi hombro dislocado. Temblaba incontrolablemente, no de frío, sino por la conmoción de haber estado a milímetros de que mi cráneo se aplastara contra el piso de abajo.

Killian me abrazó. Fue un abrazo violento, aplastante, posesivo. Sus manos recorrían mi espalda, mi cuello, mi cabello, comprobando frenéticamente si estaba entera. Su corazón latía tan fuerte y rápido contra mi cara que parecía que iba a estallar en su pecho.

—Astrid... joder, Astrid —murmuró contra mi cabello, con la voz temblorosa, un sonido quebrado que nunca pensé que escucharía del intocable káiser. Hundió el rostro en mi cuello, respirando mi perfume con desesperación, aferrándose a la certeza de que estaba viva.

Su olor a sándalo y pólvora me envolvió y, por un instante ridículo y traidor, hundí mi rostro en su hombro, permitiéndome sentir la seguridad irracional que me ofrecían los brazos del monstruo.

Pero ese momento de vulnerabilidad duró solo lo que tardó el oxígeno en volver a mi cerebro.

Killian se apartó ligeramente de mí, con los ojos chispeando un instinto asesino que hizo que el aire del pasillo se congelara. Me

apoyó con cuidado contra la pared, lejos del borde de la escalera, mientras sus ojos recorrían mi hombro magullado y mi pierna pelada.

Entonces, el káiser se volvió hacia Heidi.

La heredera de Frankfurt estaba acurrucada en el suelo, temblando, con las manos protegiéndole la cara. Se había dado cuenta del colosal error que había cometido. No solo había atacado a una competidora; había intentado romper el juguete favorito del diablo delante de él.

Killian se acercó a ella con la frialdad de un verdugo. Sus pasos lentos resonaban como una marcha fúnebre.

—K-káiser... yo... ¡ella resbaló! —tartamudeó Heidi, con una voz aguda y patética, arrastrándose hacia atrás hasta chocar contra la pared—. ¡Fue un accidente! ¡Lo juro! ¡Intenté sujetarla!

El sonido de un clic metálico rompió el silencio.

La Glock que Killian llevaba bajo la chaqueta estaba ahora en su mano derecha. No apuntó con el arma de inmediato. En cambio, se agachó, agarró el cabello rubio de Heidi y le levantó la cabeza con tanta fuerza que ella gritó.

Le puso el cañón frío del arma directamente entre sus ojos azules muy abiertos.

—¿Crees que soy un idiota, Heidi? —Su voz era un susurro cavernoso y absoluto. No había ira explícita en el tono, solo la promesa vacía y fría de la muerte—. Intentaste destruir lo que está bajo mi protección dentro de mi castillo.

Mi corazón dio un vuelco en el pecho. No declaró favoritismo ni amor; declaró dominio absoluto. En esa milésima de segundo, a Killian no le importaba si los rusos invadirían Berlín mañana. Solo le importaba el hecho de que Heidi hubiera roto la regla de oro del káiser: nadie destruye una pieza del tablero del Sindicato sin su permiso.

Su dedo rozó el gatillo, quitándole holgura al metal.

—¡No! —Mi voz sonó ronca, rompiendo el pesado silencio.

Killian se quedó paralizado, pero no bajó el arma. Solo giró la cara hacia mí, con la confusión luchando contra su instinto asesino.

Me apoyé en la pared, sujetándome el brazo derecho que me latía terriblemente, y caminé hacia ellos. El dolor era agudo, pero la adrenalina que corría por mis venas era un potente analgésico. Me detuve junto a Killian, mirando el rostro desfigurado por el terror de Heidi.

—Si aprietas el gatillo, Killian, el Barón de Frankfurt retirará sus tropas de la frontera mañana temprano. Tu flanco occidental caerá en manos de la Bratva —le dije, con una frialdad de acero que ni yo misma sabía que poseía. Le estaba recordando el tablero de ajedrez que él mismo había construido.

—Ahora me importa un comino Frankfurt, Astrid. Yo mismo le cortaré la cabeza al Barón —gruñó, con la mirada aún clavada en la frente de Heidi.

—Pero a mí sí me importa —respondí, tocando suavemente su muñeca, la que empuñaba el arma. Su piel ardía bajo mis dedos fríos—. No mates a la cobaya por comportarse como un animal acorralado, Killian. Y, lo más importante... ella no me venció. No caí.

Killian levantó la vista hacia mí. La furia ciega de su rostro comenzó a dar paso a la oscura fascinación que siempre mostraba cuando me negaba a actuar como una víctima frágil.

Bajé la mirada, acercándome a Heidi. Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes.

—¿Querías demostrar que tienes sangre fría, Heidi? —susurré, con los ojos clavados en ella con absoluto desprecio—. Empujar a alguien no es fuerza, es la cobardía de quien sabe que nunca ganaría un enfrentamiento limpio. Te advertí que guardaras las

garras. Ahora, mírate. Arrastrándote a los pies del hombre al que creías haber conquistado, abriendo las piernas.

Levanté la mano izquierda y, con un movimiento rápido y seco, le di una bofetada con la palma de la mano en la cara.

El sonido de la bofetada resonó con fuerza en el pasillo. La cabeza de Heidi se giró bruscamente hacia un lado y una marca roja floreció inmediatamente en su pálida mejilla. No emitió ningún sonido, llorando en silencio.

Me levanté, ignorando el pinchazo de dolor en mi hombro, y miré a Killian.

—No la mates —ordené, y la palabra «orden» dirigida al káiser sonó como una blasfemia, pero mantuve su mirada. —Enciérrala. Arrójala a los sótanos, hazle saber al Barón que su hija se está pudriendo en su mazmorra, y usa eso como palanca de presión. Pero su vida no vale el riesgo de una guerra precipitada.

Killian bajó el arma lentamente, guardándola de nuevo en la funda. Su amplio pecho aún subía y bajaba rápidamente. Miró a Heidi, patética y derrotada, y a mí, altiva y hecha trizas, sujetándome el propio hombro dislocado, pero dominando la escena con una claridad letal.

La tensión entre nosotros estalló en una nueva dirección. El káiser no vio solo a una chica que sobrevivía; vio a una mujer que entendía de táctica, de política mafiosa y de castigo psicológico mejor que sus propios hermanos.

Agarró a Heidi por el vestido, tirando de ella sin la menor ceremonia, y la arrojó a las manos de dos guardias de élite que acababan de doblar la esquina, atraídos por el ruido.

—Arrojad a esta basura a la celda más fría del nivel cuatro —ordenó Killian a los guardias, que asintieron aterrorizados mientras se llevaban a Heidi a rastras—. Y si su padre llama, decidle que su hija ha sufrido un lamentable… accidente en la escalera.

En cuanto los guardias desaparecieron, nos quedamos solos en lo alto de la escalera.

El silencio volvió a pesar. La fachada de control de Killian se había resquebrajado. Dio un paso hacia mí y, sin pedir permiso, se inclinó y me rodeó la espalda con el brazo. Sus manos me sujetaban con una firmeza abrumadora, una posesividad que tenía mucho más que ver con retener el control de una pieza vital que con el afecto.

—Eres un demonio vestido de seda, Astrid Weber —murmuró Killian, con el rostro tan cerca que podía contar las pestañas de sus ojos azules. Su aliento rozó mi boca—. Estaba listo para reventarle los sesos, y tú pensaste en el flanco occidental de mi ejército antes que en tu propio hombro roto.

—Te dije... —jadeé, sintiendo que el dolor por fin empezaba a vencerme, nublándome la vista por los bordes—. Que no sería descartada.

Killian soltó un taco en voz baja. No esperó a que diera ni un paso más. Me rodeó las rodillas con el brazo y me levantó en volandas con la facilidad de quien lleva a un niño.

Mi hombro protestó, pero el cuidado de Killian era pragmático e implacable, como el de un maestro de ajedrez que recoge su pieza más letal que casi ha sido derribada de la mesa.

—No te desmayes, *Kleine* —ordenó, con una voz áspera cargada de una urgencia que me hizo contener la respiración. Comenzó a caminar con zancadas largas y firmes por el pasillo, alejándose del Ala Sur y dirigiéndose en dirección opuesta—. Vas a mis aposentos y que los cielos ayuden al médico de este castillo si no te cura ese hombro en cinco minutos.

Apoyé la cabeza en el cuello de Killian, sintiendo su latido resonando contra mi oído. La guerra con Heidi había terminado, pero sabía que, en los brazos del káiser, seguía siendo solo un activo de altísimo valor que se preservaba para la verdadera batalla que aún estaba por venir.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 16

El peso de Astrid en mis brazos era insignificante físicamente, pero la gravedad de lo que ella representaba amenazaba con aplastarme el pecho.

Recorrí los pasillos de la fortaleza con pasos tan largos y furiosos que los guardias retrocedían instintivamente, fundiéndose con las sombras de los muros de piedra para no cruzarse en mi camino. La respiración de Astrid era irregular contra mi cuello, con el rostro pálido escondido en el hueco de mi hombro y los ojos cerrados, mientras luchaba contra el agudo dolor de la luxación.

Sentía el temblor de su cuerpo a través de la fina tela de seda esmeralda. Cada espasmo de dolor que la recorría inyectaba una dosis letal de furia en mi torrente sanguíneo.

Heidi von Frankfurt merecía que le reventaran el cráneo contra el mármol. Debería haber apretado el gatillo. El káiser no

tolera atentados bajo su techo. Pero las palabras de Astrid seguían resonando en mi mente, acallando mis instintos más primitivos con una lógica fría e impecable.

«El barón de Frankfurt retirará sus tropas de la frontera mañana temprano. Su flanco occidental caerá en manos de la Bratva».

Una chica de veinte años, con el hombro dislocado, colgada al borde del precipicio de su propia muerte, tuvo la presencia de ánimo y la claridad táctica para calcular la geopolítica del Sindicato incluso antes de pedir ayuda. Karl Weber creía que me había enviado un cordero en sacrificio, pero había forjado a una reina de la mafia en su invernadero de cristal sin siquiera darse cuenta.

Llegué a las puertas dobles del Ala Norte. Elias y Viktor venían por el pasillo opuesto, atraídos por el movimiento inusual de los guardias.

En cuanto Elias vio a Astrid en mi regazo y la expresión de mi rostro, la sonrisa burlona que siempre lucía desapareció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Viktor, ajustándose las gafas y evaluando la situación en milésimas de segundo.

—Heidi intentó tirarla por la escalera principal. Esa zorra está de camino a los sótanos —gruñí sin dejar de caminar. Llegué a la puerta de mis aposentos y la abrí de una patada brutal; la madera crujió contra la pared de piedra. —Viktor, saca al doctor Hoffman de la cama ahora mismo. Si no está dentro de esta habitación en tres minutos, le arranco las manos. Elias, cierra el castillo. Que nadie entre, que nadie salga. Y corta las comunicaciones del ala este; el barón de Frankfurt no puede enterarse de nada hasta que decida cómo le voy a romper las piernas.

—Entendido —asintió Viktor, sacando la radio y dándose la vuelta de inmediato.

Entré en mi habitación y di una patada a la puerta para cerrarla. La chimenea estaba encendida, proyectando una luz

anaranjada sobre los pesados muebles y las sábanas de algodón egipcio negro de mi cama.

Caminé hasta el colchón y deposité a Astrid con todo el cuidado que mi naturaleza bruta me permitía. En cuanto su espalda tocó el colchón blando, un gemido ahogado escapó de sus labios manchados de rojo. Su brazo derecho estaba en un ángulo antinatural, paralizado por el dolor.

—Shh, Kleine... ya pasó. Estás a salvo —murmuré, agachándome junto a la cama.

Me quité los guantes de cuero con los dientes, tirándolos al suelo, y llevé ambas manos a su rostro. La piel estaba helada, cubierta por una fina capa de sudor frío. Los ojos marrones se abrieron lentamente. La máscara de control impecable se estaba resquebrajando, dando paso al agotamiento, pero el brillo de desafío obstinado seguía ahí, escondido en el fondo de las pupilas dilatadas.

—Mi vestido... —jadeó, intentando mover el brazo izquierdo, el único que le funcionaba, para cubrirse el escote que se le había deslizado ligeramente—. No me caí. Te dije que no me descartarían.

Mi pecho se contrajo de tal manera que me dejó momentáneamente sin aliento.

—No, no te caíste —susurré, con una voz tan grave y áspera que parecía raspar las paredes de la habitación. Deslicé el pulgar por su mejilla, apartando un mechón de pelo pegado por el sudor—. Eres la criatura más obstinada, insolente y espectacular que he visto respirar, Astrid.

La puerta se abrió de golpe. El doctor Hoffman, un hombre de mediana edad con el pelo canoso que llevaba dos décadas tratando las heridas de bala del Sindicato, entró apresuradamente, cargando con el maletín de cuero negro. Viktor iba justo detrás de él.

—*Mein káiser* —el médico hizo un rápido gesto con la cabeza, con la mirada saltando de mi figura amenazante a la chica tumbada en mi cama.

—Es el hombro derecho. Dislocación. Arréglalo ya, Hoffman —ordené, levantándome y dejándole espacio para que se acercara, pero sin alejarme de la cama.

Hoffman abrió el maletín y sacó unas tijeras quirúrgicas.

—Disculpe, *Fräulein*. Tendré que cortar el tejido para evaluar la articulación...

—¡No! —exclamamos Astrid y yo al unísono, pero mi voz ahogó la de ella.

—No vas a tocar la seda, Hoffman. A ella le gustó el maldito vestido —declaré, llevando mis manos a la espalda de Astrid—. Yo la ayudo.

Me senté en el borde de la cama y pasé mi brazo izquierdo por detrás de su espalda, levantándola ligeramente del colchón. El rostro de Astrid se hundió en la curva de mi cuello, su respiración cálida y entrecortada rozando mi piel. Con la mano derecha, alcancé la cremallera invisible en la base de su espalda y la bajé con sumo cuidado. La tela de seda esmeralda se deslizó por sus hombros pálidos, revelando la evidente luxación y la fea hinchazón que se formaba en la articulación.

La mantuve apoyada contra mi pecho, sintiendo su suave piel ardiendo contra la tela de mi camisa negra.

—Es una luxación anterior, señor. Tendré que reducirla manualmente —analizó Hoffman, con un tono profesional que intentaba disimular su nerviosismo. Preparó una jeringa—. Voy a administrarle un analgésico fuerte. En treinta segundos, tiraré del brazo para encajar el hueso de nuevo en la cavidad. Le dolerá mucho antes de que se le alivie.

—Hágalo —ordené.

El médico le puso la inyección en el brazo sano a Astrid. Ella se estremeció, y los dedos de su mano izquierda se aferraron a la solapa de mi camisa con una fuerza desesperada.

—Mírame —le susurré al oído.

Astrid levantó los ojos hacia los míos. El marrón se encontró con el azul gélido.

—¿En qué pensabas cuando te agarraste a la barandilla de esa manera? La fuerza del impacto podría haberte desgarrado los músculos hasta el hueso —le pregunté, tratando de mantener la atención de Astrid lejos de las manos del médico que se colocaba junto a la cama.

—No estaba pensando en el impacto —susurró ella, con los labios temblorosos—. Solo pensé que no le daría a Heidi el placer de ver mi cuerpo destrozado al pie de la escalera.

Una sonrisa depredadora que no pude contener se dibujó en mi boca.

—Eres un demonio vengativo, *Kleine.*

—Listo, *Fräulein*, a la de tres —avertió Hoffman—. Uno... dos...

No llegó al tres. Con un movimiento brusco y calculado, el médico tiró del brazo de Astrid hacia abajo y le giró la articulación hacia dentro.

El sonido del hueso encajando de nuevo en su cavidad fue ensordecedor.

Astrid soltó un grito desgarrador. Sus dientes se clavaron en mi hombro a través de la camisa y sus uñas rasgaron la tela de mi espalda. No me moví. La abracé con fuerza, absorbiendo el dolor, manteniéndola a salvo, protegiendo la fragilidad que ella se negaba a mostrar al resto del mundo.

La tensión insana de sus músculos cedió segundos después de que el hueso encajara. El llanto no llegó. Solo una respiración pesada, jadeante, mientras la medicación comenzaba a sumirla en un estado de somnolencia profunda.

—Perfecto. Está en su sitio —suspiró Hoffman aliviado, secándose la frente con un pañuelo—. Voy a inmovilizarlo con un cabestrillo. Necesitará reposo absoluto durante unos días, mucho hielo y antiinflamatorios. El analgésico la mantendrá dormida hasta mañana por la mañana.

Hoffman actuó con rapidez, sujetándole el brazo junto al cuerpo. Cuando terminó, la volví a acostar sobre las sábanas negras. Astrid ya tenía los ojos cerrados, su resistencia finalmente vencida por la química de la medicación.

—Deje los medicamentos en la mesa y salga, doctor. Viktor, cierra la puerta. —No aparté la mirada de su rostro ni un segundo.

El sonido de la puerta al cerrarse y los pasos alejándose nos dejaron completamente solos en la inmensidad de mi habitación.

Tiré del edredón negro, cubriendo su pálido cuerpo hasta la altura de los hombros. La seda esmeralda yacía tirada en un rincón, olvidada. Me senté en el sillón junto a la cama y me serví un vaso de whisky de la botella que había en la mesita auxiliar.

Observé cómo su pecho subía y bajaba rítmicamente.

La farsa había terminado. El juego del gato y el ratón de la Selección, el circo político que monté para entretener a los barones, todo eso perdió sentido en el instante en que vi sus pies resbalar en el borde de aquella escalera. Si hubiera llegado dos segundos más tarde, la inteligencia aguda, los ojos que me desafiaban y la boca que casi me volvió loco en la biblioteca estarían esparcidos en un charco de sangre.

Me bebí el whisky de un trago, sintiendo cómo el alcohol quemaba las mentiras en mi garganta.

Les dije a Elias y a Viktor que mantendría a las veinte candidatas en juego para tener a las familias a raya. Mentí. Las mantuve porque no quería admitir, ni siquiera ante mí mismo, que el káiser del Sindicato, la máquina de calcular bañada en sangre en la

que me había convertido, estaba irremediablemente obsesionado con una mujer.

Me levanté y caminé hasta el borde de la cama. Me incliné sobre ella, apoyando el dorso de mi mano caliente en la mejilla fría de Astrid. Ella suspiró en sueños y, de forma completamente inconsciente, inclinó el rostro, buscando el calor de mi tacto.

La confianza cruda y adormecida de ese pequeño movimiento derribó la última barrera que me quedaba en pie.

—Tu padre te vendió como una pieza de ajedrez —susurré en el dormitorio silencioso, con mi pulgar trazando la línea de su mandíbula—. Pero no sabía que los peones pueden derribar a los reyes.

Astrid Weber no sería solo mi esposa por conveniencia o para engendrar a mi heredero. No la quería solo para callar a los rusos o dominar Múnich. Quería la mente diabólica que prefirió salvar mi flanco occidental antes que su propia vida y deseaba el acero oculto bajo la seda.

Aparté la mano lentamente. Mi decisión estaba tomada. No habría más Selección. No habría más de diecinueve perras merodeando por mis pasillos, conspirando para matar lo que me pertenecía.

Mañana, el sol saldría sobre Adlerstein de una forma diferente. Bajaría a las mazmorras y haría que Heidi von Frankfurt suplicara por la muerte incluso antes de arrancarle el corazón por atreverse a tocar a mi reina. Después, alinearía a los otros diecinueve patriarcas cobardes y los haría arrodillarse ante Astrid.

Sabrían que el juego había terminado. La corona de sangre del káiser había encontrado a su dueña definitiva. Si alguien se atrevía a cuestionar mi elección, la nieve de los Alpes se teñiría de rojo antes del anochecer.



ASTRID Weber

Capítulo 17

La oscuridad no era total. Estaba salpicada de destellos ámbar que bailaban tras mis párpados, acompañados por el crepitar rítmico de la leña ardiendo en algún lugar cercano. El primer sentido en volver fue el olfato: el aroma a sándalo, whisky caro y ese olor metálico a pólvora que parecía impregnar las paredes de este castillo.

El olor de Killian...

Intenté moverme, pero un peso sordo y cálido anclaba mi cuerpo. Un pinchazo agudo en el hombro derecho me hizo soltar un suspiro ahogado, y el recuerdo del impacto en la escalera inundó mi mente como un cubo de agua helada. Abrí los ojos lentamente.

No estaba en el ala sur.

El techo era más alto, las vigas de roble más oscuras y la opresión en el aire era casi física. Estaba entre las sábanas de algodón egipcio negro del káiser. El contraste de mi piel pálida contra la oscuridad de la cama me hacía parecer un fantasma o una ofrenda. Giré la cara con cuidado.

Killian estaba sentado en un sillón de cuero a pocos centímetros de distancia. Ya no llevaba la chaqueta, solo la camisa negra con las mangas remangadas, dejando al descubierto los tatuajes que serpenteaban por sus antebrazos como sombras vivas. Sus ojos azules estaban fijos en mí.

Era una mirada depredadora, despojada de la máscara de indiferencia que usaba ante los generales.

—Te despiertas como luchas, Astrid —su voz era ronca, vibrando en la base de mi columna vertebral—. Con los dientes apretados y los ojos buscando una salida.

—Es lo que pasa cuando te despiertas en la guarida del lobo —murmuré, luchando por no tartamudear. Intenté sentarme, pero había un cabestrillo que me inmovilizaba el brazo.

Antes de que pudiera protestar, su mano estaba en mi espalda, ayudándome a incorporarme sobre las almohadas. El tacto era posesivo y sus dedos anchos me quemaban a través de la fina tela del camisón de seda que alguien, probablemente Frau Müller, bajo sus órdenes, me había puesto mientras dormía.

La cercanía era peligrosa. El calor que emanaba de él parecía absorber todo el oxígeno de la habitación.

—El médico dijo que necesitas reposo —dijo con seriedad, con la mano en mi nuca, el pulgar trazando la línea de mi mandíbula con una lentitud que me hacía perder el hilo de mis pensamientos—. Pero tu cerebro no parece entender el concepto de parar.

—No puedo parar —respondí, sosteniendo su mirada—. Si paro, el tablero se mueve sin mí... y ya sabes lo que les pasa a las piezas que se quedan atrás.

Killian se inclinó hacia delante. Su rostro estaba a centímetros del mío. Podía sentir el calor de su aliento, el olor a whisky y la promesa de violencia y deseo que siempre lo rodeaba. La tensión sexual en el dormitorio era tan densa que sentía mi corazón martillear contra las costillas, en una respuesta traicionera al hombre que me mantenía cautiva.

—Ya no eres una pieza, Astrid —susurró en un tono peligrosamente bajo—. Acabas de rediseñar el juego.

Su mano abandonó mi cuello para subir por mi brazo sano, traziendo la curva de mi hombro hasta hundirse en mi cabello. El tacto era rudo, sin la delicadeza de un amante, pero con la urgencia de un conquistador.

Mi cuerpo, a pesar del dolor y el agotamiento, se inclinó hacia él. Era una fuerza sombría. Odiaba lo que ese hombre representaba, odiaba el poder que ejercía, pero el fuego que ardía bajo mi piel era innegable. Quería quemarlo a mi vez. Quería ver al káiser perder el control.

—¿Qué quieres de mí, Killian? —jadeé, con la mirada fija en sus labios.

—Quiero lo que tu padre me prometió —gruñó, acercándose aún más, presionando mi cuerpo contra el colchón—. Y quiero lo que intentaste negarme en la biblioteca. Quiero tu lealtad… y quiero el acero que escondes bajo esa seda.

No esperó una respuesta. Su boca chocó con la mía en un beso que no tenía nada de gentil. Era una reivindicación. Sabía a dominio y a una sed que parecía no tener fin. Enredé los dedos de mi mano izquierda en los mechones cortos de su nuca, tirando de él para acercarlo más, ignorando el pinchazo de dolor en mi hombro dislocado. El gemido que se escapó de mi garganta fue ahogado por su lengua, que exploraba mi boca con absoluta autoridad.

La tensión entre el dolor físico y el placer lancinante que subía por mi vientre me mareaba. El peso del cuerpo de Killian sobre el

mío era un ancla, lo único sólido en un mundo que se desmoronaba.

La mano del káiser bajó por mi cintura, tirando hacia arriba de la seda de la camisola, y sus dedos callosos encontraron la piel desnuda de mi muslo. Estaba lista para perderme en esa oscuridad, lista para dejar que él rompiera la última barrera que había levantado.

Los dedos largos y rudos no se detuvieron ahí. Deslizaron por la parte interna de mi muslo, implacables y posesivos, separando mis piernas hasta encontrar la humedad que me traicionaba, exponiendo de manera irrefutable cuánto lo exigía mi cuerpo. Killian soltó un sonido gutural, un gruñido sombrío de aprobación que vibró contra mi boca. Sus dientes capturaron mi labio inferior, mordisqueando la piel sensible, tirando con una mezcla de brutalidad y hambre que me hizo jadear desamparada.

El dolor de mi hombro dislocado fue engullido al instante por el fuego que él encendió en mi vientre. Su pulgar calloso apartó mis finas braguitas y encontró mi centro palpitante, presionando y circulando con una precisión quirúrgica y punitiva que me robó todo el oxígeno. A continuación, introdujo dos dedos en mí, lentamente al principio, dilatándome, para luego acelerar el ritmo de forma implacable y profunda.

—Eso, *Kleine* —susurró contra mi boca, en un aliento pesado de whisky y deseo, embriagando mis sentidos. Sus dientes mordieron mi labio de nuevo, casi haciéndome sangrar. —Rómpete para mí.

No pude resistirme. El dominio era total. Mi cadera se movió involuntariamente contra la mano del káiser, buscando más fricción, arquillándose hacia el demonio que me tocaba. Su mordisco en mi labio se intensificó en la milésima de segundo exacta en que mi cuerpo alcanzó el límite insoportable. La tensión se hizo añicos. Una ola de placer violenta, ciega y arrolladora se abatió sobre mí, haciendo que todo mi cuerpo se tensara como la cuerda de un arco. Me corrí, temblando violentamente contra las sábanas negras, con

un gemido largo y ahogado que se apagaba en la lengua de Killian, quien absorbió cada gota de mi rendición con un beso posesivo.

Mi pecho subía y bajaba frenéticamente. Mi cerebro flotaba en una neblina de puro éxtasis, mientras los ojos azules de Killian me observaban derretirme bajo su tacto, brillando con una satisfacción depredadora. Estaba listo para profundizar aún más en ese abismo y tomarme por completo, cuando… unos golpes fuertes y urgentes resonaron en la puerta doble del dormitorio, rompiendo el silencio cargado como un disparo.

Killian se paralizó. Su respiración era pesada contra mi rostro y sus ojos azules, dilatados, negros de lujuria reprimida. El káiser no se apartó de inmediato; gruñó contra mis labios, en una maldición baja y visceral, retirando los dedos de mí con una lentitud torturante.

—¡káiser! —La voz de Viktor llegó desde el otro lado, desprovista de su habitual calma—. Tienes que venir ahora mismo. El barón de Frankfurt está causando problemas y las avanzadillas rusas acaban de cruzar la línea de Dresde.

El hechizo se rompió.

Killian cerró los ojos por un segundo, apoyando la frente contra la mía. Sentí cómo se tensaba su cuerpo; la máquina de guerra ocupó el lugar del hombre que estaba a punto de poseerme. Se apartó de la cama con un movimiento brusco, arreglándose la camisa con las manos temblorosas por la adrenalina.

El káiser me miró por última vez, con la mirada aún en llamas, pero la frialdad del mando ya volviendo a sus rasgos.

—No te levantes de esta cama, Astrid —ordenó, con la voz que usaba con sus generales—. Voy a resolver el problema de Fráncfort y, cuando vuelva... terminaremos lo que empezamos.

Me dio la espalda y salió de la habitación, el sonido de la puerta al cerrarse resonando en mi pecho.

Me quedé sola en la penumbra, con el corazón aún acelerado y los labios entumecidos e hinchados por sus mordiscos. Su sabor aún permanecía en mí, mi piel aún ardía por el reciente clímax, pero el frío del castillo ya comenzaba a volver. La guerra había llegado a las puertas de Adlerstein, y yo sabía que, a partir de ese momento, la sangre que mancharía la nieve no sería solo la de Heidi.

La verdadera batalla por Berlín y por mí acababa de comenzar.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 18

El salón principal de Adlerstein apestaba a miedo sudado y puros de lujo. Era un aroma patético, el olor de hombres viejos que creían que el dinero y el linaje les compraban inmunidad contra la muerte.

Estaba de pie en lo alto de la escalera de mármol negro, la misma escalera donde, unas horas antes, la mujer que me pertenecía casi había perdido la vida. Tenía las manos cruzadas a la espalda, con la postura erguida e inquebrantable del káiser. Elias estaba a mi derecha, tamborileando con los dedos casualmente sobre la empuñadura del cuchillo de combate que llevaba en el cinturón, con los ojos brillando con la promesa de una carnicería. Viktor se mantenía a mi izquierda, con la tableta en las manos, en

un estado analítico, calculando las variables del caos que yo estaba a punto de desatar.

Allí abajo, el suelo de ajedrez estaba ocupado por los veinte patriarcas de las familias más letales de Alemania. Los habían sacado de sus cuarteles en plena madrugada. Detrás de ellos, encogidas y confundidas, estaban las dieciocho chicas que componían el resto de aquel circo.

Un poco más apartada, como una reina observando a su propia corte de bufones, estaba ella… Astrid.

Mi favorita había desobedecido mis órdenes y cambiado la camisola de seda por un vestido oscuro de cuello alto que ocultaba los hematomas de la caída. El brazo derecho estaba inmovilizado por el cabestrillo negro que el doctor Hoffman le había ajustado. El rostro pálido estaba enmarcado por el cabello oscuro suelto, y los ojos castaños se encontraron con los míos a través del salón. La electricidad de esa mirada fue un puñetazo en el estómago. El sabor de su boca aún rondaba mi paladar. Ella sabía que la tormenta había llegado y, a diferencia de todas las demás piezas de ese tablero, Astrid no temblaba. Estaba esperando a que yo diera la vuelta a la mesa.

—¡Ritter! ¿Dónde está mi hija? —La voz del barón de Frankfurt resonó por el salón, rompiendo el pesado silencio.

El rostro del hombre estaba enrojecido, con las venas del cuello hinchadas. Dio un paso al frente, flanqueado por dos de sus guardias personales, unos idiotas de traje que no durarían ni tres segundos si Elias decidiera bajar los escalones.

Bajé solo un escalón; el sonido de mi bota de cuero resonó como el golpe de un martillo de juez.

—Baja el tono cuando estés bajo mi techo, Wolfgang. —Mi voz sonó peligrosamente tranquila, pero cargaba con el peso de una avalancha inminente. El hielo de aquellas pocas palabras hizo que la

temperatura del salón bajara. —Te han convocado para escuchar, no para ladrar.

—¿Escuchar? ¡Mi jefe de seguridad me ha informado de que Heidi ha sido arrastrada a las mazmorras por tus perros! —gruñó el barón, aunque su confianza ya se había resquebrajado. Los otros diecinueve padres intercambiaron miradas nerviosas; el instinto de supervivencia les hacía retroceder sutilmente, alejándose de Wolfgang. —¡Exijo verla ahora mismo! ¡Traje a mi hija a este rincón del mundo para que fuera su esposa, no para que la trataran como a un animal!

Una sonrisa letal, desprovista de cualquier calidez o humanidad, curvó mis labios.

Levanté la mano derecha y chasqueé los dedos, un sonido seco que resonó en la acústica de piedra del castillo.

Las pesadas puertas de hierro que conducían a los niveles inferiores se abrieron con un chirrido grotesco. Dos guardias de mi élite entraron, arrastrando un peso muerto entre ellos.

Un suspiro de horror colectivo se apoderó de las chicas del salón.

Heidi fue arrojada al suelo de mármol, a los pies de su propio padre. Ya no vestía de seda. Llevaba un uniforme gris de las mazmorras, descalza, con el cabello rubio sucio y pegado a la cara por el sudor frío del terror. Sollozó al ver al barón, arrastrándose para agarrarse a las perneras de sus pantalones.

—Papá... sácame de aquí, por favor... ¡sácame de aquí! —lloriqueaba con voz ronca y quebrada. Ya no quedaba rastro alguno de la arrogante heredera que intentó asesinar a la princesa de Múnich. Solo había una presa que se enfrentaba al abismo de Adlerstein.

—¡Heidi! —exclamó el Barón, ahogándose, mientras caía de rodillas para abrazar a su hija; la conmoción se transformó rápidamente en una indignación ciega. Levantó la cara hacia mí, con

los ojos chispeando de odio—. ¡Esto es una declaración de guerra, Ritter! ¡Retiraré mis tropas de la frontera occidental de inmediato! ¡Nuestro acuerdo ha muerto! ¡Que la Bratva te trague!

El silencio que siguió fue absoluto. La amenaza de Frankfurt era la pesadilla táctica que impedía al Sindicato centrarse en los rusos. Creía que tenía el cuchillo en mi cuello.

Bajé los escalones que quedaban con una lentitud depredadora. Me detuve a dos metros del Barón, mirándolo desde arriba.

—¿Guerra? —susurré, inclinando ligeramente la cabeza—. Hablas de guerra como si estuviéramos en igualdad de condiciones. Cuestionas los acuerdos como si necesitara tu firma para gobernar el Sindicato.

Crucé los brazos a la espalda, barajando con la mirada a todos los hombres presentes en la sala.

—Cuando los convoqué para esta... Selección —la palabra salió de mi boca cargada de escarnio. —Creísteis que el káiser necesitaba una novia para consolidar alianzas. Creísteis que, enviándome a vuestras hijas, me tendríais atado a una correa. Que estaría demasiado distraído con sedas y sonrisas falsas como para darme cuenta de las conversaciones en clave que algunos de vosotros estáis manteniendo con Alexei Volkov y la maldita Bratva.

Un murmullo de pánico se extendió por el salón.

—Esto no era un concurso de belleza —continué, con mi voz llenando cada rincón oscuro del castillo—. Esto fue una confiscación de activos. Necesitaba garantías absolutas.

—¡Entregamos a nuestras hijas de buena fe! —gritó Karl Weber, el padre de Astrid, desde el fondo, con el sudor brillando en la frente.

—Y yo correspondí a vuestra buena fe con un seguro de vida —respondí, frío como el mármol.

Hice un gesto imperceptible a Viktor. Mi hermano pulsó un único botón en la pantalla de su tableta.

Al instante, las veinte chicas del salón soltaron pequeños jadeos de sorpresa, llevándose las manos a la nuca.

Pero en el caso de Heidi, la reacción no fue un grito ahogado.

Heidi lanzó un grito desgarrador e inhumano que hizo que su propio padre la soltara, en estado de shock. El cuerpo de la chica se tensó brutalmente sobre el suelo de mármol. Sus ojos azules se pusieron en blanco, y un hilo de sangre oscura le brotó de la nariz y los labios, mientras sufría una convulsión violenta y aterradoramente breve.

En menos de cinco segundos, el cuerpo de Heidi se quedó completamente inerte. Muerte cerebral instantánea, limpia y aterradora.

Gritos histéricos irrumpieron en el salón. Las chicas lloraban, los padres retrocedían presa del pánico, chocando unos con otros para alejarse del cadáver. El barón de Frankfurt quedó paralizado de rodillas, el horror le succionó el alma mientras contemplaba a su hija muerta.

Elias desenfundó su pistola y disparó un único tiro contra el techo. El estruendo ensordecedor restableció el orden en medio del pánico absoluto.

—¿Recuerdan el minucioso examen médico al que se sometieron todas las candidatas en cuanto pisaron Adlerstein? —pregunté por encima del silencio sepulcral que siguió—. ¿La extracción de sangre? ¿La inyección de vitaminas para la inmunidad contra el frío?

El horror absoluto se reflejó en los ojos de los barones. Miraban a sus hijas, al punto de la nuca que estas se apretaban frenéticamente.

—No hubo vitaminas. Había un microchip. Una tecnología militar microscópica, inyectada directamente en el sistema nervioso central de cada una de las veinte chicas de esta sala —declaré, rodeando el cadáver de Heidi sin siquiera mirar hacia abajo—. Una cápsula letal de toxina. Si intentan extraerlo quirúrgicamente, la cápsula se rompe. Si se bloquea la señal de GPS, se rompe. Y si decido que alguno de ustedes está conspirando contra el Sindicato... el resultado es lo que acaban de presenciar.

Observé la destrucción total de sus ilusiones. El Sindicato no era una democracia. Nunca pedí lealtad; la forjaba con el miedo insuperable de mis enemigos.

—Habéis venido a buscar a vuestras hijas. Pues bien, podéis llevároslas de vuelta a casa —mi voz se redujo a un susurro letal. —El circo ha terminado. Llévenlas de vuelta a sus palacios y duerman con la tranquilidad de saber que, en la milésima de segundo exacta en que un solo soldado de sus filas retroceda ante los rusos, su preciosa heredera morirá asfixiada en su propia sangre.

Los barones estaban destrozados. Hombres que ordenaban ejecuciones a diario lloraban en ese momento de impotencia. Se había puesto el collar al Sindicato. El frente de guerra ruso estaba temporalmente asegurado.

Aparté la mirada y caminé lentamente a través del mar de hombres petrificados, dirigiéndome directamente hacia ella.

Astrid.

Se sujetaba la nuca con la mano izquierda. El impacto de la brutalidad estaba grabado en su rostro pálido, pero, a diferencia de las demás que lloraban histéricamente, los ojos de Astrid no se apartaron de los míos. Miró el cadáver de Heidi, luego a mí, asimilando la magnitud del monstruo que era y la prisión de carne y hueso en la que la había encerrado.

Me detuve frente a ella. El contraste de mi oscuridad con su obstinada resistencia hacía que mi sangre hirviera de posesividad.

Levanté la mano derecha, deslizando los dedos por la piel fría de su cuello, trazando la línea de la mandíbula hasta que mi pulgar se detuvo sobre los labios que había devorado horas antes. Ella no retrocedió, ni se estremeció bajo mi tacto, sino que levantó la barbilla.

Giré la cara lo justo para que todo el salón, incluido Karl Weber, pudiera oír mi última orden de la noche.

—Las otras diecinueve se van a casa —declaré, con mi voz resonando con un poder que no admitía réplica—. Pero la princesa de Múnich se queda. Será mi esposa.



ASTRID Weber

Capítulo 19

La palabra «esposa» resonó en el salón principal de Adlerstein, pero sonó como el golpe de una pesada puerta de hierro cerrándose para siempre a mis espaldas.

Los dedos de Killian aún estaban en mi rostro. Su pulgar rozaba mi labio inferior, cálido, áspero y letalmente posesivo. El mundo a nuestro alrededor se había sumido en un caos absoluto: el llanto ahogado del barón de Frankfurt abrazado al cadáver de su hija, los murmullos de terror de los demás generales, los sollozos de las muchachas; pero, para mí, todo se reducía a la gélida inmensidad de los ojos azules del káiser.

Mi mano izquierda seguía clavada en la base de mi nuca. La punta de mis dedos palpaba la piel bajo el cabello, buscando cualquier relieve, cualquier cicatriz que delatara el veneno microscópico que reposaba sobre mi sistema nervioso.

Tenía la muerte implantada en la cabeza. Todas la teníamos.

La genialidad perversa de aquel hombre me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. El circo, los vestidos, las cenas... nada de eso fue para elegir una novia. Nos reunió como ovejas al matadero solo para inyectar el collar de obediencia directamente en la sangre de nuestros padres y, en medio de ese enfermizo juego de ajedrez, decidió que me mantendría en el tablero. No como rehén en la oscuridad. Como su reina.

—¡Astrid!

El grito de mi padre rompió la burbuja de tensión que me ataba a Killian.

Volví la cara lentamente. Karl Weber había logrado salir del estado de shock e intentaba dar un paso adelante. Tenía el rostro bañado en sudor y las manos le temblaban sin control, mientras mi padre miraba del cuerpo de Heidi hacia mí.

—Káiser, por favor... —la voz de mi padre falló. No estaba actuando como un general del Sindicato; estaba actuando como una rata acorralada—. ¡Nuestro acuerdo era que ella participaría en la Selección! ¡Si se acabó, me la llevo a Múnich conmigo! ¡Es de mi sangre!

Killian no retiró la mano de mi cara de inmediato. Solo ladeó la cabeza, mirando a mi padre con el tipo de desprecio que se reserva para los insectos.

Mi hombro derecho palpitaba bajo el cabestrillo, un recordatorio físico de que el castillo había estado intentando matarme desde el momento en que llegué, pero que, irónicamente, el único lugar seguro era junto al demonio que lo gobernaba.

Di un paso adelante, alejándome del contacto protector de Killian, y miré fijamente al hombre que me había criado.

—¿Tu sangre? —Mi voz no tembló. Sonó fría, afilada por la rabia que llevaba semanas tragándome—. Tu sangre se vendió en el

momento en que me metiste en ese coche, papá. Me entregaste para salvar tu propio pellejo. Me arrojaste a la guarida de los lobos, esperando que me devoraran en último lugar.

—¡Astrid, cállate! ¡No sabes lo que estás diciendo! ¡Te puso una bomba en la cabeza! —replicó mi padre, con los ojos desorbitados.

—¿Y pensabas que me iba a regalar una corona de flores? —repliqué, con la amargura goteando de cada sílaba—. Fuiste un tonto, papá. Pero yo no lo soy.

Killian se movió. Solo un paso sutil, pero su colosal presencia se situó a milímetros de mi espalda. No me ocultó; me dio respaldo. El mensaje visual para el salón fue claro: si quieren llegar hasta ella, tendrán que pasar por encima de mí.

—La transacción está concluida, Weber —declaró Killian, con una voz letal y abismal, acallando cualquier otro sonido en la sala. —Querías una alianza con el trono. Enhorabuena, la has conseguido. Astrid ya no pertenece a Múnich. Me pertenece a mí. Y si te atreves a cuestionar a mi esposa otra vez delante de mis hombres, no necesitaré ningún chip, simplemente tendré el placer de arrancarte la cabeza personalmente y enviártela a tu casa en una caja de plomo.

Karl Weber palideció hasta adquirir un tono ceniciento y enfermizo. Abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra. El implacable general del sur de Alemania había quedado reducido a cenizas. Bajó la cabeza, derrotado, un cobarde que acababa de darse cuenta de que la hija a la que había descartado había adquirido el poder de destruirlo.

A mis espaldas, Elias empezó a reír. Era una risa grave, cruel, que quebró el resto de la resistencia en el salón.

—Se acabó el espectáculo, caballeros —anunció Elias, haciendo girar el cuchillo de combate entre los dedos—. Cojan a sus herederas y lárguense de nuestro castillo en menos de una hora. Si

sale el sol y alguno de ustedes sigue respirando nuestro aire, pondré a prueba el alcance de esos chips uno por uno.

El pánico sustituyó al shock. Los padres comenzaron a agarrar a sus hijas por los brazos, arrastrando a las chicas que aún lloraban hacia las pesadas puertas de roble. Saskia Koch pasó junto a mí, con el rostro pálido como la nieve, pero, por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Había terror en su mirada, pero también un destello de respeto. Ella sobrevivió. Yo ascendí.

Dos guardias vinieron a limpiar el suelo, arrastrando el cuerpo de Heidi como si fuera escombros. Al Barón se lo llevaron a la fuerza, gritando amenazas vacías que ya nadie escuchaba.

En pocos minutos, el salón principal, que antes albergaba el futuro y la élite de la mafia alemana, se transformó en un mausoleo vacío.

Solo quedamos nosotros cuatro. Elias guardó el cuchillo, con la sonrisa sádica aún en el rostro. Viktor se ajustó las gafas y apagó la pantalla de la tableta; la crisis se había contenido con perfección matemática... y Killian.

Me volví hacia él.

La adrenalina empezaba a bajar y la realidad de lo que acababa de pasar se estrelló contra mi mente. Había matado a una chica a sangre fría. Me había coronado ante los asesinos más crueles de Europa. Y, bajo mi piel, dormía la misma sentencia de muerte que mató a Heidi.

—Estás temblando, Kleine —observó Killian. La frialdad que mostraba con los barones se derritió, dando paso a esa fascinación posesiva y ardiente que reservaba solo para mí.

—Me has puesto una pistola en la nuca —susurré, llevándome la mano una vez más al cuello. El miedo era instintivo, primitivo.

Killian acortó la distancia entre nosotros. Levantó la mano izquierda y, con una delicadeza que no encajaba con el monstruo

que era, sus dedos se deslizaron bajo mi cabello, cubriendo exactamente el punto donde se alojaba el microchip.

El calor de su mano disipó el frío de mi pavor.

—El tuyo no se activa por control remoto, Astrid —confesó en un susurro ronco, solo para mis oídos.

Abrí mucho los ojos, con la respiración atascada en la garganta.

—¿Qué...?

—¿Crees que pondría la vida de la mujer que he elegido en manos de la estabilidad de una red de satélites? —Su sonrisa fue breve y sombría. Inclinó la cara, y su aliento me rozó el cuello. —Tu chip no tiene cápsula de veneno. Es solo un rastreador militar puro. Estés donde estés en este maldito mundo, siempre sabré dónde encontrarte. Las otras llevan la muerte. Tú llevas mis ojos.

El alivio fue tan intenso que las piernas me fallaron por un segundo. Le había mentido al Sindicato. Me había aislado del cruel destino de las demás. No era una rehén en el mismo sentido; era el tesoro que él había blindado.

Pero la posesión que se escondía tras esa verdad era igualmente abrumadora. Nunca podría escapar. Nunca podría esconderme. Pertenecía al káiser.

—Recoge tus cosas —ordenó Killian, alejándose lo suficiente para mirarme a los ojos, asumiendo de nuevo la autoridad incuestionable del imperio—. La tormenta política que acabo de desatar exige que esté en el centro del tablero, y una reina no gobierna desde un castillo escondido en las montañas.

—¿Adónde vamos? —pregunté, sintiendo cómo se aceleraba mi corazón ante la promesa del cambio.

Los ojos de Killian brillaron con la anticipación de la guerra y la sangre que seguirían. Extendió la mano, sin darme otra opción, pero ofreciéndome el mundo entero a cambio de mi rendición.

—A Berlín, Astrid. Es hora de que conozcas tu nuevo imperio.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 20

El ensordecedor ruido de las hélices cortaba el aire helado de la mañana, pero el interior de la cabina del helicóptero ejecutivo blindado era un santuario de silencio y cuero negro.

Allá abajo, los picos nevados de los Alpes y la silueta sombría del castillo de Adlerstein quedaban atrás, reduciéndose hasta convertirse en un simple punto en la inmensidad blanca. La noche anterior había convertido aquel castillo en un matadero, reescribiendo las reglas del inframundo alemán con una sola ejecución y veinte microchips. El Sindicato estaba bajo control absoluto, sumido en el terror.

Aparté la mirada de la ventana blindada y me concentré en la mujer sentada frente a mí.

Astrid llevaba en silencio desde que despegamos. Contemplaba el paisaje que se alejaba, con el rostro pálido reflejado en el grueso cristal. El hombro derecho seguía inmovilizado en el cabestrillo negro, y yo sabía que la medicación del doctor Hoffman ya debía de estar perdiendo efecto, pero ella no había emitido ni un solo gemido de dolor. Mi elegida exhalaba un profundo cansancio, pero la espalda seguía perfectamente erguida.

Ya no era un rehén en el juego de los barones. Era mi esposa en todo, excepto en el papel, y yo me encargaría de la formalidad del papel lo antes posible.

—Adlerstein es una fortaleza para el invierno —dije, rompiendo el silencio de la cabina, captado por los auriculares de comunicación interna—. Pero no es el corazón de mi imperio. Berlín es donde respira el verdadero poder y donde la guerra llamará a nuestra puerta.

Astrid volvió el rostro hacia mí. Sus ojos marrones, insondables y analíticos, estudiaron mi expresión.

—Me estás llevando al centro del objetivo —observó, sin una pizca de acusación, limitándose a constatar el hecho táctico.

—Te estoy llevando a la fortaleza más impenetrable de Europa, *Kleine* —la corregí, recostándome en el asiento de cuero y dejando que mis ojos recorrieran su figura—. Adlerstein era mi escenario para lidiar con tu padre y los demás cobardes. La mansión de Berlín es mi hogar. Es el territorio de mi familia.

El helicóptero se inclinó ligeramente, y Viktor, que estaba en el asiento de al lado, tecleando frenéticamente en la tableta, levantó la vista por un segundo.

—Los escuadrones de barrido ya han confirmado la seguridad en el perímetro de Berlín, Killian. Elias aterrizó media hora antes que nosotros y se ha hecho cargo del mando en tierra —informó Viktor, con la mente siempre tres pasos por delante—. Nuestra madre ha

sido informada del cambio de planes y de la... nueva incorporación a la familia.

Noté que a Astrid se le tensaba ligeramente la mandíbula al mencionar a mi madre. La «Princesa de Múnich» había crecido en un mundo donde las matriarcas de la mafia er s víboras silenciosas que orquestaban asesinatos durante el té de la tarde. Ella esperaba encontrarse con una arpía territorial dispuesta a destrozarla por atreverse a ocupar el puesto junto al káiser.

No tenía ni idea de quién era Helene Ritter.

Cuando el helicóptero aterrizó en el helipuerto de la azotea de nuestra propiedad en el corazón de Berlín, el cambio de ambiente fue brutal. Salimos del aislamiento blanco de los Alpes para adentrarnos en la vibrante jungla de asfalto de la capital. La mansión Ritter no era un castillo ancestral; era un gigantesco complejo arquitectónico, una mezcla de diseño brutalista, vidrio blindado y acero, rodeado de altos muros y vigilado por hombres armados con rifles tácticos cada diez metros.

Bajé del helicóptero y le tendí la mano izquierda a Astrid. Ella dudó una fracción de segundo antes de poner su mano fría en la mía, aceptando mi apoyo para bajar los escalones de metal. El viento de Berlín no era tan gélido como el de las montañas, pero cargaba la electricidad de una ciudad que nunca dormía.

—Bienvenido a casa, káiser —saludó Elias, apoyado en las puertas dobles de cristal que daban acceso al interior de la mansión. El rifle descansaba holgadamente en la correa. Miró a Astrid con una sonrisa depredadora, pero cargada de un respeto que no sentía por nadie más que por los de nuestra sangre. —Fräulein Weber. Veo que no se ha caído del helicóptero por el camino.

—No gracias a ti, Elias —replicó secamente, sin dejar de caminar a mi lado.

Elias soltó una carcajada ronca mientras nos abría las puertas.

El interior de la mansión era todo lo contrario al castillo. Era luminoso, imponente, con suelos de mármol blanco brillante y obras de arte contemporáneo que valían más que la vida de la mitad de la ciudad.

En cuanto entramos en el vestíbulo principal, nos llegó el sonido de pasos firmes y el clic metálico de los tacones contra la piedra.

La mujer que bajaba los escalones de la escalera principal no era una anciana frágil ni una viuda amargada oculta tras encajes oscuros. Helene Ritter rondaba los sesenta años, pero la edad solo había refinado su letalidad. Llevaba un traje a medida en tono crema, impecable, de corte moderno. Su cabello platino, casi blanco, estaba recogido en un moño pulido. Sus ojos, de un azul idéntico al mío, recorrieron el vestíbulo y se detuvieron en nosotros.

Astrid se tensó instintivamente a mi lado.

Mi madre se detuvo en el último escalón, con los ojos penetrantes diseccionando a Astrid de la cabeza a los pies. Se fijó en el cabestrillo negro. Notó los rastros de agotamiento en el rostro pálido. Y, sobre todo, que Astrid no apartó la mirada ante su escrutinio. La chica que había desafiado al káiser en aquel momento sostenía la mirada de la matriarca que construyó el imperio Ritter sobre los huesos de mi padre.

El silencio se prolongó, pesado y evaluador.

—Mamá —rompí el hielo, con una voz que denotaba el respeto que rara vez concedía a alguien—. Esta es Astrid Weber. Mi futura esposa.

Helene bajó el último escalón y caminó con pasos cortos y medidos hacia nosotros. Se detuvo a medio metro de Astrid. El aroma del costoso perfume de mi madre: lirios y pólvora, una combinación extraña que me acompañaba desde la infancia, llenó el espacio.

—Así que tú eres la chica que obligó a mi hijo a tirar a una de las herederas de Frankfurt a los sótanos y a implantar un chip en el cerebro de todo el Sindicato en una sola noche —dijo Helene, con voz suave y educada, pero con un tono cortante.

Astrid levantó la barbilla.

—No obligué a su hijo a hacer nada, señora Ritter. El káiser es el único responsable de sus propios demonios —la respuesta de Astrid fue impecable, respetuosa, pero afilada como el cristal—. Solo decidí que no sería una víctima de ellos.

Me preparé para intervenir. Se sabía que el temperamento de Helene era capaz de incendiar ciudades enteras por unas respuestas malinterpretadas.

Sin embargo, para mi más absoluto placer, y para la visible sorpresa de Elias, que observaba todo apoyado en una pilastra, una amplia y genuina sonrisa floreció en el rostro de Helene Ritter. La frialdad de sus ojos azules se derritió en pura aprobación.

Mi madre levantó las manos y, haciendo caso omiso de cualquier protocolo, tomó el rostro de Astrid con una delicadeza maternal que me tomó por sorpresa.

—Gracias a los dioses —suspiró Helene, volviendo la mirada hacia mí—. Ya era hora de que Killian encontrara a una mujer con carácter. No habría soportado convivir con esas muñecas vacías y lloronas que los otros idiotas querían meter en esta casa.

Astrid parpadeó, tomada completamente por sorpresa por la cálida bienvenida.

—Tu hombro —observó Helene, con un tono ahora práctico y cortante. Tocó el borde del cabestrillo—. ¿Te curó Hoffman en los Alpes?

—Sí, señora —respondió Astrid, aún asimilando el cambio brusco.

—Bien. Pero voy a mandar a mi propio médico a que le eche un vistazo. El frío de Adlerstein atrofia las articulaciones —Helene soltó el rostro de Astrid y entrelazó el brazo sano de la chica con el suyo, alejándola con delicadeza de mí—. Ven, querida. El vuelo debe de haber sido agotador. Te mostraré tus aposentos provisionales hasta que se celebre la boda y te trasladen al ala principal. Freya está deseando verte. Mi hija no ha dejado de hablar de ti desde la fiesta de gala.

Observé, mudo y fascinado, cómo mi madre conducía a la mujer más letal que había conocido jamás por los pasillos iluminados de la mansión. Astrid me miró por encima del hombro, con una confusión silenciosa en sus ojos castaños, como si se preguntara en qué tipo de universo paralelo acababa de entrar.

—Impresionante —comentó Viktor, deteniéndose a mi lado con la tableta bajo el brazo—. En diez minutos se ha ganado el respeto de nuestra madre. Eso es algo que ni siquiera nuestros generales más veteranos han conseguido en veinte años.

—No se lo ha ganado, Viktor. Se lo ha impuesto —murmuré, con una sonrisa lenta y posesiva dibujándose en mi rostro. El calor del orgullo ardía en mi pecho.

No había traído a una prisionera a Berlín. Había traído el corazón que faltaba en el engranaje de sangre de los Ritter.

Me volví hacia Elias, ya centrado en el siguiente paso táctico.

—Quiero que se redoble el perímetro. Pon en marcha a las escuadras —ordené, volviendo a mi tono de mando—. Trae al sacerdote de nuestra familia hasta aquí mañana al anochecer.

Elias arqueó una ceja, comprendiendo la urgencia.

—¿La boda? ¿Tan pronto? ¿No quieres al menos invitar a los barones a ver la coronación del premio?

—Que se jodan los barones. El circo se acabó, Elias —gruñí, volviendo la mirada hacia el pasillo por donde Astrid había

desaparecido—. No habrá fiesta. No habrá invitados. La boda será privada y silenciosa. En cuanto se hagan las promesas de sangre y mi alianza esté en su dedo, será intocable a los ojos de la ley de la mafia.

Nadie, ni la Bratva, ni los conspiradores del Sindicato, y mucho menos los fantasmas del pasado, podrían tocarla. Astrid estaría encerrada en mi mundo y, mañana por la noche, por fin cobraría la promesa que me había hecho en la biblioteca, marcando su cuerpo y su alma como territorio exclusivo del káiser.



ASTRID Weber

Capítulo 21

El reflejo en el inmenso espejo de cristal de mi habitación no me mostraba a una novia. Mostraba a una reina a punto de ser coronada en el infierno.

Mi antigua vida había terminado en el momento en que mi padre me envió a aquel castillo, pero la muerte oficial de la princesa de Múnich se estaba celebrando allí, en el perfecto corte de un vestido de novia negro.

Helene Ritter no me ofreció el tradicional vestido blanco. El blanco era para vírgenes puras que creían en los cuentos de hadas, y yo me iba a casar con el diablo. La seda negra fluía por mi cuerpo como agua oscura, con un escote profundo en la espalda y mangas largas de encaje que ocultaban las vendas de mi hombro derecho. El médico privado de la familia había hecho un trabajo milagroso con

los bloqueos anestésicos, lo que me permitía moverme con un dolor mínimo y no necesitar el cabestrillo para la ceremonia.

—¡Estás magnífica! —La voz de Freya sonó a mis espaldas. Iba vestida en un tono de plata envejecida, sosteniendo una corona de flores de invierno hechas de cristales oscuros. Me colocó la corona en el pelo suelto con una delicadeza que contrastaba con el mundo violento en el que vivíamos. —Mi hermano se quedará sin aliento y sin capacidad de razonar, lo cual ya es una ganancia para todos nosotros.

Esbocé una breve sonrisa, con el estómago revuelto por una mezcla de ansiedad nauseabunda y una expectación electrizante.

La puerta se abrió con un suave clic y Helene entró en el dormitorio. La matriarca de los Ritter irradiaba una autoridad fría y majestuosa. Se detuvo detrás de mí, con los ojos azules idénticos a los de Killian, encontrando los míos a través del espejo.

—Déjanos, Freya —ordenó Helene con suavidad. Su hija obedeció de inmediato, cerrando la puerta en silencio.

Me quedé a solas con la mujer que dirigía las sombras de Berlín. Helene se acercó, apoyando sus dos manos frías sobre mis hombros cubiertos de encaje.

—¿Tienes miedo, Astrid? —Su pregunta no tenía malicia; era analítica.

—Mentiría si dijera que no, señora Ritter —respondí, con la barbilla levantada hacia el espejo—. Su hijo aterroriza a medio continente y yo seré la mujer que dormirá a su lado.

—El miedo es un instinto excelente. Mantiene los ojos abiertos y los sentidos alerta —murmuró Helene, alisando la tela de mi vestido. —Pero no confundas tu terror con sumisión. Karl Weber te crió para que fueras moneda de cambio, una oveja camino del matadero. Killian no quiere una oveja. Necesitaba un ancla que no cediera ante la tormenta que lleva dentro de su propia mente. El Sindicato no se rige solo por la sangre, Astrid. Se rige por el respeto.

Ella me apretó ligeramente los hombros.

—Hoy le dices «sí» a mi hijo. Pero, al hacerlo, le dices «no» a cualquier otro hombre que intente dictar tu destino. A partir de hoy, eres una Ritter y nosotros no nos doblegamos. Ante nadie.

Las palabras de Helene fueron el oxígeno que necesitaba. El pánico retrocedió, engullido por un instinto de supervivencia y poder. Mi padre me había vendido, Henrik había sido mi ruina silenciosa, pero Killian... Killian me estaba entregando todo el imperio.

—Estoy lista —declaré.

Helene asintió y se dirigió hacia la puerta, abriéndomela.

El descenso por las escaleras de la mansión fue una marcha solitaria. No había música nupcial. No había invitados cotilleando en los bancos. El sonido de mis tacones resonaba en el mármol blanco como los tictacs de un reloj de fichar. No iba a ser entregada por un padre al altar; caminaba hacia mi propio destino por voluntad propia.

El jardín de invierno se encontraba en la parte trasera de la propiedad. Era una gigantesca estructura de hierro y cristal blindado. Afuera, la noche berlinesa se veía cortada por una violenta ventisca, con los copos blancos chocando contra la cúpula de cristal. Dentro, el calor emanaba de la vegetación oscura, de las flores nocturnas y de cientos de gruesas velas que iluminaban el camino de piedra irregular.

En cuanto crucé las pesadas puertas de hierro forjado, la atmósfera me envolvió. El olor a tierra húmeda y orquídeas negras se mezclaba con el aroma metálico y opresivo del poder absoluto.

Elias y Viktor estaban situados a ambos extremos del camino de piedra, vestidos con esmoquin negros, las armas visibles bajo las chaquetas abiertas. Los dos hicieron un ligero gesto de reverencia con la cabeza cuando pasé. La aprobación de la guardia de élite del káiser.

Pero mi mirada se vio atraída, como por una fuerza gravitatoria imposible de resistir, hacia el final del pasillo de velas.

Killian estaba de pie frente al sacerdote del Sindicato, un hombre de rasgos duros y cicatrices que leía leyes de sangre en lugar de pasajes bíblicos.

Si Killian ya era letal en su día a día, esa noche era un dios sombrío. El traje a medida envolvía sus anchos hombros con precisión quirúrgica. La camisa oscura no llevaba corbata, y el botón superior desabrochado dejaba al descubierto la base de su garganta tatuada. Pero fueron sus ojos los que me paralizaron.

El azul gélido y controlador del káiser había desaparecido. Lo que ardía en esas iris era un fuego posesivo, salvaje y absoluto. No solo me miró; me devoró con cada paso que daba. El impacto de esa mirada me golpeó en el pecho, una mezcla violenta de terror primitivo y una fascinación oscura que me dejó sin aliento.

No esperó a que llegara al altar. Con dos zancadas, Killian acortó la distancia entre nosotros, deteniéndose en medio del camino de piedra.

Su mano grande y áspera tomó mi mano izquierda con una delicadeza que contrastaba brutalmente con la furia de sus ojos. Llevó mis nudillos a sus labios, sin apartar la mirada de la mía ni por una milésima de segundo.

—La princesa de Múnich está muerta —murmuró contra mi piel, con una voz arrastrada y ronca—. Larga vida a la reina de Adlerstein.

Un escalofrío violento me recorrió la espalda.

El káiser me condujo los últimos pasos hasta el altar de piedra, donde nos esperaba el sacerdote. No hubo discursos sobre el amor, la paciencia o en la salud y en la enfermedad. El inframundo no funcionaba con romanticismo; funcionaba con sangre.

—Killian Ritter y Astrid Weber. Estáis ante el Sindicato y las sombras para sellar un pacto irrevocable —la voz del sacerdote sonó grave e implacable—. Lo que se jura con sangre, solo la sangre puede deshacer, y la traición se paga con la propia vida.

El hombre extendió un cuchillo ceremonial de plata, cuya hoja brillaba a la luz de las velas.

Killian no dudó. Tomó el cuchillo, cerrando la mano izquierda sobre la hoja. Con un movimiento rápido e indoloro, tiró de ella. Un hilo de sangre oscura y viva brotó en la palma ancha y callosa.

El corazón me latía con fuerza en la garganta cuando él giró el cuchillo, ofreciéndome el mango.

Miré el metal. Era mi última oportunidad de dar marcha atrás. La última oportunidad de negarme a aceptar el destino y, posiblemente, no sobrevivir a la noche. Levanté la cara y crucé la mirada con Killian. No me presionó con palabras, pero la seriedad de su postura exigía mi rendición voluntaria.

Extendí la mano izquierda y cogí el cuchillo. Sin apartar la mirada de la suya, apreté la hoja plateada y tiré.

El corte ardió, un agudo choque de realidad, y mi propia sangre brotó por la piel pálida.

Killian dejó inmediatamente el cuchillo en la pila de piedra del altar y me tomó la mano ensangrentada. Apretó su palma contra la mía. La humedad tibia y la fricción de nuestras heridas al unirse cerraron el circuito eléctrico que latía entre nosotros desde hacía días.

—Mi sangre es tu sangre —juró Killian, haciendo que el sonido resonara en el cristal del jardín de invierno. Sus dedos se entrelazaron con fuerza con los míos—. Mis enemigos son tus enemigos. Mi vida por la tuya. Hasta que la muerte nos cobre el precio.

El peso de aquellas palabras era un lastre aplastante. Estaba entregando su propia vulnerabilidad en el altar de la mafia.

—Mi sangre es tu sangre —repetí, con mi voz ganando firmeza, el sonido resonando con el acero que había ocultado bajo la seda durante tantos años—. Mis enemigos son tus enemigos. Mi vida por la tuya. Hasta que la muerte nos cobre el precio.

El sacerdote deslizó un anillo de oro negro, macizo y grabado con el símbolo del Sindicato, por mi dedo anular, sellando la herida y el pacto.

—La alianza está forjada —declaró el hombre, inclinando la cabeza en señal de reverencia—. Ante la ley de los hombres y el silencio de las armas, sois uno.

Killian soltó mi mano suavemente. El aire a nuestro alrededor parecía haberse evaporado. Dio un paso adelante, anulando cualquier espacio que quedara entre nuestros cuerpos. Su mano derecha se hundió en mi cabello oscuro, en la base de la nuca, y sus dedos rozaron exactamente el lugar donde se alojaba el microchip de rastreo, su marca invisible de posesión absoluta.

—Mía —gruñó, una palabra que sonó como un hechizo y una sentencia de cadena perpetua.

Su rostro se inclinó. El beso no fue apresurado como el de la biblioteca, ni cargado de la desesperación de la habitación en Adlerstein. Fue un beso lento, profundo y dominante. Su boca tomó posesión de la mía con un hambre paciente, la lengua explorando, exigiendo y recibiendo mi rendición completa.

Mis piernas perdieron el equilibrio por una fracción de segundo, el fascínio letal arrastrándome al abismo, pero su fuerte brazo rodeó mi cintura, manteniéndome en pie contra el pecho duro del hombre que, a partir de ese preciso momento, poseía cada latido de mi corazón.

Le había dicho «sí» al monstruo y el infierno que prometía nunca me había parecido tan tentador.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 22

Las puertas dobles de mi suite en la mansión Ritter se cerraron tras nosotros con un golpe sordo, sellando nuestro aislamiento.

El silencio de la habitación era absoluto, roto solo por nuestra respiración entrecortada y por el sonido de la ventisca azotando los cristales blindados de las ventanas que iban del suelo al techo. El ambiente era inmenso, dominado por tonos plomizos, cuero oscuro y una cama que parecía un altar profano.

No le solté la mano desde que salimos del jardín de invierno. Nuestras heridas ya habían dejado de sangrar, pero la sangre seca unía nuestras palmas como un pegamento ritual.

Giré a Astrid hacia mí.

Estaba de pie en el centro de la habitación, la seda negra del vestido de novia le resbalaba por el cuerpo como sombras líquidas. La corona de cristales oscuros brillaba contra su espesa melena. Sus ojos castaños estaban dilatados, el iris casi engullido por la pupila, reflejando el fuego de la chimenea y la cruda depredación que irradiaba de mí.

Su respiración era superficial. El pecho subía y bajaba rápidamente bajo el fino encaje. Estaba aterrorizada, pero, fiel a su naturaleza indomable, no retrocedió ni un milímetro.

Levanté la mano libre, tocando el lado de su rostro, trazando la línea de la mandíbula con una lentitud torturante.

—En la biblioteca de Adlerstein, trazte una línea en el suelo —mi voz sonó ronca y vibró en el espacio que nos separaba—. Me miraste a los ojos, rodeada de mis libros, y me dijiste que tu virginidad y tu lealtad pertenecían a una sola persona en este mundo.

Deslicé el pulgar hasta su labio inferior, tirando de él ligeramente. Ella jadeó, con las pestañas temblando.

—A tu marido —completé en un susurro, con la posesividad distorsionando cada sílaba—. La regla se ha cumplido, Astrid. La línea se ha borrado con nuestra sangre. Esta noche... he venido a cobrar mi deuda.

—No estoy huyendo, Killian —respondió ella, con voz temblorosa, pero cargada de ese acero irresistible que me había obsesionado desde el primer día.

—Lo sé. Si lo estuvieras, te perseguiría hasta el infierno para traerte de vuelta —murmuré.

Le solté la mano y llevé mis dos manos a la cremallera invisible de la espalda del vestido negro. Bajé la cremallera con deliberada precisión. El sonido de la tela al abrirse fue el único ruido en el dormitorio. Con un cuidado pragmático, recordando el hombro

que se había dislocado, deslicé la seda negra y el encaje por los brazos de Astrid.

El vestido cayó a sus pies formando un charco oscuro.

Astrid quedó solo en lencería de encaje negro, y su pálida piel se erizó por el contraste de temperatura. Mi mirada descendió por su largo cuello, por sus pechos generosos y contenidos por el encaje, por su abdomen plano, hasta sus esbeltos muslos. La visión de mi esposa, desnuda de la armadura que siempre llevaba, golpeó mi autocontrol como un mazo.

Me quité la chaqueta y la tiré lejos. Me arranqué la camisa oscura, haciendo que los botones salieran volando por la alfombra persa. Mis tatuajes y las cicatrices de cuchillo y bala que cubrían mi torso quedaron al descubierto bajo la tenue luz. Yo era una máquina de guerra bañada en brutalidad; ella era una obra de arte forjada para la realeza y yo estaba a punto de arruinarla maravillosamente.

Me acerqué, rozando mi pecho caliente contra su piel fría. Me incliné y besé el moratón amoratado de su hombro derecho. Un beso de reverencia. Después, mis labios subieron por la curva de su cuello, y aspiré el aroma a lavanda y vainilla que me había perseguido tantas noches.

Las manos de Astrid subieron, vacilantes al principio, hasta posarse en mi pecho desnudo. Sus dedos fríos trazaron los dibujos oscuros de mi piel, y la inocencia de su tacto casi me hizo gruñir.

Envolví la cintura de mi esposa con un brazo y, con facilidad, la levanté del suelo. Ella jadeó, rodeando mi cintura con las piernas instintivamente. Caminé hasta la cama y la tumbé sobre las sábanas oscuras.

Acompañé el movimiento, cerniéndome sobre ella. Mi rodilla separó sus piernas, ocupando el lugar que me correspondía. Me deshice de la lencería con movimientos bruscos. La urgencia finalmente rompió la barrera de mi paciencia. Cuando la vi completamente desnuda entre mis sábanas, con esa mirada

desafiante ahora nublada por la lujuria y la vulnerabilidad, supe que no solo quería su cuerpo. Quería su alma.

—Mírame —le ordené suavemente.

Sus ojos se abrieron y se encontraron con los míos.

Deslicé los dedos de mi mano izquierda, aún manchados por la sangre de nuestro juramento, por el vientre de Astrid, bajando hasta el centro de su intimidad. Ya estaba húmeda, caliente, lista para mí, incluso con el miedo arraigado.

Cuando mis dedos la tocaron, ella soltó un gemido agudo, arqueando ligeramente la espalda sobre el colchón.

—Killian... —susurró mi nombre como una plegaria y una maldición.

Me coloqué entre sus muslos. La fricción de mi cuerpo rígido contra la estrecha y virgen entrada hizo que un rugido me rasgara la garganta. El káiser tomaba lo que quería, mujeres experimentadas y efímeras. Pero Astrid era una pizarra en blanco que solo se llenaría con mi nombre, con mis marcas.

Apoyé mi peso en los antebrazos, con mi rostro a centímetros del suyo.

—Te va a doler, *Kleine* —le advertí, con voz áspera, los ojos clavados en los suyos, exigiéndole que no apartara la mirada—. Y entonces, será solo mío.

—Hazlo —exigió ella, clavándome las uñas en la espalda.

Avancé.

La resistencia de su cuerpo inexperto fue un obstáculo estrecho y doloroso. Astrid soltó un grito ahogado, girando la cara hacia un lado, lágrimas calientes e involuntarias brotaron por las comisuras de sus ojos, mientras la barrera se rompía. Mi sangre se heló por una milésima de segundo al causarle dolor a la única

criatura a la que quería proteger, pero mi instinto de posesión rugió más fuerte.

Me detuve por completo, hundido hasta la base dentro de ella, llenándola de una forma que me dejó al borde de la locura.

—Shh... respira —murmuré, besando las lágrimas de su rostro, bajando los labios hasta el cuello, sintiendo el pulso latir locamente bajo mi boca. —Eres mi reina. Puedes soportar más que esto. Respira para mí.

Esperé el tiempo que fue necesario, la tortura de permanecer inmóvil poniendo a prueba los límites de mi cordura. Sentí cómo sus músculos internos temblaban y, poco a poco, comenzaban a relajarse, acomodándose a mi tamaño, amoldándose a mí.

Las manos de Astrid se deslizaron desde mi espalda hasta mi nuca. Me tiró del pelo con fuerza, obligándome a mirarla. El dolor en sus ojos estaba siendo sustituido por un brillo oscuro y hambriento.

—No pares —susurró, jadeante.

Era la única permiso que necesitaba.

Empecé a moverme. Lento y contenido al principio, sacándome casi por completo antes de hundirme en ella de nuevo. Con cada embestida, un gemido escapaba de los labios de Astrid, un sonido que alimentaba al monstruo que había en mi interior. La fricción era enloquecedora. Ella estaba apretada, caliente, el paraíso y la perdición mezclados en un mismo cuerpo.

El ritmo se aceleró, y la lentitud dio paso a una urgencia brutal. Su dolor se convirtió en placer. Astrid empezó a corresponder a mis movimientos, con las caderas elevándose para encontrarse con las mías de forma instintiva y desesperada. Sus uñas arañaban mi espalda sin piedad, marcando mi cuerpo de la misma forma que yo la marcaba por dentro.

—Mía —gruñía con cada embestida, la palabra golpeando sus labios, la piel de su cuello, como un mantra—. Solo mía.

La mente táctica del káiser quedó reducida a cenizas. No pensaba en la Bratva, ni en el Sindicato, ni en el tablero de ajedrez del mundo. La única guerra que importaba era la que estaba librando en su cuerpo.

La respiración de Astrid se volvió caótica. Echó la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello en total sumisión.

—¡Killian! —Gritó mi nombre, con el cuerpo tensándose violentamente bajo el mío.

Sus paredes internas se contrajeron a mi alrededor en espasmos incontrolables, arrastrándome al abismo. Su clímax hizo estallar mi propio límite. Solté un rugido gutural, hundiendo mi cuerpo en ella por última vez, profundo y absoluto, derramando mi esencia dentro de mi esposa, reclamándola de todas las formas que las leyes de Dios y de la Mafia permitían.

Me desplomé sobre su cuerpo, con el pecho subiendo y bajando ruidosamente, pegando la frente al cuello sudoroso de Astrid.

Permanecimos en silencio durante largos minutos, los latidos frenéticos de nuestros corazones desacelerándose al unísono. El olor a sexo, sudor y sangre flotaba en el aire oscuro de la habitación.

Me deslicé hacia un lado, atrayéndola contra mi pecho. Astrid no se resistió; se acurrucó contra mi cuerpo como si ese fuera el lugar al que siempre había pertenecido. La cabeza de Astrid descansó sobre mis tatuajes.

Mi mano encontró su nuca. Mis dedos se deslizaron por su cabello empapado de sudor y se detuvieron con precisión quirúrgica sobre la pequeña protuberancia del microchip bajo la piel.

Mi pulgar acarició la marca silenciosa de mi obsesión.

Astrid cerró los ojos, con la respiración por fin tranquila. Era una princesa que había sobrevivido a la guarida de los lobos y me

había obligado a coronarla. Mi devoción por ella era tan inquebrantable como mi crueldad.

La consumación se había llevado a cabo. La princesa estaba muerta. La reina había nacido en el fuego. Y yo incendiaría el resto del mundo entero antes de permitir que ningún hombre volviera a tocarla.



ASTRID Weber

Capítulo 23

La luz de la mañana en Berlín era gris y cortante, filtrándose a través de los enormes ventanales blindados de la suite principal.

Cuando abrí los ojos, el lado derecho de la cama estaba vacío, pero el calor de Killian aún impregnaba las sábanas oscuras. El aroma a sándalo, pólvora y al sexo brutal y sagrado que habíamos compartido la noche anterior envolvía mis sentidos. Intenté moverme y un gemido bajo se escapó de mis labios. Me dolía todo el cuerpo. Era un dolor sordo y profundo, un recordatorio físico de que había sido deshecha y reconstruida por las manos del hombre más peligroso de Alemania.

El anillo de oro negro en mi dedo anular pesaba como una corona. La marca de nuestra sangre aún estaba allí, sellada bajo el metal. Y, en la base de mi nuca, bajo el relieve del microchip de

rastreo, latían fantasmas de posesión. Ya no era una rehén de lujo. Era el territorio del káiser.

Me senté lentamente, tirando de la sábana de algodón egipcio para cubrir los hematomas con forma de dedos que marcaban mis caderas y las mordeduras en la base de mi cuello.

La puerta del vestidor se abrió y Killian salió. Ya estaba vestido para la guerra: un traje a medida impecablemente oscuro, una funda ajustada bajo el hombro, el cabello rubio oscuro perfectamente peinado. La bestia que me había devorado entre las sábanas horas atrás estaba encerrada de nuevo en la jaula de la civilidad sádica, pero, cuando sus ojos azules me encontraron en la cama, el cerrojo se rompió.

Killian se acercó a mí, con pasos silenciosos como los de un depredador. Apoyó ambas manos en el colchón, inclinándose hasta que nuestros rostros quedaron a centímetros de distancia.

—Buenos días, *meine Königin* —su voz era ronca y me provocó un escalofrío que me recorrió el bajo vientre. *Mi reina...*

—Buenos días —susurré, con la voz aún ronca por los gritos que él me había arrancado de la garganta durante la madrugada.

Los ojos de Killian bajaron hacia las marcas rojas de mi cuello, y un brillo sombrío de satisfacción cruzó su mirada. Inclinó la cabeza y depositó un beso casto, pero cargado de promesas, en mi frente.

—Viktor ha interceptado comunicaciones en la frontera este. Tengo que ir al cuartel general táctico —me avisó, con el tono volviendo a la frecuencia de un comandante—. Tú te quedarás en la mansión. Se ha triplicado la seguridad.

—No necesito que me encierren en una torre de marfil, Killian —repliqué, con mi instinto de defensa imponiéndose.

Él esbozó una sonrisa de lado, un gesto letal y encantador.

—Lo sé, *Kleine*. No eres una princesa que necesita ser rescatada, eres el dragón que guarda el oro. Pero hoy, tu campo de

batalla es otro —se irguió, ajustándose los puños de la camisa—. Mi madre te está esperando en el solárium. No la hagas esperar.

***

Media hora después, tras un baño caliente que no logró lavar el agotamiento de mis músculos, me puse unos pantalones negros a medida y una blusa de seda color perla, cuyo cuello alto ocultaba las marcas de mi marido. Me coloqué el cabestrillo y bajé las escaleras de la mansión, guiada por el débil sonido de tazas de porcelana chocando contra los platillos.

El solárium era una sala circular acristalada con vistas a los jardines nevados de la finca. A diferencia del castillo de los Alpes, allí había luz, plantas exóticas y una elegancia que casi enmascaraba el imperio de sangre que sustentaba aquellas paredes.

Helene Ritter estaba sentada a la cabecera de una mesa de vidrio templado, leyendo un informe impreso a través de unas gafas de lectura de montura fina. Freya estaba tumbada en el sofá de cuero blanco de al lado, jugando distraídamente con el móvil, con un vaso de zumo en una mano y lo que parecía ser una navaja mariposa en la otra, haciéndola girar con una habilidad aterradora.

—¡Astrid! —Freya fue la primera en fijarse en mí. Guardó la navaja con un movimiento rápido y esbozó una amplia sonrisa—. ¿Has sobrevivido a la noche de bodas? Aposté con Viktor a que hoy necesitarías una silla de ruedas, pero él dijo que tu ego te mantendría en pie.

Sentí que me ardían las mejillas. La franqueza de mi cuñada era desconcertante.

—Freya, modérate. No somos animales salvajes —la reprendió Helene sin apartar la vista del informe. Cerró la carpeta y se quitó las gafas, señalando la silla a su derecha—. Siéntate, Astrid. El té está caliente.

Me acerqué a la mesa y me senté. Una camarera invisible pareció materializarse de entre las sombras, me sirvió una taza de té

humeante y desapareció tan rápido como había aparecido.

—Gracias —murmuré, apoyando las manos en el platillo para absorber el calor.

Helene cruzó las manos sobre la mesa, y sus ojos azules, tan fríos y calculadores como los de Killian, se fijaron en mí.

—Tu padre, Karl, era un estratega mediocre —comenzó Helene, con voz pulida y desprovista de toda emoción—. Creía que la fuerza de una familia mafiosa se medía por el tamaño del arsenal y por el número de idiotas dispuestos a recibir un balazo en la frontera.

Empujó hacia mí una segunda carpeta negra y gruesa.

—El Sindicato no se rige únicamente por las armas de Killian, Elias y Viktor. El verdadero poder que mantiene despiertos a los barones por la noche es la información. Y las mujeres de esta familia no bordan pañuelos mientras sus maridos luchan en la guerra, Astrid. Nosotras somos las artífices del terror invisible.

Abrí la carpeta. Había fotografías, extractos bancarios internacionales, historiales médicos cifrados y transcripciones de audio.

—¿Qué es esto? —pregunté, hojeando las páginas, asimilando rápidamente el contenido. Eran trapos sucios. Los peores pecados posibles de las veinte familias que componían el Sindicato.

—Esas son sus debilidades —respondió Freya, levantándose y apoyando los codos en el respaldo de mi silla, mirando los papeles por encima de mi hombro—. Sus maridos se ocupan de la Bratva. Nosotras nos ocupamos de las esposas, las amantes, los hijos adictos y los desvíos de dinero. Killian tiene el botón que puede hacer estallar los cerebros de esas herederas idiotas, sí. Pero nosotras tenemos el cuchillo en la garganta de la reputación y el imperio financiero de los patriarcas.

Miré a mi cuñada y luego a Helene. La matriarca me estaba ofreciendo las llaves de la caja fuerte de los secretos del imperio.

—No te han traído a Berlín para ser un trofeo, Astrid —continuó Helene, con un tono de mentora y reina-madre en la voz—. Mi hijo está cegado por la adoración que siente por ti, eso es obvio para cualquiera que tenga ojos. Pero la pasión de un líder es una debilidad si la mujer a su lado no sabe cubrir su flanco ciego. Tú entiendes de geopolítica, detuviste una guerra antes de que comenzara en esa escalera. Quiero que aprendas a mandar en el salón de la misma forma que Killian manda en la sala de guerra.

Pasé los dedos por las páginas. La amante secreta del Barón del Sur. Los informes psiquiátricos ocultos del heredero de Dresde. Y, al final de la carpeta, los contactos financieros de la Bratva en territorio alemán. Mi cerebro analítico lo absorbió todo como agua en un desierto. No era solo una superviviente; por fin tenía armas que no disparaban balas, pero que podían derribar dinastías.

—¿Por qué me enseñas esto ahora? ¿En mi primer día oficial en esta casa? —pregunté, cerrando la carpeta y sosteniendo la mirada de la matriarca—. ¿No temes que mi sangre Weber se imponga?

Helene soltó una risa seca y elegante.

—Karl Weber te vendió a cambio de protección. Killian se cortó las propias manos con una navaja de plata para jurar que su vida pertenecía a la tuya —Helene se inclinó hacia delante. —Eres una mujer inteligente, Astrid. Sabes identificar quién valora tu precio. Tu sangre ya no es de Múnich… y, francamente, necesitábamos una mente maquiavélica femenina en esta casa. Freya es fantástica con los cuchillos, pero no tiene paciencia para la diplomacia de las sombras.

—Es cierto —asintió Freya alegremente, cogiendo una galleta de mantequilla—. Prefiero apuñalar a la gente de frente, sonriendo. El té de las cinco con esas esposas hipócritas me da urticaria.

Una risa genuina, la primera en semanas, se me escapó de la garganta.

Miré a las dos mujeres frente a mí. Helene, con su letalidad refinada y su mente brillante. Freya, con su lealtad feroz y su humor asesino. En el castillo de Adlerstein, estaba sola y rodeada de enemigas. Sin embargo, aquí, en Berlín, en el corazón de la oscuridad, había encontrado algo que mi padre nunca me había ofrecido: un clan.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —pregunté, acercándome la taza de té y abriendo la carpeta de nuevo, para ocupar mi lugar en el tablero.

Helene sonrió, de una forma que rivalizaba con la crueldad del propio káiser.

—Empecemos por las rutas de blanqueo de dinero de la familia de Frankfurt. El barón perdió ayer a su hija. Es el momento perfecto para arruinar las finanzas de su esposa antes de que piensen en tomar represalias.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 24

El centro de mando táctico en el sótano de la mansión Ritter zumbaba con la fría energía de los servidores y la iluminación azulada de los monitores. Allí no había lujos ni antigüedades. Era un búnker de hormigón armado desde donde orquestábamos el colapso de nuestros enemigos.

Viktor estaba de pie frente al panel central, con los dedos volando sobre el teclado holográfico. El reflejo de las líneas de código y las imágenes de satélite bailaban en las lentes de sus gafas. Elias estaba sentado en la mesa metálica de al lado, limpiando y montando su rifle de asalto con una precisión aterradora y mecánica, sonriendo al vacío.

—Han cruzado el punto ciego de la frontera oeste, káiser —informó Viktor con voz clínica, desprovista de pánico, pero cargada de urgencia. Amplió la imagen térmica en la pantalla principal—.

Alexei Volkov pensó que estábamos distraídos con el final de la Selección y la boda. Un convoy de élite de la Bratva con armamento pesado cruzó la línea de Dresde hace cuarenta minutos. Se dirigen hacia el almacén de suministros del Sector Cuatro.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo me rechinaban los dientes con una furia fría.

Volkov era un perro rabioso al que había que sacrificar. Había subestimado al Sindicato. Creía que la ceremonia de anoche me había ablandado. Su ignorancia se pagaría con litros de sangre.

—No llegarán al Sector Cuatro. Los interceptaremos en el valle muerto, antes de la carretera principal —declaré, caminando hacia la mesa de armamento. Empecé a ponerme mi equipo táctico negro sobre la camisa. Fundas, placas balísticas ligeras, cargadores extra de munición. —Elias, tú lideras el escuadrón Alfa por la ladera. Quiero fuego cruzado. Nadie sale vivo de esos camiones. Ni una maldita rata rusa.

La sonrisa de Elias se amplió, convirtiéndolo en el psicópata sociable que aterrorizaba a nuestros enemigos.

—Considéralo hecho, hermano. Justo necesitaba estirar las piernas. —Elias amartilló el rifle y se lo colgó al hombro, caminando hacia la puerta de acero. —Nos vemos en el blindado en cinco minutos.

Salió, dejándome solo con el arquitecto de nuestra seguridad.

—Viktor, tú te quedas —ordené, volviéndome hacia mi hermano mediano—. Encárgate de las cámaras del perímetro. Quiero que los drones cubran cada metro de esta propiedad. Si una maldita hoja cae fuera de su sitio en los jardines de Berlín, quiero saberlo.

Viktor asintió, sin apartar la vista de las decenas de pantallas.

—La seguridad de Helene, Freya y Astrid es la prioridad absoluta. La mansión está cerrada con cerradura digital.

Debería haber salido por aquella puerta tras Elias. El káiser no dudaba cuando la guerra llamaba. La adrenalina de la inminente masacre ya corría por mis venas, agudizando mis sentidos y exigiendo destrucción. Sin embargo, por primera vez en mi maldita vida, un ancla invisible se había clavado en mi pecho, tirando de mí en otra dirección.

Me dirigía al matadero y no sabía si volvería antes del amanecer. La furia de la guerra se mezclaba con una posesividad enfermiza que nublaba mi mente táctica. Necesitaba verla. Necesitaba su olor para centrar mi atención.

Me pasé la mano por el pelo y pulsé el botón del comunicador que llevaba en la muñeca.

—Traigan a mi esposa a mi despacho privado ahora mismo —gruñí a uno de los guardias de la mansión.

Salí del centro de mando y subí las escaleras de dos en dos, entrando en mi despacho principal. Era un ambiente opresivo, revestido con paneles de caoba oscura y con olor a puro y cuero. Me quedé de pie detrás de mi pesado escritorio, apoyando ambas manos sobre la madera y respirando como un animal enjaulado, mientras esperaba a la única mujer capaz de desarmarme.



ASTRID Weber

Capítulo 25

El guardia se detuvo ante la doble puerta de caoba, hizo una breve reverencia y retrocedió, dejándome sola en el pasillo.

Todavía estaba procesando la montaña de información confidencial que Helene y Freya me habían echado encima, mi mente calculaba chantajes y alianzas políticas, cuando me sacaron del solárium.

Empujé las puertas del despacho.

El aire allí dentro era tan denso que casi parecía sólido. Killian estaba de pie detrás de la gran mesa. Su imagen me detuvo el corazón por un segundo. No iba vestido como el multimillonario de los negocios ni como el señor del castillo, sino que llevaba un traje táctico completo de combate urbano: chaleco negro, ropa oscura y

ajustada, cuchillos y armas que brillaban letalmente en la penumbra. Era la muerte personificada.

En cuanto entré, sus ojos azules se clavaron en mí. No eran fríos; al contrario, ardían en un fuego aterrador de adrenalina y depredación.

No dijo ni una palabra. Caminó hasta la puerta, pasó junto a mí como una enorme sombra y giró la llave en la cerradura, encerrándonos allí dentro. El sonido del clic metálico hizo que un escalofrío me recorriera la espalda, el mismo escalofrío que había precedido a mi bautismo de fuego la noche anterior.

—Killian... ¿qué está pasando? —pregunté, con la voz más baja de lo normal.

Se acercó con pasos pesados, invadiendo mi espacio personal hasta que mi pecho casi tocaba su chaleco antibalas.

—Los rusos han cruzado la frontera en Dresde. Elias y yo salimos ahora mismo a borrarlos del mapa —respondió, haciendo que su voz ronca vibrara con la violencia reprimida. Sus manos, gruesas y cálidas, subieron por mi cintura, apretándome con una fuerza que era casi dolorosa. —Volveré bañado en la sangre de los hombres de Volkov. Pero, antes de irme, necesitaba un recordatorio de lo que es mío.

Su intensidad era embriagadora. La urgencia de la guerra se había traducido directamente en pura y cruda lujuria. No había la lentitud calculada ni la devoción de nuestra noche de bodas. Solo había un hambre primitiva.

No esperó mi respuesta. Con un movimiento brusco del brazo derecho, Killian barrió la superficie de la mesa de caoba. Mapas impresos, informes, copas de cristal y pisapapeles volaron por el suelo en un estruendo caótico.

Antes de que pudiera jadear por la sorpresa, me agarró por la cintura y me levantó del suelo con una facilidad absurda, sentándome en el borde de la mesa.

Sus manos se deslizaron bajo mi blusa de seda, rozando la piel callosa contra mi vientre, haciéndome arquear la espalda instintivamente. La boca de Killian descendió sobre mi cuello, no besando, sino mordiendo y chupando exactamente sobre la misma marca que había dejado la noche anterior.

—¡Ah! —Un gemido de sorpresa y calor se me escapó de la garganta cuando sus dedos desabrocharon la cremallera de mis pantalones de vestir con una agilidad aterradora, tirando de la tela hacia abajo junto con mi lencería.

Él no se desnudó. Solo se desabrochó sus propios pantalones, con la impaciencia dictando cada movimiento. Su respiración era pesada contra mi oreja, mezclada con el ruido de mi propia sangre martilleando en mis sienes.

Las piernas de mi marido separaron las mías. Abrí los ojos, con la vista nublada por un deseo repentino y abrumador, y vi el rostro del káiser contorsionado en una máscara de necesidad absoluta.

Killian me agarró con fuerza por las caderas, clavándome los pulgares en la piel pálida, y empujó.

El impacto de su entrada en mí fue duro, profundo y despiadado. Un grito agudo de sorpresa y puro placer estalló de mis labios, resonando en las paredes revestidas de caoba. Clavé las uñas en sus hombros, por encima del chaleco táctico, tratando de encontrar algún punto de apoyo, mientras el mundo entero desaparecía bajo el peso de lo que él me hacía sentir.

El hombro que me había dislocado me punzó ligeramente, pero el dolor quedó engullido por el fuego que Killian encendió en mi interior.

No había romance sobre aquella mesa; era una toma de territorio. Un hombre que se iba a la guerra y se aseguraba de que su mujer permaneciera anclada a él a través de aquel delirio. Killian se movía a un ritmo implacable, rápido, sucio y desesperado. Cada

embestida hacía que la pesada mesa de caoba crujiera contra el suelo.

—Di —gruñó contra mis labios, con su aliento embriagando mis sentidos y su cadera golpeando contra la mía a una velocidad torturante—. Di a quién miras. Di a quién perteneces.

Su dominio psicológico derribaba mis defensas. Estaba jadeando, con la cabeza echada hacia atrás y el techo oscuro del despacho daba vueltas. Mi interior comenzó a palpitar, la tensión subía como la pólvora hacia el fuego.

—A ti —jadeé, sin aliento. Le tiré del pelo oscuro, acercando su rostro al mío—. ¡Le pertenezco al káiser!

La confesión en voz alta fue la chispa que faltaba. Killian gruñó, con un sonido animal que rasgó el despacho, y profundizó la embestida final, golpeando contra mi límite. Mi clímax se abatió sobre mí en una oleada de espasmos violentos que me dejaron ciega. Todo mi cuerpo tembló sobre la madera, con las piernas firmemente enroscadas alrededor de su cadera, ordeñando cada gota de la esencia del hombre que acababa de aniquilar el resto de mi cordura.

Killian hundió el rostro en la curva de mi cuello, con la respiración pesada, jadeante. Nos quedamos congelados en esa posición durante unos segundos cruciales, con los latidos de nuestros corazones chocando y el polvo invisible del caos que habíamos causado descendiendo lentamente.

Cuando Killian finalmente se apartó, sus ojos azules habían recuperado la frialdad del acero. La sed de sangre estaba de vuelta. Se arregló la ropa con movimientos rápidos y profesionales, y luego me subió los pantalones con una delicadeza que casi no encajaba con lo que acabábamos de hacer.

Me tomó la mano y besó los nudillos, justo sobre el anillo de oro negro.

—Quédate con mi madre y con Freya. Viktor está en las pantallas. No salgas de esta mansión bajo ningún concepto. —La orden no admitía réplica. Me miró a lo profundo de los ojos—. Volveré contigo, *Kleine*.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Desbloqueó la cerradura, abrió de par en par la pesada madera y salió, desapareciendo en el pasillo para dirigir la carnicería.

Me quedé sentada en el borde de la desordenada mesa de caoba, con el cuerpo tembloroso, el aliento entrecortado y las piernas débiles. La tormenta había pasado por mí en menos de diez minutos, pero había dejado su marca a fuego.

El diablo andaba suelto en Alemania. Pero su alma, lo sabía con absoluta certeza, se había quedado atrapada conmigo en el centro de aquel despacho.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 26

El Valle Muerto era un estrecho desfiladero rodeado de pinos negros y rocas afiladas, situado a kilómetros de cualquier civilización. Era el cuello de botella perfecto.

La noche se tragaba la nieve que caía escasa. Estaba apostado en lo alto de una cresta, barriendo con la visión nocturna de mi rifle de precisión la carretera desierta que se extendía abajo. El silencio era absoluto, roto solo por mi respiración lenta y controlada.

—Objetivos en la mira. Seis camionetas blindadas, formación en cuña. —La voz de Elias sonó en el pinganillo. Él y el escuadrón Alfa estaban camuflados en la ladera opuesta.

—Esperad a que el vehículo de delante cruce la línea cero —ordené con voz gélida—. Sin prisioneros.

La caravana de la Bratva avanzó, con los faros cortando la oscuridad como cuchillas romas. Alexei Volkov creía que la frontera estaría desprotegida debido al caos político de la Selección. Pensó que yo estaría distraído. Un error fatal.

En cuanto los neumáticos del primer vehículo tocaron la línea imaginaria que había trazado, apreté el gatillo.

El disparo de mi rifle perforante no fue dirigido al conductor; fue al bloque del motor. La bala atravesó el capó blindado con un estruendo metálico, paralizando la camioneta al instante.

—*¡Fuego!* —rugió Elias por la radio.

El infierno se abatió sobre el valle. Una lluvia de granadas iluminó la noche con destellos anaranjados y explosiones ensordecedoras. Las camionetas del medio salieron disparadas por los aires como juguetes, haciendo que el metal retorcido volara en llamas. Los soldados rusos que sobrevivieron al impacto inicial intentaron salir de los vehículos, disparando a ciegas contra las laderas oscuras.

Dejé a un lado el rifle de precisión y saqué el fusil de asalto, bajando la ladera con pasos rápidos y letales.

El olor a carne quemada y nieve derretida impregnaba el aire. Disparaba con la precisión de una máquina, derribando a los hombres de Volkov antes incluso de que pudieran levantar sus armas. Elias estaba en medio del caos, riendo a carcajadas mientras remataba a un soldado ruso con el cuchillo de combate, la furia sádica de mi hermano finalmente liberada de su correa.

La masacre duró menos de doce minutos.

Estaba de pie sobre el último cadáver, la sangre oscura manchando la nieve alrededor de mis botas. El pecho subía y bajaba rítmicamente, la adrenalina despejando mi mente. El convoy no era más que chatarra humeante.

Pulsé el botón del comunicador.

—Viktor. La línea de Dresde está despejada. El tren ha sido aniquilado. Envía al equipo de limpieza.

La radio chirrió. Hubo un retraso de dos segundos que hizo que mis instintos se rebelaran. Viktor nunca tardaba en responder.

—Káiser. la voz de Viktor sonaba diferente. Su calma matemática se había resquebrajado. Se oían disparos amortiguados de fondo en la transmisión. *—Tenemos un Código Negro.*

Se me heló la sangre. Código Negro. Invasión de la base principal.

—¡Viktor, informe! —rugí, avanzando hacia el vehículo blindado de extracción, ignorando a Elias, que ahora me miraba con expresión endurecida.

—Ha sido una distracción. Los rusos han utilizado códigos de acceso internos. Han burlado las puertas oeste y este simultáneamente. Están dentro de la mansión.

El aire se me escapó de los pulmones. El chaleco antibalas de repente pareció pesar una tonelada. La imagen de Astrid, con la blusa de seda color perla, tumbada sobre mi mesa de caoba hacía unas horas, atravesó mi mente como una navaja. La había dejado en el centro de la diana.

—¡¿Dónde están?! —grité, con una furia apocalíptica sustituyendo al hielo que corría por mis venas.

—En la biblioteca del tercer piso, *con nuestra madre y Freya. Yo estoy en el sótano, las puertas de acero están selladas. Estoy intentando encerrarlos en los pasillos, pero tienen nuestros códigos, Killian. Conocen nuestros puntos ciegos.*

Traición. Había un traidor de alto rango en mi casa.

—Si una sola gota de sangre de mi esposa cae en ese suelo, Viktor, ¡mataré a cada miembro del equipo de seguridad con mis propias manos! —Mi voz no parecía humana; era el gruñido del mismísimo diablo—. Aguanta. Ya voy.

Apagué la radio y corrí hacia el vehículo. Elias ya estaba en el asiento del conductor, con el motor rugiendo.

Iba a convertir Berlín en un cementerio ruso.



ASTRID Weber

Capítulo 27

La alarma no sonó como una sirena estridente. Las luces de la mansión solo parpadearon una vez antes de sumergirse en un rojo intenso e intermitente, mientras una voz mecánica repetía en alemán e inglés: *«Fallo crítico en el perímetro. Protocolo Omega activado».*

Yo todavía estaba en la planta baja, recién salida del despacho de Killian, tratando de estabilizar mi respiración.

El sonido de cristales rompiéndose y el seco eco de disparos de rifle rompieron la tranquilidad de la casa. Los rusos no llamaron a la puerta; entraron haciendo estallar los cristales del ala oeste.

Antes de que pudiera entrar en pánico, sentí una mano fuerte agarrarme del brazo sano.

—No te quedes parada como un blanco, Astrid. ¡Muévete! —ordenó Helene Ritter. Había surgido de las sombras del pasillo, sin el menor atisbo de terror en su majestuoso rostro.

Corrí a su lado hacia las escaleras centrales. El sonido de los disparos se acercaba cada vez más. Los guardias de élite del Sindicato estaban muriendo en los pasillos de mi nuevo hogar.

Llegamos al tercer piso y entramos en una biblioteca interna que servía como refugio blindado. Freya cerró las pesadas puertas de acero reforzado con madera en cuanto cruzamos el umbral.

Freya no tenía miedo. Sus ojos brillaban con la euforia del caos. Ya llevaba dos fusiles compactos y un cinturón de cuchillos.

—Cuatro intrusos han subido por la escalera este. Viktor dijo que los sistemas de seguridad han sido pirateados desde dentro. Alguien ha vendido el plano de la mansión —informó Freya, revisando el cargador con una facilidad brutal.

Helene se acercó a una estantería falsa, tecleó un código en el panel oculto y un pesado cajón se deslizó hacia fuera. Un arsenal. La matriarca no cogió los fusiles; cogió una pistola Heckler & Koch perfectamente lubricada y la cargó con la fluidez de una asesina profesional.

A continuación, se dio la vuelta y se acercó a mí.

Helene no me ofreció palabras de falso consuelo. Simplemente me tendió una Glock 19. Era el mismo modelo que había usado en el campo de tiro de Adlerstein.

—Mi hijo se está abriendo paso a través de la ciudad para llegar hasta ti —dijo Helene, con los ojos azules brillando bajo la luz roja de emergencia—. Pero hasta que llegue, nos protegeremos unas a otras. El Sindicato no tiene reinas cobardes. ¿Sabes cómo se usa esto?

Miré el arma. Recordé las clases silenciosas con Henrik. Recordé el olor a pólvora y la precisión calculada que usaba para

enmascarar mi soledad. Cogí el arma. El peso del polímero encajó perfectamente en mi mano izquierda. No dudé. Tiré del cerrojo hacia atrás, colocando una bala en la recámara.

—Nunca fallo, señora Ritter —respondí, con el instinto de supervivencia congelando mi miedo.

Un golpe ensordecedor sacudió la puerta de acero de la biblioteca. Habían llegado.

—¡Alejaos de la puerta! —la voz de Viktor resonó en los altavoces ocultos en el techo—. *¡Están colocando una carga explosiva!*

Retrocedimos, girando una de las pesadas mesas de caoba para formar una barricada. Helene se agachó a mi derecha, con el arma empuñada con firmeza. Freya se colocó a la izquierda, con el rifle apoyado en el hombro. Su sonrisa se desvaneció, dando paso a una frialdad asesina.

Yo estaba en el centro. La princesa de Múnich que nunca había hecho daño ni a una mosca. Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo, pero mis manos no temblaban. Killian había dicho que yo ocultaba acero bajo la seda. Tenía razón.

¡BOOM!

La explosión destrozó las bisagras. El humo gris y el polvo de yeso invadieron la biblioteca, cegándonos la vista por un segundo.

Hombres vestidos de negro, con pasamontañas tácticos y armamento pesado, irrumpieron a través del humo.

El infierno estalló en el tercer piso. Freya abrió fuego de inmediato; la ráfaga de su rifle destrozó al primer intruso antes de que pudiera apuntar. El ruido era ensordecedor. Helene disparó con fría precisión, derribando al segundo hombre de un tiro en el cuello.

Pero quedaban más. Un tercer ruso logró rodar hacia un lado, escapando de la línea de fuego de Freya. Utilizó el lateral de la

estantería como escudo y apuntó el fusil de asalto directamente a la cabeza platinada de Helene Ritter.

Mi suegra estaba concentrada en un cuarto invasor a la derecha. No vio el arma apuntándole. Freya estaba recargando.

El tiempo pareció detenerse. Una fracción de segundo que se prolongó hasta el infinito.

No pensé. El entrenamiento muscular que había adquirido disparando a blancos de papel en Múnich tomó el control. Levanté los brazos, alineé la mira con el blanco e ignoré el dolor punzante en mi hombro derecho inmovilizado, compensando todo el retroceso con mi brazo izquierdo.

El ruso tenía el dedo en el gatillo.

Apreté el gatillo del mío.

¡Bang!

La fuerza del disparo me echó el brazo hacia atrás, pero la bala voló recta y alcanzó al ruso justo en el centro de la cara, formando un agujero perfecto en medio del pasamontañas negro. Su cuerpo se sacudió hacia atrás, disparando el rifle al azar contra el techo antes de desplomarse en el suelo como un saco de piedras, muerto al instante.

El humo se disipó. El silencio que siguió al tiroteo solo se vio interrumpido por la respiración jadeante de Freya.

Cuatro cuerpos sangraban sobre la alfombra persa de la biblioteca.

Bajé el arma lentamente. El olor metálico de la sangre me golpeó la nariz, mezclándose con el humo de la explosión. Miré al hombre al que acababa de matar. Su rostro estaba desfigurado. No había retroceso, no había repulsión. Solo había una constatación aterradora: para proteger a la familia del diablo, tenía que convertirme en uno de ellos y me había gustado la sensación de control.

Helene Ritter se volvió hacia mí. Su rostro estaba salpicado con una gota de sangre enemiga, pero su expresión era de puro altivez.

Mi suegra miró el cuerpo del tirador que iba a matarla, luego la Glock firme en mi mano izquierda.

—Buen tiro, nuera —murmuró la matriarca, con un destello de orgullo feroz cruzando sus ojos azules.

Había matado por primera vez. La inocencia de Astrid Weber murió en el suelo de aquella biblioteca. Pero la reina de Alemania acababa de nacer y yo estaba dispuesta a matar a cuantos fueran necesarios.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 28

El patio delantero de la mansión Ritter era un escenario de carnicería cuando el blindado derrapó sobre la grava, aplastando la verja destrozada. No esperé a que el vehículo se detuviera por completo. Abrí la puerta y salté con el rifle en la mano; Elias estaba justo detrás de mí, riendo como el psicópata ensangrentado que era.

—¡Viktor! —gruñí por la radio, avanzando por encima de los cuerpos de nuestros guardias y de los invasores rusos.

—No han pasado de la tercera planta, Killian. Las defensas internas han contenido la segunda oleada. La biblioteca ha sido invadida, pero... —la voz de Viktor vaciló, con un raro atisbo de conmoción filtrándose en la transmisión—. *Solo sube.*

No utilicé el ascensor. Subí corriendo por las escaleras principales, con la respiración ardiendo en los pulmones. Mi chaleco

estaba manchado con la sangre de los hombres de Volkov, mis puños estaban sucios de hollín y muerte, pero la única sangre que importaba era la de ella. Si un solo cabello de Astrid estuviera fuera de lugar, Berlín ardería.

Llegué al pasillo del tercer piso. El olor a explosivo plástico y yeso pulverizado era denso. La pesada puerta de acero de la biblioteca había sido forzada.

Entré en la sala con el arma en alto, listo para vaciar el cargador contra cualquier sombra que se moviera; sin embargo, no había sombras vivas a las que matar.

La escena que tenía ante mí me heló la sangre en las venas y, en la milésima de segundo siguiente, incendió mi cordura.

Había cuatro cadáveres sobre la alfombra persa. Mi madre estaba de pie, recargando el arma con la tranquilidad de quien toma el té. Freya apartaba de una patada el arma de uno de los rusos y, en medio del caos, detrás de una mesa de caoba volcada, estaba Astrid.

Mi esposa aún empuñaba la Glock 19. La blusa de seda color perla estaba manchada de polvo y humo. Su pecho subía y bajaba rápidamente. A pocos pasos de sus botas, yacía el cuerpo de un intruso con un agujero de bala perfecto justo en medio de la cara, un disparo letal y calculado.

Los ojos de Helene se encontraron con los míos. Mi madre no estaba aterrorizada; irradiaba triunfo.

—Me ha salvado la vida, Killian —declaró mi madre, rompiendo el silencio tras el tiroteo. Miró de mí a Astrid—. Has traído a una loba a nuestra casa.

Elias entró en la biblioteca detrás de mí, bajando el rifle y soltando un silbido de admiración al ver los estragos.

—Impresionante, cuñadita —se burló Elias con admiración descarnada—. Disparar al centro de masa es para aficionados, ¿no?

Directo a la cabeza.

No escuché el resto. Mi rifle cayó al suelo con un golpe sordo, golpeando la correa contra la madera.

Caminé hacia Astrid, ignorando los cadáveres y a mi familia. Mi visión se reducía a ella. La chica de Múnich que prefería morir antes que doblegarse acababa de cruzar la línea final. Había matado. Por mí. Por mi imperio. Por mi madre.

—¡Fuera! —La orden salió de mi garganta como el gruñido grave de una bestia irracional.

Helene no puso ninguna objeción. Conocía la energía primitiva que se estaba gestando en el aire. Hizo una señal rápida a Freya y a Elias. Los tres salieron al pasillo, dejándonos solos en la biblioteca destrozada.

Me detuve frente a ella. Astrid finalmente bajó el arma. Su mano izquierda temblaba ligeramente. La descarga de adrenalina finalmente había pasado factura. Su mirada se fijó en mi chaleco manchado de sangre enemiga, y luego subió hasta mi rostro.

—Te dije que no fallaba, káiser —susurró, con una voz frágil, pero indomable.

No dije ni una palabra. Le agarré la muñeca con la mano derecha, le quité la Glock de los dedos a Astrid y tiré el arma sobre la barricada improvisada. Con la mano izquierda, le agarré la nuca, hundiendo los dedos en su cabello oscuro, y la atraje hacia mí con una fuerza brutal.

Su boca chocó con la mía.

No había romanticismo, no había delicadeza. Era una colisión de supervivencia, pólvora y locura absoluta. La besé con la furia de un hombre que casi la había perdido, la lengua invadiendo, exigiendo, devorando. El sabor a humo y sudor se mezclaba con el suspiro jadeante que ella soltó directamente en mi boca.

Astrid no retrocedió. El instinto asesino que se había despertado en ella hacía unos minutos, en ese instante, se traducía en una lujuria animal. Agarró las correas de mi chaleco táctico, tirando de mí con violencia, rozando los dientes contra mi labio inferior con agresividad.

El alivio de verla viva se transformó en una necesidad física tan dolorosa que me cegaba.

Empujé su cuerpo contra la pared de la biblioteca, aprisionándola entre la estantería de libros y mi torso duro. Sus caderas golpearon contra la madera maciza.

—Mataste por mí —murmuré contra la piel de su cuello, bajando las manos para agarrarle los muslos y levantarla del suelo.

—Para proteger lo que es mío —jadeó ella, con las piernas rodeando mi cintura, apoyando los talones en mis muslos.

La posesividad de aquellas palabras destruyó mi última pizca de civismo.

La habitación estaba destrozada, apestaba a sangre rusa y a terror, pero no podía llevarla a nuestro dormitorio. Tenía que tomarla allí, sobre las cenizas de lo que intentaron robarnos.

Mis manos rústicas, aún sucias de hollín, rasgaron la tela de sus pantalones de vestir. El sonido de la tela cediendo sonó como música. No perdí tiempo desabrochando. Le arranqué los pantalones y la lencería, dejando el camino libre.

Abrí la cremallera de mis pantalones tácticos con urgencia. La fricción de nuestros cuerpos cargaba con la tensión de un rayo.

La miré fijamente, con los ojos azules chispeando en la penumbra roja de la luz de emergencia. Astrid estaba jadeando, con el pecho subiendo y bajando, la seda manchada y los ojos oscuros brillando con un deseo tan sucio y profundo como el mío.

—Agárrate —ordené.

Me hundí en ella de un solo impulso.

Astrid soltó un grito desgarrador, echando la cabeza hacia atrás. Estaba apretada, caliente y perfectamente húmeda, la adrenalina de la muerte convertida en el más puro instinto de creación. El sonido de nuestros cuerpos chocando se mezcló con el eco lejano de las sirenas allá afuera, pero en aquel dormitorio, la única ley era la mía.

Empecé a moverme con una salvajería que la habría hecho sangrar si ella no estuviera tan loca como yo. Los golpes sordos de su espalda contra la estantería hacían que los libros cayeran a nuestro alrededor, pero a ninguno de los dos nos importaba.

Apoyé mis manos con firmeza en sus caderas, marcando el ritmo punitivo. La atraía hacia mí y la empujaba contra la pared, hundiéndome tan profundamente que sentía como si pudiera tocar el alma de Astrid.

—Killian... —gimió ella, clavándome los dedos en el cuello, arañándome la piel con tanta fuerza que me hizo sangrar—. Más rápido...

Su orden era combustible para mi fuego.

La violencia del momento era un reflejo de nuestra naturaleza. Éramos monstruos forjados por el inframundo, y allí, rodeados de cadáveres, nos adorábamos. El olor del sexo mezclado con la sangre rusa era el perfume de nuestro reinado.

La vi perder el control. Sus ojos marrones se voltearon ligeramente y su boca se abrió en un gemido mudo, mientras sus paredes internas se contraían a mi alrededor, exprimiendo cada embestida con una fuerza desesperada. Su clímax la golpeó como un disparo en la oscuridad, haciendo que su cuerpo temblara violentamente contra mi pecho blindado.

Su estrechez fue mi ruina. Gruñí como un animal herido, apretando los muslos de mi esposa hasta dejar marcas moradas, y

me perdí dentro de mi reina, derramando mi orgasmo en ella con una intensidad que casi me hizo perder el conocimiento.

Me quedé enterrado en ella, con la frente apoyada en el hombro intacto de Astrid. La respiración de ambos era caótica. Sentía su corazón latiendo locamente contra mi chaleco antibalas.

Lentamente, abrí los ojos y miré el cadáver del francotirador que mi esposa había matado. El agujero en la cara del ruso era un recordatorio. Habían cruzado la puerta de mi casa.

Besé el sudor de la sien de Astrid.

—Nadie volverá a tocarte. Voy a borrar a Volkov de la faz de la tierra —prometí, con las palabras saliendo como una sentencia de muerte irrevocable.

Tenía al Sindicato a mi merced, pero la Bratva acababa de firmar su propia sentencia de aniquilación y el demonio que había en mí ahora tenía una compañera de sangre.



ASTRID Weber

Capítulo 29

La adrenalina es un potente anestésico, pero cuando se desvanece, la realidad cobra su precio con intereses.

Mi blusa de seda color perla, ahora rasgada y manchada de hollín y sangre, era la prueba física de mi transformación. El olor del dormitorio ya no era solo a pólvora y muerte; había un almizcle pesado y crudo del sexo brutal que Killian y yo acabábamos de compartir sobre los escombros.

Me vestí en silencio, con los dedos temblando ligeramente mientras intentaba abrochar lo mejor posible los pantalones rasgados. Killian estaba a mi lado, terminando de abrochar las hebillas del chaleco antibalas, sin apartar nunca sus ojos azules de mi cuerpo. Su posesividad era una entidad viva en el dormitorio, tan densa como el olor a sangre rusa en la alfombra.

—¿Estás herida? —preguntó, con la voz aún ronca, el pulgar rozando la curva de mi cuello, limpiando una mota de polvo de mi piel.

—Solo el hombro. —Era una verdad a medias. El hombro me latía, pero el verdadero dolor era la fría percepción de que había quitado una vida. Miré el cadáver del tirador en el centro de la biblioteca. El agujero en su rostro era un abismo oscuro. —He matado a un hombre, Killian.

Me sujetó la cara con ambas manos, obligándome a apartar la mirada del cadáver y a mirar directamente a la oscuridad de sus ojos.

—Has eliminado una amenaza y has protegido a los nuestros —corrigió, blindando mi mente contra cualquier remordimiento—. En el Sindicato no hay lugar para el arrepentimiento, *Kleine*. Hiciste lo que había que hacer y nunca me has fascinado tanto.

El sonido de pasos pesados en el pasillo rompió nuestro aislamiento. Elias apareció en la puerta destrozada de la biblioteca, con el rifle colgado al hombro y una expresión sombría que no encajaba con la sonrisa sádica de hacía unos minutos.

—Káiser. La limpieza de la tercera planta está en marcha —informó Elias, apartando la mirada de mí por respeto, centrado únicamente en su hermano—. Pero Viktor nos necesita en el sótano. ¡Ahora mismo! Ha encontrado una fuga.

Killian soltó mi rostro; la máscara de marido posesivo fue sustituida al instante por el rostro letal del comandante. Me tomó la mano derecha, entrelazando nuestros dedos con firmeza.

—Vamos —ordenó.

Bajamos al centro de mando táctico del subsuelo. La mansión era un caos organizado. Decenas de guardias de élite patrullaban los pasillos y equipos de limpieza ya estaban metiendo en bolsas los cadáveres de los invasores.

El búnker estaba helado. Viktor estaba de pie frente al enorme panel de monitores holográficos. Helene y Freya ya estaban allí. Mi suegra estaba sentada en una silla de cuero, con una postura impecable, limpiando el arma con un paño, mientras Freya bebía una botella de agua de un solo trago, aún cubierta por el polvo de la explosión.

—Habla, Viktor —exigió Killian, soltándome la mano para apoyar ambas palmas sobre la mesa de metal, inclinándose sobre los monitores.

Viktor no dudó. Tecleó un comando y decenas de líneas de código rojo inundaron la pantalla principal.

—Los rusos no han hackeado nuestro perímetro exterior, Killian. No les ha hecho falta. —La puerta se abrió desde dentro hacia fuera —explicó Viktor, con una voz fría y clínica que diseccionaba la traición—. Los cierres electrónicos de las puertas oeste y este se desactivaron utilizando códigos de acceso de Nivel 1. Códigos del Sindicato. Alguien con autorización de Barón habilitó el acceso directo desde la red externa a los servidores de la Bratva.

El silencio en el búnker fue ensordecedor. Un Barón nos había traicionado. Uno de los hombres que, días antes, lloraba de terror en el salón de Adlerstein con un microchip implantado en la nuca de su hija.

—¿Quién fue el suicida? —gruñó Elias, apretando el mango del cuchillo.

Viktor pulsó otra tecla. Una foto de archivo apareció en la pantalla central.

Se me revolvió el estómago. El aire se me escapó de los pulmones como si me hubieran dado un puñetazo invisible.

Era el rostro de mi padre: Karl Weber.

—Karl Weber pasó las claves de cifrado de Múnich a los técnicos de Alexei Volkov —declaró Viktor, frunciendo el ceño con

expresión de desconcierto, sin mirarme. —Lo cual es tácticamente ilógico. De los veinte barones, él era el que más tenía que ganar. Debería ser el hombre más satisfecho de Alemania hoy, su hija ha ganado la Selección y es la reina del Sindicato. Ya contaba con nuestra alianza. Sin embargo, al parecer, la influencia indirecta no fue suficiente. Volkov debe de haberle prometido su puesto, Killian. La codicia irracional lo cegó hasta el punto de traicionar la posición más privilegiada de Alemania. Cogió el billete premiado y se lo vendió a los rusos.

Sentí la mirada de Helene quemándome el lado de la cara, pero no aparté los ojos de la pantalla. No sentía tristeza. No sentía la traición de una hija decepcionada. Lo que hervía en mis venas era un odio gélido y absoluto, mezclado con una repulsión amarga por la estupidez de aquel hombre. Karl Weber me había lanzado a la Selección como una mercancía para salvarse el pellejo. Cuando, contra todo pronóstico, gané y le proporcioné la mayor ventaja política posible, no fue suficiente. Su ambición y su cobardía no tenían límites. Había enviado asesinos a la casa donde me encontraba, poniendo en peligro mi vida y la de mi nueva familia.

Killian se levantó lentamente. Su rostro era una máscara de granito. La furia que irradiaba de su cuerpo era tan densa que casi distorsionaba el aire.

—Karl Weber es hombre muerto. Le arrancaré la piel y la colgaré a la entrada de Múnich —sentenció el káiser con un susurro cavernoso.

—Hay más —interrumpió Viktor, con su mente analítica negándose a detenerse hasta que todo el rompecabezas estuviera resuelto—. Volkov no envió solo soldados rasos. Envió un escuadrón de élite con un líder táctico que conocía el interior de la mansión. Las cámaras de seguridad captaron su rostro durante tres segundos antes de que el sistema se cayera.

La pantalla volvió a cambiar. Era la imagen granulada de la cámara del pasillo este. Mostraba a los invasores vestidos de negro

avanzando. El hombre que iba al frente no llevaba pasamontañas. Su rostro estaba iluminado por la luz roja de emergencia, con el pelo rubio cortado al ras, la expresión fría y militar, apuntando con el fusil hacia las puertas de la biblioteca.

Se me paró el corazón. La sala empezó a dar vueltas.

—No... —la palabra se escapó de mis labios como un suspiro ahogado.

Di un paso atrás, chocando contra la mesa de metal. Mi mente se negaba a procesar la imagen. El rostro en la pantalla no era el de un soldado ruso. Era el rostro del hombre que me había sujetado las manos y ajustado la postura en el puesto de tiro durante las tardes vacías en la finca de mi padre. El chico por el que yo, en mi ingenuidad juvenil, había sentido mi primer afecto platónico. El fantasma que utilizaba como ancla.

—¿Lo conoces? —preguntó Killian. Su voz rompió mi desconexión.

Volví la cara hacia mi marido. Sus ojos azules ya no estaban solo llenos de furia contra la Bratva. Estaban fijos en mi reacción. La forma en que palidecí y cómo temblaba todo mi cuerpo despertó en Killian unos celos posesivos e irracionales.

Tragué saliva, obligando a las palabras a atravesar la espina que tenía en la garganta.

—Es Henrik.

El silencio en el búnker se volvió cortante como cristal roto.

—¿Quién coño es Henrik? —preguntó Elias, entrecerrando los ojos.

—Henrik era el jefe de la guardia personal de mi padre en Múnich —mi voz sonó temblorosa, pero gané fuerza con cada palabra. El dolor de la traición de mi padre era de esperar, pero el de Henrik... Henrik era la prueba definitiva de que no quedaba nada de mi antigua vida que no estuviera podrido.

Killian dio un paso hacia mí. El aire a su alrededor olía a electricidad estática antes de una tormenta.

—El guardaespaldas —susurró Killian, su aguda memoria recuperando la información de nuestro primer enfrentamiento en el campo de tiro de Adlerstein. Sus ojos se oscurecieron, convirtiéndose en pozos negros de obsesión—. El hombre del que dijiste que te enseñó a disparar —dedujo mi marido, aunque yo no hubiera dicho nada al respecto.

—Killian... —intenté decir, pero no me escuchó.

La mente del káiser había distorsionado la información táctica y la había convertido en una ofensa personal inaceptable. El informante, el líder del ataque, no era solo un soldado; era un hombre que había estado cerca de mí. Que había tocado mis manos para ajustar un arma. Que ocupaba un espacio en mi memoria.

—¿Conocía los planos de la casa porque Karl Weber se los proporcionó, o se los robó a su padre? —gruñó Killian, con los puños cerrados a los lados del cuerpo, temblando de rabia.

La furia de Killian ya no era táctica, era pasional y destructiva.

Me agarró con fuerza la muñeca ilesa, con los ojos clavados en los míos, ignorando por completo la presencia de Helene, Freya, Viktor y Elias en la sala.

—Ha venido a por ti —declaró Killian, con la voz vibrando de unos celos tan letales que me heló la sangre—. El fantasma de tu pasado entró en mi casa, disparó a mi familia y creyó que podría ponerle las manos encima a mi esposa.

Me tiró bruscamente, arrastrándome hacia la salida del búnker.

—¡Killian! ¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que planear la represalia! —gritó Viktor.

Killian se detuvo en medio de la puerta, volviendo solo el rostro hacia su hermano, con una mirada demencial.

—El plan es sencillo. Activa los escuadrones de la muerte. Localicen a ese desgraciado antes del amanecer —ordenó, y entonces su mirada se posó en mí—. La Princesa de Múnich está a punto de descubrir que el único hombre capaz de obsesionar su mente... soy yo.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 30

La arrastré por los pasillos de la mansión como un depredador que arrastra a su presa. El rojo de las luces de emergencia bañaba las paredes, pero lo único que veía era el rostro de ese desgraciado en la pantalla.

Henrik...

La sangre rugía en mis oídos. Una furia tan densa, tan irracional y posesiva que amenazaba con fracturarme el cráneo. El hombre que había invadido mi casa no era un soldado anónimo de la Bratva. Era su fantasma. El instructor de tiro. El hombre cuyas manos habían tocado a mi esposa. El hombre cuyo rostro ella invocaba cuando necesitaba fuerzas.

Derribé de una patada las puertas de nuestra suite principal, que, por un milagro táctico, había escapado de la invasión. Empujé a

Astrid al interior y cerré la puerta con un giro violento de la llave, aislándonos del resto del mundo.

Ella tropezó con la alfombra, pero recuperó el equilibrio rápidamente. La blusa de seda color perla estaba hecha jirones y manchada, el rostro pálido y el cabello oscuro revuelto. Me miró con los ojos muy abiertos, jadeando, reconociendo al monstruo que acababa de soltar la correa.

—Killian... —comenzó a decir, con voz temblorosa.

—Cállate —gruñí, avanzando hacia ella hasta acorralarla contra uno de los pesados pilares de madera de la cama. Apoyé ambas manos a ambos lados de la cabeza de mi esposa, aprisionándola en una jaula de músculos y furia. —Te gustaba.

No era una pregunta. Era una acusación cargada de veneno.

Astrid tragó saliva. Su espalda rozó la dura madera, pero no bajó la mirada.

—Era el jefe de la guardia de mi padre. Él me enseñó a defenderme —respondió ella, tratando de mantener la voz firme, pero su pecho subía y bajaba frenéticamente contra el mío.

—¡No me mienta! —Mi grito rompió el silencio del dormitorio, haciéndola estremecerse. Golpeé con la mano abierta contra la madera, a centímetros de su rostro—. Su padre la trataba como a un trozo de carne para el matadero. Él era su única compañía. Usted lo veía como a un héroe, ¿verdad? ¿Su protector silencioso?

Sus ojos castaños se llenaron de lágrimas de frustración, pero se negó a dejarlas caer. La princesa de Múnich tenía el orgullo de una emperatriz, incluso cuando su mundo se derrumbaba.

—¡Era el único que no me miraba con lástima o como si fuera una mercancía! —le gritó ella, con el dolor de la traición rompiendo por fin su control. —. ¡Era una chica sola, Killian! ¡Él me enseñó a disparar porque sabía que mi padre me vendería a monstruos como

tú! Confiaba en él. ¡Y hoy descubro que me vendió a los rusos junto con mi propia sangre!

La confesión fue como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas. *Monstruos como tú*. Tenía razón. Yo era un monstruo. Pero yo era *su* monstruo y la idea de que la mente de mi esposa albergara afecto por otro hombre, aunque fuera en el pasado, era una herejía que no podría soportar.

Le agarré la mandíbula con la mano derecha, clavándole los dedos en la suave piel hasta que abrió la boca en un jadeo. Incliné mi rostro hasta que nuestras narices se tocaron.

—¿Te tocó? —La pregunta salió como un silbido letal, cada palabra empapada de unos celos homicidas—. ¡Dímelo, Astrid! ¿Dónde puso las manos ese desgraciado?

—¡No! —negó ella rápidamente, levantando las manos para agarrarme las muñecas—. Solo en mis manos y en mis hombros... para ajustar el arma. Nunca fue más allá de eso, Killian. Fue inocente. Lo juro.

Inocente. La palabra me repugnaba. No quería inocencia. Quería posesión absoluta. Quería borrar cualquier vestigio de recuerdo que no hubiera forjado yo mismo. El instructor de tiro de Múnich estaba a punto de ser borrado de la faz de la tierra, pero primero tenía que borrarlo de la mente de mi esposa.

Con un movimiento brusco, rasgué lo que quedaba de su blusa de seda. Los botones salieron volando y golpearon el suelo de madera. Arranqué la tela y la tiré lejos, dejándola solo con la lencería de encaje negro y los pantalones rasgados.

—La inocencia es un lujo que perdiste cuando te pusiste mi alianza en el dedo —murmuré, bajando las manos hasta sus hombros y apretando justo en los lugares donde ella dijo que él la había tocado.

Astrid soltó un pequeño gemido cuando mis pulgares presionaron su piel con una fuerza punitiva y posesiva.

No quería ser amable. Deseaba marcarla y quemarla hasta que no recordara ni su propio nombre, y mucho menos el de Henrik.

La levanté por la cintura y la tiré sobre el colchón oscuro. Ella rebotó sobre las sábanas, jadeando, con los ojos oscuros ardiendo con una mezcla de pavor y una sumisión distorsionada que solo nuestra dinámica enfermiza podía crear.

Me quité el chaleco y la camisa en segundos; la hebilla de mi cinturón golpeó el suelo. Me arrodillé sobre la cama, tirando de ella por las piernas hasta que sus caderas quedaron en el borde del colchón, perfectamente alineadas conmigo.

—No volverás a pensar en él —decreté, quitándole la lencería de un tirón, cegado por la urgencia—. No evocarás su rostro cuando dispares, cuando duermas o cuando respires. El único rostro que te perseguirá en la oscuridad es el mío.

Le separé los muslos. Astrid aún estaba sensible, el cuerpo húmedo por la adrenalina y el enfrentamiento en la biblioteca, pero la mente de mi esposa era un caos. No le di tiempo a recomponerse.

La penetré de un solo y violento impulso, hasta el fondo.

Astrid gritó, arqueando la espalda tanto que se separó del colchón, clavando las uñas desesperadamente en las sábanas negras. La conexión fue como una descarga eléctrica. Estaba tan apretada que mi propio control amenazó con desmoronarse en la primera milésima de segundo.

—¡Mírame! —ordené, con voz gutural, agarrándole las muñecas y sujetándole ambas manos por encima de la cabeza contra el colchón, inmovilizándola por completo.

Los ojos marrones de Astrid, brillantes por las lágrimas contenidas y el deseo crudo, se abrieron y se clavaron en los míos.

Empecé a moverme. No había ritmo ni cadencia, solo había fuerza, profundidad y castigo con una salvajería que arrancaba sollozos entrecortados de la garganta de Astrid. Cada golpe de

nuestras caderas era un decreto de soberanía. Quería llegar al fondo de su alma y arrancar a Henrik de raíz.

—¿De quién eres? —gruñí, inclinándome sobre ella, rozando mis labios contra su oreja, mientras profundizaba la embestida hasta el límite físico.

—¡Tuyo! —jadeó ella, con la voz fallando, todo el cuerpo temblando bajo mi dominio—. ¡Solo tuyo!

—No te he oído bien, *Kleine* —la castigué, soltándole las muñecas para agarrarle el pelo, tirándole de la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto su garganta, mordiendo la pálida piel de su cuello con la fuerza suficiente para dejar una marca morada oscura. Mi marca. —¿Quién te domina? ¿Quién es el dueño de tu vida?

El dolor y el placer chocaron en el cuerpo de mi esposa, creando una tormenta perfecta. Las uñas de Astrid me arañaron la espalda, sus piernas se entrecruzaron con fuerza detrás de mi cadera, empujándome aún más a lo profundo, aceptando mi monstruoso celos y alimentándose de él.

—¡Killian! —gritó mi nombre, un sonido desesperado y absoluto que resonó en las paredes de la habitación—. ¡Tú! ¡Eres tú! ¡Killian!

El sonido de mi nombre en su boca, gritado en total rendición, fue el golpe de gracia para mi cordura. El fantasma de Henrik no tenía cabida allí. Era polvo. Yo era su dios.

Aceleré el ritmo hasta que el mundo a nuestro alrededor se disolvió en una mancha de sudor, fricción y gruñidos. Las paredes internas de Astrid se contrajeron violentamente a mi alrededor. Ella estaba llorando, las lágrimas resbalando hacia las sábanas oscuras, no por tristeza, sino por la sobrecarga sensorial de ser deshecha y poseída por completo. El orgasmo la golpeó con la fuerza de un huracán, haciéndola arquear el cuerpo y gritar mi nombre una y otra vez, con una voz rasgada y ronca.

No me contuve. Dejé que mi propio límite explotara, tensando mi cuerpo como acero, mientras lo vertía todo dentro de ella, clavando los dientes en el hombro que se había dislocado días antes, reclamando el dolor, la sangre y la lealtad de Astrid.

Caí sobre ella, aplastándola contra el colchón con mi peso, el pecho subiendo y bajando en espasmos.

Nos quedamos así durante mucho tiempo. El silencio volvió a la habitación, pesado y empapado de sudor. Mi respiración golpeaba su cuello.

Lentamente, levanté la cabeza. El rostro de Astrid estaba sonrojado, los ojos cerrados, las pestañas húmedas. La expresión de Astrid era de un agotamiento pacífico que solo la sumisión total podía provocar. El fantasma ya no estaba allí. Lo había asesinado dentro de su mente.

Deslicé la mano por su rostro, limpiándole el sudor de la frente y las lágrimas.

—Henrik es hombre muerto —susurré al dormitorio vacío, con la mirada fija en su pecho, que subía y bajaba tranquilamente. Mi voz ya no transmitía ira; era una promesa fría y clínica—. No me limitaré a dispararle, Astrid. Voy a obligarlo a arrodillarse en la nieve. Le arrancaré los ojos antes de quemar el cuerpo, para que nunca más pueda mirar lo que me pertenece.

Ella abrió los ojos lentamente. No había piedad por el antiguo instructor, ni vacilación. La Princesa de Múnich había comprendido que, en mi tablero, la traición solo se pagaba de una forma.

Levantó la mano izquierda y me tocó la cara, el anillo de oro negro con el símbolo del Sindicato brillando contra mi piel.

—Entonces, asegúrate de no fallar el tiro, káiser —respondió en un susurro sombrío, abrazando la oscuridad que éramos—. Porque si sobrevive, yo misma lo mataré.



ASTRID Weber

Capítulo 31

Tres semanas...

Fue el tiempo que tardó el olor a sangre rusa y pólvora en desaparecer por completo de los pasillos de la mansión Ritter y ser sustituido por el aroma a champán cristal, cera pulida y lirios blancos.

El Baile de Invierno de Berlín era el evento benéfico más exclusivo de Europa Central. Políticos de alto rango, jueces, multimillonarios de la tecnología y, circulando entre ellos como tiburones en un acuario de peces ornamentales, la élite del Sindicato Alemán. Celebrar el baile en nuestra mansión justo después de un intento de asalto fue una jugada táctica de Helene y Killian. Era una declaración de invulnerabilidad.

El káiser no sangra. El Sindicato no flaquea.

Di un último paso hacia atrás, observando mi reflejo en el espejo del vestidor. El vestido que Helene había encargado para mí no era negro; era de un rojo intenso, el tono exacto de la sangre arterial. La tela de seda pesada se ceñía a mis curvas, con una abertura que subía hasta la mitad del muslo, permitiendo libertad de movimiento. Mi hombro ya estaba casi totalmente curado, sin necesidad del cabestrillo. En mis labios, un pintalabios carmín; en mis orejas, diamantes que costaban el equivalente a una pequeña isla. Y en la base de mi nuca, oculto por el cabello oscuro recogido en un elaborado moño, el microchip latía como un silencioso recordatorio del hombre al que pertenecía.

—Pareces la mismísima diosa de la guerra —comentó Freya al entrar en el vestidor.

Llevaba un vestido esmeralda de corte asimétrico y parecía mortalmente aburrida. La navaja mariposa que tanto le gustaba estaba, obviamente, escondida en la faja de su muslo derecho, bajo la abertura de la falda.

—Y tú pareces lista para apuñalar al ministro de Hacienda si te pisa el pie —repliqué, arreglándome un mechón de pelo.

—Si me pisa el pie, el cuchillo va a la yugular, no tengo paciencia para agacharme —sonrió, con un brillo peligroso en los ojos—. Mamá está esperando. El espectáculo de los horrores está a punto de comenzar.

Bajé las escaleras junto a Freya. Helene Ritter nos esperaba en el rellano superior del gran salón de baile. La matriarca estaba deslumbrante con un vestido plateado de corte cerrado, exudando una autoridad que acallaba salas enteras. Me evaluó con sus ojos azules y clínicos y asintió, en una aprobación silenciosa.

—Recuerda lo que hablamos en el solárium, Astrid —murmuró Helene, acercándose lo justo para que pudiera oírla por encima del sonido del cuarteto de cuerda que tocaba abajo. —Tu padre y ese chucho de Henrik aún no han sido encontrados. Volkov se desangra por los bordes, pero aún respira. Los barones están aterrorizados,

esperando una señal de debilidad de la nueva reina, especialmente porque llevas el nombre del traidor.

—No encontrarán debilidad —prometí, en un tono frío. La chica asustada que había llegado a Adlerstein ya no existía. El fuego de Killian la había incinerado.

—Lo sé. Hoy, el salón es tu tablero de ajedrez. Destrúyelos con una sonrisa —Helene se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras, reinando con absoluta autoridad.

En cuanto mis tacones tocaron el suelo de mármol del salón principal, el aire pareció cambiar de densidad. Las conversaciones se apagaron. Las copas de cristal se detuvieron a medio camino de las bocas. El silencio se extendió como una ola invisible. Cientos de ojos se volvieron hacia mí.

No era solo la esposa del káiser. Era la hija del hombre que los había traicionado, la superviviente de la Selección, la mujer que supuestamente había enviado a Heidi de Fráncfort a la tumba.

Levanté la barbilla y comencé a caminar por el salón. El rojo de mi vestido parecía atravesar a la multitud. Las esposas de los barones: mujeres mayores, cargadas de bótox y resentimiento, se apartaban a mi paso como si estuviera infectada con la peste.

Me detuve cerca de una de las mesas de bebidas. La baronesa de Dresde, una mujer delgada de rasgos afilados, apartó la mirada, intentando escapar hacia el lado opuesto.

—Baronesa Koch —mi voz fue suave, pero lo suficientemente alta como para clavarla en el sitio—. Qué placer volver a verla. ¿Cómo está Saskia? Imagino que estará más... tranquila, ahora que la Selección ha terminado.

La mujer palideció. El nombre de su hija, que en ese momento vivía con el chip letal de Killian en la cabeza, fue suficiente para hacerla temblar.

—Saskia está… bien, señora Ritter —tartamudeó la baronesa, esbozando una sonrisa dolorida—. Todos estamos conmocionados por la… desafortunada traición de su padre. Una vergüenza terrible para Múnich.

El golpe bajo fue obvio. Un intento patético de recordarme la deshonra de mi linaje.

Le devolví la sonrisa, la sonrisa de un depredador que acaba de encontrar la yugular de su presa. Recordé perfectamente los expedientes que Helene me había entregado.

—Una vergüenza colosal, de hecho. La traición es una enfermedad fea —murmuré, dando un paso adelante, invadiendo el espacio personal de la mujer y bajando el tono de voz hasta un susurro que solo ella y las damas más cercanas podían oír. —Tan fea como desviar tres millones de euros de la caja del Sindicato a cuentas fantasma en las Islas Caimán, utilizando el apellido de soltera de su hermana. El káiser odia la traición, baronesa. Pero lo que más detesta es que le roben su dinero.

A la baronesa casi se le salieron los ojos de las órbitas. El champán de su copa se agitó violentamente, salpicándole la muñeca. Se quedó pálida, con la respiración atascada en la garganta.

—Disfruta del baile, querida. El champán está excelente. —Le di la espalda antes de que pudiera asimilar el pánico, dejando al grupo de mujeres en un estado de terror paralizante.

Helene tenía razón. La información era una espada mucho más cruel que el acero.

—Eres sádica, *meine Königin*.

La voz grave e inconfundible resonó justo detrás de mí. El aroma a sándalo y menta nubló mi mente incluso antes de que la mano de Killian se posara con firmeza en la base de mi columna, posesiva y cálida.

Me giré para mirarlo. Killian vestía un esmoquin negro impecable, hecho a medida, que resaltaba la anchura de sus hombros y su postura letal. Estaba tan guapo que resultaba ofensivo, pero lo que me dejó sin aliento no fue el corte del traje, sino la oscuridad depredadora de sus ojos azules. No había dejado de observarme desde que bajé las escaleras. Los celos que había alimentado desde la noche de la invasión no habían disminuido; se habían transformado en una obsesión silenciosa y constante.

—He aprendido del mejor, káiser —respondí, deslizando mi mano por la manga de su chaqueta.

Se inclinó, rozando con los labios la curva de mi oreja.

—La baronesa parecía a punto de sufrir un infarto.

—Necesitaba que le recordaran quién firma los cheques y quién controla la guillotina —susurré a mi vez.

Killian soltó un gruñido de aprobación contra mi piel, y el sonido me hizo vibrar. Entrelazó nuestros dedos y me atrajo hacia él con suavidad, pero con una firmeza que no admitía negativas.

—Baila conmigo.

El cuarteto de cuerdas comenzó a tocar un vals lento y melancólico. Cuando Killian me condujo al centro de la pista, el resto del salón simplemente se detuvo. Nadie se atrevió a compartir el espacio con nosotros. Éramos el epicentro del terror y la reverencia en Berlín.

Él puso su mano derecha en mi cintura, con los largos dedos extendidos sobre la seda roja, tirando de mí para pegar mi cuerpo al suyo. Mi mano izquierda descansó en el hombro de mi marido. Empezamos a movernos en perfecta sincronía.

La tensión política del salón desapareció, sustituida por la absurda tensión sexual que siempre había existido entre nosotros.

—Todos los hombres de esta sala te están mirando —murmuró Killian, con los ojos azules clavados en los míos y la

mandíbula tensa—. Miran el rojo de ese vestido e imaginan lo que hay debajo, y yo tengo que luchar contra el instinto de arrancarles los ojos a cada uno de ellos con mis propias manos.

—No imaginan nada, Killian. Están aterrorizados por ti —respondí, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la seda—. Esos idiotas saben que, si te miran demasiado tiempo, no se despertarán mañana.

—Los hombres deberían saberlo —acercó su rostro, rozando su nariz contra la mía, y el baile se convirtió en una mera excusa para movernos juntos ante la élite—. Estás espectacular. Y eres solo mía. Desde la punta de esa corona en tu cabello hasta el maldito chip en tu cuello.

La mención del rastreador me hizo estremecer. Nuestra relación era una telaraña de oscuridad, sangre y posesión, y yo me había enredado en ella de forma voluntaria e irreversible.

—Y tú eres mío —susurré, con la audacia floreciendo en el calor del momento—. El hombre que hace temblar a los generales es el mismo que se arrodilla entre mis sábanas.

La respiración de Killian se entrecortó por una milésima de segundo. La sorpresa brilló en sus ojos, rápidamente sustituida por una lujuria tan violenta que sus dedos se hundieron en mi cintura.

—Cuando termine este baile, te demostraré quién se arrodilla ante quién, Astrid —prometió, con voz ronca, y el beso que me robó fue una declaración pública de posesión.

Sonreí contra sus labios, con la adrenalina corriendo por mis venas. La pista de baile era nuestra. El imperio era nuestro.

Sin embargo, mientras Killian me hacía girar, mi mirada se posó fugazmente en las grandes puertas de cristal del salón que daban a los oscuros jardines de invierno de la mansión. La seguridad era impenetrable. Los sensores de movimiento estaban activados y Viktor lo controlaba todo.

Sin embargo, en la fracción de segundo en que mi cuerpo se giró de espaldas a las puertas, un escalofrío antinatural me recorrió la espalda. La sensación de estar siendo observada, no con miedo o lujuria, sino con la fría precisión de una mira telescópica, me puso la piel de gallina en los brazos.

No vi moverse ninguna sombra en los jardines. Pero el instinto que Henrik me había enseñado gritó en mi mente, advirtiéndome de que los días de paz del Baile de Berlín estaban contados. El fantasma aún no había muerto.



ASTRID Weber

Capítulo 32

La última nota del violonchelo se disipó por el salón de mármol y el vals llegó a su fin. Killian soltó mi cintura solo para llevarse mi mano izquierda a los labios; sus ojos azules brillaron con promesas que harían sonrojar al mismísimo diablo.

Antes de que pudiera volver a atraerme hacia él, Viktor se materializó entre nosotros. El rostro de mi cuñado estaba perfectamente sereno ante la élite que nos rodeaba, pero la tensión en sus hombros era innegable.

—Káiser —murmuró Viktor, con un tono de voz tan bajo que solo nosotros tres podíamos oírlo—. Tenemos una anomalía en los servidores del anillo sur. Las cámaras de tres pasillos del Ala de Huéspedes llevan sesenta segundos en *bucle*.

La expresión de Killian se endureció al instante. El marido posesivo desapareció, dando paso a la máquina de guerra táctica.

—¿Es un fallo del sistema o una intrusión? —preguntó Killian con tono exigente.

—Estoy intentando confirmarlo. Elias ya se dirige al sector con un equipo, pero necesito tu autorización biométrica para aislar la red externa sin activar las alarmas del baile y causar pánico. Tardará tres minutos.

Killian me miró con vacilación en la mirada. Odiaba perderme de vista.

—Ve —dije, ocultando el escalofrío de advertencia que aún me recorría la nuca—. Estoy en el centro del salón, rodeada de cientos de personas y a veinte metros de Helene. Aquí no va a pasar nada.

Me apretó la mano por última vez.

—No te alejes de la vista de mi madre —ordenó Killian, con un gruñido grave de advertencia, antes de dar media vuelta y seguir a Viktor por los pasillos que conducían al sótano.

Me quedé sola unos segundos. Respiré hondo, sintiendo el aire denso de perfume caro y champán. Empecé a caminar hacia Helene, que conversaba con el ministro del Interior al otro lado de la sala. Sin embargo, a mitad de camino, uno de los camareros con bandeja chocó accidentalmente con el lateral de mi vestido, derramando unas gotas de vino tinto sobre la seda roja.

El hombre se quedó pálido, temblando de pies a cabeza, consciente de que acababa de manchar la ropa de la esposa del káiser.

—S-señora Ritter... lo siento mucho... —tartamudeó, a punto de dejar caer la bandeja.

—No pasa nada. Ha sido un accidente —lo interrumpí con frialdad, sin querer montar una escena que llamara más la atención.

Miré la mancha oscura a la altura de mi cadera. Tenía que limpiarla antes de que el vino se secara y arruinara la seda. El baño principal estaba justo en el pasillo adyacente al salón, una zona aún perfectamente vigilada e iluminada. Eran solo diez pasos fuera de la vista de Helene.

Atravesé las grandes puertas de cristal y entré en el pasillo ornamentado. El sonido de la orquesta se volvió amortiguado. El pasillo estaba vacío y las luces de las lámparas de cristal brillaban intensamente.

Caminé hasta la puerta del baño de mujeres, pero, antes de que pudiera alcanzar el pomo de bronce, las luces del pasillo parpadearon y se apagaron.

La oscuridad fue absoluta durante dos segundos. Cuando se encendió la iluminación de emergencia, bañando las paredes con un tenue resplandor amarillo, la temperatura del aire pareció bajar diez grados.

Mi instinto gritó.

Di media vuelta, calculando la distancia hasta el salón de baile, pero la ruta de escape estaba bloqueada.

Una sombra alta se desmarcó de la pared, vestida con el uniforme negro de la élite de seguridad de los Ritter. El hombre no llevaba rifle, solo una pistola con silenciador, colgada a un lado del cuerpo. Cuando dio un paso hacia la luz amarilla, mi corazón latió dolorosamente contra las costillas, en un latido ensordecedor de conmoción y odio.

Pelo rubio corto. Ojos grises. Una fina cicatriz en la ceja izquierda.

—No deberías haberte alejado de ellos, Astrid. —La voz sonó nostálgica, educada, y me provocó náuseas de inmediato. —Pero me has facilitado el trabajo.

—Henrik... —El nombre salió de mi boca como una maldición.

Ya no estaba la inocencia de la alumna que disparaba a blancos de papel en Múnich. No me sentía aliviada al verlo. Mi mano se dirigió instintivamente a la abertura de mi vestido, pero no tenía mi arma allí. Estaba indefensa, vestida de seda y diamantes.

Él dio un paso más, levantando la mano libre en un gesto conciliador, como si aún estuviera tratando con la niña solitaria a la que solía entrenar.

—No tengas miedo. Tu padre me ha enviado para corregir el error que cometió. El ataque de hace unas semanas fracasó, pero hoy he conseguido infiltrarme con las antiguas credenciales del Sindicato —dijo Henrik, con voz llena de una urgencia forzada—. He venido a sacarte de aquí, Astrid. He venido a salvarte de ese carnicero enfermo.

Su cinismo casi me hizo reír. Una risa fría, sin humor, que lo hizo detenerse en seco.

—¿Salvarme? —me burlé, con el veneno chorreando de mi lengua. Enderecé la postura, sin retroceder ni un milímetro. La reina de Adlerstein no huía de los traidores. —Tú y ese cobarde de mi padre vendisteis los planos de esta mansión a la Bratva. Enviasteis francotiradores rusos a una casa donde había tres mujeres. No has venido a salvarme, Henrik. Has venido a entregar la mercancía.

La máscara de héroe benevolente de Henrik se resquebrajó. Apretó la mandíbula y la frialdad mercenaria que nunca antes había notado finalmente se traslució.

—Alexei Volkov pagó cien millones de euros a tu padre a cambio de los accesos y de ti. Múnich ha caído, Astrid. Karl es hombre muerto si no te entrega a Volkov. El ruso sabe que el káiser está obsesionado contigo. Eres la única moneda de cambio que puede obligar a Killian Ritter a retirarse de las fronteras.

El asco me subió por la garganta, amargo y ácido.

—Volkov no me quiere viva. Me va a usar para doblegar a Killian —gruñí.

¿Dónde estaban los guardias? ¿Dónde estaba Viktor? ¿El silenciador en la mano de Henrik indicaba que ya había despejado el camino?

—¡Killian es un monstruo! —Henrik perdió de repente el control, con la envidia enfermiza desbordándose por sus ojos grises. Me señaló con el dedo—. ¡Te he cuidado durante años! ¡Te he entrenado! ¡¿Y ahora te pavoneas tumbada en la cama del hombre que nos trata como basura, usando su alianza como si fuera una corona?!

No actuaba solo por dinero. Henrik me deseaba. Odiaba el hecho de que yo hubiera ascendido en un mundo en el que él siempre sería solo un secuaz.

—Duermo en su cama porque así lo he elegido —mi voz fue un corte letal. Sonreí, con el pintalabios rojo pareciendo sangre en la penumbra—. Y Killian Ritter no te trata como basura, Henrik. Simplemente no sabe que existes. Pero cuando descubra que estás aquí... te arrancará la piel.

Los ojos de Henrik se oscurecieron de furia ciega y se abalanzó sobre mí.

No me quedé quieta. Recordé los movimientos que él mismo me había enseñado. Giré el cuerpo, levantando la pierna, apuntando con el tacón de aguja directamente a su rodilla, al mismo tiempo que mi mano intentaba agarrar la pistola con silenciador.

Mi talón golpeó el cartílago con un chasquido espeluznante. Henrik gruñó de dolor, pero el pesado vestido limitó mi velocidad. Él me conocía. Conocía mi tiempo de reacción porque él mismo lo había forjado.

Absorbió el golpe y, con la mano izquierda, me agarró la muñeca en el aire, retorciéndomela con brutalidad. El dolor me desgarró el hombro recién curado.

—¡Ah! —grité, pero él rápidamente me empujó contra la fría pared del pasillo.

El arma con silenciador cayó al suelo. Intenté arañarle la cara, con mis anillos rasgándole la piel del cuello, pero Henrik era un sicario entrenado de la mafia. Sacó una pequeña jeringuilla del cinturón táctico con una velocidad aterradora.

—Dulces sueños, princesa. El káiser ha perdido.

La aguja fría perforó la piel de mi cuello. Se apretó el émbolo.

Intenté empujarlo y gritar el nombre de Killian, pero mi grito murió en la garganta como un débil murmullo. La química pesada, letal y rápida de la Bratva ardió en mis venas.

Mis piernas cedieron. El rojo de mi vestido se difuminó ante mis ojos.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 33

El sótano del centro de mando olía a ozono y electricidad estática, pero de repente, el aire pareció enrarecerse.

—No es una intrusión externa —declaró Viktor, congelando las manos sobre el teclado holográfico durante una fracción de segundo antes de volver a teclear a una velocidad sobrehumana. La calma clínica de mi hermano se había hecho añicos. —El *bucle* en las cámaras del Ala de Huéspedes... fue un eco programado. Un fantasma digital. El código utilizado es antiguo, cifrado de Múnich. No están intentando entrar, Killian. Están creando un punto ciego en el pasillo adyacente al salón principal...

El suelo pareció desaparecer bajo mis botas. La comprensión de la táctica enemiga me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías. Volkov no quería mi casa. Quería mi cordura... quería a mi reina.

No dije ni una palabra. Di la espalda a los monitores y disparé.

Subí las escaleras de tres en tres y la puerta de acceso a la planta principal salió volando de sus bisagras cuando la pateé con toda mi fuerza. Crucé el salón de baile como un depredador enloquecido. Los barones, los políticos y las damas de la alta sociedad me abrieron paso, lanzándose a los lados, copas de cristal rompiéndose en el suelo de mármol mientras la furia del káiser se materializaba ante ellos.

Alcancé a Helene. Mi madre interrumpió su conversación, y sus ojos azules registraron de inmediato mi expresión homicida.

—¿Dónde está? —Mi voz ya no era humana. Era el sonido del abismo.

—Se ha ido al baño, uno de los camareros ha derramado vino... —respondió mi madre, y en el momento en que las palabras salieron de su boca, Helene comprendió el horror. El rostro inmaculado de la matriarca palideció.

No esperé a que terminara la frase. Atravesé las puertas de cristal que daban al pasillo.

Las luces principales estaban apagadas. La iluminación de emergencia amarilla teñía las paredes de un tono enfermizo. A unos veinte pasos de distancia, uno de mis guardias de élite yacía boca abajo sobre la alfombra ornamentada con el cuello roto.

Pero mis ojos no se detuvieron en el cadáver. Se detuvieron en lo que había en el suelo, a pocos metros del baño.

Un trozo de seda roja rasgada, brillante como sangre fresca. Y, tirado a su lado, un pendiente de diamantes que yo mismo le había puesto en la oreja horas antes.

El aire se me clavó en los pulmones como fragmentos de cristal. Me acerqué con pasos lentos, mi mente táctica librando una guerra inútil contra el colapso emocional. Me agaché y recogí la seda

rasgada. La tela aún conservaba el fantasma de su aroma. Lavanda y vainilla.

Se la llevaron. Un traidor entró en mi casa, secuestró a mi mujer y la arrastró hacia la oscuridad.

Apreté el puño alrededor del trozo de seda roja con tanta fuerza que mis uñas me cortaron la palma de la mano, reabriendo la herida de nuestro juramento de sangre.

Cuando me levanté, el último vestigio de humanidad de Killian Ritter se había evaporado. Solo quedaba el demonio.

Volví a las puertas del salón de baile. El cuarteto de cuerdas había dejado de tocar. El silencio era absoluto, sofocante. Cientos de personas contuvieron la respiración, mirando a la bestia acorralada que acababa de cruzar el umbral.

—¡Elias! —Mi rugido hizo temblar los cristales de las ventanas, resonando por el salón con la furia de un dios de la guerra.

Mi hermano ya se abría paso entre la multitud, desenfundando la pistola, su percepción sádica activada en el momento en que vio mi expresión.

—¡Cerrad el perímetro! ¡Que nadie entre y que absolutamente nadie salga de este maldito salón! —ordené, con una voz que destilaba un odio tan negro que los barones retrocedieron instintivamente. Apunté a los patriarcas del Sindicato—. Encerradlos. Si descubro que un solo hombre de esta sala ha pestañeado en dirección al acceso de los rusos, lo desollaré vivo delante de su propia esposa.

Elias no sonrió. Asintió, con la crueldad reflejada en el rostro de un carnicero.

—El sistema de bloqueo absoluto está activado. La sala se ha convertido en un ataúd. Nadie sale, Killian —aseguró Elias.

Mi madre estaba a mi lado y sus ojos no mostraban piedad, mostraban guerra.

—Tráela de vuelta, Killian, y mata a quien se haya atrevido a manchar de sangre a mi nuera —siseó Helene, entregándome el mando con una bendición manchada de sangre.

Me llevé la mano a la oreja, activando la comunicación encriptada con el subsuelo.

—Viktor.

—Aquí estoy, káiser —respondió su voz, rápida, con el sonido de las teclas resonando como disparos de ametralladora de fondo—. *Usaron los conductos de servicio del oeste y huyeron en una furgoneta de lavandería sin rastrear.*

—No necesito rastrear la maldita furgoneta, Viktor —gruñí, caminando a zancadas hacia mi despacho para coger mis armas. Abrí la puerta de la caja fuerte y empecé a equiparme. Chaleco, cinturón de cuchillos, la Glock 19, cargadores extendidos. —Le he implantado un chip militar directamente en la nuca a mi esposa.

—Accede a la frecuencia. ¿Dónde está?

—Triangulando... —Los segundos de espera fueron la mayor tortura que jamás había soportado. La imagen del rostro de otro hombre tocándola mientras ella estaba sedada me provocaba náuseas y un deseo incontrolable de destrozar todo a mi paso.

—Localizada —avisa Viktor por fin—. *La señal se mueve rápido. Se están acercando a los almacenes abandonados del polígono industrial de Lichtenberg. Es un antiguo matadero.*

Un matadero. A Volkov le pareció poético.

Cogí mi fusil de asalto SIG Sauer, el metal frío conteniendo mi furia.

—Elias, asume el mando del escuadrón Omega. Tres blindados. Yo voy en el primero —ordené, bajando a los garajes de la mansión, donde el sonido de los motores V8 y el crujir de la munición al cargarse ya llenaban el espacio.

Elias corrió a mi lado, vestido con un chaleco pesado y un casco táctico, cargando su M249 SAW. La ametralladora ligera era el sello distintivo de la locura de mi hermano.

—¿Cómo vamos a proceder, hermano? ¿Invasión silenciosa? ¿Furtividad? —preguntó Elias, mientras nuestros hombres fuertemente armados subían a la parte trasera de los vehículos.

Me detuve con la mano en la puerta del blindado. Miré a Elias, desprovisto de toda piedad táctica. El sigilo era para robos de cargamentos y asesinatos políticos.

Se habían llevado a Astrid, habían robado a la reina de dentro de mi castillo y habían herido mi orgullo más visceral.

—No —respondí, invadido por una violencia absoluta—. Querían la guerra. Pues les daremos el apocalipsis. Quiero las ametralladoras del.50 en los techos de los blindados apuntando hacia delante. No vamos a derribar las puertas, Elias. Vamos a volar el edificio con ellos dentro, hasta que solo quede ella.

Subí al blindado, cerrando la puerta con un chasquido de acero.

Iba a hacer que las puertas del infierno parecieran un refugio acogedor comparado con lo que los Ritter harían esta noche.



ASTRID Weber

Capítulo 34

El dolor en mi cabeza era un tambor rítmico y cruel.

El mundo volvió poco a poco, rasgando el velo oscuro del sedante con el olor nauseabundo a óxido, moho y sangre vieja. Intenté mover las manos, pero la áspera fricción de las bridas de nailon me cortó la piel de las muñecas, sujetándolas firmemente a la espalda de una silla metálica helada.

Abrí los ojos. Tardé unos segundos en enfocar la vista. Me encontraba en medio de una nave industrial gigantesca, iluminada por lámparas halógenas que zumbaban como moscas sobre carne muerta. El suelo de hormigón estaba manchado. En el alto techo, unos raíles oxidados sostenían pesados ganchos de metal.

Un matadero...

El frío cortante de Berlín invadía el espacio mal aislado, erizándome la piel expuesta. Mi vestido rojo, la seda que Killian había acariciado con tanta adoración horas atrás, estaba manchado de polvo y rasgado a la altura del muslo. Estaba descalza, mis diamantes probablemente ya en el bolsillo de alguien.

—La Bella Durmiente por fin ha despertado. —La voz llegó desde las sombras.

Henrik caminó hacia el centro del círculo de luz tenue. Se había quitado el equipo táctico negro y vestía solo unos pantalones cargo y una camiseta térmica oscura. La pistola con silenciador descansaba sobre una mesa de corte de metal a pocos metros de mí.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió uno; el humo ascendía perezosamente hacia los ganchos de carne.

—¿Dónde está tu amo, Henrik? —Mi voz sonó ronca, arañándome la garganta seca, pero mi tono no temblaba. No había pánico. Solo había una frialdad mortal que el propio káiser había inyectado en mis venas. —¿Volkov se va a retrasar para recoger la mercancía?

Henrik se detuvo en medio del movimiento. Exhaló el humo por la nariz, entrecerrando sus ojos grises. Esperaba lágrimas. Esperaba que suplicara una explicación o clamara piedad, como la frágil niña a la que entrenaba en los sótanos de la mansión de mi padre.

—Volkov está de camino —respondió Henrik, acercándose a mí. Se detuvo a un paso de distancia, mirándome de arriba abajo. Había resentimiento en su mirada, pero también una lujuria repugnante. —Le transferirá los fondos a Karl en Suiza en cuanto confirme que estás viva. Y después, yo me quedaré con mi parte y desapareceré.

Solté una risa seca, cuyo sonido resonó en las paredes metálicas del cobertizo.

—Eres un idiota —dije, apoyando la cabeza en el frío metal de la silla, sosteniendo su mirada con absoluto desprecio. —¿Crees que Alexei Volkov deja cabos sueltos? Has traicionado al hombre más letal de Alemania para robarle a su esposa desde dentro de la fortaleza impenetrable. Volkov no te va a pagar, Henrik. Te disparará en la cabeza en cuanto me vea y tirará tu cuerpo a los perros.

A Henrik se le tensó la mandíbula. Dio un paso brusco, agarrándome la barbilla con brutal fuerza, apretándome las mejillas.

—¡No vayas de mejor que yo, Astrid! —espetó, con los ojos desorbitados—. ¡Lo hice por ti! ¡Vi lo que hace ese monstruo! ¡Vi el circo que montó en Adlerstein, obligándote a competir como una perra en celo! ¡Killian Ritter te destrozó!

—Los únicos que me trataron como una mercancía fuisteis tú y Karl —repliqué entre dientes, sin intentar liberar mi rostro de su agarre. Mi mirada era una navaja. —Killian no me destrozó. Forjó el acero que tú no fuiste capaz de ver. Me dio una corona. Tú me diste abrazaderas de plástico y por eso no eres más que un secuaz, Henrik. Nunca tuviste el valor para sentarte en el trono.

La verdad le golpeó como un puñetazo. La obsesión retorcida que sentía por mí chocó con la percepción de que la inocencia que él deseaba ya no existía. Yo no era su víctima; yo era su ruina.

Henrik soltó mi cara de un empujón, me dio la espalda y se pasó la mano por el pelo rubio, respiró hondo, luchando contra su propia desesperación. El reloj no se detenía. Miró hacia la puerta de hierro del cobertizo, luego hacia su propio reloj en la muñeca. Henrik empezaba a dudar de Volkov. La semilla de la paranoia había sido plantada.

—No tardará mucho. Los rusos ya deben de estar...

—Volkov no va a venir, Henrik —lo interrumpí suavemente, bajando la voz a un tono casi maternal, la mayor manipulación psicológica que Helene podría enseñarme—. Sabe que Killian no va a retroceder. El káiser no hace tratos. Alexei os utilizó a ti y a mí como

distracción. Mientras Killian esté centrado en darme caza, los rusos atacarán por el flanco sur. Tú eres el cebo, Henrik. Te han dejado aquí para que mueras.

—¡Cállate! —gritó, sacando la pistola de la mesa metálica y apuntándome directamente a la cara. El cañón del arma temblaba ligeramente.

No parpadeé. Sabía algo que Henrik ignoraba. En mi nuca, el calor fantasma del microchip de rastreo parecía latir. Killian no necesitaba hacer tratos. No necesitaba ceder a las exigencias de nadie. Iba a venir y, a juzgar por la brutalidad de la invasión de la mansión, no vendría a llamar a la puerta.

—Dispara —lo desafié, levantando la barbilla, ofreciendo mi cuerpo a la mira. —El resultado es el mismo. Si me matas, Volkov no te pagará y mi marido te arrancará la piel. Si me mantienes con vida, el káiser llegará y te quemará vivo. Se acabó, Henrik. Tu reloj se ha puesto a cero.

El verdugo de mi padre jadeó, con el pánico dominando por fin su máscara de mercenario. Miró su propio móvil sobre la mesa, con la pantalla apagada. Ni rastro de Alexei. Ni una sola transferencia. Solo el silencio fúnebre del matadero.

Henrik bajó el arma lentamente, dejando caer los hombros. Se pasó la mano por la cara, ante la constatación de su propia estupidez.

—Yo... puedo usarte como escudo —murmuró para sí mismo, mientras sus ojos barrían el hangar en busca de vías de escape—. Podemos ir a Polonia. No puede estar en todas partes...

Un estruendo sordo y gutural vibró en el suelo de hormigón.

El sonido no vino del cielo. Vino de la tierra. Era el rugido pesado de motores V8 y el chirrido de los neumáticos aplastando las piedras del patio exterior. La vibración subió por las patas de la silla de metal, enviando una descarga de adrenalina eléctrica directamente a mi corazón.

El polvo comenzó a caer del alto techo, bailando bajo la luz amarilla.

Henrik abrió mucho los ojos y se giró hacia la gran puerta doble de acero de la entrada del hangar. El silenciador que tenía en la mano parecía un juguete ridículo ante la gravedad del sonido que se acercaba.

—¿Qué es eso? —susurró, con el terror auténtico robándole el color del rostro.

Una sonrisa lenta, afilada y bañada en sombras, curvó las comisuras de mis labios pintados de rojo manchado. La sangre de mi padre aún corría por mis venas, pero el alma de mi cuerpo pertenecía al comandante de aquel ejército.

—Te lo advertí, Henrik —murmuré, recostándome en la silla y preparándome para el impacto—. El diablo ha llegado y no sabe llamar a la puerta.

El impacto no fue una explosión controlada. Fue el frente de un blindado militar de diez toneladas, rasgando la puerta de acero del galpón como si fuera papel de aluminio. El metal se retorció y salió volando por los aires en un rugido ensordecedor de acero destrozado y polvo de hormigón. El vehículo irrumpió en el matadero bajo una lluvia de escombros, con los faros cegadores iluminando el espacio con la furia del apocalipsis.

Henrik fue lanzado a un lado por la onda de choque, cayendo violentamente contra la mesa de corte de metal. Su arma se le resbaló de los dedos y cayó al suelo, deslizándose hacia lejos.

Antes incluso de que el polvo se asentara, la ametralladora de calibre.50 situada en lo alto del blindado abrió fuego contra el techo y las paredes superiores, destruyendo los ganchos de carne en un pandemónium de chispas, declarando dominio absoluto sobre el entorno.

Desde la oscuridad del vehículo, saltó una figura inmensa vestida de negro.

Killian Ritter no caminó. Avanzó a través del humo como la encarnación misma de la muerte, con el fusil de asalto en alto y los ojos azules brillando bajo la luz de los faros, barriendo el polvo hasta clavarse en mí.

Nunca me había sentido tan segura en mi vida.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 35

El humo y el polvo del hormigón astillado se arremolinaban en el aire denso del hangar, iluminados por los faros cegadores del blindado. El olor a gasóleo y destrucción enmascaraba el hedor a sangre vieja del matadero.

Avancé a través de la niebla gris, con mi M4 en alto y el cañón barriendo el perímetro, pero mis ojos ya habían encontrado el único objetivo que importaba.

Astrid estaba atada a esa silla de metal. El vestido rojo de seda, mi color favorito, la misma tela que había acariciado con adoración hacía unas horas, estaba rasgado y sucio. Sus muñecas estaban atadas a la espalda y la piel pálida marcada por la fricción del nailon.

El monstruo dentro de mi pecho aulló, rompiendo las últimas cadenas de mi cordura. El mundo a mi alrededor se quedó en silencio. No oía los gritos de mis hombres invadiendo el espacio, no oía la voz de Elias ordenando el barrido táctico de las salidas del hangar. Solo veía su respiración, el pecho subiendo y bajando, los ojos oscuros e insondables clavados en mí, brillando con un alivio feroz que ella intentaba ocultar bajo la máscara de reina.

A la derecha, un movimiento patético me llamó la atención.

Henrik, el perro traidor de Múnich, intentaba arrastrarse lejos de la mesa de corte, tosiendo y escupiendo sangre debido al impacto de la corriente de aire.

No le disparé. Las balas eran rápidas y no le harían sufrir lo suficiente.

Arrojé el rifle hacia atrás, dejándolo colgado de la correa, y saqué mi navaja de combate del chaleco. La hoja negra y dentada brilló bajo los focos. Caminé con pasos largos y pesados hacia Astrid, ignorando por un momento la basura que se retorcía en el suelo.

Me detuve detrás de su silla. Agarré las frías manos de Astrid con mi mano izquierda y, con un movimiento quirúrgico de la derecha, corté las gruesas bridas de nailon.

En cuanto la solté, Astrid no se derrumbó. Estiró los brazos hacia delante, frotándose las muñecas magulladas, y levantó la cara hacia mí.

Caí de rodillas frente a ella, el frío mármol del káiser derritiéndose por completo. Solté el cuchillo al suelo y le agarré la cara con ambas manos, mis pulgares recorriendo sus pálidas mejillas, mis ojos examinando cada milímetro de piel, buscando magulladuras.

—¿Te ha tocado? —Mi voz sonó como un chirrido sobre el asfalto, ahogada por una furia asesina y un pavor que nunca supe que podía sentir. —Dime si ese maldito te ha puesto las manos encima, Astrid, y juro por Dios que lo desollaré vivo.

Ella apoyó la cara contra mi palma áspera. La confianza absoluta en sus ojos marrones fue el bálsamo que me impidió volverme loco allí mismo.

—No tuvo tiempo, Killian —susurró ella, con voz débil, pero firme—. Tú llegaste primero. Tú siempre llegas.

Cerré los ojos por un segundo, apoyando mi frente contra la suya, absorbiendo el oxígeno que exhalaba de los labios de mi esposa. Astrid estaba viva y era mía.

El momento de devoción se vio interrumpido por el sonido de unas botas de combate sobre el hormigón y por la risa sádica de Elias.

—Mira lo que nos encontramos arrastrándose en la oscuridad, hermano —se burló Elias, acercándose a Henrik y dando una patada en las costillas al mercenario con la punta de su bota de acero. El crujido de los huesos al romperse resonó por el hangar, seguido del grito agudo de Henrik.

Me levanté lentamente. La ternura se evaporó de mi cuerpo, sustituida por la frialdad del verdugo. Saqué mi Glock 19 de la funda y caminé hacia el traidor.

Henrik yacía de espaldas en el suelo, sujetándose las costillas rotas, el rostro desfigurado por el pánico al verme cernirme sobre él. No era un rival; era un gusano que se había atrevido a mirar a mi reina.

—Káiser... escucha... Volkov nos obligó... —tartamudeó Henrik, escupiendo sangre, intentando alejarse arrastrándose hacia atrás, pero mis hombres ya habían bloqueado todas las salidas—. Karl Weber lo negoció todo... yo solo soy un soldado...

—Eres un cadáver que aún no ha dejado de hablar —gruñí.

Le pisé con fuerza la rodilla derecha. El crujido del cartílago aplastado bajo mi peso hizo que Henrik gritara, retorciéndose de dolor.

Apunté el cañón de la Glock directamente a su ingle. Iba a destrozarlo pedazo a pedazo. Iba a hacer que me suplicara que le disparara en la cabeza.

Pero, de repente, la radio de mi hombro chirrió histéricamente.

—¡*Killian!* —la voz de Viktor sonó estridente, cortando la comunicación táctica—*. ¡Los exploradores lo han confirmado! ¡Alexei Volkov no viene a Berlín! ¡Ha utilizado el secuestro de Astrid para atraer a ti y al escuadrón Omega a la Zona Este! Los rusos acaban de iniciar un ataque masivo en la frontera de Dresde. ¡Es una invasión a gran escala!*

La constatación táctica me paralizó por una fracción de segundo. El tablero había dado un vuelco. Henrik no era más que el cebo, y Volkov había apostado a que mi obsesión por mi esposa me cegaría ante la verdadera guerra.

Acertó en su apuesta. Pero se le olvidó quién era la reina a la que había ordenado secuestrar.



ASTRID Weber

Capítulo 36

La sorpresa de ver a Killian quedarse paralizado, desviando la atención hacia la radio que llevaba al hombro durante apenas una milésima de segundo, fue la oportunidad que el traidor necesitaba.

Yo conocía a Henrik. No era el káiser, pero era una rata entrenada para sobrevivir. Y una rata acorralada siempre ataca cuando el depredador aparta la mirada.

Mientras la voz de Viktor resonaba en el hangar relatando la invasión rusa en Dresde, Henrik, aullando de dolor con la rodilla aplastada y las costillas rotas, utilizó el último vestigio de adrenalina. Su mano bajó rápidamente hacia el tobillo, sacando una pistola de *repuesto*, minúscula y letal, que Elias no había detectado en el escaneo inicial.

El arma apuntó directamente al chaleco antibalas de Killian, a la altura del cuello, donde la armadura no protegía.

No grité. Los gritos hacen perder tiempo. El entrenamiento muscular que ese mismo traidor había arraigado en mí tomó el control.

Mi visión se estrechó. Caí de rodillas sobre el suelo de hormigón, estirando el brazo hacia el suelo. La pistola con silenciador de Henrik, que había dejado caer en el momento de la explosión del blindado, estaba allí, a menos de un metro de distancia.

Mis dedos se cerraron sobre la empuñadura de polímero negro. El arma pesaba. Estaba amartillada.

Giré el torso, apoyando ambas manos en la empuñadura, con los brazos estirados, firmes y el hombro dolorido bloqueado en la posición perfecta de disparo.

—¡Henrik! —Mi voz no fue un grito; fue el chasquido de un látigo en el infierno.

El instinto de escuchar mi llamada hizo que desviara sus ojos grises de Killian hacia mí y, en los ojos de Henrik, en el momento exacto en que vio a la princesa a la que había subestimado con la mira clavada en su pecho, ya no había obsesión ni envidia. Solo había la aterradora comprensión de su propia muerte.

Apreté el gatillo.

El retroceso me golpeó los brazos. La bala rasgó el aire y se clavó en el centro del pecho de Henrik, atravesando el hueso del esternón con un golpe sordo.

No disparó a Killian. El arma de *repuesto* cayó de la mano temblorosa del mercenario. Se miró el pecho, donde una mancha oscura y creciente comenzaba a teñir la camiseta térmica. Su cuerpo se sacudió, con sangre burbujeando en los labios, y entonces Henrik

se desplomó de espaldas sobre el suelo de hormigón, con los ojos grises apagándose, vacíos y muertos.

El silencio se apoderó del cobertizo destruido, roto solo por mi respiración pesada. Mis manos no temblaban. Mantuve el arma apuntando a su cadáver durante tres largos segundos, asegurándome de que el fantasma no volvería a levantarse.

Bajé el arma lentamente y la dejé caer sobre el suelo de hormigón.

Alcé la vista. Killian no había desenfundado el arma. Estaba de espaldas a mí, con la postura de dieciocho toneladas de fuerza letal completamente paralizada. Elias, a pocos metros de distancia, soltó un silbido largo y grave, bajando su M249 SAW, observándome con una reverencia sádica y atónita.

Killian caminó hacia mí. El suelo a su alrededor parecía temblar. Se detuvo y, sin decir una sola palabra, se arrodilló en el suelo manchado de sangre y polvo, poniéndose a mi altura.

No parecía enfadado por haberle robado la matanza. El rostro del káiser estaba transfigurado por una veneración tan profunda, tan primitiva y sombría, que eclipsaba los faros del blindado. Sus ojos azules bajaron hacia el arma en el suelo, luego hacia el cadáver de Henrik, y finalmente se clavaron en mí.

—Le has disparado al corazón —susurró Killian con voz ronca, y su amplio pecho subía y bajaba con una fascinación abrumadora.

Levanté la barbilla. El pintalabios rojo estaba estropeado, el vestido manchado, pero mi alma reinaba absoluta bajo el techo de aquel matadero.

—Te dije que no me equivocaba, káiser —respondí, repitiendo la promesa que hice en la biblioteca, pero ahora con el peso de mi propio pasado muerto a mis pies—. Y yo te dije que, si él te sobrevivía, yo misma lo mataría. Era mi fantasma. Era mío para destruirlo.

Una sonrisa depredadora y demencial curvó los labios de Killian Ritter. Me agarró por la nuca, con los dedos ásperos rozando el microchip bajo mi piel, y atrajo mi rostro hacia él.

El beso no tuvo previo aviso. Fue una colisión de fuego, pólvora y sangre. Besó a la mujer que había asesinado por él, a la mujer que cubría sus puntos ciegos, a la reina que Volkov nunca podría usar como palanca de presión.

Cuando nos separamos, el aire entre nosotros ardía con la urgencia de una guerra que apenas estaba comenzando.

Killian se levantó, tirando de mí con él. Su enorme brazo rodeó mi cintura, posesivo e inquebrantable, anclándome contra el chaleco antibalas. Volvió el rostro hacia el cuerpo de Henrik y pisoteó la pistola con silenciador, aplastándola contra el hormigón.

—Elias. Quema el cobertizo. Deja sus huesos para las ratas —ordenó Killian por encima del hombro, con la voz recuperando el tono del dictador del Sindicato.

Activó el comunicador de muñeca mientras me llevaba hacia el blindado.

—Viktor. Volkov pensó que me distraería atacando Dresde.

—Nuestros hombres están defendiendo la frontera oeste, káiser, pero son menos. Alexei está liderando la incursión personalmente.

—Perfecto. Quiero arrancarle la cabeza yo mismo —gruñó Killian, con su instinto asesino apuntando hacia el este. Me miró antes de ayudarme a subir al vehículo blindado. La sonrisa en su rostro significaba el fin del mundo para los rusos. —Envía la orden a las veinte familias. Nadie retrocede. El Sindicato marcha hoy y avisa a Alexei Volkov de que el diablo y su reina están de camino a Dresde.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 37

El cielo sobre el valle del río Elba no era negro ni azul; era un lienzo grotesco pintado en tonos de naranja infernal y gris asfixiante. El olor a napalm, metal retorcido y carne carbonizada se elevaba desde las trincheras improvisadas, impregnando el aire helado del amanecer.

Cuando mi helicóptero militar tocó el suelo duro y helado de las afueras de Dresde, la sinfonía de la aniquilación ya estaba en su apogeo.

Salté del aparato incluso antes de que las patas de aterrizaje se estabilizaran, cargando un fusil SIG Sauer apoyado contra el hombro y con el viento de las hélices azotando mi abrigo táctico.

El frente era un pandemónium organizado. Alexei Volkov se había jugado todas sus cartas en aquella invasión, creyendo que la

mente del káiser estaría cegada por el secuestro de su esposa. Esperaba un ataque frontal desesperado y descoordinado. En cambio, se encontró con el escuadrón Omega posicionado en una impecable formación de media luna, y pronto Elias Ritter asumió su papel, dirigiendo la masacre como un maestro sádico.

Caminé a través del barro y la nieve derretida, pasando junto a vehículos blindados rusos convertidos en carcasa en llamas.

Elias surgió en medio del espeso humo, con el rostro cubierto de hollín y sangre enemiga. Tiró al suelo un cargador vacío de su ametralladora y soltó una carcajada ronca al verme.

—Han mordido el anzuelo. El convoy principal de la Bratva ha avanzado por el desfiladero. Están acorralados —gritó Elias por encima del ruido de la artillería pesada.

—¿Volkov? —Mi pregunta fue una sola palabra, afilada como el hielo.

La sonrisa de Elias se volvió depredadora. Apuntó el cañón humeante del arma hacia una fábrica de hormigón abandonada que se alzaba como un esqueleto oscuro en el flanco este.

—Se dio cuenta de que había caído en la trampa hace diez minutos. Abandonó a sus propios hombres y está intentando retroceder con la guardia personal hacia los helicópteros de evacuación que hay detrás de esa fábrica.

No respondí. Le di una palmada en el hombro a Elias, en una señal silenciosa de que el frente era suyo, y corrí hacia la fábrica.

La caza había comenzado.

No pedí refuerzos. No quería que mis francotiradores mataran al líder de la Bratva a un kilómetro de distancia. Quería sentir su último aliento. Volkov se había atrevido a manchar de sangre la vida de Astrid, y el castigo debía ser íntimo.

El interior de la fábrica abandonada era un laberinto de pilares de hormigón, sombras y polvo en suspensión. Utilicé mis

instintos de rastreador, moviéndome con una sigilo que mi tamaño no sugería.

Eliminé al primer guardia ruso con un disparo silenciado en la nuca. El cuerpo se desplomó sin emitir un solo sonido. Acabé con el segundo hombre con mi navaja de combate, cortándole la yugular antes de que pudiera levantar la radio.

Era un fantasma en la oscuridad, abriéndome paso a través de la guardia de élite rusa hasta el centro neurálgico del complejo.

Cuando crucé el patio interior sin techo, lo encontré.

Alexei Volkov. El gran líder de la mafia rusa. Estaba gritando en ruso por la radio, con el rostro enrojecido por el pánico y el odio, rodeado por sus dos últimos guardaespaldas, caminando apresuradamente hacia un helicóptero Mi-8 que ya tenía los motores en marcha.

Levanté el rifle y disparé dos veces. Los dos guardias se desplomaron sobre el hormigón, con los cráneos destrozados.

El piloto del helicóptero, al ver que se acercaba la muerte, aceleró los motores e inició el despegue, abandonando a su propio jefe atrás.

Volkov se giró sobre sus talones, sacando una ametralladora compacta, pero yo ya estaba a menos de cinco metros de distancia. Disparé contra su mano, destrozando el arma y rompiéndole los dedos. El ruso gritó de dolor, cayendo de rodillas sobre el suelo áspero cubierto de polvo y nieve.

Caminé hacia él con pasos lentos y decididos. El sonido de mis botas resonaba más fuerte que los rotores del helicóptero en fuga.

Volkov levantó la vista. El terror que vi en aquellos fríos ojos de Eurasia fue la recompensa por cada minuto de infierno que había soportado en las últimas doce horas.

—Ritter... —escupió sangre, sujetándose la mano destrozada contra el pecho. Intentó poner una máscara de bravuconería, pero la voz le temblaba—. ¿Crees que has ganado? Mi sindicato en Rusia... vendrán a por ti.

Bajé mi rifle, dejándolo colgado de la correa, y saqué la Glock 19.

—No, Alexei. No lo harán. —Mi voz no era un grito. Era la promesa inevitable del segador—. Cuando envíe tu cabeza decapitada a Moscú dentro de una caja con el escudo de los Ritter, la Bratva pasará los próximos cien años con miedo de cruzar la frontera alemana.

Volkov tragó saliva, retrocediendo de rodillas, tratando de ganar tiempo.

—¡Karl Weber dijo que estabas pasivo y distraído por una puta de Múnich!

Mi dedo se detuvo en el gatillo. Una sonrisa desprovista de cualquier calidez o humanidad curvó mis labios.

—No es una puta. Es mi reina —susurré, inclinando el arma hasta que el cañón caliente rozó su frente sudorosa—. Y fue ella quien te mandó al infierno.

Apreté el gatillo.

El seco golpe del cuerpo del líder de la Bratva al caer sin vida sobre el hormigón marcó el fin de la guerra. La nieve que rodeaba el cadáver comenzó a derretirse bajo el calor de la sangre fresca.

Me quedé inmóvil, con el humo elevándose del arma. Toda Europa Central acababa de caer bajo mi dominio. Ya no había ejércitos externos. El Sindicato Alemán era un monolito de poder absoluto, gobernado por un demonio y mantenido bajo la fría vigilancia de una diosa.

Llevé la mano al comunicador.

—Viktor.

—*Te escucho, káiser.*

—Se ha cortado la cabeza de la serpiente. La guerra ha terminado. Da la orden a Elias de que queme a los supervivientes y limpie la frontera.

—Entendido*. El mensaje ya ha sido enviado a los barones. Están todos de rodillas, Killian. El control es total. Cuando llegues, te espera una sorpresa en la sala de tortura.*

—Odio las sorpresas.

—Esta te va a gustar.

Apagué la radio y miré al cielo nublado que se aclaraba lentamente con el amanecer. El instinto asesino que me movía se había disipado, sustituido por una urgencia abrumadora. Tenía el mundo a mis pies, pero el único territorio que deseaba gobernar me esperaba a cientos de kilómetros de distancia.

Era hora de volver a casa.



ASTRID Weber

Capítulo 38

La paz en Berlín no era silenciosa; era una ausencia ensordecedora de miedo.

El sol invernal invadía la sala de guerra de la mansión Ritter, iluminando la gran mesa de caoba y las estanterías repletas de libros de estrategia y archivos de chantaje. Las noticias de la frontera oriental habían llegado hacía dos horas. Alexei Volkov estaba muerto. El ejército ruso, aniquilado. Elias supervisaba la cremación de los enemigos, y el káiser estaba de camino.

Yo estaba sentada en la silla de cuero negro de Killian, detrás de la mesa principal. El traje negro a medida que llevaba parecía hecho a medida para el ambiente opresivo. Las últimas horas las habíamos dedicado a consolidar el imperio. Helene y yo habíamos hecho decenas de llamadas encriptadas. Con la destrucción de Alexei Volkov, los veinte barones del Sindicato competían por ver quién nos

adulaba primero. El microchip en la nuca de sus hijas y la bala en la frente del ruso habían sido los mejores maestros de diplomacia.

La doble puerta de caoba se abrió sin que nadie llamara.

Killian entró.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, pero no me levanté. Apoyé los codos en la mesa de caoba y entrelacé los dedos, con la postura de una reina recibiendo a su general victorioso.

Estaba exhausto y magnífico. El abrigo negro estaba manchado de hollín, el chaleco táctico desprendía olor a pólvora y sangre, y sus ojos azules estaban agudos por la reciente carnicería. Sin embargo, cuando mi marido me miró, sentada en su trono, ocupando el centro del poder del Sindicato, el aire a su alrededor pareció encenderse.

Killian despidió a todo el mundo, cerró la puerta, giró la llave y bloqueó la cerradura con un clic sonoro que resonó en la silencioso despacho.

No dijo ni una palabra sobre la guerra, no habló de Volkov ni de la sangre que había derramado.

Killian se quitó la chaqueta táctica y la tiró al suelo sin cuidado. Se quitó el chaleco antibalas, desabrochó la funda de las armas y se deshizo de todo lo que olía a batalla, hasta quedarse solo con los pantalones oscuros de combate y una camisa negra manchada que se le pegaba al cuerpo sudoroso.

Caminó hasta el frente de la mesa. Apoyó ambas manos en el borde de madera maciza, inclinándose hacia mí, dejando su rostro a pocos centímetros del mío. El olor a adrenalina pura y masculinidad me envolvió como una droga letal.

—El mundo exterior ahora te pertenece —murmuró, con una voz grave y peligrosamente baja—. Los rusos están muertos y los barones se arrastran.

—Lo hemos conseguido —le corregí. No retrocedí ni un milímetro. Sostuve su mirada depredadora—. No soy solo un trofeo de guerra, káiser. Soy la artífice de su miedo.

Una sonrisa salvaje y arrogante, llena de puro deslumbramiento, curvó los labios de mi marido. Su amplio pecho subía y bajaba más rápido. La constatación de mi evolución incendió el último vestigio de cordura que le quedaba.

—Prueba —me retó, bajando la mirada hacia mis labios.

Empujé la silla de cuero hacia atrás y me levanté lentamente. Rodeé la mesa de caoba, llenando el espacio entre nosotros con mi seguridad. Ya no era la chica aterrorizada de Adlerstein, me había convertido en el mismísimo diablo de pintalabios rojo.

Me detuve frente a él. Agarré con ambas manos el cuello de la camisa negra de Killian y tiré de él, obligándole a bajar la cabeza, clavándole ligeramente las uñas en el cuello, rozando el sudor de la batalla.

—Siéntate —ordené, fría y cortante.

Los ojos de Killian se abrieron ligeramente por la sorpresa, conteniendo la respiración. La dominación era territorio exclusivo suyo, pero la audacia que él mismo había forjado en mí exigía sumisión. Y el káiser, el hombre que hacía que todo el inframundo se arrodillara, no dudó. Cedió, sentándose en el borde de su propia mesa de guerra, con las rodillas separadas.

Me quedé de pie entre sus piernas. Mis manos bajaron por su camisa, desabrochando los botones oscuros con una lentitud torturante, dejando al descubierto su pecho tatuado y esculpido, caliente por el esfuerzo físico de la muerte.

Killian tragó saliva. Levantó las manos para tocarme las caderas, pero le di una palmada suave y firme en las manos.

—Dijiste que probara. No dije que pudieras tocarme —susurré cerca de su boca.

El gruñido que escapó de la garganta de Killian fue gutural. Las manos de mi marido se cerraron en puños sobre el borde de la mesa, haciendo crujir la madera bajo la presión. La vena del cuello del káiser se le hinchó. Se estaba quemando vivo por dentro; la excitación de ser dominado por la mujer a la que idolatraba lo estaba llevando al borde de la locura.

Deslicé la mano por su abdomen, desabrochándole los pantalones de combate con agilidad. Bajé la cremallera.

No me quité la chaqueta. No me quité la blusa de seda abrochada. Permanecí completamente vestida. Solo abrí los pantalones de vestir, sintiendo el aire frío del despacho golpear mi piel ardiente al apartar la tela.

Killian jadeaba con fuerza. Estaba tenso como la cuerda de un arco. Le agarré la nuca, entrelazando los dedos en su pelo corto, y le obligué a levantar la cara hacia mí.

Empujé el cuerpo de Killian ligeramente hacia delante y, con un único movimiento lento, tomé el control y me monté sobre él.

Un gemido ronco y desgarrado brotó del pecho de Killian cuando profundicé la penetración. Las uñas de mi marido se clavaron en el borde de la mesa de caoba, con los músculos de los brazos contraídos en un esfuerzo hercúleo por obedecer mi orden de no tocarme. El contraste de mi cuerpo vestido, frío y dominante, deslizándose contra su masculinidad cruda y expuesta, era enloquecedor para ambos.

Empecé a moverme. El ritmo no era el de la supervivencia desesperada, era la cadencia arrogante y deliberada del poder. Lo cabalgaba en el centro de la propia fortaleza del káiser, sintiendo cómo el poder del káiser se rendía por completo a cada movimiento de mis caderas.

—Astrid... joder... —maldijo mi marido, echando la cabeza hacia atrás, con una expresión contorsionada por el dolor agridulce del placer negado y absoluto.

—Mírame —ordené, manteniendo el ritmo profundo e implacable, sintiendo cómo mis paredes internas se derretían alrededor de su rigidez.

Killian abrió los ojos. El azul gélido estaba nublado por una lujuria negra, devota y desesperada.

—¿Quién reina en Berlín? —lo provoqué, inclinándome hasta que mi boca estuvo a milímetros de la suya, presionando mis pechos contra el pecho caliente de mi marido a través de la tela de la chaqueta, la fricción perfecta y dolorosa.

—Tú —respondió con un gemido, con el límite de su sumisión a punto de romperse.

Ya no pudo obedecer. Las manos anchas y callosas de Killian abandonaron el borde de la mesa y agarraron mis caderas con violencia, apretando la tela negra de mis pantalones a medida. Impulsó la cadera hacia arriba, respondiendo a mis embestidas con una fuerza ruda que me levantó del suelo.

Mi fachada de control se derrumbó bajo la ferocidad de ese contacto. Mi nombre salió de sus labios como un mantra profano.

—*Te amo, Astrid.* —La confesión desgarró la garganta de Killian. No fue un susurro suave ni una debilidad; fue un rugido animal de devoción ciega, el más letal y sagrado de los juramentos de sangre.

El impacto de esas tres palabras destruyó mis últimas defensas. La guerra de poder se disolvió en la posesividad absoluta que siempre nos había guiado. Envolví con mis brazos sus anchos hombros, con la respiración entrecortada. La mesa de caoba se estrelló contra el suelo, mientras el ritmo se volvía desenfrenado, urgente y destructivo.

El clímax nos embistió al mismo tiempo, una detonación silenciosa que sacudió los cimientos de todo lo que yo era. Un grito se me escapó de la garganta, mi espalda se arqueó y mi interior se contorsionó violentamente contra él. Killian soltó un rugido ahogado,

hundiendo el rostro en el escote de mi chaqueta, derramando su propia vida dentro de mí en un espasmo interminable.

Me desplomé contra su pecho. Los brazos de Killian me envolvieron en un abrazo aplastante y protector, mientras se restablecía el silencio de la sala de guerra. El olor a pólvora había desaparecido. Solo quedaba el aroma de nuestra victoria.

—Yo también te quiero, Killian...

Cuando nuestras respiraciones finalmente se calmaron, Killian depositó un beso cálido en la curva de mi cuello, su mente táctica volviendo lentamente al imperio.

—Viktor me dijo que había una sorpresa en la sala de tortura —murmuró contra mi piel, con sus dedos ásperos trazando mi columna vertebral.

Una sonrisa lenta, afilada y gélida curvó mis labios. Me aparté lo suficiente para mirar directamente a la oscuridad de sus ojos.

—Fui yo quien lo encontró, Killian.

Arqueó una ceja, despertando su interés en medio del agotamiento posterior al combate.

—Mientras tú marchabas hacia Dresde, yo no me quedé simplemente sentada esperando el informe de bajas —continué, sintiendo el poder correr por mis venas—. Utilicé los accesos que Viktor me dio a los satélites de Múnich. Karl creyó que era listo al huir a un búnker en los Alpes suizos bajo el nombre de un testaferro, pero olvidó que fue él quien me enseñó que el secreto de un escondite es la ruta de los suministros. Rastrear el pedido de whisky y puros de lujo hasta una cabaña aislada en Zermatt fue la parte fácil.

Killian me observaba con una adoración sombría, como si estuviera viendo cómo se revelaba un arma nueva y perfecta.

—No esperé a que volvieran los escuadrones de la muerte —susurré, destilando veneno—. Llamé a la guardia personal de

Helene. Se lo llevaron de allí antes incluso de que saliera el sol. Quería que estuviera aquí cuando llegaras y que la última cara que viera fuera la de la hija a la que intentó vender por segunda vez.

Me arreglé la ropa con una calma metódica, mientras Killian se volvía a poner los pantalones y la camisa.

—Vamos —dije, lanzándole una mirada que prometía el fin de una era—. Tenemos un asunto familiar que zanjar.

Bajamos juntos a las entrañas de la mansión Ritter. El lujo del mármol y el cristal desapareció, dando paso a pasillos de hormigón armado y puertas de acero macizo. El aire allí apestaba a óxido, humedad y miedo antiguo.

Me detuve ante la puerta de hierro de la celda principal de contención. Viktor y dos guardias formaban la escolta. Mi cuñado asintió y abrió la pesada puerta.

La escena en el interior era de una brutalidad quirúrgica.

En el centro de la sala, atado a una silla de acero fijada al suelo, irreconocible y destrozado, estaba Karl Weber. El hombre que gobernaba Múnich con mano de hierro y que había intentado venderme para salvar el pellejo, en ese momento, temblaba violentamente, jadeando de dolor. El traje caro que llevaba estaba manchado con su propia sangre.

Cuando mis tacones resonaron en el suelo de hormigón y la inmensa figura de Killian se detuvo a mi lado, el silencio de mi padre se rompió con un gemido miserable.

—Astrid... —la voz de Karl era un sibilo patético, burbujeante de sangre. Su ojo bueno se fijó en mi rostro—. Hija... por favor... haz que se detenga...

Miré al hombre que me había engendrado. Busqué en mi interior cualquier atisbo de tristeza o afecto, pero el agujero negro que la mafia había creado en mi pecho lo había devorado todo.

—No soy tu hija. —Mi voz resonó fría, cortando la celda como cristal astillado—. A una hija se la protege. A una hija se la ama. Yo fui una mercancía de intercambio para ti y, cuando gané el juego al que me obligaste a jugar, tu codicia fue mayor que tu instinto de supervivencia. Vendiste nuestra seguridad a Alexei Volkov.

—¡Intenté sacarte de ese matadero! —gimió Karl, tirando de las cadenas, con lágrimas que borraban rastros de suciedad de su rostro.

—Fallaste. Como siempre fallas —repliqué, inclinándome ligeramente—. Creíste que me entregabas a un monstruo cuando me enviaste a Adlerstein. Y tenías razón. Pero él es un monstruo que prefiere quemar el mundo entero antes que permitir que una sola gota de mi sangre caiga al suelo.

Enderecé la postura y volví el rostro hacia Killian. Mi marido desprendía una energía concentrada, mezcla de adoración y furia asesina, mientras esperaba mi orden.

—La venganza es tuya, káiser —dije, dando un paso atrás y dejando el camino libre.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Killian Ritter hizo que la temperatura de la sala bajara. Desenfundó la Glock 19 de la funda que llevaba a la espalda con una fluidez aterradora.

No pronunció ningún discurso. El káiser no pronunciaba discursos ante cadáveres.

Levantó el arma y apuntó el cañón directamente al centro de la frente de Karl Weber.

El disparo ensordecedor resonó en la celda de hormigón. El cuerpo de mi padre se sacudió contra las cadenas, y la silla de acero crujió antes de que volviera el silencio sepulcral.

Killian bajó el arma lentamente, con el humo subiendo por el cañón metálico. Guardó la pistola, le dio la espalda al cadáver de

Karl y me tendió la mano, entrelazando sus dedos firmemente con los míos.

Salimos juntos de la mazmorra, dejando el pasado muerto encerrado en la oscuridad. Éramos el diablo y su esposa y, a partir de ese día, el mundo entero se doblegaría.



KILLIAN
Ritter

Capítulo 39

El aroma de los puros cubanos y el whisky de malta llenaba el aire del despacho principal de la mansión Ritter, disipando los últimos fantasmas de humo y sangre de aquella semana infernal.

La tormenta había pasado, dejando tras de sí un continente de rodillas.

Yo estaba de pie frente al gran ventanal de cristal blindado, observando los jardines interiores donde el crepúsculo de Berlín teñía la nieve de azul oscuro. El reflejo de mis dos hermanos brillaba contra el cristal.

Elias estaba recostado en uno de los sillones de cuero, con las pesadas botas manchadas de nieve tiradas sobre la mesa del salón. Hacía girar un cuchillo de caza entre los dedos y su rostro mostraba una paz sociópata que solo encontraba tras una masacre exitosa. Al

otro lado de la sala, Viktor servía tres copas de nuestro mejor whisky, dejando la tableta olvidada sobre la barra del bar.

—El informe final de las bajas rusas llegó hace media hora —anunció Viktor, acercándose a mí y tendiéndome una copa de cristal. Le entregó el otro a Elias. —Con Alexei Volkov muerto y sus generales reducidos a cenizas en Dresde, las facciones menores de la Bratva en Moscú se están matando entre sí para ver quién ocupa el vacío de poder. No mirarán hacia la frontera alemana durante las próximas tres décadas.

Cogí la copa. El líquido ámbar me quemó la garganta, en un brindis silencioso por la aniquilación.

—¿Y nuestros cobardes favoritos? ¿Los barones? —pregunté, volviéndome para mirar a la sala.

Elias se rió, con un sonido áspero y cruel. Cogió su whisky y brindó al aire.

—Están tan callados que casi echo de menos sus quejas. El mensaje de la ejecución de Karl Weber en la mazmorra se entendió perfectamente, Killian. Entendieron que el microchip letal en la nuca de las herederas no era nuestro único truco. Nos tienen miedo, pero están absolutamente aterrorizados con tu esposa. El expediente de lavado de dinero que Astrid le tiró al Barón del Sur ayer por la mañana lo hizo llorar por teléfono.

Su mención hizo que mi pecho se hinchara. El orgullo que sentía no era solo el de un marido; era el de un soberano que había encontrado a su igual. La maquinaria del Sindicato nunca había funcionado con tanta perfección.

La dinámica de nuestro hogar había cambiado. Los Ritter ya no eran solo los tres hermanos carniceros que gobernaban a base de espadas y balas. El clan estaba completo. La protección era absoluta.

—Están a salvo —decreté—. Nuestra madre. Freya. Astrid. Cualquier amenaza futura no se detendrá ante nuestras armas,

Viktor. Será aplastada por la red que ellas mismas han tejido.

Viktor levantó la copa, rompiendo su máscara analítica con una sonrisa rara y genuina.

—La paz armada. La mejor de todas. Larga vida al káiser.

—Larga vida al káiser y a la reina —completó Elias, bebiendo el whisky de un solo trago.

Observé a mis hermanos. La sangre que compartíamos era la base del inframundo. Y ahora, la sangre que compartiría con mi esposa sería su futuro. El imperio estaba consolidado; la guerra no era más que el sombrío prólogo de nuestro reinado.



KILLIAN Ritter

Capítulo 40

Un año después...

El invierno en Berlín ya no era una amenaza. Era solo el telón de fondo de la fortaleza impenetrable en la que se había convertido la mansión Ritter.

Me detuve en el doble arco que daba acceso al jardín de invierno, el mismo jardín donde, hacía un año, me había cortado las propias manos para forjar un juramento de sangre con una chica que me ponía a prueba. Las orquídeas negras y la densa vegetación florecían bajo la cúpula acristalada y climatizada, mientras la nieve azotaba el exterior.

No entré de inmediato. Me quedé en la penumbra, observando.

Helene estaba sentada en una de las tumbonas, sorbiendo té y escuchando a Freya contar, con detalles innecesariamente gráficos, cómo había amenazado con arrancarle la lengua a un político insolente durante una cena la noche anterior. Mi madre no la reprendió; solo le sugirió que, la próxima vez, usara el cuchillo adecuado para no manchar la alfombra persa.

Pero mis ojos, como siempre, ignoraron al resto del mundo y se clavaron en ella.

Astrid estaba de pie junto a una de las enredaderas oscuras. Llevaba un vestido de punto grueso en un tono esmeralda intenso, cuya tela se ceñía perfectamente a su vientre redondo y pesado de ocho meses de embarazo. El cabello oscuro le caía suelto por la espalda. Su rostro estaba sereno, la piel brillaba con la vitalidad de quien se había tragado sus propios demonios y los había transformado en poder.

Se rió ante un comentario de Freya, haciendo que el suave sonido resonara contra el cristal. El anillo de oro negro con el escudo del Sindicato capturó la luz cuando llevó la mano izquierda a acariciar su propio vientre, en un gesto instintivo de protección.

Allí estaba mi heredero. El niño que uniría la ferocidad de los Ritter y el acero indomable de mi esposa. Un niño que nacería en lo más alto de la cadena alimentaria, sin tener que conocer jamás el miedo.

Sentí mi corazón latir con un ritmo pesado y reverente en mi pecho.

Salí de las sombras y caminé por el camino de piedra irregular. En cuanto mis botas resonaron en el suelo, las tres mujeres dejaron de hablar. Helene y Freya sonrieron, intercambiando una mirada silenciosa antes de que mi hermana inventara una excusa trivial sobre tener que revisar el arsenal con Elias, arrastrando a nuestra madre al interior de la mansión y dejándonos solos.

Me detuve frente a mi esposa.

Astrid levantó la cara hacia mí. Los ojos marrones, que un día me miraron con la promesa de la muerte en una escalera helada, ahora rebosaban de una reverencia íntima y absoluta.

—La casa está tranquila hoy, káiser —murmuró, deslizando sus dedos delgados por la solapa de mi chaqueta oscura.

—Todo el continente está en silencio, *Kleine* —respondí en un susurro.

Deslicé ambas manos por sus brazos hasta rodear la pesada curva de su cintura. Me arrodillé lentamente sobre el suelo de piedra, sin hacer caso de la costosa tela de mis pantalones, y apoyé la cara en su vientre. El calor del cuerpo de Astrid se irradió hacia mí. En cuestión de segundos, sentí una patada débil, pero perceptible, contra mi mejilla.

Una sonrisa depredadora y fascinada se dibujó en mis labios.

—Está inquieto —murmuré contra la tela esmeralda, besándole el vientre—. Sabe que el imperio lo está esperando.

—Él o ella será tan letal como su padre —dijo Astrid, llena de esa posesividad sombría que era nuestro lenguaje del amor. Sus manos se hundieron en mi cabello, acariciándome la nuca.

Me levanté, atrayéndola contra mi pecho con todo el cuidado que mi naturaleza bruta me permitía.

Ella escondió el rostro en la curva de mi cuello, inhalando mi aroma a sándalo. Mis manos le sujetaron la cara, inclinándola hacia arriba.

Karl Weber creía que la había enviado a la muerte. La Bratva creía que la quebraría. Las otras familias creían que no era más que una muñeca de seda en un juego de poder. Y allí estábamos nosotros. El monstruo y la diosa. El invierno no la había destruido; ella se había convertido en el invierno.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, con su aliento cálido rozándome los labios.

—Estoy pensando en cómo ha cambiado el mundo desde la noche en que cerraste la puerta de tus aposentos en Adlerstein —confesé, con la voz rasgada por la adoración. Mi pulgar rozó la base de su nuca, donde el microchip invisible dormía para siempre—. La princesa que me desafió y la mujer que fue coronada mi reina.

La sonrisa de Astrid era peligrosa, hermosa y cargada de una certeza que desafiaba a los dioses. Ella inclinó el rostro, tomando mi boca con un hambre que un año de matrimonio solo había intensificado.

El beso sabía a nuestras victorias. Sangre, whisky y poder absoluto.

Cuando nos separamos, jadeantes, sus ojos estaban clavados en los míos, negros de lujuria y soberanía.

—Te lo dije desde el primer día, Killian. Los peones pueden derrocar a los reyes —susurró, acariciándome la mandíbula—. Pero yo no quería tu trono. Solo quería tenerte de rodillas.

La rodeé por la cintura con más fuerza, la posesividad estallando en mis venas. Nuestra historia no era un cuento de hadas. Estaba escrita con balas, traiciones y cadáveres en la nieve. Sin embargo, en aquel jardín aislado del infierno que nosotros mismos habíamos construido, reinaba la verdadera paz armada.

—Y la tienes, *meine Königin* —juré contra sus labios, sellando nuestro imperio para la eternidad—. Seré tu escudo y tu espada. Hasta que la muerte nos cobre el precio.



ASTRID Weber

Epílogo

El sonido de la ventisca golpeando contra los cristales blindados de la mansión Ritter era un susurro lejano, un recordatorio físico de que el mundo exterior seguía siendo frío e implacable. Pero, en el interior, el ambiente estaba inmerso en un calor denso y absoluto.

Estaba de pie en el centro de la habitación recién reformada del ala este. No había tonos pastel ni decoraciones delicadas. La cuna en el centro de la habitación estaba tallada en roble oscuro, adornada con el escudo del Sindicato en plata pulida. Las pesadas cortinas de terciopelo gris plomo bloqueaban cualquier amenaza externa.

Viktor había pasado las últimas tres semanas instalando personalmente el sistema de seguridad de la habitación. Cámaras térmicas, sensores de presión en el suelo y ventanas a prueba de

explosiones de grado militar. Había convertido el dormitorio del bebé en una caja fuerte inexpugnable.

Elias, fiel a su naturaleza caótica, había dejado su regalo de bienvenida sobre la cómoda negra esa misma tarde: una daga ceremonial de plata con incrustaciones de rubíes. Helene casi lo estrangula por su falta de sentido común, argumentando que las armas blancas no eran juguetes para la cuna, pero Freya se rió y dijo que el bebé tendría que aprender a degollar antes de aprender a andar.

Alisé la malla esmeralda de mi vestido sobre el pesado volumen de mi vientre de ocho meses, sintiendo una patada vigorosa contra mi palma.

—Tranquilo, pequeño tirano —susurré, con una sonrisa curvando mis labios pintados de rojo—. Tu reino aún no está listo para ti.

La puerta del dormitorio se abrió sin el menor ruido.

No tuve que darme la vuelta para saber quién había entrado. El olor a pólvora desvanecida, whisky y sándalo anunció al káiser mucho antes de que sus botas pisaran la espesa alfombra. La presencia de Killian absorbía el oxígeno de la habitación, una fuerza sombría que aún hacía que mi corazón se acelerara de la misma forma que lo hizo en nuestro primer encuentro en Adlerstein.

Manos grandes y callosas, marcadas por las cicatrices de las guerras en las que luchó para protegernos, se deslizaron por mis brazos hasta rodear mi cintura por detrás. Su amplio pecho se apoyó contra mi espalda, su aliento cálido rozando mi cuello, justo sobre la cicatriz invisible del rastreador.

—Viktor me ha dicho que has pasado las últimas dos horas aquí dentro —murmuró Killian, con un tono ronco que vibraba contra mi piel. Apoyó la barbilla en mi hombro—. ¿Analizando el perímetro táctico de nuestro heredero?

—Solo asegurándome de que tu hermano no haya instalado ninguna ametralladora automática en el techo por exceso de celo —respondí, girando ligeramente la cara para rozar mi nariz contra su mejilla áspera.

Killian soltó una risa grave que resonó en mi cuerpo. Sus manos bajaron, cubriendo las mías sobre mi vientre. El bebé pareció reconocer el tacto brusco, pero devoto, de su padre, y respondió con un movimiento sutil que hizo que los ojos de Killian se oscurecieran de fascinación.

—No tendrá nada que temer, Astrid. Ninguno de los dos lo tendrá.

Me giré en sus brazos. Mi marido estaba sin chaqueta, con la camisa negra con los primeros botones desabrochados y el anillo de oro negro brillando en su mano izquierda. El monstruo que aterrorizó a toda Alemania y redujo a cenizas a la Bratva en aquel momento me miraba con una veneración tan profunda que rayaba en la locura.

Levanté la mano, recorriendo la marcada línea de su mandíbula.

—Sé que no. El mundo ha aprendido de la peor manera lo que ocurre cuando se intenta robarle algo a Killian Ritter —murmuré.

Había pasado un año desde que la nieve se tiñó de sangre. Karl Weber y Henrik no eran más que fantasmas olvidados, barridos por el tiempo y por nuestra crueldad. Alexei Volkov no era más que una historia de terror contada para asustar a los nuevos reclutas de la mafia.

El Sindicato era una máquina perfecta, engrasada con lealtad ciega. Las esposas de los barones ya no susurraban mi nombre con desprecio; bajaban la cabeza cuando pasaba, agradecidas por la información que yo guardaba bajo llave en las cajas fuertes de Helene. El poder ya no se sostenía solo por la mira del rifle de Killian, sino por los hilos invisibles que yo manipulaba desde las sombras.

No era solo la chica que había sobrevivido a la Selección de Adlerstein. Me había convertido en la propia forja.

—Estás pensando demasiado, *meine Königin* —me reprendió Killian con suavidad, enredando sus largos dedos en mi cabello suelto y levantándome la cara. El azul gélido de sus ojos ardía con esa misma posesividad cruda del día en que nos casamos—. Tu mente nunca deja de calcular.

—Si dejara de calcular, no sería la mujer capaz de sentarse junto al diablo —lo provoqué, con una sonrisa afilada jugando en mis labios.

La mirada de Killian descendió hacia mi boca, con su respiración pesada.

—Tú no te sientas a mi lado, Astrid —susurró, apretándome la cintura y tirando de mí para que nuestros cuerpos se pegaran tanto como mi embarazo lo permitiera—. Tú te sientas *sobre* mí y gobiernas los latidos de mi corazón.

Me tomó los labios. El beso no fue tierno; la mafia no permitía ternuras. Fue profundo, exigente y empapado de la misma pasión sombría que nos unió en la oscura biblioteca del castillo de los Alpes. Me rendí a su fuerza, agarrándole la camisa, correspondiendo al hambre insaciable que sentíamos el uno por el otro.

Cuando mi marido se apartó, ambos estábamos jadeando. El fuego en sus ojos era un claro recordatorio de que, tan pronto como tuviéramos total intimidad, la devoción del káiser se convertiría en mi ruina más dulce.

Killian apoyó su frente contra la mía.

—La tormenta está fuerte ahí fuera esta noche —observó, anclado en mi tacto.

Miré por encima de su ancho hombro, observando cómo los copos de nieve chocaban contra el cristal blindado, incapaces de romper la barrera y alcanzarnos. Recordé el miedo paralizante que

sentí cuando pisé la nieve de los Alpes por primera vez, una pieza de sacrificio arrojada a los lobos.

Sin embargo, los lobos cometieron un error fatal. Se olvidaron de quién era la sangre que corría por mis venas.

—Deja que nieve, Killian —susurré, clavándole suavemente las uñas en el cuello—. Ya no le tenemos miedo al invierno. Nosotros somos la tormenta.

La puerta de la guardería se cerró en silencio, dejando al resto del mundo fuera. En la oscuridad de Berlín, el imperio de sangre y nieve de los Ritter por fin encontró su paz. Una paz eterna, bañada en plomo y coronada de seda.



ELIAS
Ritter

Capítulo Spoiler

(Un pequeño adelanto de lo que está por venir)

El subnivel seis de la mansión Ritter no apestaba a puros de lujo, whisky o diplomacia hipócrita.

Apestaba a cobre, sudor frío y desesperación cruda.

Era mi santuario.

Mientras Killian y Viktor pasaban los días encerrados en la sala de guerra, moviendo piezas en el tablero del Sindicato y jugando a ser dioses de la mafia, yo gobernaba el verdadero inframundo. Donde terminaban las mentiras y empezaban los huesos.

Mis botas resonaban con un golpe pesado y rítmico en el suelo de hormigón mientras bajaba la última escalera. La iluminación

allá abajo era escasa, lámparas fluorescentes que zumbaban como moscas sobre un cadáver. Desbloqueé la pesada puerta de hierro reforzado de la sala de interrogatorios principal, haciendo que el sonido de los pestillos metálicos resonara como el repique de una campana fúnebre.

El aire dentro era gélido.

Caminé lentamente por la sala, saboreando la atmósfera. Pasé la yema de mis dedos enguantados por la mesa quirúrgica de acero inoxidable alineada contra la pared derecha. Mis juguetes estaban perfectamente alineados: tenazas de presión, bisturís, sopletes portátiles, sierras para huesos y cuchillas de todos los tamaños. La precisión germánica aplicada al arte de destruir la esperanza humana.

Hice girar mi cuchillo de caza favorito entre los dedos de la mano derecha, viendo cómo el acero brillaba en la penumbra, mientras por fin volvía mi atención hacia el centro exacto de la sala.

Bajo la luz fría y solitaria de un foco que colgaba del alto techo, había una pesada silla de acero, anclada al suelo.

La figura sentada allí estaba inmovilizada con cadenas de hierro alrededor del torso, las muñecas y los tobillos. Nada de bridas de plástico que se pudieran romper. El rostro estaba completamente oculto por una capucha de lona negra y gruesa.

El pecho de la persona subía y bajaba a un ritmo frenético, caótico. No necesitaba ver el rostro para sentir el hedor del pánico que irradiaba de aquel cuerpo. La respiración jadeante, ahogada por la tela, era la mejor música que podía escuchar tras semanas de tedio diplomático.

Me detuve a un metro de distancia de la silla.

El sonido de mis pasos al detenerse hizo que la figura se estremeciera violentamente, los eslabones de las cadenas chocando contra el metal de la silla en un sonido de absoluta desesperación.

Guardé el cuchillo en la funda de la pierna. No había prisa. El juego del gato y el ratón estaba solo en la fase de reconocimiento.

Levanté la mano derecha y agarré la tela áspera de la capucha. Con un movimiento brusco y seco, arranqué la lona negra.

La cruda luz del foco iluminó de repente el rostro que se ocultaba en la oscuridad.

Era una mujer.

Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor frío, despeinado y salvaje. Parpadeaba frenéticamente, con las pupilas dilatadas tratando de adaptarse a la luz deslumbrante; sus ojos muy abiertos brillaban con un terror primitivo y profundo. Estaba desarmada, encadenada y envuelta por las sombras de mi infierno personal, respirando rápido, como un pájaro que acaba de darse cuenta de que ha aterrizado directamente en la jaula del depredador.

Me incliné hacia delante. Apoyé ambas manos en los brazos metálicos de su silla, acorralándola, dejando mi rostro a apenas unos centímetros del suyo. La respiración temblorosa de la joven golpeó mi rostro.

—¿Sabes quién soy? —pregunté, en un susurro bajo, rasgado y peligrosamente tranquilo.

La mujer tragó saliva. Su garganta se contrajo y su pecho se alzó con un jadeo doloroso. Pero, incluso ante la muerte encarnada, sus ojos se clavaron en los míos.

—Elias Ritter —su voz sonó como un suspiro entrecortado, en una constatación definitiva de su propia ruina—. Mi peor pesadilla.

Una sonrisa lenta, hambrienta y completamente desquiciada se dibujó en mi rostro.

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios. Por guiar mis pasos incluso cuando no sé cuál es el camino, por sostenerme en los días en que todo parece incierto, por abrir puertas que ni siquiera sabía que existían y por convertir los sueños en realidad en el momento adecuado. Cada historia que escribo lleva consigo un poco de la fe que me ha traído hasta aquí, y este libro no es una excepción; es una prueba más de que nada ocurre sin un propósito.

A la familia Ritter…

No sois solo personajes, no sois solo una historia. Os habéis convertido en un universo vivo, palpitante, lleno de intensidad, poder y sentimientos que traspasan las páginas y llegan a quien lee. Y a vosotros, lectores, que decidisteis embarcaros en esta familia alemana y sumergiros en la serie Sindicato, mi más sincero agradecimiento. Vosotros le habéis dado vida a todo esto. Vosotros sentisteis, vibrasteis, os involucrasteis y por eso esta historia continúa más allá de las páginas.

Mi cariño especial va dirigido a cada una de vosotras que camináis conmigo, que estáis presentes en cada lanzamiento, en cada mensaje, en cada reacción. Regina Fabbris, Cláudia Garcia, Camila Perna, Anne Batista, Amélia Luize, Leidiana, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Elaine Wacholz, Jessyka Miranda, Ilza Mendes, Elisandra, Daniela Bispo, Raquel, Francine, Thaty, Ana Alice, Mariza, Cris Tiemi, Ivana Sandez, Juliana Lélis, Andrômeda y Fran Barbosa.

Sois mi apoyo, mi estímulo, mi fuerza… sois una parte esencial de todo esto. Sois vosotras las que convertís cada libro en algo más grande de lo que yo podría imaginar.

A Rosi, mi amiga, mi compañera, mi apoyo entre bastidores. Gracias por estar a mi lado en todo momento, sobre todo en los más difíciles. Eres una de las piezas más importantes de este camino.

A mi familia, por ser mi puerto seguro, mi cimiento, mi refugio en medio del caos.

A Gabriel, por ser mi equilibrio cuando todo se desborda, por recordarme que respire cuando el mundo se acelera, y por no soltarme nunca la mano.

A mi Aurora, mi luz más pura. Eres la razón silenciosa detrás de tantos sueños. Todo lo que construyo es también por ti, para que crezcas sabiendo que no hay límites para quien cree.

Y, por último, a todos los que forman parte de este viaje de alguna manera.

Porque al final… las historias pueden empezar con palabras, pero son las personas las que las convierten en legado.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y sus personajes cautivadores. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, hoy es reconocida como la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su reconocimiento como una de las «Forbes Under 30». Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como «Rechazada en el altar» y «Virgen prometida»; sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público global a través de la autoedición y ya figura entre las más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Sigue más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

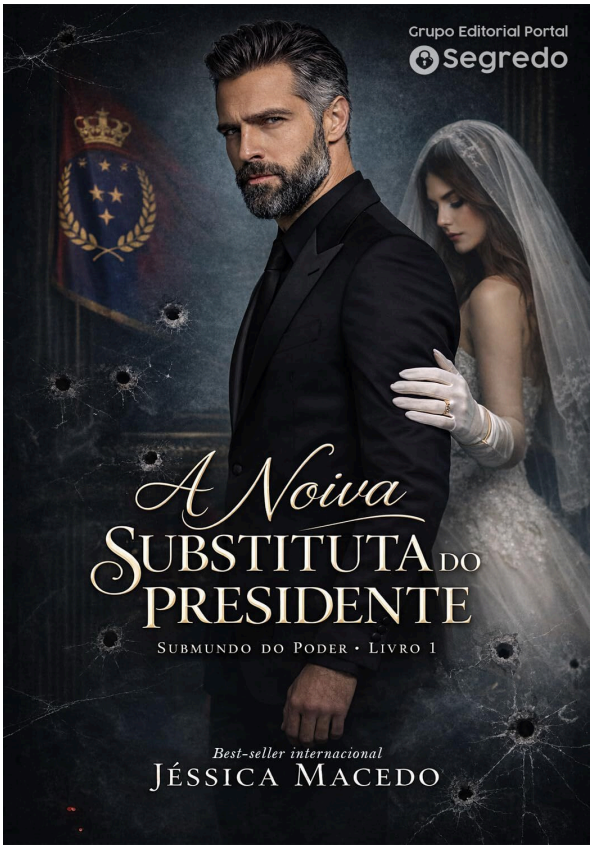
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram -www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Lee también



Enlace=> https://www.amazon.com.br/noiva-substituta-presidente-Submundo-poder-ebook/dp/B0GRHQH4DX/

?? Fake Marriage (Matrimonio falso)

?? Grumpy x Sunshine (Superviviente x Mafioso frío)

?? Diferencia de edad y romance lento e intenso

El contrato era claro: fingir ser la esposa del presidente de Santera, sonreír a las cámaras y garantizar que la alianza entre el gobierno y la mafia no se rompiera. A cambio, la hermana de Clara seguiría con vida.

Stefano Moncada, el temible Rey de Hielo, la compró para que fuera un peón desechable. No esperaba que la chica desafiara sus

órdenes. No esperaba tener que matar para protegerla. Y, desde luego, no pretendía acabar completamente enganchado a ella.

Sin embargo, en un palacio donde todos esconden cuchillos a espaldas, la peor amenaza aún está por llegar. La verdadera novia, que quiere recuperar la corona.

Stefano tendrá que elegir entre su imperio y la mujer que le ha robado la cordura.



Enlace=> https://amzn.eu/d/0iCGvUEJ

Un contrato firmado con sangre.

Una inocente entregada al diablo.

Y un matrimonio que comenzó con un disparo...

Athan Galanis es el rey de Atenas. Frío, despiadado y gobernante absoluto del inframundo griego, no conoce el amor ni tiene el menor interés en conocerlo. Para él, el matrimonio es solo otra transacción comercial: una alianza para aplastar a sus enemigos y garantizar un heredero.

Exige una esposa virgen, dócil e invisible.

Eleni Kouris ha vivido encerrada en una burbuja de cristal, soñando con romances que nunca viviría. Hasta el día en que su padre la vendió para pagar sus deudas con el juego. Arrancada de su mundo y arrojada a los leones, se compromete con el hombre más temido de la ciudad.

Ella esperaba ver a un monstruo. Lo que no preveía era que él sería la única barrera entre ella y la muerte.

Cuando un atentado convierte el día de la boda en un baño de sangre, el contrato cambia. Athan ya no ve a Eleni como una mercancía. Al ver el miedo en sus ojos y la sangre en su vestido de novia, algo oscuro y primitivo despierta en su interior.

A partir de ese momento, ella no es solo su esposa. Es su propiedad, y Athan Galanis quemará toda Atenas para proteger lo que es suyo.